MARGARET

ATWOOD

LA MUJER COMESTIBLE

Irónica, ingeniosa, divertida e inteligente, *La mujer comestible* narra la fabulosa transformación de una joven durante los días que preceden a su boda. Marian, a punto de alcanzar el sueño de cualquier mujer de su edad y condición, sufre una paulatina desintegración de su ego, al tiempo que tiene unos comportamientos que a duras penas pueden explicarse con la razón.

Margaret Atwood demuestra una vez más una maestría impresionante en el manejo de la escritura y unas dotes innegables para la observación del ser humano. Asimismo presenta una galería de personajes inolvidables, cuyo carácter ha sido penetrantemente observado.

Margaret Atwood

La mujer comestible

ePub r1.3
Titivillus 02.03.2019

Título original: *The edible woman*
Margaret Atwood, 1969
Traducción: Juanjo Estrella

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

La mujer comestible

Introducción

Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Segunda parte
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Tercera parte
- Capítulo 31

Sobre la autora

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN BRITÁNICA

Escribí *La mujer comestible* durante la primavera y el verano de 1965, en unas hojas de examen sin usar que me había llevado de la Universidad de la Columbia Británica, donde había dado clases de inglés a los alumnos de primer curso durante los ocho meses anteriores. El origen del título data de un año antes. Creo recordar que se

me ocurrió mientras miraba el aparador de una confitería llena de cerditos de mazapán. O tal vez fuera un escaparate de Woolworth lleno de pasteles de Mickey Mouse; en cualquier caso yo llevaba ya un tiempo especulando sobre el canibalismo simbólico. Las tartas nupciales, con sus parejas de novios de azúcar, despertaban mi interés por aquella época. Así, *La mujer comestible* fue concebida por una joven de veintitrés años y escrita a los veinticuatro, por lo que sus salidas de tono más flagrantes acaso sean atribuibles a la edad de la autora, aunque preferiría pensar que más bien nacen de la sociedad en la que estaba inmersa.

La mujer comestible no fue mi primera novela. La primera la había escrito en un minúsculo cuarto de alquiler en Toronto, pero los tres editores canadienses que existían por aquel entonces la rechazaron por considerarla demasiado lúgubre. Al final del relato, la heroína debía decidir si empujaba al protagonista masculino para hacerle caer de un tejado, desenlace que en 1963 resultaba adelantado a su tiempo y que seguramente hoy parecería demasiado tibio.

Terminé *La mujer comestible* en noviembre de 1965 y la envié al editor que había mostrado un cierto interés por mi anterior trabajo. Tras una respuesta inicial positiva que me llegó por carta, no volví a tener noticias de él. Los exámenes de fin de carrera doctoral me tenían tan ocupada que en aquel momento no insistí más, pero al cabo de un año y medio empecé a realizar algunas indagaciones y me enteré de que el editor había perdido el manuscrito. En aquellas fechas yo ya había adquirido cierta visibilidad, si bien muy limitada, porque había ganado *un* premio de poesía, por lo que el editor me invitó a comer. «Vamos a publicar tu libro», me dijo sin mirarme a los ojos. «¿Lo ha leído?», le pregunté. «No, pero pienso hacerlo», me respondió. Seguramente no era la primera obra que publicaba movido solo por la vergüenza.

La mujer comestible apareció finalmente en 1969, cuatro años después de que fuera escrita y coincidiendo precisamente con el auge del feminismo en Norteamérica. Hubo quien asumió que la novela era un producto de dicho movimiento, pero a mi entender es más protofeminista que propiamente feminista; no había ningún movimiento de mujeres en mi entorno en 1965, mientras escribía el libro, y carezco del don de la clarividencia, aunque como muchas mujeres de mi época ya había leído a Betty Friedan y a Simone de Beauvoir a escondidas. Cabe mencionar que mi heroína toma las mismas decisiones a lo largo de toda la obra: una carrera profesional que no va a ninguna parte o un matrimonio como manera de

escapar de ella. Esas eran las opciones para una mujer joven, aunque tuviera estudios, en Canadá a principios de la década de 1960. Sería un error dar por sentado que todo ha cambiado. En realidad, el tono del libro parece más contemporáneo en la actualidad que, digamos, en 1971, cuando se creía que la sociedad sería capaz de cambiar mucho más deprisa de lo que hoy parece probable. Las metas del movimiento feminista no se han alcanzado, y quienes aseguran que vivimos en una era postfeminista se equivocan, lamentablemente, o se han cansado ya de pensar en estos temas.

La mujer comestible se ha ido editando sin interrupciones en Norteamérica desde la fecha de su publicación, en uno u otro formato.

Agradezco a Virago que vuelva a darle vida en Inglaterra.

MARGARET ATWOOD, *Edimburgo 1979*

PRIMERA PARTE

1

Sé que el viernes, al levantarme, me encontraba bien. Tal vez un poco más apática que de costumbre. Cuando entré en la cocina para prepararme el desayuno, Ainsley ya estaba ahí, derrotada. Me dijo que la noche anterior había ido a una fiesta horrible. Me juró que solo había estudiantes de odontología, cosa que la había deprimido tanto que había tenido que consolarse emborrachándose.

—No tienes ni idea de lo pesado que es tener que aguantar veinte conversaciones sobre la cavidad bucal de la gente —dijo—. La reacción más intensa que conseguí provocarles fue cuando les describí un flemón que había tenido. Oye, se les hizo la boca agua. En general los hombres suelen fijarse en otras cosas, además de en los dientes, por el amor de Dios.

Tenía resaca, cosa que me animó —me hacía sentir mucho más sana—, y le serví un vaso de zumo de tomate y le preparé un alka-seltzer mientras la escuchaba y respondía a sus quejas con murmullos de asentimiento.

—Como si no tuviera bastante con el trabajo —añadió.

Ainsley trabaja como controladora de cepillos defectuosos en una empresa de cepillos de dientes eléctricos. Es un empleo temporal. En realidad espera entrar en una galería de arte de esas pequeñas, aunque no paguen mucho. Quiere conocer pintores. El año pasado, me dijo, le dio por los actores, hasta que llegó a conocer a algunos.

—Es una auténtica fijación —prosiguió—. A lo mejor es una sensación mía, pero seguro que todos llevan esos espejitos en los bolsillos del abrigo y cada vez que van al baño se inspeccionan los dientes para asegurarse de que aún no tienen caries. —Se pasó la mano lentamente por el pelo, que era largo y rojizo tirando a caoba—. ¿Te imaginas darle un beso a uno de esos? De entrada te diría «Abre bien la boca». Qué manía, oye.

—Debió de ser horrible —le dije, y volví a llenarle el vaso—. ¿No podrías haber cambiado de tema?

Ainsley arqueó las cejas casi inexistentes, que aún no se había pintado esa mañana.

—Pues claro que no. Yo fingía que estaba de lo más interesada. Y por supuesto no les hablé de mi trabajo. A los hombres con carrera no les hace ninguna gracia que sepas algo sobre su especialidad. Pero qué te voy a contar, si a Peter le pasa lo mismo.

Ainsley siempre se mete con Peter, sobre todo cuando no se encuentra bien. Yo, que me sentía magnánima, no protesté.

—Tendrías que comer algo antes de ir a trabajar. Con el estómago vacío es peor.

—Oh, Dios mío. No puedo soportarlo. Otro día de máquinas y de bocas. Hace meses que no pasa nada interesante, desde lo de aquella señora que nos devolvió su cepillo porque se le caían las cerdas y descubrimos que lo lavaba con Ajax.

Me metí tanto en el papel de benefactora de Ainsley y me recreé tanto en mi superioridad moral que no me percaté de lo tarde que era hasta que me lo recordó ella. En la empresa de cepillos eléctricos no les importa a qué hora llegas, pero en la mía les gusta la puntualidad. Así que tuve que prescindir del huevo y me tomé la leche y los cereales a todo correr, consciente de que volvería a tener hambre mucho antes de la hora de comer. Le di un bocado a un trozo de pan mientras Ainsley me miraba en silencio, con cara de asco; cogí el bolso y salí, dejando que fuera ella la que cerrara la puerta.

Vivimos en la planta superior de una casa grande, en uno de los barrios más antiguos y elegantes, en lo que supongo que debían de ser las dependencias del servicio. Ello implica que entre nosotras y la puerta de entrada hay dos tramos de escalera: el superior, más estrecho y empinado, y el inferior más ancho y con alfombra, aunque algunas de las varillas que la sostienen están sueltas. Como en la empresa me exigen que lleve zapatos de tacón, tengo que bajar de lado, agarrándome a la barandilla. Aquella mañana ya había conseguido superar la hilera de calentadores de latón colgados de la pared de nuestro rellano, había evitado tropezar con la rueca de muchos brazos del segundo descansillo y había pasado deprisa por delante de la deshilachada bandera protegida por un cristal y de la fila de antepasados en sus marcos ovales que montan guardia en el primer tramo. Constaté con alivio que no había nadie en el vestíbulo. Me dirigí a la puerta, maniobrando para esquivar la planta de plástico que había a un lado y el velador con su tapete de ganchillo y su bandeja de cobre que había al otro. Del otro lado de la cortina de terciopelo, a la derecha, oía a la niña que ejecutaba sus ejercicios de piano. Me creí a salvo.

Pero antes de llegar a la puerta, vi que las bisagras cedían un poco y que se abría un resquicio, y entonces supe que estaba atrapada. Era la señora de abajo. Llevaba unos guantes de jardinería inmaculados y sostenía una pala pequeña. Me pregunté a quién habría enterrado en el jardín.

—Buenos días, señorita MacAlpin —me saludó.

—Buenos días. —Incliné un poco la cabeza y le sonreí. Nunca me acuerdo de cómo se llama, y a Ainsley le pasa lo mismo; supongo que las dos tenemos lo que se conoce como bloqueo mental con ella. Estiré el cuello y miré en dirección a la calle, pero ella no hizo ademán de apartarse.

—Ayer salí —me informó—. Fui a una reunión. —Siempre aborda los temas de forma indirecta. Yo me apoyé en el otro pie y sonreí, esperando que se diera cuenta de que llevaba prisa—. La niña me ha dicho que hubo otro incendio.

—Bueno, no fue exactamente un incendio —puntualicé. La niña había aprovechado que hablábamos de ella para dejar de practicar y ahora estaba de pie junto a la cortina de terciopelo que daba acceso a la sala, mirándome. Es una criatura

grandota de unos quince años que acude a un colegio privado para niñas y tiene que llevar un uniforme verde con calcetines altos a juego. Estoy convencida de que en realidad es bastante normal, pero el lacito que corona su corpachón le da cierto aspecto de retrasada.

La señora de abajo se sacó uno de los guantes y se arregló un poco el moño.

—Pues la niña me ha dicho que había mucho humo —añadió con dulzura.

—Estaba todo controlado —insistí yo, esta vez sin sonreír—. Eran solo las costillas de cerdo.

—Entiendo. Bueno, espero que le diga a la señorita Tewce que procure no hacer tanto humo. La niña se inquieta.

Considera que Ainsley es la única responsable del humo; a lo mejor cree que lo saca por la nariz como si fuera un dragón. Pero a Ainsley nunca la aborda en el vestíbulo para decirle nada. Solo me para a mí. Sospecho que ha decidido que Ainsley no es respetable y que yo sí lo soy. Seguramente es por nuestra manera de vestir; Ainsley dice que yo escojo la ropa como si fuera un camuflaje o una capa de protección, aunque yo no veo nada de malo en eso. A ella le va más el rosa chillón.

Evidentemente, perdí el autobús. Al cruzar el jardín VI que se alejaba por el puente seguido de una nube de humo. Mientras esperaba el siguiente, de pie bajo un árbol —en nuestra calle hay muchos, todos ellos enormes—, Ainsley salió de la casa y se unió a mí. Es toda una artista en vestirse en un momento. Yo no podría arreglarme en tan poco tiempo. Tenía mucho mejor aspecto —tal vez por efecto del maquillaje, aunque con Ainsley nunca se sabe— y se había recogido el pelo caoba en lo alto de la cabeza, como siempre que va a trabajar. El resto del tiempo se lo deja suelto. Llevaba puesto su vestido naranja y rosa sin mangas, que en mi opinión le ceñía demasiado las caderas. Iba a hacer un día húmedo y de mucho calor; yo ya notaba que a mi alrededor se iba condensando una especie de atmósfera privada, como una bolsa de plástico. A lo mejor también debería haberme puesto un vestido sin mangas.

—Me ha pillado en la entrada —le dije—. Por lo del humo.

—Esa vieja bruja. ¿Por qué no se meterá en sus asuntos?

Ainsley no es de un pueblo pequeño, como yo, y por eso no está acostumbrada a que la gente sea fisgona. Tampoco le da tanto miedo. No es consciente de las consecuencias.

—No es tan vieja —repliqué mirando hacia las ventanas de la casa, que tenían las cortinas corridas, aunque sabía que no nos oía—. Además, no fue ella la que se dio cuenta del humo, fue la hija. Ella había ido a una reunión benéfica.

—Ya, de la Unión de Mujeres Cristianas por la Abstinencia —dijo Ainsley—. O de las Hijas del Imperio. Seguro que no fue a ninguna reunión. Se escondió detrás de esa maldita cortina para hacernos creer que había salido y ver si hacíamos algo gordo de verdad. Ella lo que quiere es una orgía.

—Chica, lo tuyo ya es paranoia.

Ainsley está convencida de que, cuando salimos, la señora de abajo sube y registra nuestro piso y se horroriza en silencio, y hasta sospecha que nos controla la correspondencia, aunque no se atreve a leerla. La verdad es que a veces abre la puerta antes de que nuestras visitas llamen al timbre. Debe de creerse con derecho a tomar ciertas precauciones. Cuando al principio nos interesamos por el piso, nos dejó muy claro, mediante veladas alusiones a anteriores inquilinos, que lo más importante para ella era no corromper la inocencia de la niña, y que seguramente era más prudente alquilárselo a dos chicas que a dos chicos.

—Hago todo lo que puedo —dijo suspirando y meneando la cabeza. Nos había confiado que su esposo, cuyo retrato al óleo colgaba sobre el piano, no le había dejado tanto dinero como habría debido—. Ya habrán visto que su apartamento no dispone de entrada independiente. —No era la primera vez que hacía más hincapié en los inconvenientes que en las ventajas, casi como si no quisiera que lo alquiláramos. Yo le aseguré que nos hacíamos cargo. Ainsley no abrió la boca. Habíamos acordado que yo me encargaría de hablar y ella se sentaría y pondría cara de niña buena, cosa que le sale de maravilla cuando quiere: tiene el rostro rosado y blanco, redondeado, de bebé, la nariz chata y unos enormes ojos azules que puede abrir mucho hasta que parecen pelotas de *ping-pong*. Ese día incluso había conseguido que se pusiera guantes.

La señora de abajo volvió a menear la cabeza.

—Si no fuera por la niña vendería la casa. Pero quiero que se críe en un buen barrio.

Le aseguré que lo entendía y ella comentó que estaba claro que la zona ya no era tan buena como antes; algunas de las casas más grandes eran demasiado caras de mantener y sus propietarios se habían visto obligados a venderlas a inmigrantes (las comisuras de los labios se le arquearon ligeramente hacia abajo) que las habían convertido en pisos compartidos.

—Pero en nuestra calle eso aún no ha pasado. Y yo ya le tengo dicho a la niña por qué sitios puede pasar y cuáles debe evitar.

—Yo comenté que me parecía sensato. Antes de firmar el contrato, me pareció una persona de trato más fácil. Y el alquiler era muy bajo, y la casa quedaba cerca de la parada del autobús. Para estar en la ciudad, era una ganga.

—Además —le dije a Ainsley—, tienen todo el derecho de preocuparse por el humo. ¿Y si hubiera un incendio? Y eso que nunca ha mencionado las otras cosas.

—¿Qué otras cosas? Si nunca hemos hecho nada.

—Bueno… —Sospechaba que la señora de abajo había tomado buena nota de todos los objetos con forma de botella que subíamos a casa, aunque yo me esforzaba por disimularlas. En realidad nunca nos ha prohibido nada en concreto (eso habría sido una violación demasiado flagrante de su ley del matiz), pero así solo consigue que me sienta como si no pudiera hacer nada.

—En noches silenciosas —dijo Ainsley mientras el autobús se acercaba— la oigo excavando túneles en la madera.

En el autobús no hablamos. A mí no me gusta charlar en los autobuses, prefiero mirar los anuncios. Además, Ainsley y yo no tenemos mucho en común, aparte de la señora de abajo. La conozco solo desde poco antes de que compartiéramos el apartamento. Era amiga de una amiga mía y buscaba compañera de piso al mismo tiempo que yo, que es como normalmente ocurren estas cosas. Tal vez debería haberla buscado por ordenador, aunque en líneas generales no nos ha ido tan mal. Nos llevamos bien gracias a una adaptación simbiótica de hábitos y reduciendo al mínimo esa hostilidad velada que suele darse entre mujeres. Nuestro piso nunca está limpio del todo, pero por un acuerdo tácito procuramos que no se acumule más que una fina película de polvo; si yo lavo los platos del desayuno, ella se ocupa de los de la cena; si barro el salón, ella le pasa un trapo a la mesa de la cocina. Es un trato a dos bandas, y las dos sabemos que si una de las dos falla, la cosa se desmonta. Claro que cada una tiene su dormitorio y lo que pase en su interior es estrictamente de la incumbencia de su propietaria. El suelo de la habitación de Ainsley, por ejemplo, está cubierto de una peligrosa combinación de ropa sucia y ceniceros esparcidos aquí y allá como un camino de piedras, pero aunque a mí me parece que podría provocarse un incendio, nunca se lo menciono. Gracias a que las dos nos controlamos —supongo que ella también se controla, porque seguro que hay cosas que no le gustan de mí— conseguimos mantener un equilibrio razonable.

Llegamos a la estación del metro, donde me compré una bolsa de cacahuetes. Ya empezaba a tener hambre. Le ofrecí unos cuantos a Ainsley, pero me dijo que no le apetecían, así que me los comí yo todos camino del centro.

Nos bajamos en la penúltima parada en dirección sur y caminamos juntas una manzana; nuestras empresas están en la misma zona.

—Por cierto —me dijo cuando ya estaba doblando la esquina de mi calle—, ¿tienes tres dólares? Se nos ha terminado el *whisky*.

Busqué en el monedero y se los di, no sin cierta sensación de injusticia: compartimos la cuenta, pero rara vez el contenido. Cuando tenía diez años escribí una redacción sobre la abstinencia en un concurso de catequesis de la Iglesia Unida. Lo ilustré con imágenes de accidentes de coche, dibujos de hígados enfermos y tablas que mostraban los efectos del alcohol en el sistema circulatorio. Supongo que por eso no soy capaz de tomarme una segunda copa sin que me venga a la mente una señal de peligro pintada con lápices de colores y asociada al sabor del mosto rancio que nos daban durante la comunión. Eso me coloca en situación de desventaja con respecto a Peter: a él le gusta que le siga el ritmo.

Mientras me acercaba a toda prisa al edificio de mi oficina, me descubrí envidiando el trabajo de Ainsley. Aunque el mío está mejor pagado y resulta más interesante, el suyo es más temporal; ella sabe lo que quiere hacer después. Además, trabaja en un edificio nuevo y brillante con aire acondicionado, mientras que el mío

es de ladrillo sucio y con las ventanas pequeñas. Y encima su trabajo se sale de lo normal. Cuando conoce a alguien en una fiesta, todos se sorprenden cuando les dice que controla la calidad de los cepillos de dientes eléctricos defectuosos, y entonces ella les responde: «¿Qué otra cosa se puede hacer hoy en día con una licenciatura en Filosofía y Letras?». En cambio mi empleo es de lo más previsible. También se me ocurrió que en realidad yo estoy mejor preparada que ella para ese trabajo. Por lo que veo en casa, estoy segura de que mis capacidades mecánicas son superiores a las suyas.

Por fin llegué al despacho, tres cuartos de hora tarde. Nadie dijo nada, pero todas se dieron cuenta.

2

Dentro la humedad era peor. Sorteé los escritorios de las señoras y me dirigí a mi rincón. En cuanto me hube instalado tras la máquina de escribir, ya noté los muslos pegados a la tapicería de polipiel de la silla. Constaté que el sistema de airé acondicionado se había vuelto a estropear, aunque como en realidad se trata solo de un ventilador que da vueltas en el centro del techo y remueve el aire como una cuchara en un plato de sopa, no importa demasiado si funciona o no. Pero para la moral de las señoras no era nada bueno ver las aspas colgando inmóviles ahí arriba, porque daba la sensación de que no se estaba haciendo nada al respecto, y elevaba su inercia a cotas aún más altas. Permanecían agazapadas en sus asientos, quietas como sapos, abriendo y cerrando la boca. Los viernes siempre son malos en la oficina.

Ya había empezado a teclear lánguidamente en la máquina de escribir húmeda cuando la señora Withers, la dietista, abrió la puerta, se detuvo e inspeccionó la sala. Llevaba su habitual peinado a lo Betty Grable y unos zapatos abiertos por delante, y parecía que llevara hombreras a pesar de ir con un vestido sin mangas.

—Ah, Marian —dijo—. Has llegado justo a tiempo. Necesito a otra catadora para el arroz con leche, y ninguna señora parece tener hambre esta mañana.

De pronto cambió la trayectoria y se dirigió a la cocina. Por algún motivo, los dietistas son inasequibles al desaliento. Me despegué de la silla, sintiéndome como una voluntaria a la que hubieran escogido a dedo, pero me obligué a recordar que a mi estómago no le sentaría mal otro desayuno.

En la diminuta e inmaculada cocina me explicó su problema mientras llenaba tres cuencos de vidrio con cantidades iguales de arroz con leche.

—Tú trabajas con cuestionarios, Marian, tal vez puedas ayudamos. No estamos seguros de si pedir que prueben los tres sabores durante la misma comida o cada uno por separado, en comidas consecutivas. O tal vez sería mejor que los probaran por pares, vainilla y naranja en una comida, por ejemplo, y vainilla y caramelo en otra. Evidentemente, queremos que las respuestas sean lo más objetivas posible, e influye tanto lo que coman antes…; los colores de las verduras, el mantel y todo eso.

Probé el de vainilla.

—¿Cómo valorarías el color? —me preguntó con impaciencia, lápiz en ristre para anotar mi respuesta—. ¿Natural? ¿Algo artificial? ¿Claramente no natural?

—¿Han pensado en añadirle pasas? —dije, disponiéndome a probar el de caramelo. No quería ofenderla.

—Las pasas son un riesgo —replicó—. A mucha gente no le gustan.

Dejé el de caramelo y cogí el de naranja.

—¿Van a recomendar que se sirvan calientes? ¿O con nata?

—Bueno, en principio están pensados para personas que disponen de poco tiempo —dijo—. Lo normal es que los tomen fríos. Si quieren pueden añadirles la nata después. Vaya, no tenemos nada en contra, aunque desde el punto de vista nutricional no es necesario, porque ya están enriquecidos con vitaminas, pero por ahora lo que nos interesa es estrictamente un test de sabor.

—Creo que sería mejor que los probaran en comidas consecutivas.

—Ojalá pudiéramos hacer la prueba a media tarde. Pero necesitamos obtener una reacción familiar… —Dio unos golpecitos con el lápiz en el borde del fregadero de acero inoxidable.

—Bueno, creo que será mejor que vuelva a lo mío.

Decidir por ellos lo que querían saber no formaba parte de mi trabajo.

A veces me pregunto qué forma parte de mi trabajo, sobre todo cuando me visualizo a mí misma llamando a talleres para preguntar a los mecánicos datos sobre pistones y juntas de culata, o entregando rosquillas a viejas desconfiadas en las esquinas. Sé en calidad de qué me contrató Encuestas Seymour: se supone que debo dedicar mi jornada a revisar cuestionarios, a convertir la redacción retorcida y excesivamente sutil de los psicólogos que los escriben en preguntas sencillas que entiendan tanto quienes las formulan como quienes las responden. Una pregunta como «¿En qué punto percentil ubicaría usted el valor del impacto visual?» no sirve. Cuando me ofrecieron el trabajo, después de terminar la carrera, consideré que había tenido suerte —era mejor que muchos otros—, pero después de cuatro meses sus límites seguían siendo vagos.

A veces estoy segura de que me están preparando para ascenderme, pero como solo tengo una noción vaga del organigrama de Encuestas Seymour, no se me ocurre adonde. La empresa está organizada en capas, como un helado de tres sabores: la capa superior, la inferior y nuestro departamento, que es la bola pegajosa del centro. En la planta superior están los ejecutivos y los psicólogos —a los que nos referimos como «los hombres de arriba», pues todos son hombres—, que se encargan de organizar las relaciones con los clientes. Alguna vez he entrevisto sus despachos, enmoquetados y decorados con muebles caros y con reproducciones sobre seda de obras del Grupo de los Siete. En la planta inferior a la nuestra están las máquinas —las de mimeografía y las IBM—, que cuentan y clasifican y ordenan la información. También he estado allí, rodeada de esa especie de estruendo como de fábrica en el que los operarios parecen estar nerviosos y tener mucho trabajo, con los dedos manchados de tinta. Nuestro departamento es el eslabón entre las dos: se supone que nosotras nos ocupamos del factor humano, es decir, de los entrevistados. Como los estudios de mercado son una especie de explotación agrícola, una especie de fábrica artesanal de calcetines, todas son amas de casa que trabajan en sus ratos libres y cobran por encuesta realizada. No ganan mucho, pero les gusta salir de casa. A los que responden los cuestionarios no se les paga nada; muchas veces me pregunto por qué se molestan. Tal vez sea por el discurso inicial en el que se les dice que con sus

respuestas contribuyen a mejorar los productos que consumen sin salir de casa, como si fueran científicos. O tal vez es que les apetece hablar con alguien. En realidad me parece que la mayoría de la gente se siente halagada cuando le piden su opinión.

Como nuestro departamento trata fundamentalmente con mujeres, todas, a excepción del pobre chico de los recados, somos mujeres. Nos han asignado una sala grande pintada de verde burocrático, con un cubículo de cristales opacos en un extremo para la señora Bogue, jefe del departamento, y unas mesas de madera en la otra punta para las mujeres de aspecto maternal que se sientan a descifrar la caligrafía de los entrevistados y a marcar los cuestionarios cumplimentados con lápices de colores. Allí, con sus tijeras, sus tubos de pegamento y sus fajos de papel, parecen una clase de párvulas jubiladas. El resto de las que componemos el departamento nos sentamos en varios escritorios en el espacio que queda entre esos dos extremos. Disponemos de un comedor cómodo, decorado con cortinas de cretona para las que se traen la comida de casa, y de una máquina de café y té, aunque algunas de las señoras se traen sus propias teteras; también disponemos de un lavabo rosa, con un cartel sobre los espejos en el que se nos invita a no tirar pelos ni posos de té por el desagüe.

Entonces, ¿a qué podría aspirar en Encuestas Seymour? No a convertirme en uno de los hombres del piso de arriba, ni en uno de los que manejan las máquinas, ni en una de las señoras que marcan encuestas, pues eso sería un retroceso. Podría, sí, aspirar a ser como la señora Bogue, o a convertirme en su asistente, pero a juzgar por el panorama tardaría años en conseguirlo, y además no estaba segura de querer eso.

Cuando me faltaba poco para terminar el cuestionario sobre el estropajo, un trabajo urgente, la señora Grot, de contabilidad, entró en la oficina. Venía a ver a la señora Bogue, pero de camino se detuvo junto a mi escritorio. Es una mujer baja y rechoncha, con el pelo del color de las bandejas metálicas de las neveras.

—Bueno, señorita MacAlpin —me saludó—. Ya lleva cuatro meses con nosotros, lo que le da derecho a suscribir su plan de pensiones.

—¿Plan de pensiones? —Cuando entré en la empresa me habían hablado del tema, pero lo había olvidado—. ¿No es un poco pronto para eso? En fin, ¿no le parece que soy demasiado joven?

—Bueno, es mejor empezar pronto, ¿no? —me respondió la señora Grot. Detrás de las gafas con montura al aire, los ojos le brillaban. Seguro que estaba encantada con la idea de descontarme algo más de la nómina.

—Creo que no quiero hacerme un plan de pensiones —señalé—. Se lo agradezco.

—Ya, pero es que es obligatorio, ¿entiende? —dijo con aplomo.

—¿Obligatorio? ¿Aunque no quiera?

—Sí, claro. Es que si nadie pagara, nadie podría cobrar nada, ¿no? Le he traído los documentos necesarios; solo tiene que firmar aquí.

Firmé, pero cuando la señora Grot se hubo ido, de pronto me sentí deprimida; aquello me había afectado más de la cuenta. No era solo la sensación de sentirme

sujeta a unas reglas que no me importaban y de las que no deseaba formar parte; a eso ya te acostumbras en el colegio. Era una especie de pánico supersticioso por haber firmado, por haber puesto mi nombre en un documento mágico que parecía atarme a un futuro tan lejano que ni siquiera era capaz de pensar en él. En alguna parte, delante de mí, otro yo me estaba esperando, un yo preconfigurado, un yo que había trabajado incontables años en Encuestas Seymour y finalmente recibía su recompensa. Una pensión. Visualicé una habitación blanca con una estufa eléctrica. A lo mejor llevaría sonotone, como mis tías abuelas, que no se habían casado. Hablaría sola. Los niños me tirarían bolas de nieve. Me dije a mí misma que no fuera tonta. Seguramente el mundo ya habría explotado para entonces. Me recordé que si quería podía *despedirme de* aquel trabajo al día siguiente y buscarme otro. Pero no sirvió de nada. Pensé en la firma, en que quedaría archivada, que el archivo lo meterían en un cofre, que lo guardarían en la caja fuerte de algún sitio y lo cerrarían con llave.

Agradecí la pausa de las diez y media. Sabía que debería haberme quedado trabajando para compensar mi retraso de la mañana, pero me convenía distraerme un poco.

Salgo a tomar un café con las únicas tres personas del departamento de mi edad. A veces Ainsley también viene, cuando está cansada de los demás controladores de cepillos de dientes eléctricos. No es que le caigan especialmente bien mis tres compañeras de trabajo, a las que llama, colectivamente, las vírgenes de la oficina. La verdad es que no se parecen mucho —aparte de ser las tres rubias de peluquería—; Emmy, la mecanógrafa, lleva un tinte más rojizo y el pelo suelto; Lucy, que trabaja de relaciones públicas o algo así, es rubia platino y va muy bien peinada; y Millie, que es australiana y asistente de la señora Bogue, tiene el cabello quemado por el sol y lo lleva corto. Las tres, según han confesado en varias ocasiones entre cafés y galletas, son vírgenes. Millie lo es debido a un sólido sentido práctico infantil («Creo que a la larga es mejor esperar a estar casada. Menos problemas»); Lucy, por la presión social («¿Qué diría la gente?»), que parece enraizada en la convicción de que todos los dormitorios tienen micrófonos ocultos, y que la sociedad se agolpa al otro lado, sintonizando los auriculares; y Emmy, que es la hipocondríaca del despacho, por el temor a caer enferma, cosa que seguramente le sucedería. A las tres les gusta viajar. Millie ha vivido en Inglaterra, Lucy ha estado dos veces en Nueva York y Emmy quiere ir a Florida. Cuando ya hayan viajado lo bastante, les gustaría casarse y llevar una vida tranquila.

—¿Habéis oído que han cancelado la encuesta sobre laxantes en Quebec? —dijo Millie cuando estábamos sentadas en nuestra mesa de costumbre, en el desangelado restaurante que había al otro lado de la calle, el que nos quedaba más cerca—. Y eso que iba a ser un trabajo importante, con una prueba por las casas y un cuestionario de treinta y dos páginas. —Millie siempre se enteraba de todo antes que las demás.

—Pues a mí me parece bien —murmuró Emmy—. No veo cómo iban a hacer treinta y dos páginas de preguntas sobre «eso» —añadió, rascándose el esmalte de

uñas del pulgar. Emmy siempre parece estar desintegrándose: siempre le cuelgan hilos del dobladillo, el pintalabios se le desprende en láminas secas; suelta pelos rubios y escamas de cuero cabelludo que le caen sobre los hombros. Allá donde va deja siempre un rastro de sí misma.

Vi entrar a Ainsley y la saludé. Se apretujó en uno de los bancos, nos saludó a todas y se sujetó un mechón de pelo que se le había soltado. Las vírgenes de la oficina le devolvieron el saludo, aunque sin excesivo entusiasmo.

—Pues no sería la primera vez —dijo Millie, que llevaba en la empresa más tiempo que las demás—. Y funciona. Dan por sentado que cualquier persona capaz de pasar de la página tres debe de ser algo así como una adicta a los laxantes, no sé si me explico, y que es capaz de llegar hasta el final.

—¿Qué no sería la primera vez? —preguntó Ainsley.

—¿Qué os apostáis a que no limpia la mesa? —intervino Lucy en voz lo bastante alta como para que la camarera la oyera. Lucy libra una batalla continua con la camarera, que lleva pendientes de Woolworth y tiene el ceño fruncido y salta a la vista que no es una virgen de la oficina.

—El estudio de laxantes de Quebec —le comenté en privado a Ainsley.

La camarera llegó, limpió la mesa ostentosamente y anotó nuestro pedido. Lucy se puso quisquillosa con su galleta: sobre todo que esta vez no se la trajera con pasas.

—La última vez me la trajo con pasas —nos informó— y yo le dije que no las soportaba. Nunca las he soportado. Puaj.

—¿Por qué solo en Quebec? —preguntó Ainsley, sacando el humo por la nariz—. ¿Hay alguna razón psicológica? —Ainsley se había licenciado en Psicología.

—Y yo qué sé —dijo Millie—. Supongo que es solo que allí la gente va más estreñida. ¿No comen muchas patatas?

—¿Estriñen tanto las patatas? —preguntó Emmy, inclinándose sobre la mesa. Se alisó unos mechones de pelo de la frente y una nube de minúsculas motas se desprendió de ella y empezó a flotar en el aire.

—No será solo por las patatas —declaró Ainsley—. Debe de ser su complejo de culpa colectivo. O la tensión por el problema lingüístico. Deben de estar terriblemente reprimidos.

Las demás la miraron con hostilidad. Se notaba que creían que estaba dándoselas de lista.

—¡Qué calor hace hoy! —soltó Millie—. El despacho es como un horno.

—¿Alguna novedad en tu oficina? —le pregunté a Ainsley para cambiar de tema.

Ainsley apagó la colilla.

—Pues sí, hemos tenido bastante movimiento —dijo—. Una mujer ha intentado librarse de su esposo provocando un cortocircuito en su cepillo de dientes, y uno de nuestros chicos tiene que intervenir en el juicio como testigo, declarar que al aparato nunca le habría podido pasar eso en condiciones normales. Y quiere que yo lo

acompañe en calidad de ayudante especial, o algo así, pero es tan aburrido… Seguro que en la cama es un muerto.

Sospeché que Ainsley se lo estaba inventando todo, pero tenía los ojos más azules y más redondos que nunca. Las vírgenes de la oficina se agitaron en sus asientos. Ainsley tiene una manera informal de hablar de los varios hombres de su vida que las incomoda.

Por suerte; nos sirvieron el desayuno.

—La muy zorra me ha vuelto a traer una con pasas —se quejó Lucy, y empezó a quitarlas con sus uñas largas y perfectas, iridiscentes, y a amontonarlas a un lado del plato.

Cuando volvíamos a la oficina le comenté a Millie lo del plan de pensiones.

—No sabía que fuera obligatorio —le dije—. No veo por qué tengo que pagar la cuota para que esas viejas arpías, como la señora Grot, se jubilen y coman de mi sueldo.

—Ah, sí, a mí al principio también me preocupaba —me respondió Millie sin prestarme gran atención—. Ya se te pasará. Bueno, espero que hayan arreglado el aire acondicionado.

3

Ya había vuelto de comer y estaba lamiendo sellos y pegándolos en sus respectivos sobres para el estudio nacional sobre el caramelo instantáneo para el flan, que iba retrasado porque alguien en copistería había puesto al revés una de las hojas, cuando la señora Bogue salió de su cubículo.

—Marian —anunció con un suspiro de resignación—, me temo que habrá que sustituir a la señora Dodge, de Kamloops. Está embarazada. —La señora Bogue frunció ligeramente el ceño: para ella los embarazos son actos de deslealtad hacia la empresa.

—Qué lástima —dije. El enorme mapa de pared del país, salpicado de chinchetas rojas como granos de sarampión, está justo encima de mi escritorio, lo que implica que la sustracción y adición de encuestadoras parece haberse convertido en parte de mi trabajo. Me subí a la mesa, localicé Kamloops y saqué la chincheta con el banderín de papel en el que se leía «Dodge».

—Ya que estás ahí arriba —añadió la señora Bogue—, ¿podrías quitar también a la señora Ellis, de Blind River? Espero que sea algo temporal, siempre ha trabajado muy bien, pero nos ha escrito que una señora la echó de su casa persiguiéndola con un cuchillo de cocina, se cayó por las escaleras y se rompió una pierna. Ah… y añade esta, que es nueva. Señora Gauthier, en Charlottetown. Espero sinceramente que sea mejor que la última. Charlottetown siempre es muy difícil.

Cuando bajé, me dedicó una dulce sonrisa, lo que me puso en guardia. La señora Bogue tiene unos modales muy afectuosos, casi cariñosos, cosa que le sirve para tratar con las encuestadoras, y cuando quiere algo es cuando más encantadora se muestra.

—Marian —dijo—, tenemos un pequeño problema. Vamos a empezar un estudio sobre cerveza la semana que viene, ya sabes, ese del teléfono, y los de arriba han decidido que necesitamos hacer una prueba previa este fin de semana. Están preocupados por el cuestionario. Podríamos pedírselo a la señora Pilcher, es buena encuestadora, pero este es el fin de semana largo y preferimos no hacerlo. Tú pensabas quedarte en la ciudad, ¿no?

—¿Tiene que ser este fin de semana? —pregunté, aunque sin saber muy bien por qué.

—Bueno, el caso es que deberíamos tener los resultados el martes sin falta. Solo has de conseguir a siete u ocho hombres.

Que hubiera llegado tarde aquella mañana le daba ventaja.

—Está bien, lo haré mañana.

—Te lo descontaremos de tu jornada, claro —concluyó la señora Bogue mientras se alejaba, y yo me quedé pensando si aquello había sido un comentario irónico.

Como siempre emplea el mismo tono dulzón, no es fácil de saber.

Terminé de cerrar los sobres, fui a recoger las encuestas, que me dio Millie, y las repasé para ver si encontraba algún punto problemático. Las preguntas de la sección inicial eran bastante normales. Las siguientes estaban pensadas para valorar la respuesta del oyente ante una cuña radiofónica con música, parte de la campaña publicitaria de una nueva marca de cerveza que una de las grandes empresas estaba a punto de lanzar al mercado. En un determinado momento, el encuestador debía pedir al entrevistado que descolgara el teléfono y marcara un número determinado, tras lo cual podría oír la melodía en cuestión. Luego había una serie de preguntas en las que se pedía al hombre que valorara si le gustaba el anuncio, si creía que podía influir en sus hábitos de compra, etc.

Marqué el número de teléfono. Como la encuesta no se iba a llevar a cabo hasta la semana siguiente, a lo mejor alguien se había olvidado de poner el disco, y quería asegurarme de que no fuera así para no hacer el ridículo.

Después de los tonos de rigor y tras el zumbido y el chasquido al descolgar, se oyó una voz grave, de bajo, acompañada por lo que parecía ser una guitarra eléctrica, que decía:

Keto, Keto,
de la tierra del pino y el abeto,
chispeante, tonificante,
ligera y refrescante…

A continuación, una voz casi tan grave como la del cantante declamaba persuasivamente sobre el mismo fondo musical:

> Todo hombre de verdad, cuando llegan las vacaciones y se va a cazar, a pescar o simplemente a eso tan anticuado que llamamos descansar, necesita una cerveza de sabor fresco e intenso, de sabor masculino. En el primer sorbo, bien frío, ya notará que Keto es exactamente lo que siempre le ha pedido a una buena cerveza. Ponga en su vida el sabor de lo salvaje hoy mismo tomándose una jarra de cerveza Keto.

En ese momento, el cantante reanudaba su actuación:

Burbujeante, tonificante,
ligera y refrescante,
¡Keto, Keto, Keto, cerveza Keto!

A continuación, se oía un clímax de sonidos y el disco se apagaba. Todo se sucedía en el orden correcto.

Me acordé de las imágenes que había visto para la presentación visual, programadas para aparecer en revistas y carteles: la etiqueta iba a mostrar dos cornamentas sobre las que se cruzarían un rifle y una caña de pescar. La canción reforzaba aquella idea. A mí no me parecía muy original, pero admiraba la sutileza de «eso tan anticuado que llamamos descansar». Lo decían para que el bebedor de cerveza estándar, el señor de hombros caídos y barriga prominente, sintiera una identificación mística con el deportista de camisa a cuadros que se mostraba en las imágenes con el pie sobre un ciervo abatido o metiendo una trucha en la cesta.

Ya iba por la última página cuando sonó el teléfono. Era Peter. Por su tono de voz me di cuenta de que había algún problema.

—Óyeme, Marian, esta noche no podré cenar contigo.

—¿Ah, no? —dije, esperando una explicación. Estaba decepcionada, tenía la esperanza de animarme si cenaba con él. Además, ya volvía a tener hambre. Llevaba todo el día picando porquerías y había dado por sentado que por la noche podría comer algo más nutritivo. Pero aquello significaba otra cena precocinada de esas que Ainsley y yo reservábamos para casos de urgencia—. ¿Ha pasado algo?

—Cuando te lo cuente lo entenderás. Es Trigger —añadió empezando a reírse—. Trigger se casa.

—Vaya —fue mi respuesta. Quise añadir: «lo siento», pero no me pareció adecuado. Resultaba absurdo mostrar la comprensión que se expresa ante un pequeño contratiempo cuando en realidad me hallaba ante una tragedia nacional—. ¿Quieres que te acompañe? —le pregunté, ofreciéndole mi apoyo.

—No, no, por Dios. Aún sería peor. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Cuando colgó, analicé las consecuencias. La más evidente era que la noche siguiente tendría que tratar a Peter con especial delicadeza: Trigger era uno de sus mejores amigos. En realidad, era el último de su grupo de amigos de toda la vida que quedaba soltero. Aquello había sido una especie de epidemia. Justo antes de conocerlo habían sucumbido dos, y en los cuatro meses siguientes, otros dos habían caído sin previo aviso. Ese verano, él y Trigger se habían sentido cada vez más solos en sus sesiones etílicas de solteros, y cuando los demás se tomaban la noche libre para unirse a ellos, los tristes relatos de Peter me daban a entender que el tono general de las veladas no era más que un sustituto artificial de la alegría irresponsable del pasado. Trigger y él se habían aferrado el uno al otro como dos ahogados, intentando convertirse en el mutuo reflejo tranquilizador que ambos necesitaban. Finalmente Trigger se había hundido y el espejo quedaría vacío. Claro que estaban los demás alumnos de Derecho, pero casi todos también estaban casados. Además, pertenecían a la edad de plata postuniversitaria de Peter, y no a la primera edad de oro.

Sentía lástima por él, pero además sabía que debería andar con pies de plomo. Si los dos matrimonios anteriores le habían servido de aviso, después de dos o tres copas empezaría a ver en mí el reflejo de la intrigante sirena que se había llevado a Trigger.

No me atreví a preguntarle cómo lo había conseguido ella, porque no quería que pensara que estaba recogiendo ideas. Lo mejor sería intentar distraerlo.

Mientras meditaba, Lucy se acercó a mi escritorio.

—¿Podrías escribirle una carta en mi nombre a esta señora? Tengo un dolor de cabeza que no veas, y no se me ocurre qué decirle.

Se llevó una elegante mano a la frente y con la otra me alargó una nota escrita a lápiz sobre una cartulina. La leí.

> Señores: Los cereales estaban buenos, pero entre las pasas he encontrado esto. Atentamente, RAMONA BALDWIN

Al final de la carta había una mosca pegada con cinta adhesiva.

—Sí, es de aquel estudio de cereales con pasas —dijo Lucy con un hilo de voz. Se esforzaba por que me compadeciera de ella.

—Está bien, ¿tienes su dirección?

Redacté varios borradores.

> Querida señora Baldwin: sentimos muchísimo que haya encontrado ese objeto en sus cereales, pero ya se sabe que siempre hay pequeños errores inevitables.

> Querida señora Baldwin: sentimos haberle causado molestias, pero podemos asegurarle que el contenido íntegro del paquete era totalmente estéril.

> Querida señora Baldwin: le agradecemos que nos haya informado de esta anomalía, pues siempre nos interesa conocer las faltas que hayamos podido cometer.

Sabía que lo más importante de todo era no llamar a la mosca por su nombre.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez era una voz que no esperaba.

—¡Clara! —exclamé, consciente de haberla tenido abandonada—. ¿Cómo estás?

—Hecha una mierda, gracias —contestó—. Pero igualmente te invito a cenar esta noche. Me encantaría ver algún rostro externo.

—Perfecto —le respondí con un entusiasmo que solo era sincero a medias. Sería mejor que cenar viendo la tele—. ¿A qué hora quedamos?

—Bueno, ya sabes. Cuando te vaya bien. Aquí no somos precisamente puntuales —dijo con un deje de amargura.

Ahora que ya había aceptado, empecé a pensar a toda prisa en lo que ello implicaba: me había invitado para que le sirviera de distracción y de confidente, para que escuchara su recital de problemas, y la verdad era que no me apetecía.

—¿Te parece bien que vaya con Ainsley? —le pregunté—. Bueno, si no tiene otros planes.

Me dije que a Ainsley no le iría mal una buena cena (solo se había tomado un café a media mañana), aunque en el fondo quería que me acompañara para no sentirme tan presionada. Ella y Clara podrían hablar de psicología infantil.

—Sí, claro, ¿por qué no? —respondió Clara—. Cuantos más mejor. Este es nuestro lema.

Llamé a Ainsley al trabajo y le pregunté si pensaba hacer algo esa noche, a lo que ella contestó que había recibido dos invitaciones y las había rechazado: una del testigo en el juicio por el asesinato del cepillo de dientes y otra del estudiante de odontología de la noche anterior. Con este último había estado bastante brusca: no pensaba volver a salir con él en toda su vida. Según ella, el chico le había asegurado que en la fiesta solo habría pintores.

—Bueno, entonces no haces nada —concluí yo, remarcando el dato.

—No —dijo Ainsley—. A menos que surja algo.

—Entonces, ¿por qué no te vienes a cenar conmigo a casa de Clara? —Esperaba protestas, pero aceptó sin rechistar. Quedamos en encontrarnos en la estación de metro.

A las cinco me levanté de mi escritorio y me dirigí al baño de señoras rosa. Necesitaba unos minutos de soledad para enfrentarme a la cena en casa de Clara. Pero Emmy, Lucy y Millie estaban dentro, peinándose los rubios cabellos y retocándose el maquillaje. Los tres pares de ojos brillaban en los espejos.

—¿Sales esta noche, Marian? —preguntó Lucy con falso desinterés. Compartíamos la misma línea telefónica y estaba claro que se había enterado de lo de Peter.

—Sí —respondí, sin revelar más información. Su mezcla de curiosidad y desazón me ponía nerviosa.

4

A última hora de la tarde caminé por la acera hacia la estación de metro envuelta en una espesa neblina dorada producida por el calor y el polvo. Era casi como avanzar por debajo del agua. Cuando aún estaba lejos VI a Ainsley iluminada por el sol junto a un poste del teléfono, y cuando llegué a su lado ella se volvió y se unió a las colas de oficinistas que bajaban las escaleras y se internaban en el frescor de las cavernas subterráneas. Fuimos rápidas y conseguimos asientos, aunque en lados opuestos del vagón, y yo me puse a leer los anuncios a través de una pantalla de cuerpos tambaleantes. Cuando nos bajamos y volvimos a salir a la calle a través de pasillos pintados en tonos pastel, el aire parecía menos húmedo.

La casa de Clara estaba unas calles más al norte. Caminamos en silencio; pensé en comentarle lo del plan de pensiones, pero decidí no hacerlo. Ainsley no entendería por qué me perturbaba la idea; no vería ninguna razón por la que no pudiera dejar mi trabajo y buscarme otro, pensaría que no era nada definitivo. Luego pensé en Peter y en lo que le había pasado. Pero si se lo contaba a Ainsley, le parecería divertido. Al final le pregunté si se sentía mejor.

—No te preocupes tanto por mí, Marian —me dijo—. Haces que me sienta como una inválida.

Aquello me dolió y no respondí nada.

Subíamos por una calle con algo de pendiente. La ciudad asciende desde el lago en una serie de ligeras ondulaciones, aunque vista desde cualquier punto parece plana. Por eso el aire allí era más fresco. Aquella zona también resultaba más tranquila. Pensé que Clara tenía suerte, y más en sus circunstancias, de vivir tan lejos del calor y el ruido del centro. Aunque a ella le parecía una especie de exilio; al principio se habían instalado en un apartamento cerca de la universidad, pero la falta de espacio les había obligado a trasladarse más al norte, aunque aún no habían alcanzado el verdadero extrarradio, lleno de *bungalows* modernos y caravanas fijas. Su calle era antigua, pero no tan bonita como la nuestra. Las casas tenían dos plantas, eran alargadas y estrechas, con porches de madera y escuetos jardines traseros.

—Qué calor hace, Dios mío —se quejó Ainsley al llegar al caminito que llevaba a casa de Clara.

La hierba del parterre delantero, del tamaño de un felpudo, llevaba bastante tiempo sin que la cortaran. Había una muñeca casi decapitada tirada en la escalera, y en el interior de un cochecito de bebé, un osito de peluche con el relleno medio salido. Llamé a la puerta y al cabo de unos momentos Joe apareció tras la mosquitera, taciturno y despeinado, abrochándose la camisa.

—Hola, Joe —le dije—, ya estamos aquí. ¿Cómo se encuentra Clara?

—Hola, pasad —nos indicó, apartándose un poco—. Clara está detrás.

Atravesamos la casa, que tenía la distribución habitual de ese tipo de viviendas —salón delante, comedor anexo con puertas correderas, luego la cocina—, pasando por encima de algunos objetos y esquivando otros. Bajamos como pudimos la escalera del porche trasero, que estaba lleno de botellas vacías de todo tipo, de cerveza, de leche, de vino, de *whisky*, y de biberones, y vimos a Clara en el jardín, sentada en una butaca redonda de mimbre con patas metálicas. Tenía los pies sobre una silla y sostenía a su hijo menor cerca de lo que en otro tiempo había sido su regazo. Clara es tan delgada que sus embarazos siempre llaman la atención, y ahora, en el séptimo mes, parecía una boa constríctor que se hubiera tragado una sandía. Su cabeza, con la aureola de pelo claro, parecía hecha a propósito para parecer más pequeña y hasta más frágil a causa del contraste.

—Hola —dijo con voz cansada cuando nos vio bajar la escalera de atrás—. Hola, Ainsley, me alegro de volver a verte. ¡Qué calor!

Le dimos la razón y nos sentamos en el césped, a su lado, porque no había más sillas. Ainsley y yo nos quitamos los zapatos; Clara ya iba descalza. Resultaba difícil mantener una conversación, pues toda la atención se centraba sin remedio en el bebé, que lloriqueaba y durante un rato fue el único que dijo algo.

Cuando me llamó por teléfono, Clara parecía pedirme que de alguna manera la rescatara, pero en ese momento tuve la sensación de que no había gran cosa que yo pudiera hacer, y que en realidad ella no esperaba que hiciera nada. Yo debía limitarme a ser una testigo, quizás una especie de papel secante que absorbiera con mi mera presencia parte de su aburrimiento.

El bebé había dejado de quejarse y estaba balbuceando. Ainsley arrancaba briznas de hierba.

—Marian —me dijo Clara finalmente—, ¿puedes coger a Elaine un ratito? No le gusta estar en el suelo y tengo los brazos que se me caen a trozos.

—Ya te la cojo yo —se ofreció Ainsley inesperadamente.

Clara se desprendió de la niña y se la pasó a Ainsley.

—Venga, vamos, pequeña sanguijuela. A veces me parece que tiene el cuerpo lleno de ventosas, como los pulpos.

Se reclinó en el respaldo y cerró los ojos. Parecía un extraño cultivo vegetal, un tubérculo bulboso al que le hubieran crecido cuatro raíces delgadas y blancas y una flor amarilla, pálida. En un árbol cercano cantaba una cigarra y su vibración monótona era como una punzada de sol caliente en los oídos.

Ainsley sostenía a la niña con torpeza, observando su cara con curiosidad. Pensé en lo mucho que se parecían aquellos dos rostros. La niña la miraba muy erguida, con los ojos tan redondos como los de Ainsley. La boca rosada le babeaba un poco.

Clara levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¿Os apetece tomar algo? —nos preguntó, como recordando que era la anfitriona.

—No te preocupes, estamos bien —respondí yo al momento, alarmada al imaginarla luchando por levantarse de la butaca—. ¿Y tú? ¿Quieres que vaya a buscarte algo? —Me habría sentido mejor si hubiera podido serle útil.

—Joe sale ahora mismo —comentó, como justificándose—. Bueno, contadme alguna noticia. ¿Qué hay de nuevo?

—No gran cosa —respondí. Intentaba pensar en algo que la entretuviera, pero todo lo que hubiera podido contarle, asuntos del trabajo o de los sitios en los que había estado, o de la decoración del apartamento, le habría recordado su propia inercia, su falta de espacio y de tiempo, sus días claustrofóbicos con todos sus pequeños detalles necesarios.

—¿Sigues saliendo con ese chico tan agradable y guapo? ¿Cómo se llama? Recuerdo que una vez vino a buscarte.

—¿Te refieres a Peter?

—Sí, aún sale con él —intervino Ainsley con un atisbo de desaprobación—. La ha monopolizado. —Estaba sentada con las piernas cruzadas y se puso a la niña en el regazo, boca abajo, para poder encender un cigarrillo.

—Suena bien —dijo Clara con voz melancólica—. Por cierto, ¿a que no adivinas quién ha vuelto? Len Slank. El otro día llamó.

—¿En serio? ¿Cuándo ha llegado? —Estaba molesta porque no me hubiera llamado a mí también.

—Hará una semana, según me dijo. Me comentó que había intentado ponerse en contacto contigo, pero que no había conseguido tu teléfono.

—Podría haberlo preguntado en información —apunté secamente—. Pero me encantaría verlo. ¿Qué tal está? ¿Cuánto tiempo se queda?

—¿Quién es? —preguntó Ainsley.

—Oh, nadie que te interese —me apresuré a contestar. No concebí a dos personas menos compatibles—. Es solo un viejo amigo de la facultad.

—Se fue a Inglaterra y se metió en el mundo de la televisión —dijo Clara—. No estoy muy segura de a qué se dedica. Es muy agradable, pero con las mujeres es terrible. Una especie de seductor de jovencitas. Según él, todas las que pasan de los diecisiete son demasiado viejas.

—Ah, uno de esos —comentó Ainsley—. Qué aburridos. —Y aplastó la colilla en el césped.

—Pues me dio la sensación de que había vuelto precisamente por eso —prosiguió Clara con cierto ímpetu—. Por un lío con alguna chica. Lo mismo que le hizo marcharse a Inglaterra.

—Ah —dije yo, en absoluto sorprendida.

Ainsley soltó un gritito y dejó a la niña sobre la hierba.

—Me ha mojado todo el vestido —protestó.

—Sí, es lo que tienen los bebés —dijo Clara.

La niña empezó a chillar. Yo la cogí con reparo y se la di a su madre. Estaba dispuesta a ayudarla, pero solo hasta cierto punto.

Clara levantó a la niña.

—Pero bueno, si pareces una boca de incendios —le dijo en tono tranquilizador —. Has ensuciado el vestido de la amiga de mamá, ¿verdad? La mancha se quitará al lavarla, Ainsley. Pero es que no queríamos ponerte braguitas de plástico con este calor, ¿verdad, marranita? No os creáis nunca lo que os digan sobre el instinto maternal —añadió sonriéndonos—. No entiendo que alguien pueda querer a sus hijos hasta que se conviertan en seres humanos.

Joe apareció en el porche con un trapo sujeto al cinturón a modo de delantal.

—¿Alguien quiere una cerveza antes de cenar?

Ainsley y yo aceptamos al momento.

—Y a mí tráeme un poco de vermut, por favor, cariño —dijo Clara—. No puedo beber otra cosa. Todo lo demás me sienta mal. Joe, ¿puedes cambiar a la niña?

Joe bajó la escalera y la cogió en brazos.

—Por cierto —comentó él—, no habrás visto a Arthur por aquí, ¿verdad?

—Oh, no, ¿dónde se ha metido ahora ese monstruo? —preguntó Clara mientras Joe desaparecía en el interior de la casa. Parecía una pregunta retórica—. Creo que ha aprendido a abrir la puerta de atrás. ¡Será cabroncete! ¡Arthur! Ven, cariño —lo llamó sin energía.

Al fondo del estrecho jardín, la ropa del tendedero, que colgaba casi hasta rozar el suelo, se separó y, tras unas manos rechonchas, apareció el hijo mayor de Clara. Igual que la niña, solo llevaba puesto un pañal. Vaciló, mirándonos con desconfianza.

—Ven, cielo, vamos a ver qué has estado haciendo. Y no toques las sábanas limpias —ordenó sin convicción.

Arthur se acercó a nosotras levantando mucho los pies a cada paso. La hierba debía de hacerle cosquillas. Llevaba el pañal muy suelto, sujeto solo por la fuerza de la voluntad, por debajo de la abultada barriga con el ombligo salido. Tenía el ceño fruncido.

Joe volvió con una bandeja.

—La he metido en la cesta de la colada —anunció—. Está jugando con las pinzas de la ropa.

Arthur había llegado donde estábamos y se había quedado junto a la silla de su madre, con el ceño aún fruncido.

—¿Por qué pones esa cara, diablillo? —Le pasó la mano por detrás y le palpó el pañal—. Me lo suponía —suspiró—. Tanto silencio no podía ser bueno. Marido, tu hijo se ha cagado otra vez. No sé dónde. En el pañal no está.

Joe nos alargó las bebidas, se arrodilló y le habló a su hijo con serenidad no exenta de firmeza.

—Enséñale a papá dónde lo has dejado.

Arthur alzó la vista para mirarlo, indeciso sobre si sonreír o hacer un puchero. Finalmente, avanzó con paso sorprendentemente seguro hasta un lado del jardín, donde se agachó junto a unos crisantemos rojos y medio marchitos, y se quedó mirando muy concentrado el parterre.

—Buen chico —asintió Joe, que volvió a entrar en la casa.

—Este niño es una criatura de la naturaleza, le encanta cagarse en el jardín —nos comentó Clara—. Se cree que es un dios de la fertilidad. Si no lo limpiáramos, esto estaría lleno de estiércol. No sé qué hará cuando nieve. —Cerró los ojos—. Hemos intentado enseñarle a hacerlo en el baño, aunque según algunos libros es demasiado pronto, y le hemos comprado un orinal de plástico. Pero no tiene ni idea de para qué sirve. Se lo pone en la cabeza, supongo que se imagina que es un casco.

Nos quedamos mirándolo, dando sorbos a la cerveza, mientras Joe cruzaba el jardín y regresaba con una hoja de papel de periódico doblada.

—Cuando tenga este, empezaré a tomar la píldora —dijo Clara.

Cuando Joe terminó de preparar la cena, entramos en casa y comimos, sentados a la aparatosa mesa del comedor. A la niña ya le habían dado el biberón y estaba exiliada en el cochecito, en el porche delantero, pero Arthur estaba sentado en una sillita alta, desde donde esquivaba, con contorsiones espasmódicas, las cucharadas de comida que Clara le acercaba a la boca. La cena consistía en unas albóndigas arrugadas y en unos fideos instantáneos, acompañados de lechuga. De postre comimos algo que me resultaba conocido.

—Es ese arroz con leche que ya viene preparado. Te ahorras mucho tiempo —comentó Clara, justificándose—. Y con nata no está tan mal. A Arthur le encanta.

—Sí, pronto sacarán otros con sabor a naranja y a caramelo.

—¿Ah, sí? —Clara interceptó hábilmente un chorro de arroz con leche que había escupido Arthur y lo devolvió a su boca.

Ainsley sacó un cigarrillo y se lo acercó a Joe para que este se lo encendiera.

—Dime una cosa —le dijo—, ¿tú conoces a ese amigo de ellas, Leonard Slank? No hay forma de que suelten prenda.

Joe no había dejado de levantarse y sentarse durante toda la cena, llevándose los platos y ocupándose de la cocina. Parecía mareado.

—Ah, sí, me acuerdo de él, aunque en realidad es amigo de Clara.

Se terminó el arroz con leche a toda prisa y le preguntó a Clara si necesitaba ayuda, pero ella no le oyó. Arthur acababa de tirar su plato al suelo.

—¿Pero qué opinas de él? —le preguntó Ainsley, como si apelara a su inteligencia superior.

Joe se quedó mirando la pared, pensativo. Yo sabía que no le gusta emitir juicios negativos, pero también sabía que Len no le caía bien.

—Es poco ético —dijo al fin. Joe es profesor de filosofía.

—No me parece justo que digas eso —intervine—. Len nunca ha sido poco ético conmigo.

Joe me miró con el ceño fruncido. No tiene mucha confianza con Ainsley, y además tiende a ver a todas las mujeres solteras como víctimas propiciatorias y, por tanto, necesitadas de protección. Ya me había ofrecido en varias ocasiones sus consejos paternales sin que yo se los pidiera, y ahora se limitó a redundar en su opinión.

—No es una persona… recomendable —añadió secamente. A Ainsley se le escapó una carcajada y soltó el humo, indiferente.

—Eso me recuerda que has de darme su teléfono —dije.

Después de la cena nos sentamos en el salón, que estaba hecho un desastre, mientras Joe recogía la mesa. Me ofrecí a ayudarle, pero aseguró que no hacía falta, que prefería que fuera a charlar con Clara. Ella se había instalado en el sofá, sobre un nido de periódicos arrugados, con los ojos cerrados. Seguía sin saber qué decirle. Me quedé ahí sentada, contemplando el centro del techo, donde había una elaborada moldura, de la que en otro tiempo tal vez colgó alguna lámpara de brazos. Recordaba a la Clara del instituto, una niña alta y frágil siempre eximida de las clases de educación física. Se quedaba en el borde del campo, mirándonos a las demás, vestidas con nuestros pantalones cortos azules, como si una actividad tan inútil que hacía sudar tanto le pareciera demasiado ajena como para resultarle un entretenimiento razonable. En aquella clase, llena de adolescentes gordas a base de patatas fritas aceitosas, ella era para cualquiera el ideal de una feminidad etérea, de anuncio de perfume. En la universidad su salud había mejorado un tanto, pero se había dejado crecer el pelo rubio, lo que le había dado un aspecto aún más medieval: yo la relacionaba con las damas que, en los tapices, se sentaban en las rosaledas. Su mentalidad no era esa, claro, pero yo siempre me he dejado guiar por las apariencias.

Se casó con Joe Bates en mayo del segundo año de carrera y al principio me pareció que formaban una pareja perfecta. Joe ya se había licenciado, era casi siete años mayor que ella; un hombre alto y velludo, que andaba algo encorvado y tenía una actitud protectora hacia Clara. La veneración mutua que se profesaban antes de la boda rayaba a veces en un idealismo ridículo; parecía que Joe estuviera siempre dispuesto a extender su gabardina sobre los charcos para que ella no se mojara, o a arrodillarse para besarle las botas de goma. No habían planificado lo de los hijos: Clara recibió la noticia de su primer embarazo con el asombro de quien no puede creer que algo así le esté pasando, y la del segundo con consternación. El tercero la había sumido en un fatalismo inexorable pero inerte. Las metáforas que empleaba para referirse a sus hijos incluían percebes colonizando un barco y lapas aferrándose a una roca.

La miré, sintiendo que me invadía una oleada de lástima. ¿Qué podía hacer yo? ¿Y si me ofrecía para ayudarle a limpiar la casa? Desde luego, Clara no era una persona práctica, no era capaz de controlar los aspectos más prosaicos de la vida, como el dinero o la puntualidad. Cuando vivíamos juntas en la residencia de estudiantes, a veces se quedaba como perdida sin remedio en su habitación, incapaz

de encontrar un zapato o ropa limpia que ponerse, y yo tenía que sacarla de aquel montón de trastos que había dejado que se acumularan a su alrededor. Su desorden no era activo ni creativo, como el de Ainsley, que es capaz de devastar una habitación en cinco minutos cuando está en vena; lo de Clara era pasivo. Se limitaba a quedarse ahí de pie, desvalida, mientras la marea de porquerías se elevaba alrededor, incapaz de detenerla o de escapar. Con los bebés le pasaba lo mismo. De algún modo su propio cuerpo parecía estar más allá de sí misma, ir a su aire prescindiendo de sus órdenes. Me fijé en el vistoso estampado floreado de su vestido premamá. Los pétalos estilizados y los pedúnculos se movían siguiendo el ritmo de su respiración, como si estuvieran vivos.

Nos fuimos temprano, después de que se llevaran a Arthur a la cama gritando, después de que Joe definiera como «accidente» algo que el niño había hecho detrás de la puerta del salón.

—No ha sido ningún accidente —puntualizó Clara—. A ese le encanta mearse detrás de las puertas. No sé por qué será. De mayor será muy discreto, agente secreto o diplomático o algo así. El cabrón furtivo.

Joe nos acompañó a la puerta cargado con un montón de ropa sucia.

—Tenéis que volver a visitamos pronto —dijo—. Clara tiene a muy poca gente con quien hablar de verdad.

5

Caminamos hacia el metro en la penumbra del anochecer, por entre el sonido de los grillos y de los televisores distantes (en algunas ventanas abiertas veíamos unos parpadeos azulados) y el olor del alquitrán caliente. Tenía la piel sofocada, como si estuviera atrapada en una capa de pasta húmeda. Me daba miedo que Ainsley no se lo hubiera pasado bien; su silencio no indicaba nada bueno.

—La cena no ha estado mal —le dije, movida por el deseo de ser solidaria con Clara, que después de todo era amiga mía desde hacía más tiempo que Ainsley—. Joe cada vez es mejor cocinero.

—¿Cómo lo soporta? —preguntó Ainsley con más vehemencia que de costumbre —. ¡Se queda ahí tirada y él se lo hace todo! ¡Deja que la trate como a una cosa!

—Está embarazada de siete meses —señalé—. Y además, nunca se ha encontrado bien.

—¡Pero bueno! —prosiguió Ainsley indignada—. Pues yo la he visto radiante. Es él quien no está bien. Desde que lo conozco ha envejecido, y de eso no hará más de cuatro meses. Esa le está chupando toda la energía.

—¿Y qué sugieres? —le pregunté. Me sentía irritada con Ainsley, que no era capaz de ponerse en la piel de Clara.

—Yo qué sé, que haga algo, aunque solo sea un gesto simbólico. No llegó a terminar la carrera, ¿no? ¿No sería el momento perfecto para retomar los estudios? Hay muchas mujeres embarazadas que aprovechan para terminar sus carreras.

Recordé las decisiones de la pobre Clara después de su primer embarazo; se lo había tomado solo como una interrupción temporal. Después del segundo se había quejado: «¡No sé qué hacemos mal! ¡Si voy con mucho cuidado!». Siempre se había negado a tomar la píldora —pensaba que tal vez le cambiara la personalidad—, pero gradualmente su oposición se había hecho menos radical. Había leído una novela francesa (traducida) y un libro de expediciones arqueológicas en Perú, y había comentado la posibilidad de apuntarse a clases nocturnas. Últimamente le había dado por hacer agrios comentarios sobre el hecho de que era «solo una ama de casa».

—Pero Ainsley —objeté—, si tú siempre dices que tener una carrera no significa nada.

—No en sí mismo —replicó—. Es lo que representaría para ella. Tendría que organizarse.

Cuando ya estábamos de vuelta en el apartamento me acordé de Len y decidí que aún no era demasiado tarde para llamarle. Estaba en casa y, tras intercambiar los saludos de rigor, le dije que me encantaría verlo.

—Perfecto. ¿Cuándo y dónde? Que sea en un sitio fresco. Ya no me acordaba del calor que hace aquí en verano.

—Entonces no tendrías que haber vuelto —observé, dándole a entender que sabía el motivo de su regreso y ofreciéndole la posibilidad de confiarse a mí.

—Ha sido lo más prudente —explicó con un atisbo de altivez—. Les das una mano y se cogen el brazo. —Se le notaba un ligero acento inglés—. Por cierto, Clara me ha dicho que tienes una nueva compañera de piso.

—No es tu tipo —repliqué. Ainsley se había ido al salón y estaba sentada en el sofá, de espaldas a mí.

—Vaya, así que es demasiado vieja, como tú, ¿no?

Llamarme vieja era una de sus bromas. Me reí.

—¿Te va bien mañana por la noche? —propuse. De pronto se me había ocurrido que Len sería la distracción perfecta para Peter—. Sobre las ocho y media en el Park Plaza. Llevaré a un amigo. Quiero que lo conozcas.

—Ah, sí. Clara ya me ha dicho algo. No iréis en serio, ¿verdad?

—No, nada de eso —aseguré para tranquilizarlo.

Después de colgar, Ainsley me preguntó si había estado hablando con Len Slank.

—Sí —admití.

—¿Qué aspecto tiene? —insistió como sin darle importancia.

No pude negarme a decírselo.

—Ah, bueno, es normal. No creo que te pareciera atractivo. Tiene el pelo rubio y rizado, y lleva gafas de pasta. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. —Se levantó y se fue a la cocina—. ¿Quieres beber algo? —me gritó desde allí.

—No, gracias. Bueno, tráeme un vaso de agua.

Entré en el salón y me acerqué a la ventana, donde corría algo de brisa. Ainsley se había servido un *whisky* con hielo y me alargó el agua. Se sentó en el suelo.

—Marian, he de decirte algo.

Lo dijo en un tono de voz tan grave que me preocupé al momento.

—¿Qué te pasa?

—Voy a tener un hijo —dijo tranquilamente.

Di un rápido sorbo de agua. No imaginaba a Ainsley cometiendo un error de cálculo como aquel.

—No te creo.

—No, no es que ya esté esperando —me respondió riendo—. Quiero decir que pienso quedarme embarazada.

Sentí una mezcla de alivio y desconcierto.

—¿Vas a casarte? —le pregunté, pensando en la desgracia de Trigger. Intenté adivinar en quién podía estar interesada, sin éxito. Desde que la conocía siempre había sido claramente contraria al matrimonio.

—Ya sabía que me preguntarías eso —dijo, imprimiendo un tono falsamente despectivo a su voz—. No, no voy a casarme. Ese es el problema de la mayoría de los niños, que tienen demasiados progenitores. No puede decirse que el tipo de hogar que

Clara y Joe han creado sea el entorno ideal para un niño. Piensa en lo confusas que serán sus imágenes materna y paterna. Pero si ya están plagados de complejos. Y todo básicamente por culpa del padre.

—¡Pero si Joe es maravilloso! —protesté—. Si lo hace todo por ella. ¿Qué sería de Clara sin él?

—Precisamente. Tendría que salir adelante ella sola. Y lo haría, y la educación de los niños sería mucho más coherente. Lo que destruye a las familias en estos tiempos son los maridos. ¿Te has dado cuenta de que ni siquiera le da el pecho a la niña?

—Pero es que ya tiene dientes —protesté—. Casi todas las mujeres destetan a sus hijos cuando les salen los dientes.

—Ridículo —insistió Ainsley—. Estoy segura de que ha sido idea de Joe. En Sudamérica les dan el pecho mucho más tiempo. Los varones norteamericanos odian presenciar el funcionamiento normal de la unidad básica materno-filial, se sienten innecesarios. Así Joe puede darle a la niña el biberón igual que ella. Cualquier mujer, si tuviera que apañarse sola, le daría el pecho a su hijo el máximo de tiempo posible. Yo lo haré.

A mí me parecía que nos habíamos ido por las ramas. Estábamos hablando en teoría de algo que era práctico. Intenté un ataque personal.

—Ainsley, pero si tú no sabes nada de bebés. Ni siquiera te gustan demasiado. Te he oído decir que te parecen sucios y ruidosos.

—Que no te gusten los bebés de los demás no implica que no te gusten los tuyos.

Aquello era irrebatible. Me sentí desconcertada. No sabía ni cómo justificar mi oposición a su plan. Y lo peor del caso era que seguramente se saldría con la suya. Siempre consigue lo que quiere con gran eficacia, aunque, en mi opinión, algunas de las cosas que quiere —y aquel era un ejemplo— no son razonables. Decidí intentarlo con una dosis de realismo práctico.

—Está bien, de acuerdo —convine—. Tienes razón. Pero ¿tú por qué quieres tener un hijo? ¿Qué vas a hacer con él?

Me miró con desprecio.

—Toda mujer debería tener al menos un hijo. —Sonaba como una voz en la radio anunciando que toda mujer debería tener al menos un secador de pelo—. Es aún más importante que el sexo. Es la culminación más profunda de la feminidad.

Ainsley es aficionada a los libros baratos de antropología que tratan de culturas primitivas. Tiene varios en el suelo de su habitación, medio sepultados bajo la ropa. En su facultad le obligan a matricularse en asignaturas así.

—Pero ¿por qué ahora? —insistí, buscando mentalmente más objeciones—. ¿Y el empleo en la galería de arte? ¿Y lo de conocer a pintores? —Lo de los pintores se lo dije como quien le enseña una zanahoria a un burro.

Ainsley abrió mucho los ojos.

—¿Qué tiene que ver la maternidad con trabajar en una galería de arte? Tú siempre estás pensando en términos de una cosa o la otra. Y lo importante es el todo.

En cuanto a por qué ahora, la verdad es que llevo tiempo pensándolo. ¿A ti no te pasa que necesitas un propósito en la vida? Además, ¿no crees que es mejor tener los hijos siendo joven, cuando puedes disfrutarlos? También se ha demostrado que las probabilidades de que nazcan sanos son mayores si se tienen entre los veinte y los treinta años.

—Y vas a criarlo tú —concluí.

Miré a mi alrededor, empezando a calcular cuánto tiempo, energía y dinero me costaría empaquetar mis pertenencias y hacer la mudanza. Casi todo lo más voluminoso lo había traído yo: la pesada mesa de centro, sacada del desván de un familiar; la mesa abatible de nogal que abríamos cuando venía gente, también heredada; la butaca y el sofá que había comprado al Ejército de Salvación y mandado retapizar. El póster gigante de Theda Bara y las vistosas flores de papel eran de Ainsley, igual que los ceniceros y los cojines de plástico hinchable con estampados geométricos. Peter decía que a nuestro salón le faltaba unidad. La verdad era que nunca lo había considerado una solución permanente, pero ahora que su continuidad se veía amenazada, a mis ojos había adquirido una estabilidad deseable. Las mesas plantaban sus patas con más firmeza sobre el suelo; parecía inconcebible que la mesa de centro pudiera bajar algún día por aquella escalera estrecha, que el póster de Theda Bara se enrollase, revelando la grieta de la pared, que los cojines de plástico fueran a desinflarse y a meterse en un maletero. Me preguntaba si la señora de abajo consideraría el embarazo de Ainsley como un incumplimiento de contrato y si emprendería algún tipo de acción legal contra nosotras.

Ainsley se estaba poniendo de mal humor.

—¡Pues claro que pienso criarlo yo! ¿Qué sentido tiene pasar por todas las incomodidades si no lo crías tú?

—Así que en realidad se trata de que has decidido tener un hijo ilegítimo a sangre fría y educarlo tú sola —aduje, apurando el agua.

—¡Dios, qué aburrido es tener que explicar siempre lo mismo! ¿Por qué empleas esa palabra tan horriblemente burguesa? El nacimiento es legítimo, ¿no? Eres una puritana, Marian, y ese es el problema de toda la sociedad.

—Está bien, soy una puritana —repliqué, aunque me sentía ofendida. A mí me parecía que estaba siendo más comprensiva que la mayoría de la gente—. Pero como resulta que la sociedad es como es, ¿no estás siendo egoísta? ¿No sufrirá tu hijo? ¿Cómo piensas mantenerlo, enfrentarte a los prejuicios de la gente y todo eso?

—¿Y cómo va a cambiar la sociedad —objetó Ainsley con la dignidad de un cruzado— si algunos individuos no se adelantan y abren camino? Me limitaré a decir la verdad. Sé que me enfrentaré a algunas complicaciones, pero habrá gente que se mostrará bastante tolerante al respecto, eso seguro, incluso aquí. Vaya, que no será lo mismo que si me hubiera quedado embarazada sin querer.

Nos quedamos allí sentadas unos minutos, en silencio. La idea básica parecía clara.

—Está bien —dije finalmente—. Ya veo que lo tienes todo pensado. Pero ¿qué pasa con el padre? Sé que es un pequeño detalle técnico sin importancia, pero necesitarás uno, ¿sabes? Aunque solo sea un ratito. No puedes enviar a un amigo a que te lo compre.

—Bueno —explicó ella, tomándome en serio—, en realidad eso también lo he pensado. Tendrá que contar con una dotación genética aceptable y ser bastante guapo. Y no estará de más que sea alguien comprensivo que no se ponga pesado con lo del matrimonio.

Me recordaba, demasiado para mi gusto, a un granjero hablando de crianza de ganado.

—¿Ya has pensado en alguien? ¿Por qué no ese estudiante de odontología?

—Ese no, por Dios. Si no tiene barbilla.

—¿Y el hombre ese, testigo del asesinato del cepillo?

Arqueó una ceja.

—No me parece muy inteligente. Yo preferiría a un pintor, claro, pero es demasiado arriesgado desde el punto de vista genético; en los tiempos que corren todos deben de tener parte de los cromosomas destruidos por culpa del LSD. Supongo que podría rescatar a Freddy, el del año pasado, seguro que no le importaría nada colaborar, aunque está tan gordo y tiene una barba tan poblada… No me gustaría tener un hijo gordo.

—Ni con la barba poblada —añadí, intentando ayudarla.

Ainsley me miró, irritada.

—Qué sarcástica —me recriminó—. Te advierto que si se fijaran más en las características que transmiten a sus hijos, a lo mejor no se precipitarían tanto. Es bien sabido que la raza humana está degenerando, y es porque la gente transmite sus genes más débiles sin pararse a pensar y, además, debido a los avances médicos ya no existe la selección natural de antes.

El cerebro se me estaba agarrotando. Sabía que Ainsley se equivocaba, pero su discurso sonaba muy racional. Decidí que lo mejor era acostarme antes de que acabara convenciéndome.

Ya en mi cuarto, me senté en la cama con la espalda apoyada en la pared, pensando. Al principio intenté buscar alguna forma de disuadirla, pero luego me resigné. Estaba decidida, y aunque esperaba que aquello fuera solo un capricho pasajero, ¿era en realidad asunto mío? Tendría que adaptarme a la situación, nada más. A lo mejor cuando tuviéramos que mudarnos encontraría a otra compañera de piso. Pero ¿era justo dejar a Ainsley sola? No quería ser irresponsable.

Me metí en la cama, intranquila.

6

El despertador me sacó de un sueño en el que miraba hacia abajo y veía que los pies se me empezaban a disolver como gelatina líquida, y me ponía unas botas de goma justo a tiempo, aunque en aquel momento descubría que tenía las puntas de los dedos transparentes. Me volvía hacia el espejo para ver qué le estaba pasando a mi cara, pero en aquel momento me desperté. Normalmente no recuerdo lo que sueño.

Ainsley todavía estaba dormida, así que me herví el huevo y me tomé sola el zumo de tomate y el café. Me puse una ropa que me pareció adecuada para ir a hacer encuestas, una falda recatada, una blusa con mangas y unos zapatos cómodos, con poco tacón. Pretendía empezar temprano, pero no podía ser demasiado pronto porque era día festivo y los hombres aún no se habrían levantado. Saqué el plano de la ciudad y lo estudié, tachando mentalmente las zonas que sabía que ya se habían seleccionado para la encuesta real. Me preparé unas tostadas y otro café y tracé varias rutas posibles.

Debía encontrar a siete u ocho hombres que acreditaran un consumo semanal mínimo de cerveza y que estuvieran dispuestos a responder a mis preguntas. Localizarlos podía ser más difícil que de costumbre porque era un fin de semana largo. Sabía por experiencia que los hombres se mostraban en general menos dispuestos que las mujeres a participar en el juego de las encuestas. Nuestra zona quedaba descartada: a la señora de abajo podría llegarle el rumor de que había estado preguntando a los vecinos cuánta cerveza bebían. Además, sospechaba que aquel barrio era más de *whisky* que de cerveza, y de viudas adictas al té. El distrito residencial que quedaba al oeste tampoco servía. Una vez había intentado hacer una encuesta sobre patatas fritas y me había parecido que las caseras eran muy antipáticas. A lo mejor creyeron que era una inspectora del gobierno de incógnito intentando descubrir que tenían más inquilinos de los que declaraban a efectos de impuestos. Contemplé la posibilidad de acercarme a las residencias de estudiantes que había junto a la universidad, pero recordé que el estudio marcaba una edad mínima.

Cogí el autobús, me bajé en la estación de metro, me detuve para anotar en la hoja de gastos el importe del billete y crucé la calle. Luego bajé por una pendiente hasta llegar al parque sin árboles que había enfrente. Había un campo de béisbol en uno de los extremos, pero nadie lo estaba usando. El resto del parque era solo césped, que se había secado y crujía al pisarlo. El día iba a ser igual que el anterior: sin brisa, agobiante. El cielo estaba despejado pero la atmósfera no era limpia. El aire colgaba pesadamente como un vapor invisible, y los colores y los perfiles de los objetos se difuminaban con la distancia.

Al otro extremo del parque había una cuesta de asfalto. Subí por ella. Llevaba a una calle residencial en la que se alineaban, muy juntas, unas casas pequeñas y bastante decrépitas, los típicos edificios cuadrados de dos pisos que parecen cajas de zapatos, con celosías de madera cubiertas de hiedra alrededor de las ventanas. En algunas, las celosías estaban recién pintadas, lo que resaltaba aún más las superficies desgastadas de las fachadas de piedra. Era uno de esos barrios que llevaban varias décadas de decadencia pero que en los últimos años habían recuperado cierto estatus. Varios exiliados de las afueras las habían comprado y las habían rehabilitado totalmente, pintándolas de un blanco sofisticado y añadiéndoles caminitos de piedra y arbustos en jardineras de cemento y farolas junto a las puertas. Las casas reformadas resultaban frívolas comparadas con las otras, como si hubieran decidido dar la espalda, con irresponsable despreocupación, a los problemas del paso del tiempo, el deterioro y el clima espartano. Decidí saltarme las casas reformadas cuando empecé con las encuestas. Ahí no encontraría lo que buscaba. Serían todos bebedores de martinis.

Una hilera de puertas cerradas es algo que siempre intimida un poco, y más cuando sabes que habrás de acercarte una por una y llamar para pedir algo que equivale a un favor. Me alisé la falda, erguí los hombros y adopté lo que me pareció una expresión profesional pero amistosa, y me fui andando hasta la calle siguiente, practicando mentalmente antes de reunir la presencia de ánimo necesaria para empezar. Al final de la travesía VI lo que me pareció un bloque de pisos bastante nuevo. Decidí que terminaría allí el trabajo. En el interior se estaría más fresco, y a lo mejor me servía para completar las encuestas que aún me faltaran.

Llamé al primer timbre. Alguien me estudió brevemente a través de unas cortinas blancas medio transparentes. Me abrió la puerta una mujer de rasgos angulosos, que llevaba un delantal con volantes. En su cara no había ni rastro de maquillaje, ni siquiera de pintalabios, y llevaba unos zapatos de esos negros con cordones y tacón ancho que siempre me sugieren la palabra «ortopédico» y que asocio con el departamento de oportunidades de los grandes almacenes.

—Buenos días. Trabajo para Encuestas Seymour —me presenté esbozando una sonrisa forzada—. Estamos haciendo un pequeño estudio y quisiera saber si su esposo sería tan amable de responder unas preguntas.

—¿Vende usted algo? —me preguntó, mirando el lápiz y los papeles.

—¡No, no! No tenemos nada que ver con ventas. Somos una empresa de estudios de mercado, solo hacemos preguntas. Eso ayuda a mejorar la calidad de los productos —añadí sin demasiada convicción. Intuía que allí no encontraría lo que estaba buscando.

—¿Y de qué trata? —insistió, apretando las comisuras de los labios en un gesto de desconfianza.

—Bueno, pues en realidad trata de cerveza —le respondí en tono alegre, intentando que la palabra sonara tan inocente como la leche desnatada.

Su expresión se transformó al momento. Era evidente que estaba a punto de decir que no, pero al final vaciló, se apartó a un lado y me invitó a pasar, aunque su tono me hizo pensar en un plato frío de avena.

Me quedé en el inmaculado recibidor, que olía a abrillantador de muebles y lejía, mientras ella salía por otra puerta y la cerraba. Oí una conversación susurrada y de pronto la puerta volvió a abrirse. Un hombre alto y canoso de gesto severo avanzó hacia mí seguido de la mujer. Llevaba puesto un abrigo negro, a pesar de lo caluroso del día.

—Jovencita —me dijo—, no voy a reprenderla personalmente porque veo que es una buena chica, un medio inocente al servicio de este abominable fin. Pero hágame el favor de entregar estos folletos a sus superiores. ¿Quién sabe si sus corazones aún pueden ablandarse? La propagación de la bebida y la embriaguez son una iniquidad, un pecado contra el Señor.

Cogí los panfletos que me extendía, pero me sentí leal a Encuestas Seymour e intervine:

—Sepa que nuestra empresa no tiene nada que ver con la venta de la cerveza.

—Da igual —replicó con dureza—. Todo forma parte de lo mismo. «Los que no están conmigo, están contra mí», dijo el Señor. No intente blanquear los sepulcros de esos hombres indignos que trafican con la miseria y la degradación humanas. —Estaba a punto de darse la vuelta pero se lo pensó mejor y añadió algo—: No estaría de más que también los leyera usted, jovencita. Está claro que el alcohol nunca ha manchado sus labios, pero no hay alma que sea totalmente pura y esté a salvo de la tentación. Tal vez la semilla no caiga en el camino ni en terreno rocoso.

Me limité a musitar unas palabras de agradecimiento y el hombre elevó las comisuras de los labios hasta esbozar una sonrisa. Su esposa, que había presenciado el sermón con satisfacción mal disimulada, se adelantó y me abrió la puerta. Salí a la calle, conteniendo el impulso de estrecharles la mano, como si estuviéramos a la salida de la iglesia.

Aquel había sido un mal principio. Miré los panfletos mientras me acercaba a la casa contigua. «Abstinencia», exigía uno. El título del otro era más impactante: «La bebida y el demonio». Seguro que era clérigo, aunque anglicano desde luego que no, y mucho menos de la Iglesia Unida. Sería de alguna de esas sectas raras.

En la casa de al lado no había nadie, y en la siguiente me abrió la puerta una cría embadurnada de chocolate que me informó de que su padre aún no se había despertado. Al siguiente intento comprendí enseguida que al fin había dado con un buen campo de operaciones. La puerta principal estaba abierta de par en par. Instantes después de que llamara al timbre, vi que venía hacia mí un hombre con la cara muy roja, de estatura media pero bastante corpulento, casi gordo. Cuando abrió la mosquitera VI que no llevaba zapatos, solo calcetines, además de una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos.

Le expliqué mi trabajo y le mostré la tabla de consumo semanal, numerada del uno al diez. La empresa lo hace así porque hay hombres a los que les da vergüenza verbalizar su consumo de cerveza. Aquel hombre escogió el nueve, el segundo empezando por arriba. Casi nadie escoge el diez. A todos les gusta pensar que siempre hay alguien que bebe más que ellos.

—Pase al salón y siéntese. Debe de estar cansada de caminar, con el calor que hace —me dijo entonces—. Mi esposa acaba de salir a comprar —añadió como de pasada.

Me senté en una de las butacas y él bajó el volumen del televisor. En el suelo, junto a su asiento, vi una botella medio vacía de cerveza Moose, la competencia. Se sentó frente a mí sonriendo, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y respondió a las preguntas preliminares con aire de experto en el trance de emitir un veredicto profesional. Tras escuchar el anuncio por teléfono, se rascó los pelos del pecho, pensativo, y respondió con el entusiasmo por el que equipos enteros de publicistas habían estado rezando todos los días. Cuando terminamos, anoté su nombre y dirección, que son datos que la empresa necesita para no repetir la encuesta a las mismas personas, me levanté y empecé a darle las gracias. En ese instante vi que se levantaba y que se acercaba a mí con una sonrisa maliciosa.

—¿Y qué hace una chica tan guapa como tú rondando por ahí y preguntando a los hombres sobre la cerveza? —dijo con voz insinuante—. Deberías estar en casa con un hombre grande y fuerte que te cuidara.

Le metí los dos panfletos sobre la abstinencia en la mano abierta y salí corriendo.

Conseguí completar cuatro encuestas más sin incidentes de consideración, y descubrí que el cuestionario debería incluir una casilla que dijera: «no tiene teléfono… fin de la encuesta», y otra que tuviera en cuenta a la gente que no escuchaba la radio. También constaté que a los hombres que se identificaban con los sentimientos primitivos del anuncio no les gustaba la palabra «chispeante», que consideraban demasiado cursi o, como explicó uno de ellos, «demasiado afrutada». La quinta encuesta se la hice a un hombre alto y medio calvo que tenía tanto miedo a exponer su opinión sobre cualquier cosa, que sacarle alguna palabra era como extraerle una muela con una llave inglesa. Cada vez que le hacía alguna pregunta se ruborizaba, tragaba saliva y torcía el gesto en un rictus de agonía. Le pedí que escuchara el anuncio y cuando le pregunté si le había gustado mucho, un poco o no demasiado, se quedó mudo durante varios minutos antes de emitir un débil «Sí».

Ya solo me quedaban dos entrevistas que completar. Decidí saltarme las demás casas y acercarme directamente al bloque de apartamentos. Conseguí entrar recurriendo a la técnica habitual de llamar a todos los timbres a la vez hasta que algún incauto abría.

El frescor del vestíbulo fue un alivio. Subí el primer tramo de escaleras, recubierto por una alfombra que empezaba a desgastarse, y llamé a la primera puerta,

que según la numeración correspondía al apartamento 6. Aquello me pareció curioso, porque por lógica debería haber sido el número 1.

Llamé, pero no contestaron. Insistí, esperé un rato, y ya estaba a punto de acercarme al apartamento de al lado cuando la puerta se abrió sin ruido y me encontré con un joven de unos quince años.

Se frotaba un ojo con el dedo, como si acabara de levantarse. Su delgadez era cadavérica; iba con el torso desnudo, y las costillas le sobresalían como las de esas demacradas tallas medievales de madera. La piel que se extendía sobre ellas era casi incolora, ni siquiera blanca, sino más próxima a ese tono amarillento de las sábanas gastadas. Iba descalzo y solo llevaba unos pantalones de color caqui. Los ojos, medio ocultos tras un flequillo negro y enmarañado, tenían una estudiada expresión de obstinada melancolía.

Nos quedamos mirándonos. Estaba claro que él no iba a decir nada, y yo no me decidía a empezar. Los cuestionarios que llevaba habían quedado de pronto desconectados de todo, y a la vez se habían vuelto amenazadores. Al final conseguí preguntarle, sintiéndome muy sintética al hacerlo, si su padre estaba en casa.

Él siguió mirándome sin parpadear.

—No. Está muerto —dijo.

—Ah. —Me quedé ahí de pie, algo aturdida; el contraste con el calor del exterior me había mareado un poco. Todo parecía sucederse a cámara lenta. No encontraba nada que decir, pero no era capaz de irme ni moverme. Él seguía allí, junto a la puerta.

Entonces, tras lo que me parecieron horas, se me ocurrió que a lo mejor no era tan joven como parecía. Tenía ojeras y algunas arrugas incipientes.

—¿De verdad que solo tienes quince años? —le pregunté, como si él ya me hubiera dicho su edad.

—Tengo veintiséis —replicó con voz lúgubre.

Yo reaccioné de manera tangible y, como si aquella respuesta hubiera apretado algún acelerador en mí, le solté una versión supersónica de mi discurso de presentación en el que explicaba que trabajaba para Encuestas Seymour y que no vendía nada y que pretendíamos mejorar la calidad de los productos y que solo quería hacerle algunas preguntas sobre la cantidad de cerveza que solía consumir por semana, pensando mientras lo hacía que no parecía beber nada que no fuese agua, para acompañar el mendrugo de pan que le arrojaran a la mazmorra en la que permanecía encadenado. Pareció tristemente interesado, con el interés que alguien dedicaría (en caso de dedicarle alguno) a un perro muerto, así que le entregué la tabla con el consumo medio semanal y le pedí que escogiera un número. La estuvo estudiando un rato, le dio la vuelta, miró el reverso, que estaba en blanco, y cerró los ojos.

—El seis —respondió.

Aquello implicaba entre siete y diez botellas por semana, lo suficiente como para cumplimentar la encuesta, y así se lo dije.

—Pues entra.

Experimenté una ligera sensación de alarma al traspasar el umbral y al ver que la puerta se cerraba pesadamente tras de mí.

Estábamos en un salón mediano, totalmente cuadrado, con una cocina americana en un lado y un distribuidor que conducía a las habitaciones en el otro. Las contraventanas estaban cerradas y en la sala reinaba una penumbra crepuscular. Las paredes, hasta donde las sombras me permitían ver, estaban pintadas de blanco y no había ningún cuadro en ellas. El suelo estaba cubierto con una alfombra persa auténtica con un recargado dibujo de volutas y flores marrones, verdes y granates, mejor incluso, según me pareció, que la que nuestra casera tenía en su salita, herencia del abuelo paterno. Había una estantería que iba de pared a pared, de esas que la gente se hace con tablones y ladrillos. Los otros únicos muebles eran tres enormes butacones viejos y abultados, uno rojo intenso, otro verde azulado y el tercero de un granate desgastado. Junto a cada uno de ellos había una lámpara de pie. Todas las superficies visibles estaban cubiertas de papeles sueltos, cuadernos, libros abiertos y puestos boca abajo, y otros cerrados con lápices y hojas a modo de puntos.

—¿Vives aquí tú solo? —le pregunté.

Me miró fijamente con sus ojos lúgubres.

—Eso depende de lo que quieras decir por «solo».

—Ah, ya entiendo —le dije cortésmente. Atravesé el salón intentando mantener mi aire de alegre determinación, procurando sortear los objetos esparcidos en el suelo. Me dirigía a la butaca azul, que era la única que no estaba infestada de papeles.

—Ahí no te puedes sentar —me advirtió en un tono ligeramente admonitorio—. Es la de Trevor. No le gustaría que te sentaras en su butaca.

—Ah. ¿Puedo sentarme en la roja, entonces?

—Bueno, esa es la de Fish, pero a él no le importaría que te sentaras. Vaya, al menos eso creo. Pero tiene todos sus papeles encima y a lo mejor se los desordenas.

Yo no creía que solo por sentarme encima pudiera desordenárselos más, pero preferí callarme. Me preguntaba si Trevor y Fish serían dos amigos imaginarios que aquel chico se había inventado, y si me habría mentido con lo de su edad. Con aquella luz, podría haber tenido diez años. Seguía ahí de pie, mirándome sin alterarse, los hombros encorvados, los brazos cruzados a la altura del pecho, agarrándose los codos.

—Entonces supongo que la tuya será la verde.

—Sí —respondió—, pero llevo dos semanas sin sentarme. Lo tengo todo ordenado encima.

Me habría apetecido acercarme para ver qué era exactamente lo que tenía tan ordenado ahí encima, pero me recordé a mí misma que allí había ido por trabajo.

—Entonces ¿dónde me siento?

—En el suelo —señaló—. O en la cocina. O en mi dormitorio.

—No, en el dormitorio no —me apresuré a contestar.

Retrocedí por entre aquel mar de papeles y busqué la cocina con la mirada. Me saludó un olor característico, parecía haber bolsas de basura en los rincones, y el resto del espacio estaba tomado por grandes ollas y teteras, algunas limpias y otras no.

—Me parece que en la cocina no cabemos —objeté, y empecé a apartar los papeles de la moqueta como quien retira la suciedad de la superficie de un lago.

—Creo que será mejor que no lo hagas —sugirió—. Algunos no son míos. Podría traspapelarse algo. Mejor vamos a mi dormitorio.

Cruzó el recibidor y se metió en otra habitación. Ya no me quedaba más remedio que seguirle.

El dormitorio era una caja oblonga de paredes blancas, también con los postigos cerrados y tan oscura como la sala de estar. No había más objetos que una tabla de planchar con la plancha encima, un tablero de ajedrez con algunas piezas tiradas en un rincón, una máquina de escribir en el suelo, una caja de cartón que parecía contener ropa sucia, y que metió en el armario de una patada para que pudiera pasar, y una cama estrecha. Extendió una manta gris militar sobre el ovillo de sábanas y se sentó sobre ella con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en el ángulo que formaban las dos paredes. Encendió la lámpara, sacó un cigarrillo de un paquete que volvió a meterse en el bolsillo trasero del pantalón, lo encendió y se quedó ahí quieto, sosteniéndolo con las dos manos juntas, como un buda famélico dedicándose a sí mismo una ofrenda de incienso.

—Adelante —dijo.

Me senté en el borde de la cama —no había sillas— y empecé a hacerle la encuesta. Tras cada pregunta, apoyaba la cabeza en la pared, cerraba los ojos y respondía. Luego volvía a abrirlos y me miraba con signos apenas perceptibles de concentración mientras yo le formulaba la siguiente.

Cuando llegamos a la parte del anuncio, se fue a la cocina, donde estaba el teléfono, y marcó el número. Se quedó allí un rato que a mí se me hizo muy largo. Me levanté para ver lo que estaba haciendo, y lo vi con la oreja pegada al auricular y la boca arqueada en un gesto que era casi una sonrisa.

—En teoría solo lo tienes que escuchar una vez —le dije algo molesta.

Colgó a regañadientes.

—¿Puedo volver a llamar cuando te vayas y oírlo más veces? —me preguntó en el tono inseguro pero implorante del niño que pide otra galleta.

—Sí —concedí—, pero no hasta la semana que viene, ¿de acuerdo? —No quería que les bloqueara la línea a los encuestadores.

Volvimos al dormitorio y nos sentamos igual que antes.

—Ahora voy a repetirte algunas de las frases del anuncio y tú me dices qué te sugiere cada una. —Era la parte de la encuesta que pedía asociaciones libres, pensada para evaluar las reacciones inmediatas ante algunas ideas clave.

—En primer lugar, ¿qué te sugiere «de sabor masculino»?

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Sudor —dijo, concentrado—. Zapatillas deportivas de lona. Vestuarios subterráneos y suspensorios.

Se supone que los encuestadores deben anotar literalmente las palabras de los encuestados, y eso hice yo. Pensé en colar aquella encuesta en el grupo de las reales, para sacar a alguna de las señoras de los lápices de colores de su monotonía; a la señora Weemers, tal vez, o a la señora Grundridge. Ella se la leería en voz alta a las demás, y comentarían que de todo había en la viña del Señor. El tema les daría para tres desayunos, por lo menos.

—¿Y «El primer sorbo, bien frío»?

—No sé… Oh, espera un momento. Es un pájaro, blanco, que cae desde gran altura. Le han atravesado el corazón en invierno. Las plumas se van soltando y descienden, a la deriva… Esto se parece a esos test de palabras que te hacen los psicólogos —dijo con los ojos abiertos—. A mí me encantaban. Son mejores que los de dibujitos.

—Creo que se basan en el mismo principio —convine—. ¿Y «de sabor fresco e intenso»?

Lo meditó un buen rato.

—Amargura —dijo—. No, eso no puede ser. —Arrugó la frente—. Ahora lo entiendo. Es una de esas historias de caníbales. —Por primera vez, parecía disgustado —. Conozco la estructura. Hay una de esas en El Decamerón y un par en las obras de Grimm. El marido mata al amante de la mujer, o viceversa, trocea el corazón y lo pone en el guiso o en el pastel de carne antes de servirlo en bandeja de plata, para que el otro se lo coma. Aunque lo de «fresco» no pega mucho, ¿verdad? Shakespeare —añadió en un tono de voz menos alterado—, Shakespeare también tiene algo así. Hay una escena en Tito Andrónico, aunque es discutible que fuera Shakespeare quien la escribiera, o…

—Gracias.

Yo anotaba a toda prisa. A aquellas alturas ya estaba convencida de que era un neurótico compulsivo y que lo mejor que podía hacer era aparentar tranquilidad y no demostrar ningún miedo. En realidad no estaba asustada (no parecía violento), pero estaba claro que aquellas preguntas lo inquietaban. Tal vez su equilibrio emocional fuera muy precario y bastara alguna de aquellas frases para arrojarlo por el precipicio. Estos tipos son así, pensé, recordando algunos casos clínicos que me había contado Ainsley. Cualquier insignificancia, como una palabra, puede alterarlos profundamente.

—¿Y «chispeante, tonificante, ligera y refrescante»?

Estuvo largo rato pensando.

—No me dicen nada —respondió al cabo—. No encajan. La primera parte da la imagen de alguien que tiene la cabeza de cristal y que se la golpean con un palo;

como las copas musicales. Pero «ligera y tonificante» no me dice nada. Supongo —concluyó— que en esta no te sirvo de mucho.

—No, lo estás haciendo muy bien —le respondí, pensando en qué le pasaría a la máquina IBM si se les ocurría introducir aquella encuesta.

—Ahora la última: «el sabor de lo salvaje».

—¡Ah! —exclamó, con la voz llena de algo muy parecido al entusiasmo—. Esta es fácil. Me ha impactado desde el principio. Es una de esas filmaciones en tecnicolor sobre perros o caballos. «Sabor de lo salvaje» es obviamente un perro, medio lobo y medio husky, que salva a su amo tres veces, una del fuego, otra de una inundación y la tercera de unos humanos malvados, más probablemente cazadores blancos que indios, en los tiempos que corren, y que al final muere por el tiro de un trampero que dispara su escopeta del calibre 22. Lo entierran, seguramente en la nieve. Plano panorámico de árboles y lago. Puesta de sol. Fundido en negro.

—Muy bien —asentí, escribiendo a toda velocidad para apuntarlo todo. Los dos escuchábamos en silencio el garrapateo del lápiz—. Y ahora, siento mucho tener que preguntártelo, pero se supone que tengo que pedirte que me digas si crees que estas frases encajan con la cerveza muy bien, bastante bien, bien, no muy bien o nada bien.

—No sabría decirte —respondió, perdiendo todo el interés—. Yo nunca bebo cerveza. Solo *whisky*. Y para el *whisky* no encajan en absoluto.

—Pero si acabas de escoger el número seis en la tabla. Eso significa que bebes entre siete y diez botellas por semana —protesté, incrédula.

—Tú me has pedido que escogiera uno. Y el seis es mi número de la suerte —expuso con paciencia—. Si hasta conseguí que cambiaran el número de la puerta. En realidad este apartamento es el 1. Además, estaba aburrido. Me apetecía hablar con alguien.

—Entonces no podré contabilizar tus respuestas —le advertí con dureza. Por un momento se me había olvidado que no eran encuestas reales.

—Venga, si te lo has pasado muy bien —me dijo con su media sonrisa—. Sabes perfectamente que todas las demás respuestas que te han dado hoy son aburridísimas. Admite que te he alegrado el día considerablemente.

Sentía una pizca de enojo. Yo que me había compadecido de él por considerarlo un ser torturado al borde de una debacle mental, y resultaba que había sido una actuación en toda regla. Me quedaba la opción de levantarme e irme al momento, haciendo patente mi irritación, o admitir que tenía razón. Fruncí el ceño, intentando decidir qué hacer. En aquel preciso instante me di cuenta de que la puerta se abría y oí unas voces.

Él se inclinó hacia delante y se puso a escuchar con atención, pero al cabo de un momento volvió a apoyarse en la pared.

—Son solo Trevor y Fish. Mis compañeros de piso —explicó—. Los otros dos aburridos. Trevor el que más. Cuando me encuentre aquí sin camisa y con una mujer-mujer en la habitación le va a dar algo.

Se oyó el crujido de bolsas de la compra en la cocina y luego una voz profunda.

—Dios, qué calor hace en la calle.

—Creo que será mejor que me vaya —dije. Si los otros se parecían en algo al que tenía delante, dudaba de que pudiera soportarlo. Recogí los cuestionarios y me levanté. En aquel preciso instante volvió a oírse la misma voz.

—Duncan, ¿quieres una cerveza? —Una cara peluda asomó por el marco de la puerta.

—¡Así que bebes cerveza!

—Me temo que sí, lo siento. Pero es que no quería terminar. El resto parecía aburrido, y además yo ya había dicho lo que quería decir. Fish —añadió dirigiéndose al barbudo—, esta es La Rubia.

Sonreí forzadamente. No soy rubia.

Entonces apareció otra cabeza sobre la anterior. Un rostro de piel blanca con entradas en el pelo, ojos celestes y una nariz admirablemente cincelada. Al verme se quedó boquiabierto.

Era momento de irse.

—Gracias —le dije fría pero amablemente al de la cama—. Me has ayudado mucho.

Me sonrió mientras me acercaba a la puerta.

—¿Cómo es que tienes este trabajo tan horrible? Creía que eso solo lo hacían las amas de casa inútiles —añadió, mientras aquellas cabezas se apartaban, alarmadas, para dejarme pasar.

—Bueno —respondí con toda la dignidad de que fui capaz, renunciando a intentar explicarle la naturaleza superior de mi puesto sin que sonara a justificación—. Hay que comer, ¿no? Además, ¿qué otra cosa se puede hacer hoy en día con una licenciatura?

Una vez fuera, miré el cuestionario. Las transcripciones de sus respuestas eran casi indescifrables a la luz del sol; solo se distinguía un borrón de letras grises.

7

En teoría, aún me hacía falta una encuesta y media más, pero para redactar el informe y realizar los cambios en los cuestionarios ya tenía suficiente. Además, quería darme un baño y cambiarme de ropa antes de pasar por casa de Peter, y aquel trabajo me había llevado más tiempo del que había calculado.

Cuando llegué a casa tiré los cuestionarios sobre la cama y busqué a Ainsley, pero no estaba. Cogí la esponja, el jabón, el cepillo y la pasta de dientes, me puse la bata y bajé al otro piso. Nuestro apartamento no tiene baño independiente, cosa que contribuye a explicar que el alquiler sea tan bajo. Puede que la casa se construyera antes de que existieran, o tal vez consideraran que a los criados no les hacía falta. En cualquier caso, tenemos que usar el del segundo piso, lo que a veces nos complica la vida. Ainsley siempre se olvida los anillos, algo que para la señora de abajo supone una violación de su santuario. Deja desodorantes, desmaquilladores, cepillos y esponjas por todas partes, cosa que a Ainsley no le importa lo más mínimo pero que a mí me incomoda. A veces bajo justo después de que ella haya terminado y limpio la bañera.

Me apetecía quedarme un buen rato en remojo, pero apenas me había quitado la película más superficial de polvo y humo de autobús cuando la casera empezó a hacer gárgaras al otro lado de la puerta. Esta es su manera de darnos a entender que quiere entrar. Nunca llama ni pregunta si está ocupado. Total, que volví a subir a casa, me vestí, me preparé un té y me dispuse a irme a casa de Peter. Al pasar por la escalera, los antepasados me observaron con sus tenues ojos de daguerrotipo y con las bocas adustas inmóviles sobre los almidonados cuellos de las camisas.

Normalmente salíamos a cenar fuera, pero cuando no era así yo compraba algo en una tienda que me pillaba de camino —uno de esos establecimientos pequeños y mugrientos que a veces se encuentran en los barrios residenciales más antiguos— y preparábamos la comida en su casa. Claro que podría haber venido a buscarme en su Volkswagen, pero le pone de mal humor hacer recados en coche. Además, prefiero no darle a la señora de abajo motivos de especulación. El caso es que no sabía si iríamos a cenar fuera —Peter no había comentado nada—, así que me pasé por la tienda para ir sobre seguro. Lo más probable es que tuviera resaca de la noche anterior y no le apeteciera una cena en toda regla.

Peter vive lo bastante lejos como para que dé pereza trasladarse hasta su casa en transporte público. Su apartamento queda al sur de nuestra casa y al este de la universidad, en una zona bastante deteriorada, casi marginal que va a transformarse radicalmente en los próximos años, cuando construyan bloques de pisos. Aunque hay varios ya terminados, el de Peter aún está en construcción, y él es el único inquilino. Reside allí temporalmente, y paga solo un tercio del precio que cobrarán cuando el

edificio esté acabado. Llegó a ese trato especial a través de un contacto que hizo durante la formalización de un contrato. Peter está en su último año de pasantía como abogado y aún no gana mucho —por ejemplo, su sueldo no le alcanzaría para pagar el apartamento al precio oficial—, pero se trata de un bufete pequeño en el que está teniendo una carrera meteórica.

Durante todo el verano, cada vez que iba a su casa tenía que abrirme paso entre sacos de cemento amontonados junto al vestíbulo, entre bultos recubiertos de lonas polvorientas en el interior, y a veces entre corredores de yeso, escaleras de mano y montañas de tuberías en los rellanos. Los ascensores aún no funcionan. A veces, algún trabajador que no sabía lo de Peter me interceptaba y me explicaba que no podía pasar, que ahí no vivía nadie. Entonces nos enzarzábamos en una discusión sobre la existencia o la inexistencia del tal señor Wollander, y en una ocasión tuve que hacer subir a uno hasta el séptimo piso para mostrarle al Peter de carne y hueso. De todos modos, sabía que siendo sábado por la tarde ya no habría nadie trabajando. Además, los operarios seguramente habrían librado todo el fin de semana. En general, parecen avanzar a un ritmo bastante relajado, que conviene a Peter. Además, creo que también ha habido una huelga o un despido que lo ha retrasado todo. Peter espera que la cosa se alargue; cuanto más tarden en acabar, más tiempo disfrutará de su alquiler bajo.

La estructura del edificio estaba terminada, solo faltaban los acabados. Ya habían instalado las ventanas y habían pintado los cristales con jeroglíficos de jabón blanco para que la gente no se tropezara con ellos. Las puertas de vidrio las habían puesto hacía unas semanas, y Peter había pedido otro juego de llaves para mí. Se trataba más de una necesidad que de una concesión a la comodidad, porque el sistema de portero automático aún no estaba conectado. En el interior, las superficies brillantes —los suelos embaldosados, las paredes pintadas, los espejos, los apliques de luz— que más tarde darían al edificio su barniz elegante, su caparazón interno de escarabajo, aún no habían empezado a secretarse. La dura piel gris de los suelos y de las paredes sin enyesar aún estaba expuesta a la vista, y de gran parte de los enchufes colgaban cables desnudos como nervios sueltos. Subí la escalera con cuidado, evitando tocar la barandilla sucia, pensando en lo mucho que había llegado a asociar los fines de semana con el olor a tablones serrados y a cemento de aquel edificio en construcción. En todos los pisos que iba pasando de largo, los huecos de lo que serían las entradas de los futuros apartamentos se abrían, vacíos, con las puertas aún sin colocar en las bisagras. La ascensión era larga. Al llegar al rellano de Peter, me faltaba el aliento. Ya tenía ganas de que instalaran los ascensores.

El apartamento de Peter está casi terminado, claro. Él no viviría en un piso sin pavimentos ni corriente eléctrica, por más barato que resultara el alquiler. El conocido que le facilitó el trato lo usa como piso muestra, aunque siempre llama a Peter con antelación cuando tiene programada una visita con algún posible inquilino.

Es algo que a Peter no le importa demasiado; sale mucho y no le molesta que la gente husmee en su casa.

Abrí la puerta, entré y llevé la compra a la nevera de la cocina americana. Oí ruido de agua; Peter se estaba duchando, como muchas otras veces. Me acerqué a la ventana del salón y contemplé la calle. El apartamento no está lo bastante alto como para tener una buena vista del lago o de la ciudad —solo se aprecia un mosaico de callejuelas decrépitas y estrechos patios traseros—, pero tampoco lo bastante bajo como para distinguir claramente lo que hace la gente. Peter aún no ha amueblado del todo el salón. Tiene un sofá danés moderno, una butaca a juego y un equipo de alta fidelidad, pero nada más. Dice que prefiere esperar y comprar artículos de calidad a llenar la casa de saldos que no le gusten. Supongo que tiene razón, aunque me alegraré cuando lo tenga más lleno. Esos dos únicos muebles se ven desproporcionados y aislados en el gran espacio que los rodea.

Cuando espero a alguien siempre me pongo nerviosa, y muchas veces empiezo a pasear arriba y abajo. Fui al dormitorio y miré por la ventana, aunque las vistas desde ahí son casi idénticas. Peter ya ha dado el dormitorio por acabado, pese a que puede resultar un tanto austero para según qué gustos. Ha puesto una piel de cordero de un tamaño considerable en el suelo y una cama sencilla, sólida y bastante grande, de segunda mano pero en perfecto estado, siempre muy bien hecha. También hay un escritorio cuadrado, discreto, de madera oscura, y una de esas sillas giratorias de despacho con asiento de cuero, también de segunda mano. Asegura que para trabajar es muy cómoda. Sobre el escritorio hay una lámpara, un secante, varios lápices y plumas, y su foto de graduación enmarcada. Encima, en la pared, hay una pequeña librería; los textos de Derecho ocupan el estante inferior, y un montón de novelas baratas de detectives el de arriba. El del centro está poblado de una miscelánea de libros y revistas. A un lado de la estantería ha colgado un tablero con ganchos que muestra su colección de armas: dos rifles, una pistola y algunos cuchillos de aspecto amenazador. Me ha dicho los nombres de todo, pero no consigo aprendérmelos. Peter nunca ha usado ninguna de estas armas delante de mí, aunque claro, en la ciudad no creo que se le presenten muchas ocasiones de hacerlo. Se ve que antes iba mucho de caza con sus amigos. Ahí también están sus cámaras de fotos, con sus ojos de cristal cubiertos con fundas de piel. Un espejo de cuerpo entero ocupa toda la puerta del armario ropero.

Peter debió de oírme y me llamó desde el baño.

—¿Marian? ¿Eres tú?

—Sí, estoy aquí, hola.

—Hola, sírvete una copa. Y prepárame otra a mí. Un *gin-tonic*, ¿vale? Enseguida salgo.

Sabía dónde estaba todo lo necesario. Peter tiene un estante bien surtido de botellas, y nunca se olvida de llenar las cubiteras. Me fui a la cocina y preparé las

bebidas con esmero, sin olvidar la piel de limón, como a Peter le gusta. Tardo más de lo normal en preparar los combinados; me cuesta bastante calcular las cantidades.

Oí que el agua de la ducha dejaba de correr y luego unos pasos. Cuando me volví, Peter estaba de pie a la puerta de la cocina, empapado y envuelto en una elegante toalla azul marino.

—Hola —saludé—. Tienes la copa en el mármol.

Avanzó en silencio, cogió el vaso que yo tenía en la mano, bebió un tercio de su contenido y lo dejó en la mesa que estaba detrás. A continuación me abrazó.

—Me estás mojando —le dije con cariño. Le puse la mano, fría de haber estado tocando el hielo, en la espalda, pero no protestó. Tenía la piel tibia y elástica después de la ducha.

Me besó la oreja.

—Vamos al baño —dijo.

Me fijé en la cortina de ducha de Peter, de fondo gris y con unos cisnes rosas con el cuello curvado que nadaban en grupos de tres sorteando nenúfares albinos. No era para nada del gusto de Peter, que se había visto obligado a comprarla de urgencia porque cada vez que se duchaba el agua le inundaba el cuarto. No había tenido tiempo de buscar, y aquella le había parecido la más discreta. Me preguntaba por qué habría insistido en que nos metiéramos en la bañera. A mí no me había parecido una buena idea, yo prefiero la cama y sabía que la bañera resultaría demasiado pequeña, incómoda y dura, pero había preferido callarme. Consideraba que debía mostrarme comprensiva, por lo de Trigger. Por si acaso, metí la alfombrilla para no empezar a clavarme cosas.

Había supuesto que Peter se sentiría deprimido, pero aunque lo notaba distinto, deprimido no estaba. En cualquier caso no acababa de entender lo de la bañera. Recordé los otros dos matrimonios desgraciados. Después del primero, había sido la piel de oveja que había a los pies de la cama; después del segundo, una áspera manta sobre un campo al que habíamos llegado después de cuatro horas de viaje en coche. En esta segunda ocasión me había sentido muy incómoda, porque no había dejado de pensar en granjeros y en vacas. Imaginaba que lo del baño formaba parte del mismo esquema, cualquiera que fuese. Tal vez un intento de recalcar un comportamiento juvenil y espontáneo, una rebelión contra la rancia maldición de las medias en el lavabo y la grasa del beicon solidificándose en las sartenes que los matrimonios de sus amigos le evocaban. En las otras ocasiones se había mostrado muy distraído, por lo que deduje que si le gustaba hacerlo era porque lo habría leído en alguna parte, aunque nunca llegué a identificar la procedencia. Lo del campo lo habría encontrado en alguna publicación deportiva para hombres; recordaba que ese día llevaba una chaqueta a cuadros. Lo de la piel de cordero lo atribuí a una de esas revistas de papel satinado en las que aparecen escenas de lujuria en áticos. ¿Y la bañera? A lo mejor lo

había sacado de una novela de misterio y asesinatos de las que leía para «evadirse», como él mismo explicaba. ¿Pero no sería más bien una mujer ahogada en la bañera? Una mujer. Aquello les daría la excusa perfecta para la imagen de la portada: una mujer totalmente desnuda en el agua y con una pastilla de jabón o un patito de goma o una mancha de sangre —para pasar la censura—, con el pelo flotando en el agua, la pura frialdad de la porcelana rodeándole el cuerpo, casto como el hielo una vez sin vida, con los ojos abiertos, fijos en los del lector. La bañera es un ataúd. Me asaltó una visión fugaz: nos quedábamos dormidos y el grifo se abría accidentalmente, la tibieza del agua iba sumergiéndonos sin que nos diéramos cuenta, el nivel subía y al final nos ahogábamos. Aquello sí sería una sorpresa para el amigo de Peter cuando viniera a enseñar el piso a los siguientes posibles inquilinos. Toda la casa inundada y dos cadáveres desnudos, unidos en un último abrazo. «Suicidio», dirían todos. «Muertos por amor». En las noches de verano nuestros fantasmas se pasearían por los vestíbulos de los Apartamentos Brentview para Solteros, Dos Dormitorios, Acabados de Lujo, cubiertos solo por unas toallas de baño…

Volví la cabeza, cansada de cisnes, y me concentré en la alcachofa de la ducha. El pelo de Peter olía a jabón. Siempre olía a jabón, no solo cuando acababa de ducharse. Era un olor que yo asociaba con sillas de dentista y medicamentos, pero en él me resultaba atractivo. Nunca usaba esas lociones dulzonas para después del afeitado ni los otros sustitutos masculinos del perfume.

Observé su brazo, los pelos alineados en franjas. Ese brazo era como el cuarto de baño: limpio, blanco y nuevo, la piel extrañamente suave para ser de hombre. Había apoyado la frente en mi hombro y no le veía la cara, pero intenté visualizarla. Era como había dicho Clara: «guapo». Aquello fue seguramente lo primero que me atrajo de Peter. La gente se fijaba en él, no porque tuviera unos rasgos enérgicos o peculiares, sino porque era la normalidad elevada a categoría de perfección, como esos rostros juveniles y retocados de los anuncios de cigarrillos. Sin embargo, a veces me habría gustado ver alguna verruga o algún lunar tranquilizador, o alguna zona rugosa, algo en lo que la mano pudiera demorarse en vez de resbalar sin freno.

Nos habíamos conocido en la fiesta al aire libre que se celebró después de mi graduación. Era amigo de un amigo mío, y comimos helado juntos, a la sombra. Se mostró bastante formal y me preguntó qué planes tenía. Yo le expliqué que esperaba trabajar, aunque se lo planteé con mucha más precisión de la que en realidad tenía en mente, y más tarde me confesó que fue mi aura de independencia y sentido común lo que le había llamado la atención. Me consideró el tipo de chica que no intentaría controlarle la vida. Hacía poco había tenido una experiencia desagradable con lo que llamaba «el otro tipo de chica». Esa suposición suya me había convenido. Desde el principio nos tratamos con sinceridad, y nos llevábamos muy bien. Tuve que adaptarme a sus cambios de humor, claro, pero eso ocurre con todos los hombres, y sus altibajos eran tan evidentes que no suponían una gran dificultad. A lo largo de aquel verano nuestra relación se fue convirtiendo en una costumbre agradable, y

como solo nos veíamos los fines de semana, el fulgor inicial no había tenido tiempo de apagarse.

Sin embargo, la primera vez que fui a su apartamento estuvo a punto de ser nuestra última cita. Me había abrumado con música y coñac, creyéndose gentil y experimentado, y yo me había dejado guiar al dormitorio. Habíamos dejado las copas de coñac en el escritorio y Peter, en un movimiento acrobático, había tirado una al suelo.

—Bah, deja eso ahora —dije yo, tal vez con poco tacto. Pero él encendió la luz, se levantó para buscar la escoba y la fregona y barrió todos los trozos de vidrio, recogiendo los grandes con cuidado, como una paloma que picoteara migas de pan. Se puso de un humor de perros.

No tardamos en despedirnos con bastante frialdad, y no supe nada de él durante más de una semana. Las cosas habían mejorado mucho desde entonces, claro.

Peter se estiró y bostezó a mi lado, aplastándome el brazo contra la porcelana. Me aparté un poco y logré liberar el brazo disimuladamente.

—¿Te ha gustado? —me preguntó como de pasada, sin apartar los labios de mi hombro. Siempre me lo preguntaba.

—Ha sido maravilloso —susurré. ¿Acaso no era evidente? Un día de esos le contestaría «horrible», solo para ver su reacción, aunque estaba segura de que no me creería. Me incorporé y le acaricié el pelo mojado, rascándole la nuca. Si no me excedía, era algo que le gustaba.

A lo mejor había escogido la bañera como expresión de su personalidad. Intentaba encontrarle un sentido a aquello. ¿Sería una forma de ascetismo? ¿Una versión moderna de los cilicios y los asientos con clavos? ¿Mortificación de la carne? La verdad es que no había nada en Peter que lo diera a entender. Desde luego, prefiere la comodidad, y además no había sido su carne la mortificada, porque él estaba encima. A lo mejor había sido el gesto de un joven temerario, algo así como saltar vestido a la piscina o ponerse cosas en la cabeza en las fiestas. Aunque esa imagen tampoco casaba con él. Yo me alegraba de que ya no le quedaran amigos solteros, porque a la siguiente boda quién sabe si habría pretendido que nos metiéramos en un armario, o que probáramos alguna postura exótica en el fregadero de la cocina.

A lo mejor —y esa idea me aterró— había creído que aquello podía ser la expresión de mi personalidad. Un nuevo campo de posibilidades se abría ante mí. ¿Acaso me veía como un componente sanitario? ¿Qué tipo de chica creía que era?

Peter me pasaba los dedos por el pelo de la nuca.

—Seguro que los kimonos te sientan de maravilla —me susurró. Me mordió el hombro, y reconocí en aquel acto inusual en él un gesto de alegría desbocada.

Yo le devolví el mordisco en el mismo sitio y, asegurándome de que el pivote de la ducha aún estaba subido, estiré el pie —soy hábil con los pies— y abrí el grifo del agua fría.

8

Hacia las ocho y media salimos para ir a buscar a Len. Peter había sufrido uno de sus cambios de humor y estaba de un ánimo que no habría sabido definir, así que no intenté entablar ninguna conversación con él durante el trayecto. No apartaba la vista de la carretera, cogía las curvas demasiado rápido e insultaba en voz baja a los otros conductores. No se había puesto el cinturón.

Antes, cuando le comenté que habíamos quedado con Len no se había mostrado muy entusiasmado, a pesar de que le había asegurado que «le caería bien».

—¿Quién es? —me había preguntado con desconfianza. De no haberlo conocido bien, habría jurado que estaba celoso. Pero Peter no es un hombre celoso.

—Es un viejo amigo de la universidad —le dije—. Acaba de volver de Inglaterra. Creo que es productor de televisión o algo así.

Sabía que Len no tenía un cargo tan importante, pero a Peter le impresiona el trabajo que desempeña la gente. Y como me había propuesto que Len le sirviera de distracción, quería que fuera una noche agradable.

—Vaya —protestó—. Un artista. Seguro que es marica.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina, comiendo guisantes congelados y carne ahumada, de esa que hay que hervir tres minutos sin sacar del plástico. Peter no había querido cenar fuera.

—Pues no —salí en apasionada defensa de Len—. Todo lo contrario.

Peter apartó el plato.

—¿Por qué no cocinas nunca? —preguntó con cierta impertinencia.

Aquello me ofendió; me parecía injusto. Me gusta cocinar, pero en casa de Peter lo había evitado deliberadamente para que no se sintiera invadido. Además, hasta entonces nunca se había quejado de la carne ahumada, que encima era nutritiva. Estuve a punto de soltar un comentario irónico, pero al final me contuve. Después de todo, Peter estaba pasando un mal momento.

—¿Qué tal fue la boda? —le pregunté finalmente.

Peter gruñó algo, se reclinó en el asiento, encendió un cigarrillo y se quedó contemplando la pared del fondo con la mirada perdida. Luego se levantó y se sirvió otro *gin-tonic*. Intentó pasear por la cocina de un lado a otro, pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado estrecha y volvió a sentarse.

—Dios mío —suspiró—. Pobre Trigger. Tenía un aspecto horrible. ¿Cómo ha podido dejarse atrapar así? —Y prosiguió con un monólogo inconexo en el que Trigger aparecía como una especie de último mohicano, noble y libre, el último ejemplar de dinosaurio exterminado por el destino y por otras especies menores, el último pájaro dodo, demasiado tonto para escapar. Llegado a ese punto empezó a despotricar contra la novia, la acusó de ser una malvada depredadora, de succionar al

pobre Trigger al vacío doméstico (lo que me hizo imaginarla como un aspirador), y al final se calló, no sin antes emitir varias predicciones agoreras sobre su futuro de soledad. Soledad que, en este caso, se refería a la falta de otros hombres solteros como él.

Me comí los últimos guisantes congelados. Ya había oído aquel discurso en dos ocasiones, o una perorata similar, y sabía que me convenía callar. Si le daba la razón, solo conseguiría agravar su depresión; si le llevaba la contraria, sospecharía que me ponía de parte de la novia. La primera vez me había mostrado divertida y había intentado quitar hierro al asunto y consolarlo. «Bueno, ahora ya está hecho —le había dicho—. Y a lo mejor acabará resultando bien. Después de todo, ya le tocaba. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiséis?». «Yo también tengo veintiséis años».

En fin, que esta vez decidí cerrar la boca, aunque me alegré de que Peter hubiera soltado su discurso a primera hora. Me levanté y le serví un poco de helado, cosa que se tomó como un gesto comprensivo. Me pasó el brazo por la cintura y me dio un abrazo triste.

—Dios mío, Marian —me dijo—. No sé qué haría si no me entendieras. La mayoría de las mujeres no lo entenderían, pero tú eres tan sensible…

Me acerqué a él y le acaricié el pelo mientras se comía el helado.

Dejamos el coche donde siempre, en una callejuela detrás del Park Plaza. Cuando empezamos a caminar, le pasé la mano por un brazo y él me sonrió, distraído. Yo le devolví la sonrisa —me alegraba de que ya se le hubiera pasado el mal humor del coche— y él apoyó la mano sobre la mía. Estuve a punto de poner mi otra mano encima de la suya, pero pensé que si lo hacía él se vería obligado a imitarme, como en ese juego infantil. Me limité a apretarle el brazo cariñosamente.

Llegamos al Park Plaza y Peter me abrió la puerta de cristal, fiel a su costumbre. Es muy escrupuloso con este tipo de cosas; también me abre la puerta del coche. A veces incluso parece que vaya a cuadrarse.

Mientras esperábamos el ascensor, observé nuestra imagen en el espejo que cubría las puertas de arriba abajo. Peter había elegido uno de sus trajes más discretos, marrón verdoso, de verano, cuyo corte acentuaba su esbeltez. Llevaba todos los complementos a juego.

—No sé si Len habrá llegado —comenté sin apartar la vista de mi reflejo, hablándole al espejo. Se me ocurrió que yo era de la estatura perfecta para él.

El ascensor llegó y Peter le dijo: «A la última planta, por favor», a la ascensorista de guantes blancos. Empezamos a subir despacio. En realidad el Park Plaza es un hotel, pero arriba tiene un bar. Es uno de los locales favoritos de Peter para tomar una copa tranquila, por eso se lo había propuesto a Len. La altura te proporciona una sensación de verticalidad que es difícil de conseguir en la ciudad. El lugar está bien iluminado, no es oscuro como muchos otros, y está limpio. Nadie suele emborracharse demasiado, y es posible mantener una conversación; no hay orquesta ni cantantes. Las sillas son cómodas, la decoración está inspirada en el siglo XVIII y

todos los camareros conocen a Peter. Ainsley me contó que una vez, estando ella presente, alguien había amenazado con suicidarse saltando desde la terraza contigua, aunque a lo mejor era una de sus invenciones.

Entramos en el bar. No había mucha gente, así que enseguida vi a Len. Estaba sentado a una de las mesas negras. Nos acercamos y le presenté a Peter. Se dieron la mano: Peter con brusquedad; Len, relajado. El camarero apareció al momento y Peter pidió dos *gin-tonics*.

—¡Marian, cuánto me alegro de verte! —dijo Len, apoyándose en el borde de la mesa para darme un beso en la mejilla, hábito que, según supuse, habría adquirido en Inglaterra, porque antes no lo hacía. Había engordado un poco.

—¿Qué tal por ahí? —le pregunté. Quería que hablara y entretuviera a Peter, que de nuevo parecía enfurruñado.

—Bien, supongo. Pero demasiada gente. Cada vez que te das la vuelta te encuentras con alguien de aquí. Ya casi no vale la pena ir, está plagado de turistas. De todas formas —añadió, dirigiéndose a Peter—, hubiera preferido no marcharme. Tenía un trabajo que me gustaba, entre otras cosas. Pero hay que ir con cuidado con las mujeres cuando empiezan a perseguirte. Siempre quieren que te cases con ellas. Entonces tienes que salir pitando. Pillarlas antes de que te atrapen ellas a ti y largarte al momento. —Sonrió, luciendo sus dientes blancos y brillantes.

Peter se animó visiblemente.

—Marian me ha dicho que trabajas en televisión.

—Sí —respondió, mirándose las uñas cuadradas de sus manos grandes, casi desproporcionadas—; de momento no tengo nada entre manos, pero espero encontrar algo por aquí. Siempre se necesita gente con experiencia. Telediarios. Ya me gustaría ver a algún buen locutor en este país, alguno bueno de verdad, aunque me imagino la cantidad de papeleo que te exigirán para conseguir cualquier cosa.

Peter se tranquilizó. Seguramente estaba pensando que alguien interesado en reportajes periodísticos no podía ser marica.

Noté que alguien me tocaba el hombro y me volví. Allí de pie había una chica joven que no conocía de nada. Abrí la boca para preguntarle qué quería pero Peter se me adelantó.

—Vaya, es Ainsley. No me habías dicho que también venía.

La miré de nuevo. En efecto: era Ainsley.

—Por Dios, Marian —me dijo casi en un susurro cohibido—, no me habías dicho que era un bar. Espero que no me pidan el documento de identidad.

Len y Peter se habían puesto de pie. Se la presenté a Len, en contra de lo que me dictaba mi buen juicio, y ella se sentó en la cuarta silla. Peter parecía desconcertado. Había conocido a Ainsley en otra ocasión y no le había caído bien. Sospechaba que tenía puntos de vista que él definía como «radicales de pacotilla», porque ella le había soltado un discurso teórico sobre la liberación del Ello. Políticamente, Peter es conservador. Además, se había ofendido cuando Ainsley le dijo que tenía opiniones

«convencionales», y se había vengado calificando las suyas de «incivilizadas». Yo suponía que en aquel momento él era consciente de que estaba tramando algo, pero no quería ponerla en evidencia hasta estar seguro de qué era. Le hacían falta pruebas.

El camarero volvió a aparecer y Len preguntó a Ainsley qué quería tomar. Ella vaciló.

—Ay, no sé… tomaré un… un *ginger-ale* —dijo tímidamente.

Len le sonrió, complacido.

—Marian, sabía que compartías piso con una chica, pero no me habías comentado que fuera tan jovencita.

—Bueno, podría decirse que está bajo mi tutela —respondí secamente—. Me lo han pedido sus padres, que viven en el pueblo.

Estaba furiosa con Ainsley. Me acababa de poner en una situación muy difícil. O le desmontaba el juego, revelando que ya había terminado la universidad y que en realidad era solo unos meses más joven que yo, o me callaba y me convertía en cómplice de algo que equivalía a un fraude. Sabía perfectamente por qué había venido: Len era un candidato en potencia, y al notar mi reticencia a presentárselo había optado por inspeccionarlo en persona.

El camarero volvió con el *ginger-ale*. Me sorprendió que no le hubiera exigido el carnet, pero pensándolo mejor llegué a la conclusión de que cualquier camarero con experiencia daría por sentado que una chica tan descaradamente joven que entraba en un bar vestida de esa manera y pedía un *ginger-ale* había de tener bastante más de la edad mínima. Si sospechan de alguien es de las adolescentes que se disfrazan de mujeres, y ella había conseguido no sé dónde un modelito fino de algodón que nunca le había visto, un vestido a cuadritos rosas y celestes sobre un fondo blanco y con un fruncido alrededor del cuello. Se había puesto una pulsera de plata con medallas y remataba la imagen con una coleta atada con un lazo rosa. Apenas se había maquillado, solo un poco de sombra en los ojos para que parecieran el doble de grandes, redondos y azules. Había sacrificado sus uñas ovaladas, mordiéndoselas casi hasta la raíz, lo que les daba un aspecto descuidado y escolar. Saltaba a la vista que iba a por todas.

Len le hablaba, le hacía preguntas, intentaba sonsacarla. Ella daba sorbitos de *ginger-ale* y le contestaba escuetamente, con timidez. Por supuesto, evitaba hablar más de la cuenta, consciente de que Peter constituía una amenaza. Pese a ello, cuando Len se interesó por su trabajo, pudo contarle la verdad.

—Estoy en una empresa de cepillos de dientes eléctricos —explicó, y se ruborizó, consiguiendo un tono rosado muy auténtico. Por poco me atraganto.

—Disculpad —dije—. Salgo un momento a la terraza a tomar el aire. —Quería decidir qué debía hacer: no me parecía ético dejar que engañara a Len de esa manera. Supongo que Ainsley notó algo, porque cuando me levantaba me dedicó una mirada de advertencia.

Fuera, apoyé los brazos en el borde del muro, que me llegaba casi a la altura del cuello, y contemplé la ciudad. Una línea de luces en movimiento avanzaba justo frente a mí hasta que se dividía para esquivar la masa oscura del parque. Otra línea se incorporaba desde la derecha, sin principio ni final. ¿Qué decisión tomar? ¿Acaso era asunto mío? Sabía que si me metía estaría rompiendo un pacto tácito, y que Ainsley encontraría la forma de vengarse de mí a través de Peter. Era muy hábil en esos temas.

A lo lejos, en el horizonte, vi el destello de un relámpago. Se avecinaba una tormenta. «Bien —dije en voz alta—. Limpiará el ambiente». Si no pensaba dar ningún paso concreto, tenía que estar segura de mi autocontrol, para no meter la pata. Di un par de vueltas a la terraza hasta que me pareció que ya estaba lista para entrar. Me sorprendió constatar que me tambaleaba ligeramente al andar.

El camarero debía de haber vuelto. Había otro *gin-tonic* en mi sitio. Peter estaba enfrascado en una conversación con Len y apenas reparó en mí. Ainsley estaba callada, con la mirada baja, removiendo el cubito de hielo en el vaso de *ginger-ale*. Me dediqué a estudiar su recién adquirido aspecto, y se me antojó como aquellas muñecotas que hay en las tiendas en Navidad, de piel suave y lavable, como de plástico, ojos de vidrio y pelo artificial. Rosas y blancas.

Presté atención a la voz de Peter, que parecía llegarme desde lejos. Le explicaba a Len algo relativo a una partida de caza. Yo ya sabía que Peter, antes, salía bastante de caza, sobre todo con su grupo de viejos amigos, pero a mí nunca me había contado tanto sobre el tema. Recuerdo que alguna vez me había comentado que solo mataban cuervos, marmotas y otros bichos pequeños.

—Bueno, pues la solté y, ¡zas!, directo al corazón. Las demás se escaparon. La recogí y Trigger me dijo: «Ya sabes cómo se hace, les abres la barriga, las sacudes fuerte varias veces y las tripas se les salen solas». Así que saqué el cuchillo (yo tengo un cuchillo muy bueno, de acero alemán), le hice un corte en la barriga, la cogí por las patas traseras y la agité muy fuerte, como si estuviera dando latigazos, y de repente había sangre y tripas por todas partes. Me puse perdido, un asco, vísceras de liebre colgando de los árboles, todos los árboles rojos…

Hizo una pausa para reírse. Len sonrió. El tono de voz de Peter había cambiado; apenas lo reconocía. Pensé en el panfleto de la «Abstinencia». No permitiría que mis percepciones sobre Peter se vieran distorsionadas por los efectos del alcohol, me dije.

—Fue muy divertido. Por suerte Trigger y yo teníamos las cámaras a mano y sacamos algunas fotos bastante buenas de aquel desastre. Una pregunta, por tu trabajo entenderás bastante de cámaras… —Y acto seguido se enzarzaron en una conversación sobre lentes japonesas.

Peter parecía hablar cada vez más alto y más rápido hasta el punto que me resultaba imposible seguir el flujo de palabras, y mi mente se distanció para concentrarse en la imagen de la escena del bosque. La vi como si fuera una diapositiva proyectada en una pantalla, en un cuarto oscuro: los colores luminosos,

verdes, marrones, el azul del cielo, los rojos. Peter estaba de pie, de espaldas a mí. Llevaba una camisa a cuadros y el rifle colgado del hombro. Lo rodeaba un grupo de amigos, esos amigos a los que yo no conocía. Sus rostros deformados por una mueca de hilaridad eran claramente visibles, iluminados por el sol que penetraba en haces por entre unos árboles anónimos, salpicados de sangre. A la liebre no la veía.

Me incliné hacia delante y apoyé los codos en la mesa. Quería que Peter se volviera y me hablara. Necesitaba oír su voz de siempre, pero él no me decía nada. Estudié los reflejos de los otros tres, que se extendían y se movían sobre la superficie negra y brillante como en un charco de agua. Solo se les veía la barbilla, no los ojos, excepto a Ainsley, que los posaba discretamente en la bebida. Al cabo de un rato me di cuenta de que una gran gota se había materializado en la mesa, cerca de mi mano. La rocé con el dedo y la extendí un poco antes de comprender con horror que era una lágrima. ¡Estaba llorando, entonces! Algo en mi interior empezó a recorrer, indeciso, laberintos de pánico, como si me hubiera tragado un renacuajo. Estaba a punto de perder los nervios y montar una escena, y no quería que eso ocurriera.

Me levanté intentando pasar lo más desapercibida posible, crucé el bar evitando con sumo cuidado las demás mesas y me metí en el servicio de señoras. Tras asegurarme de que no había nadie más —para no dejar testigos—, me encerré en uno de los lujosos cubículos rosas y estuve llorando durante varios minutos. No entendía qué me sucedía; por qué lo hacía. Era la primera vez que hacía algo así, y me parecía absurdo. «Contrólate —me susurraba—. No seas tonta». El rollo de papel higiénico estaba ahí, agazapado, impotente, blanco y suave, esperando pasivamente el final. Arranqué un trozo y me soné.

Aparecieron unos zapatos. Los miré atentamente por debajo de la puerta y reconocí los de Ainsley.

—¡Marian! ¿Estás bien?

—Sí —me apresuré a responder. Me sequé los ojos y salí—. ¿Qué? ¿Ya has iniciado la búsqueda?

—Ya veremos —respondió con frialdad—. Primero he de conseguir más datos sobre él. Espero que no se te ocurra decir nada.

—Yo también lo espero, aunque no me parece ético, la verdad. Es como cortar la punta de las alas a los pájaros, o pescar con luz artificial y todo eso.

—No es lo mismo —protestó—. Yo no pienso hacerle ningún daño. —Se quitó el lazo rosa y se peinó—. ¿Pero qué te pasa? He visto que empezabas a llorar en la mesa.

—Nada. Ya sabes que no me sienta bien la bebida. Seguramente es por la humedad. —Estaba recuperando el dominio de mí misma.

Regresamos a nuestra mesa. Peter hablaba por los codos sobre diferentes sistemas para hacer autorretratos; imágenes reflejadas en espejos, temporizadores que pulsabas antes de salir corriendo para posar, dispositivos con largos cables rematados en disparadores y sistemas hidráulicos. Len intervenía a veces para comentar algún

aspecto del enfoque de la imagen, pero cuando llevaba varios minutos sentada me dirigió una mirada extraña, como diciendo que yo le había decepcionado. Luego volvió a la conversación.

¿Qué habría querido expresar? Los miré a los tres, uno por uno. Peter me sonrió sin dejar de hablar, cariñoso pero distante, y de pronto capté la situación: me estaba usando como parte del atrezo; silencioso pero sólido, un perfil en dos dimensiones. No es que prescindiera de mí, como tal vez yo había sentido (¿guardaba eso alguna relación con mi ridículo mutis?). Todo lo contrario: contaba conmigo. Y Len me había mirado así porque imaginaba que estaba siendo discreta a propósito, y por un motivo concreto: nuestra relación era más seria de lo que yo le había descrito. Len nunca le deseaba el matrimonio a nadie, y menos si le caía bien. Pero desconocía la situación y la había interpretado mal.

De repente volvió a invadirme el pánico. Me agarré al borde de la mesa. Aquella sala cuadrada, con sus cortinas recogidas con presilla, su mullida moqueta y sus lámparas de araña ocultaba algo; el aire, traspasado de murmullos, estaba lleno de amenazas veladas. «Aguanta —me dije—. No te muevas». Miré las puertas y las ventanas, calculando las distancias. Me abrumó el impulso de salir de allí.

Las luces parpadearon.

—Caballeros, es hora de cerrar —anunció un camarero. Se oyó un rumor de sillas arrastrándose hacia atrás.

Bajamos en ascensor.

—La noche es joven —dijo Len al salir—. ¿Por qué no os venís a casa y nos tomamos la última? Puedes echarle un vistazo a mi teleconversor.

—Gracias, me encantaría —aceptó Peter.

Salimos a la calle. Peter me ofreció el brazo y nos adelantamos. Ainsley se había quedado rezagada con Len.

En la calle el aire era más fresco. Soplaba una ligera brisa. Me solté del brazo de Peter y eché a correr.

9

Avancé por la acera. Al cabo de un minuto me sorprendí al descubrir el movimiento de mis pies y me pregunté cómo había empezado a correr. Pese a ello, no me detuve.

Los demás estaban tan atónitos que al principio se quedaron petrificados. Luego Peter me llamó.

—¡Marian! ¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

Por su tono, era evidente que estaba furioso; ese era el peor de los pecados, porque estábamos en público. No le respondí, pero lo miré por encima del hombro sin detenerme. Tanto él como Len me seguían, aunque no tardaron en parar.

—Iré a por el coche y la alcanzaré —oí que Peter le decía a Len—. Tú intenta que no llegue a la avenida.

Dio media vuelta y salió disparado en dirección contraria. Aquello me despistó. Supongo que esperaba que Peter me siguiera, y resultaba que era Len quien se esforzaba por alcanzarme. Miré al frente justo a tiempo para esquivar a un viejo que salía de un restaurante, y enseguida volví la cabeza otra vez. Ainsley vacilaba, indecisa sobre a cuál de los dos seguir, y finalmente salió en la misma dirección que Peter. La vi desaparecer tras la esquina, una bandera rosa y blanca ondeando al viento.

Empezaba a faltarme el aliento, pero les llevaba bastante ventaja y podía permitirme bajar un poco el ritmo. Cada farola que pasaba de largo se convertía en un marcador de la carrera. Me parecía un logro, una especie de meta ir dejándolos atrás. Como era la hora de cierre en los bares, había bastante gente en la calle. Yo les dedicaba algunas sonrisas y lanzaba ocasionales saludos al pasar, casi riéndome de sus expresiones de sorpresa. Estaba dominada por la excitación de la velocidad. Era como jugar a pillar.

—¡Marian! ¡Para! —me gritaba Len a intervalos.

Entonces vi que el coche de Peter doblaba la siguiente esquina y se incorporaba a la avenida. Seguramente había dado la vuelta a la manzana. «No pasa nada», pensé, «viene contra dirección y tendrá que cambiar de sentido. No le dará tiempo de atraparme».

El coche circulaba por el carril exterior, acercándose a mí. En ese instante se abrió un hueco en el tráfico; él lo aprovechó y realizó un giro de ciento ochenta grados. Llegó a mi lado y frenó. Ainsley me observaba desde el parabrisas trasero, su rostro permanecía inexpresivo como una luna.

De repente la situación dejó de ser un juego. Aquella silueta redondeada de tanque me resultaba amenazadora. La amenaza era que Peter no hubiera intentado alcanzarme a pie, que se hubiera parapetado tras la armadura del coche, aunque, por

supuesto, su decisión era la más lógica. En cuestión de segundos el vehículo se pararía, la puerta se abriría… ¿Adónde ir?

Para entonces ya había dejado atrás la zona de tiendas y restaurantes y había llegado a un barrio de casas viejas y aceras anchas. Sabía que muchos de los edificios ya no eran viviendas y que se habían convertido en consultas de dentista o en peluquerías. Había una verja abierta. Entré y recorrí el camino de gravilla.

Debía de ser un club privado o algo por el estilo. La puerta principal tenía una marquesina y había luz en las ventanas. Mientras vacilaba, oyendo los pasos de Len que sonaban cada vez más cerca, la puerta empezó a abrirse.

Allí estaría a salvo: era una propiedad privada. Salté el pequeño seto que había a un lado del camino y me alejé en diagonal por el césped hasta llegar a una zona en penumbra. Visualicé a Len subiendo a toda prisa por el camino y tropezándose con unas personas indignadas, un grupo de señoras de mediana edad ataviadas con vestidos de noche, y aquello me devolvió por un momento a la realidad. Era mi amigo. Sin embargo, había tomado partido contra mí y ahora tendría que pagar las consecuencias.

En la oscuridad, junto a la casa, me detuve a pensar. Len estaba a mis espaldas; a un lado, la casa, y en las otras dos direcciones, algo más impenetrable que la oscuridad me cerraba el paso. Se trataba del muro de ladrillo que se unía a la verja de la entrada y parecía rodear todo el perímetro del edificio. Tendría que escalarlo.

Avancé entre unos arbustos espinosos. El muro solo me llegaba a la altura del hombro. Me quité los zapatos y los lancé al otro lado. Empecé a encaramarme apoyándome en las ramas y en unos ladrillos salientes. Oí un chasquido. Notaba el latido de la sangre en los oídos.

Cerré los ojos, me arrodillé un momento en lo alto del muro, me balanceé un poco, mareada, y me dejé caer hacia atrás.

Noté que alguien me cogía al vuelo, me dejaba en el suelo y me zarandeaba. Era Peter, que debía de haberme seguido y me había esperado en el callejón, suponiendo que saltaría el muro.

—¿Pero qué demonios te ha pasado? —me regañó. Su rostro, a la luz de las farolas, era de enfado y de preocupación a partes iguales—. ¿Te encuentras bien?

Me apoyé en él y le pasé la mano por la nuca. El alivio de que me hubiera detenido y me estuviera abrazando, de oír su voz de siempre y de saber que era de verdad, era tan grande que empecé a reír casi sin querer.

—Estoy bien —respondí—. Claro que estoy bien. No sé qué me ha pasado.

—Entonces ponte los zapatos —zanjó Peter alargándomelos. Estaba irritado, pero no pensaba montar un espectáculo allí.

Len se asomó por el muro y aterrizó a nuestro lado con un golpe sordo. Respiraba entrecortadamente.

—¿Está aquí? Bien. Vámonos antes de que esta gente llame a la policía.

El coche estaba allí mismo. Peter me abrió la puerta y me monté. Len se subió detrás, con Ainsley, y solo me dijo que no sabía que fuera una histérica. Ainsley permaneció en silencio. Arrancamos y doblamos la esquina. Len iba indicando el camino. Yo habría preferido volver a casa, pero no quería causarle a Peter más problemas aquella noche. Me senté bien erguida y doblé las manos en el regazo.

Aparcamos junto al edificio de Len que, por lo que intuí en la oscuridad, era de esos viejos y destartalados, de ladrillo, con una escalera de incendios exterior. No había ascensor, solo unas escaleras desgastadas con barandilla oscura, de madera. Subimos por parejas.

El apartamento era diminuto y constaba solo de una estancia con el baño a un lado, y la cocina al otro. Estaba algo desordenado, con maletas en el suelo, libros y ropa por todas partes. Era evidente que Len aún no se había instalado del todo. La cama estaba junto a la puerta de entrada y hacía las veces de sofá. Yo me quité los zapatos y me senté en ella. Tenía los músculos en tensión y me dolía todo el cuerpo de cansancio.

Len sirvió tres generosas copas de coñac, se fue a la cocina y, tras un rato de búsqueda, encontró una Coca-Cola para Ainsley. Puso un disco. Entonces Peter y él empezaron a manipular un par de cámaras, a enroscar varias lentes y a mirar por el visor, intercambiando información sobre tiempos de exposición. Yo estaba arrepentida y avergonzada, pero no podía hacer nada. Si hubiese estado a solas con Peter habría sido distinto, pensaba, le habría resultado más fácil perdonarme.

Ainsley no me servía de ayuda. Seguía con su numerito de niña buena que escucha y calla, que en su caso era lo más prudente. Se había sentado en una butaca redonda de mimbre, idéntica a la del jardín de Clara, aunque esta tenía una funda de pana a cuadros en tonos amarillos, de esas que se sujetan con gomas elásticas y acostumbran a soltarse si te mueves mucho. Pero Ainsley estaba bastante quieta, apoyando el vaso de Coca-Cola en el regazo y contemplando su propio reflejo en la superficie marrón del refresco. Su expresión no denotaba aburrimiento ni placer. Su paciencia inerte era la de una planta carnívora apostada en una ciénaga, con sus hojas huecas y bulbosas medio llenas de agua, aguardando la llegada de un insecto, su caída, su muerte por asfixia, su digestión.

Yo estaba apoyada en la pared, dando sorbos de coñac, y el ruido de las voces y la música me sacudía con un vaivén de oleaje. Supongo que el peso de mi cuerpo había desplazado un poco la cama. En cualquier caso, sin pensar mucho en nada, volví la cabeza y miré hacia abajo. El espacio que se abría entre la cama y la pared empezó a resultarme de lo más atractivo.

Seguro que ahí se estaría de maravilla, pensé. Y habría menos humedad. Dejé la copa en la mesilla del teléfono que había junto a la cama y eché un rápido vistazo a la habitación. Todos estaban concentrados en lo suyo. No se darían cuenta.

Segundos después ya estaba encajada de lado entre la cama y la pared, invisible para los demás pero muy incómoda. Esto no funciona, pensé; tendré que meterme

debajo. Será como estar en una tienda de campaña. En ningún momento pensé en volver a subir. Aparté la cama tan discretamente como pude, usando todo mi cuerpo como palanca, levanté el borde ribeteado de la colcha y me introduje en la ranura como si se tratara de un sobre. Era muy estrecho. El somier era muy bajo y solo cabía si me tendía muy recta en el suelo. Volví a arrastrar la cama contra la pared.

Me sentía bastante entumecida. Además, por el suelo había unas bolas de polvo y borra bastante grandes, que parecían trozos de pan rancio (indignada, pensé que Len era un cerdo, que no barría debajo de la cama, pero luego lo disculpé: llevaba poco tiempo viviendo ahí y a lo mejor esa suciedad la habían dejado en la casa los que vivían antes). Pero la penumbra, teñida de naranja por la colcha que me rodeaba por los cuatro costados, el frescor y la soledad resultaban agradables. La música estridente, la risa sincopada y las voces monótonas me llegaban amortiguadas por el colchón. A pesar de la estrechez y del polvo, me alegraba de no tener que soportar el resplandor reverberante y cálido de la habitación. Aunque me hallaba menos de un metro por debajo de ellos, para mí la habitación quedaba «ahí arriba». Y yo permanecía en un espacio subterráneo, me había cavado una madriguera particular. Me sentía orgullosa de mí misma.

Una voz de hombre, creo que era la de Peter, dijo en voz alta: «Eh, ¿dónde está Marian?», y los demás respondieron: «Habrá ido al baño». Sonreí. Era agradable ser la única que sabía dónde estaba en realidad.

De todos modos, me sentía cada vez más incómoda en esa postura. Los músculos del cuello me dolían. Quería estirarme, tenía ganas de estornudar. Empecé a desear que no tardaran mucho en percatarse de mi ausencia para que se pusieran a buscarme. Ya no recordaba por qué me había escondido debajo de la cama de Len. Aquello era ridículo. Además, cuando saliera estaría cubierta de polvo.

Pero como ya había dado el paso, me resistía a dar marcha atrás. Si tenía que salir a gatas de debajo de la colcha, arrastrando polvo, como un gorgojo saliendo de un saco de harina, perdería toda mi dignidad. Equivaldría a admitir que me había equivocado. Ahí estaba y ahí seguiría hasta que me sacaran a la fuerza.

Mi resentimiento hacia Peter por permitir que siguiera encajonada debajo de la cama mientras él se movía a sus anchas ahí arriba, en plena libertad, cotorreando sobre tiempos de exposición, me llevó a pensar en los últimos cuatro meses. Durante todo el verano habíamos avanzado en una dirección determinada, aunque no se notara el movimiento: nos habíamos engañado y habíamos creído que permanecíamos estáticos. Ainsley ya me había advertido de que Peter me estaba monopolizando; no entendía por qué no «me diversificaba», por utilizar sus propias palabras. Aquello podía estar muy bien para ella, pero a mí andar con más de uno a la vez no me parecía ético. Sin embargo, me había quedado en una especie de vacío. Peter y yo habíamos evitado hablar del futuro, porque sabíamos que no importaba, que en realidad lo nuestro no era nada serio; estaba claro que aquel había sido el motivo de mi desmoronamiento en el servicio de señoras y de mi huida. Estaba evitando la

realidad. Y en ese momento, en ese preciso instante, debía enfrentarme a ello. Debía decidir qué quería hacer.

Alguien se sentó de golpe sobre la cama, aplastándome contra el suelo. Solté un grito apagado.

—¿Qué coño es esto? —dijo quien se hubiera sentado—. Debajo de la cama hay alguien.

Les oí susurrarse algo, y Peter me llamó con voz mucho más baja de lo necesario.

—Marian, ¿estás debajo de la cama?

—Sí —respondí en tono indiferente. Había decidido no darle importancia a todo aquel asunto.

—Bueno, pues sal —replicó con delicadeza—. Creo que es hora de volver a casa.

Me hablaba como si yo fuera una niña rebelde que se ha encerrado en un armario y a la que han de tratar con mimo. A mí la situación me divertía y me indignaba a partes iguales. Estuve a punto de decir: «No quiero», pero temí que fuera la gota que colmara el vaso de Peter, y además Len era muy capaz de decir: «Bueno, por mí que se quede ahí toda la noche. Hay que tratarlas así. Ya se le pasará la rabieta».

—No puedo, me he quedado atrapada —respondí en cambio.

Intenté moverme. Estaba atrapada.

Ahí arriba celebraban otra reunión ejecutiva.

—Vamos a levantar la cama —anunció Peter— y tú sales, ¿de acuerdo?

Los oí dándose órdenes mutuamente. Aquello parecía toda una proeza de la ingeniería. Oí pies que se arrastraban mientras adoptaban sus posiciones y se afianzaban.

—¡Arriba! —gritó Peter, y la cama se levantó. Yo retrocedí, como un cangrejo cuando le quitan la roca bajo la que se oculta.

Peter me ayudó a incorporarme. Tenía todo el vestido cubierto de polvo. Los dos empezaron a sacudírmelo, riéndose.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo ahí debajo? —me preguntó Peter. Por su manera de quitarme las bolas más grandes de polvo, lentamente, haciendo esfuerzos por concentrarse, comprendí que mientras yo había permanecido bajo la cama ellos no habían perdido el tiempo con el coñac.

—Se estaba más tranquilo —expliqué lacónicamente.

—¿Y por qué no me dijiste que te habías quedado atrapada? —replicó, galante—. Yo te habría rescatado. ¡Qué pinta! —Aquella situación le divertía y le hacía sentirse superior.

—Ah, es que no quería interrumpirte. —Ya había descubierto cuál era la emoción que predominaba en mi estado de ánimo: la rabia.

El punzón ardiente del enfado que traslucía en mi voz debió atravesar la cutícula de su euforia. Retrocedió un paso. Parecía estar midiéndome fríamente con la mirada. Me cogió del antebrazo, como si me llevara detenida por conducta temeraria, y se dirigió a Len.

—Creo que lo más prudente será que nos marchemos —dijo—. Ha sido un placer. Espero que volvamos a vemos pronto. Me encantaría que vinieras a ver mi trípode y me dieras tu opinión.

AI otro lado de la habitación, Ainsley se levantó de la silla que tenía la funda de pana.

Me liberé de la mano de Peter.

—Yo no me voy contigo. Volveré a pie. —Y salí por la puerta.

—Haz lo que te dé la gana —replicó Peter. Sin embargo se dispuso a seguirme, abandonando a Ainsley a su suerte. Mientras bajaba la estrecha escalera, oí la voz de Len.

—¿Te apetece otra copa, Ainsley? Ya te acompañaré luego a casa, no te preocupes. Dejemos que los dos tortolitos arreglen sus cosas.

—Oh, creo que no debería… —protestó Ainsley con cierta alarma.

Una vez en la calle me sentí bastante mejor. Había logrado escapar, aunque no sabía de qué ni hacia dónde. No estaba muy segura de por qué había actuado de esa manera, pero al menos lo había hecho. Por fin había tomado una decisión, por fin había terminado algo. Después de esa violencia, de esa exhibición tan descarada y que de pronto me resultaba embarazosa, ya no existía reconciliación posible, aunque ahora que me alejaba de allí no sentía ninguna irritación hacia Peter. Pensé, absurdamente, que nuestra relación había sido muy tranquila, que hasta entonces nunca nos habíamos peleado. No habíamos tenido ningún motivo para discutir.

Miré atrás. Ni rastro de Peter. Caminé por las calles desiertas, pasé junto a los bloques de pisos viejos, hacia la calle principal en la que podría coger un autobús. Sin embargo, a aquella hora (¿qué hora sería?) no me quedaría más remedio que esperar mucho rato. Eso me inquietó. El viento soplaba con más fuerza y era más frío, y los relámpagos se aproximaban cada vez más. Se oía el lejano retumbar de los truenos. Y yo solo llevaba un vestido de verano. No sabía si llevaba suficiente dinero para coger un taxi. Abrí el monedero, lo conté y vi que no me alcanzaría.

Llevaba caminando unos diez minutos en dirección norte, pasando junto a los escaparates fríamente iluminados de las tiendas cerradas, cuando vi que el coche de Peter doblaba la esquina a unos cien metros de donde yo estaba. Se bajó y se quedó plantado en la acera, esperando. Yo seguí avanzando al mismo ritmo, sin aflojar el paso ni cambiar de dirección. Sin duda ya no existía razón alguna para echar a correr. Aquello ya no me afectaba.

Cuando llegué a su altura, me cerró el paso.

—¿Serías tan amable de permitirme que te acompañe a casa? —me preguntó con forzada amabilidad—. Acabarás empapada. —Mientras decía estas palabras, unos gruesos goterones premonitorios habían empezado a caer.

Vacilé. ¿Por qué lo hacía? Tal vez le movía el mismo impulso que le llevaba a abrirme las puertas de los coches —casi un acto reflejo—, en cuyo caso podría aceptar el favor como una simple formalidad exenta de peligro. Pero si montaba en

ese coche, ¿qué implicaría realmente? Lo observé con detenimiento. Era evidente que había bebido demasiado, aunque no era menos cierto que mantenía un control casi absoluto sobre sí mismo. Sí, tenía la mirada algo turbia, pero se mantenía muy derecho.

—Bueno —dije, indecisa—. La verdad es que preferiría ir andando. Pero gracias de todos modos.

—Vamos, Marian, no seas infantil —zanjó bruscamente, cogiéndome del brazo.

Yo permití que me arrastrara hasta el coche y que me obligara a sentarme en el lugar del acompañante. Creo que me mostré reticente, pero tampoco me apetecía demasiado mojarme.

Él entró en el vehículo y cerró de un portazo. Arrancó el motor.

—Ahora a lo mejor me contarás a qué viene tanta tontería —me dijo, enfadado.

Doblamos la esquina y la lluvia empezó a descargar, barriendo el parabrisas al ritmo de las ráfagas de viento. Estaba a punto de estallar una de esas tormentas que, en palabras de una de mis tías abuelas, arrastran la suciedad y limpian los torrentes.

—Yo no te he pedido que me lleves a casa —repliqué, a la defensiva. Estaba plenamente convencida de que no era ninguna tontería, pero también era consciente de que a cualquier observador externo se lo habría parecido. No quería discutir. Aquella vía era un callejón sin salida. Iba sentada muy tiesa en mi asiento, mirando por la ventanilla, por la que apenas se veía nada.

—No entiendo por qué has tenido que echar a perder una noche perfecta —insistió, prescindiendo de mi comentario. Se oyó un trueno.

—Pues a ti no parece que te la haya arruinado mucho —repliqué—. Yo diría que te has divertido bastante.

—Ah, vaya, es eso. No estábamos pendientes de ti. Nuestra conversación te aburría. Bueno, pues la próxima vez no hará falta que vengas, así te ahorraremos la molestia.

Su respuesta me pareció sumamente injusta. Después de todo, Len era amigo mío.

—Len es amigo mío, por si no lo sabías —puntualicé. Empezaba a temblarme la voz—. Acaba de llegar de Inglaterra; no me parece tan horrible que quisiera charlar un rato con él.

En cuanto lo hube dicho fui consciente de que era una excusa, que Len no tenía nada que ver con la situación.

—Ainsley se ha comportado como una buena chica. ¿Por qué tú no? A ti lo que te pasa es que rechazas tu feminidad —me sermoneó.

Su comentario sobre Ainsley me pareció una provocación malintencionada.

—A la mierda mi feminidad —le grité—. La feminidad no tiene nada que ver con esto. Has sido maleducado, y ya está.

Peter no soportaba que lo acusaran de tener malas maneras, y yo lo sabía. Aquello lo colocaba al mismo nivel de esa gente de los anuncios de desodorante que no son conscientes de que les huelen las axilas.

Me observó de reojo y entrecerró los párpados, fulminándome con la mirada. Apretó los dientes y pisó peligrosamente el acelerador. Ya estaba lloviendo a cántaros. La calzada, cuando se veía, parecía una lámina compacta de agua. En aquel momento circulábamos por una calle que hacía pendiente. El coche derrapó, giró sobre sí mismo un par de veces, empezó a retroceder por el jardín de alguna casa, chocó con algo y finalmente se detuvo. Oí una especie de chasquido.

—¡Estás loco! —grité, cuando logré levantar la cabeza del salpicadero y constatar que no estaba muerta—. ¡Nos matarás! —¿Estaría usando el plural mayestático?

Peter bajó la ventanilla y sacó la cabeza. Entonces se echó a reír.

—Creo que les he podado el seto un poco más de la cuenta.

Apretó el acelerador. Las ruedas patinaron un momento, escupiendo el barro del césped y dejando (como comprobé más tarde) dos profundos surcos. Puso la primera y salimos del jardín, enfilando de nuevo la calle.

Yo estaba temblando del susto, pero también de frío y de rabia.

—Primero me obligas a meterme en el coche y me pegas una bronca porque te sientes culpable, y ahora intentas matarme.

Peter seguía riendo. Tenía el pelo empapado y pegado al cráneo, aunque solo se había asomado un momento. Las gotas de lluvia le resbalaban por la cara.

—Cuando se levanten se van a encontrar con una alteración en su paisaje —farfulló, ahogando una carcajada.

—Vaya, sí que te divierte destrozar la propiedad ajena —repliqué, sarcástica.

—No seas aguafiestas —me recriminó en tono cariñoso. Era evidente que le satisfacía sobremanera lo que en su opinión era una exhibición de fuerza. A mí me molestaba que se apropiara de un mérito que correspondía en exclusiva a las ruedas traseras de su coche.

—Peter, ¿es que no puedes actuar con seriedad? Te portas como un adolescente.

Decidió prescindir de mi comentario.

El coche se detuvo en seco.

—Ya hemos llegado —anunció.

Agarré la palanca de la portezuela con la intención de soltar una frase lapidaria y salir del coche. Pero él me sujetó por el brazo.

—Espera a que escampe un poco.

Apagó el motor y los latidos de los limpiaparabrisas cesaron. Nos quedamos ahí sentados, en silencio, oyendo la tormenta. Seguro que la teníamos justo encima. Los rayos lo iluminaban todo continuamente, se bifurcaban en el aire y eran seguidos casi de inmediato por un chasquido desgarrado, como el de los árboles del bosque cuando se parten y caen. En los intervalos de oscuridad oíamos el tamborileo de la lluvia sobre el coche. El agua descendía en cortinas por las ventanillas.

—Menos mal que no he permitido que vinieras a pie —comentó Peter, empleando el tono de quien ha tomado una decisión irrevocable. No me quedaba más remedio que estar de acuerdo.

Durante un momento prolongado de luz, me volví y descubrí que me estaba mirando, con la cara extrañamente en penumbra y los ojos brillantes como los de un animal iluminado por los faros de un coche. Su expresión era intensa, un poco amenazadora. Se inclinó hacia mí.

—Un momento. Tienes polvo en la cabeza.

Me pasó las manos por el pelo. Con cierta torpeza pero con mucha suavidad me quitó una bola de pelusa que se me había quedado enredada.

De pronto me sentí exhausta, como un pañuelo de papel usado. Apoyé la frente en la suya y cerré los ojos. Tenía la piel fría y mojada y el aliento le olía a coñac.

—Abre los ojos —me pidió. Le obedecí. Seguíamos con las frentes unidas, y cuando el siguiente relámpago iluminó el cielo me encontré mirando una multitud de ojos.

—Tienes ocho ojos —dije en voz baja. Los dos nos reímos; él me atrajo hacia sí y me besó. Yo le abracé.

Nos quedamos así un buen rato, bajo la tormenta. Yo solo era consciente de que estaba muy cansada y de que no podía parar de temblar.

—No sé que me ha pasado esta noche —susurré. Él me acariciaba el pelo perdonándome, entendiéndome, un poco paternalista.

—Marian. —Noté que tragaba saliva. Ahora ya no sabía si era mi cuerpo o el suyo el que temblaba. Me abrazó con más fuerza—. ¿Cómo crees que nos iría… cómo crees que sería… si nos casáramos?

Me separé un poco.

Un enorme destello azul iluminó el interior del coche. Mientras nos mirábamos, inmersos en aquel breve fulgor, vi mi reflejo, pequeño y deformado, en sus ojos.

10

Cuando me desperté el domingo por la mañana —aunque ya era más bien domingo por la tarde— al principio noté la mente hueca, igual que si alguien me hubiera vaciado el cráneo como si fuera un melón y me hubiera dejado solo la cáscara para pensar. Miré alrededor y apenas reconocí la habitación. Mi ropa estaba esparcida por el suelo y colgada de cualquier manera en el respaldo de la silla, como si un espantapájaros de tamaño natural hubiera explotado. Notaba una especie de bola de algodón en el interior de la boca. Me levanté y me dirigí a trompicones a la cocina.

Por la ventana abierta entraba un sol radiante y un aire fresco. Ainsley ya se había levantado. Estaba inclinada, concentrada en algo que se extendía frente a ella, sentada con las piernas dobladas y el cabello suelto cayéndole sobre los hombros. Desde atrás parecía una sirena apoyada en una roca: una sirena envuelta en un albornoz verde deshilachado. Esparcidos sobre la mesa salpicada de migas se veían los restos de su desayuno: la estrella de mar mutilada formada por la piel de plátano, restos de cáscaras y cortezas marrones de tostadas varadas aquí y allá, al azar, como a la deriva.

Me acerqué a la nevera y saqué el zumo de tomate.

—Hola —le dije a la espalda de Ainsley. Me preguntaba si sería capaz de comerme un huevo.

Se volvió.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Llegaste bien a casa anoche? —le pregunté—. Qué tormenta, ¿no? —Me serví un gran vaso de zumo de tomate y me lo bebí de golpe.

—Sí, claro. Le pedí que me llamara un taxi. Llegué a casa justo antes de que descargara la tormenta. Me fumé un cigarrillo, me tomé un *whisky* y me acosté. Estaba agotada. Quedarse así sentada de esa manera es agotador y luego, cuando os fuisteis, no sabía cómo lograría salir de ahí. Era como zafarse de un pulpo gigante, pero lo conseguí haciéndome la tonta y la asustada. En esta primera etapa es muy necesario actuar así.

Miré el cazo que aún humeaba sobre un fogón.

—¿Ya has terminado con el agua del huevo? —le pregunté, encendiendo el fuego.

—Bueno, ¿y tú qué? Estaba bastante preocupada. Pensé que a lo mejor estabas muy borracha o algo así. Perdona que te lo diga, pero te comportaste como una estúpida.

—Vamos a casarnos —le dije, no sin cierta reticencia. Sabía que le parecería mal. Metí el huevo en el cazo. Se quebró al momento, porque estaba demasiado frío de la nevera.

Ainsley arqueó sus cejas apenas núbiles; no parecía sorprendida.

—Bueno, yo en tu lugar me casaría en Estados Unidos, es mucho más fácil conseguir el divorcio. Vaya, que no lo conoces mucho, ¿no? Pero bueno —prosiguió más animada—, por lo menos Peter ganará pronto lo suficiente para que podáis vivir separados cuando tengáis un hijo, aunque no os divorciéis. En todo caso, espero que no os caséis enseguida. Creo que no sabéis lo que hacéis.

—Supongo que en el fondo he querido casarme con él desde el principio —proseguí. Aquello la hizo callar. Fue como invocar una divinidad.

Inspeccioné el huevo, del que salía una lengua semicoagulada, como la de una ostra. Conecté la cafetera y me hice un hueco en el mantel. En ese momento vi lo que estaba haciendo Ainsley. Había descolgado el calendario de la pared de la cocina (que tenía el dibujo de una niña pequeña, vestida con ropas anticuadas, sentada en un columpio con un cesto de cerezas y un cachorro blanco; una prima lejana me envía uno cada año porque trabaja en una papelería en el pueblo) y estaba marcando distintas fechas según un criterio críptico.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté. Casqué el huevo en el borde del plato y metí la uña del pulgar en la grieta. No se había hecho del todo. Lo eché en el plato y lo revolví.

—Diseño mi estrategia —me respondió, muy resuelta.

—Ainsley, te juro que no entiendo cómo puedes ser tan fría —le dije, sin apartar la vista de los números negros que se alineaban en columnas.

—¡Pero es que necesito un padre para mi hijo! —Su tono daba a entender que yo pretendía quitarles el pan de la boca a todas las viudas del mundo y a sus respectivos hijos huérfanos, de los que en ese momento ella era la representante.

—Bueno, como quieras. ¿Pero por qué Len? Piensa que con él todo puede ser más complicado, después de todo es amigo mío y últimamente lo ha pasado bastante mal; no quisiera verle sufrir. Por ahí hay miles de hombres.

—En este momento, no. Al menos no hay ninguno que sea un espécimen tan interesante como él —adujo, convencida—. Además, eso de que el niño nazca en primavera me atrae. Me gustaría tenerlo en primavera. O a principios de verano. Así las fiestas de cumpleaños podrían ser en el jardín y no dentro de casa, con tanto jaleo…

—¿Has indagado en sus antepasados? —le pregunté irónicamente, mientras rebañaba el último resto de huevo.

—Sí, claro —respondió con entusiasmo—. Mantuvimos una breve conversación justo antes de que iniciara la aproximación. Averigüé que su padre fue a la universidad. Al menos por su rama no parece que haya tontos, y tampoco es alérgico a nada. Me habría gustado saber si era Rh negativo, pero ya me pareció demasiado descarado, ¿no crees? Y trabaja en la tele, así que algo de artista debe de tener escondido en alguna parte. Sobre sus abuelos no logré averiguar gran cosa, pero con eso de los factores hereditarios no se puede ser demasiado selectivo porque entonces

no te decides nunca. Además, la genética engaña —prosiguió—. Hay auténticos genios que tienen hijos muy poco inteligentes.

Marcó una fecha en el calendario con gran determinación y frunció el ceño. Su parecido con un general planificando una gran campaña bélica resultaba estremecedor.

—Ainsley, lo que necesitas es un plano de tu dormitorio —le dije—. O no, mejor un mapa fotográfico. O una fotografía aérea. Así podrías trazar flechas y líneas de puntos y una equis en el punto de conjunción.

—Por favor, no frivolices —me reprendió. Había empezado a contar en voz baja.

—¿Y cuándo será? ¿Mañana?

—Espera un momento —me interrumpió, y siguió contando un poco más—. No, habrá que esperar un poco. Como mínimo un mes. He de asegurarme que lo lograré a la primera. O a la segunda.

—¿A la primera?

—Sí, ya lo he pensado todo, aunque no será fácil. Bueno, todo dependerá de su psicología. Seguro que se asustaría si me mostrara demasiado dispuesta, así que tendré que darle mucha cuerda. Porque en cuanto consiga lo que quiere, ya me lo veo venir, me soltará el rollo de siempre: que si sería mejor que no nos viéramos, que si no quiere nada serio, que si es mejor que ninguno de los dos se líe… Y desaparecerá del mapa. Y no podré localizarlo cuando lo necesite, porque me acusaría de intentar monopolizarlo, o de hacerle exigencias, o algo así. En cambio, mientras no me tenga —concluyó—, podré disponer de él cuando me dé la gana.

Las dos nos quedamos un momento en silencio.

—También el dónde va a ser problemático —prosiguió—. Porque todo tiene que parecer espontáneo, un momento de pasión. Que crea que ha vencido mis resistencias, que me he dejado arrastrar y todo eso. —Sonrió brevemente—. Cualquier solución previamente pactada, como que nos encontremos en un motel, no serviría de nada. Tendrá que ser en su casa, o aquí.

—¿Aquí?

—Si es necesario, sí —declaró con firmeza, ladeándose un poco en la silla.

Yo no dije nada. La idea de que Leonard Slank se desnudara bajo el mismo techo que cobijaba también a la casera y a su árbol genealógico enmarcado me resultaba perturbadora. Sería casi un sacrilegio.

Ainsley se metió en su dormitorio con el calendario, musitando algo. Yo me quedé sentada, pensando en Len. De vez en cuando me sacudían chispazos de conciencia durante los que le veía encaminarse a su condena coronado de flores, sin que nadie le advirtiera ni por un instante de lo que estaba a punto de sucederle. Claro que, en cierta forma, él se lo había buscado, o eso suponía, y además Ainsley parecía decidida a no reclamar nada a quien finalmente escogiera para ese dudoso honor (dudoso por lo ignorado). Si Len hubiera sido meramente el típico mujeriego, no me habría preocupado. Sin embargo no cabía duda de que era una criatura más compleja

y de un mecanismo más delicado. Desde luego, se portaba como un faldero arrogante y baboso. Pero no era cierto, como había afirmado Joe, que careciera de sentido ético. A su manera, era una especie de moralista, pero al revés. Le gustaba hablar como si a nadie le interesara más que el sexo y el dinero, pero cuando alguien le demostraba sus teorías en el mundo real, reaccionaba lanzando una crítica feroz. Su mezcla de cinismo e idealismo ejercía una gran influencia en las tendencias «corruptoras», como él las llamaba, que le inspiraban las jovencitas más inexpertas. La supuesta pureza, la inaccesibilidad, resultaban atractivas al idealista que había en él. Pero en cuanto las conseguía, el cínico las consideraba mancilladas y las despreciaba. «Resulta que era igual que todas las demás», comentaba amargamente. Trataba con devoción a las mujeres que consideraba inalcanzables, como las esposas de sus amigos. Confiaba en ellas hasta extremos imposibles, solo porque su cinismo no le impulsaba a ponerlas a prueba; y no solo porque le parecieran inabordables, sino porque eran demasiado viejas. A Clara, por ejemplo, la idolatraba. A veces demostraba una curiosa ternura, un sentimentalismo casi cursi hacia la gente a quien apreciaba, que no era mucha; a pesar de ello, las mujeres lo acusaban constantemente de misoginia y los hombres de misantropía. Tal vez en ambos casos tuvieran razón.

Con todo, no me parecía que el uso que de él quería hacer Ainsley fuera a causarle un daño irreparable, ni siquiera un daño a secas, así que se lo encomendé a los ángeles de la guarda que tuviera, me terminé el café y me fui a mi cuarto a vestirme. Después llamé a Clara para comunicarle la noticia; la reacción de Ainsley no había sido muy satisfactoria.

Clara pareció alegrarse, aunque su respuesta fue algo ambigua.

—¡Qué bien! —exclamó—. Joe se alegrará mucho. Últimamente me comentaba que ya era hora de que sentaras cabeza.

Aquello me molestó un poco. Después de todo, no tenía treinta y cinco años ni estaba al borde de la desesperación. Por su forma de decirlo, parecía pensar que se trataba de una decisión prudente. Pero consideré que no se le puede pedir a la gente que entienda una relación que le es ajena. Luego estuvimos hablando de sus molestias digestivas.

Cuando estaba fregando los platos del desayuno, oí unos pasos en la escalera. Se trataba de una variación de la técnica de la señora de abajo, que consistía en abrir la puerta sin preguntamos nada para que entrara cualquiera. Lo hacía sobre todo en los momentos menos oportunos, como por ejemplo los domingos por la tarde, sin duda con la esperanza de pillarnos en alguna actitud comprometedora, en bata y con los rulos puestos o el pelo lleno de pinzas.

—¡Hola! —gritó una voz cerca de la puerta. Era Peter, que por lo que se veía ya había adquirido el privilegio de la visita intempestiva.

—Ah, hola —respondí, en un tono de voz que pretendía ser cálido y sorprendido a un tiempo—. Estaba fregando los platos —añadí tontamente cuando asomó la

cabeza por el hueco de la escalera. Dejé los que faltaban en el fregadero y me sequé las manos en el delantal.

Entró en la cocina.

—Dios mío, a juzgar por la resaca —dijo—, seguro que ayer pillé una buena. Esta mañana la boca me sabía a zapatilla de tenis. —En su voz percibí un tono de orgullo y una nota de disculpa.

Nos escrutamos con cautela. Si alguno de los dos había pensado en retractarse, aquel era el momento para comunicarlo, porque siempre cabía echar la culpa a la química orgánica. Sin embargo, ninguno de los dos se desdijo. Al final Peter me dirigió una sonrisa complacida y nerviosa.

—Cuánto lo siento —le dije, solícita—. Sí, la verdad es que bebiste bastante. ¿Quieres un café?

—Me encantaría —asintió, y se acercó para besarme en la mejilla, antes de desmoronarse en una de las sillas de la cocina—. Por cierto, perdona que no te haya llamado antes, pero no sé, de pronto sentí el impulso de venir a verte.

—No pasa nada. —La verdad es que se le notaba la resaca. Se había vestido sin fijarse, aunque en Peter era imposible que el resultado fuera descuidado. Se trataba, más bien de un desaliño estudiado: iba meticulosamente mal afeitado y los calcetines le hacían juego con el color de las manchas de pintura del polo. Encendí la cafetera.

—¡Vaya! —exclamó igual que había hecho Ainsley, aunque en un tono completamente distinto. Era como si acabara de comprarse un coche nuevo. Le dediqué una sonrisa cromada; vaya, que le sonreí para demostrarle ternura pero que noté la boca tensa y brillante y, en cierto modo, de lujo.

Serví dos cafés. Saqué la leche y me senté en la otra silla. Peter me cogió una mano.

—¿Sabes? —me dijo—. Creía que no quería… lo que pasó ayer noche… que no lo deseaba en absoluto.

Asentí. A mí me pasaba lo mismo.

—Supongo que intentaba escaparme —añadió.

—Yo había hecho lo mismo.

—Pero supongo que tenías razón con lo de Trigger. Y a lo mejor sí quería, aunque no era consciente de ello. Los hombres tenemos que sentar la cabeza en algún momento, y yo ya tengo veintiséis años.

Lo veía bajo una nueva luz. Estaba cambiando de forma allí mismo, en la cocina: dejaba de ser un joven soltero temerario para convertirse en un salvador del caos, en un portador de estabilidad. En algún rincón remoto de Encuestas Seymour, una mano invisible borraba mi nombre.

—Y ahora que las cosas han quedado claras, creo que voy a ser mucho más feliz. Un hombre no puede pasarse la vida corriendo de un lado a otro. A largo plazo, también será bueno para mi carrera, los clientes prefieren a los casados; a ciertas edades, los solteros resultan sospechosos, la gente empieza a pensar que eres maricón

o algo así. —Hizo una pausa, antes de proseguir—. Y además, Marian, sé que siempre podré contar contigo. En general las mujeres son demasiado alocadas, pero tú no, tú eres sensata. A lo mejor para ti no es importante, pero siempre he pensado que la sensatez es una de las primeras características en las que hay que fijarse cuando se busca esposa.

Yo no me sentía una persona muy sensata. Bajé la mirada con modestia y la fijé en una miga de pan que se me había escapado cuando había pasado el trapo por la mesa. No estaba segura de lo que debía decir. «Tú también eres muy sensato» no me parecía adecuado.

—Sí, yo también estoy muy contenta —le dije—. Vamos a tomar el café al salón.

Me siguió. Dejamos las tazas en la mesa de centro y nos sentamos en el sofá.

—Me gusta este salón —comentó, echándole un vistazo—. Es acogedor. —Me pasó el brazo por los hombros y nos quedamos ahí sentados en lo que esperaba que fuera un silencio feliz. Los dos nos sentíamos raros. Ya no podíamos basamos en las suposiciones, las pistas y los senderos de nuestra anterior relación para orientarnos. Hasta que hubiéramos establecido los nuevos fundamentos, no sabríamos muy bien qué decir o hacer.

Peter ahogó una risa.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De nada. Es que cuando he ido a buscar el coche hace un rato he encontrado tres arbustos metidos debajo. Y me he pasado por delante de la casa de ayer y he visto que dejamos un hueco perfecto en el seto del jardín. —Aquel episodio seguía resultándole gracioso.

—Qué tonto eres —le dije con cariño. Sentía en mi interior la punzada de mis instintos de posesión. Así que aquel objeto me pertenecía. Apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Y cuándo quieres que nos casemos? —me preguntó casi a bocajarro.

Mi primera reacción fue contestarle con alguna evasiva absurda, como siempre había hecho hasta entonces cuando me hacía alguna pregunta seria sobre mí —«¿Qué opinas del Día de la Marmota?»—, pero entonces oí un hilillo de voz, que apenas reconocí.

—Prefiero que lo decidas tú. Las grandes decisiones prefiero dejártelas a ti.

Estaba atónita ante mis propias palabras. Nunca hasta entonces le había dicho nada remotamente parecido. Y lo más gracioso era que se lo había dicho muy en serio.

11

Peter se marchó temprano. Me dijo que quería dormir un rato más, y me recomendó que hiciera lo mismo. Pero yo no estaba cansada, más bien me sentía llena de una energía nerviosa que no se iba ni caminando arriba y abajo por el apartamento. Esa tarde estaba cargada de un vacío fúnebre que desde la infancia he asociado con los domingos por la tarde: la sensación de no tener nada que hacer.

Acabé de fregar los platos, guardé los cubiertos en sus respectivos compartimientos del cajón, aunque sabía que no tardarían en mezclarse; hojeé las revistas del salón por séptima vez, fijándome brevemente pero con un nuevo interés en titulares como «Adopción: ¿sí o no?», «El enamoramiento: ¿es verdad? Test de veinte preguntas» y «Tensiones durante la luna de miel», y bajé el tiempo de la tostadora, que últimamente había estado quemando el pan.

Cuando sonó el teléfono salté disparada a contestar. Se equivocaban. Supongo que podría haber hablado con Ainsley, que seguía en su dormitorio, pero no sé por qué no me parecía que fuera a ayudarme mucho. Me apetecía hacer algo que pudiera terminarse, concluirse, aunque no sabía qué. Al final, decidí pasar la tarde en la lavandería.

Desde luego, no lavamos ropa en el piso de abajo. Ni siquiera sé si la casera tiene lavadora. Nunca permite que algo tan plebeyo como la colada mancille la despejada vista del jardín trasero. A lo mejor es que ni ella ni su hija ensucian la ropa. Quizá va forrada con un plástico invisible. Nunca hemos estado en el sótano de la casa, en realidad ni siquiera nos consta que exista. Es posible que, en su mundo jerarquizado, una de las cosas que todo el mundo sabe pero de las que la gente respetable no habla sea precisamente la colada.

Así que cuando las montañas de ropa sucia se hacen intolerables y los cajones de ropa limpia están vacíos, vamos a la lavandería. Bueno, para ser exactos, voy yo sola. Yo no aguanto tanto como Ainsley. El domingo por la tarde es el mejor momento del fin de semana. Hay menos señores mayores podando y sulfatando sus rosales, y menos señoras mayores, ataviadas con sombreros de flores y guantes blancos, camino de las casas de otras señoras mayores, bien por sus propios medios, bien conducidas por otros, a tomar el té. La lavandería más cercana está a una parada de autobús, y el sábado es mal día porque hay mucha gente que coge el autobús para ir de compras, también señoras mayores con sus sombreros y sus guantes, aunque no tan inmaculadas como las otras. Y más tarde salen los que van al cine. Por eso prefiero los domingos por la tarde; hay menos gente. No me gusta que me miren, y no cabe la menor duda de que mi bolsa de la ropa es una bolsa de ropa.

Aquella tarde no me dio pereza recorrer el trayecto. Necesitaba salir de casa. Descongelé y me comí un plato precocinado, me puse la ropa que solía llevar para ir

a la lavandería (vaqueros, camiseta y unas zapatillas deportivas a cuadros que me había comprado en un arrebato y que no me ponía en ninguna otra ocasión) y comprobé que tenía monedas de veinticinco. Cuando estaba metiendo todo lo necesario en la bolsa, Ainsley entró en mi habitación. Se había pasado casi todo el día encerrada en su cuarto, inmersa en quién sabe qué prácticas de magia negra: seguro que habría estado destilando algún afrodisíaco, o fabricando muñecos de cera de Leonard y traspasándolos con alfileres. Ahora alguna intuición la había alertado.

—Hola, ¿vas a la lavandería? —dijo, cuidándose mucho de no parecer interesada.

—No —le respondí—. Es que he cortado a Peter en trocitos y lo hago pasar por ropa sucia para llevármelo al río y enterrarlo.

Supongo que el comentario le pareció de mal gusto, porque no sonrió.

—Ya que vas, ¿te importaría llevarte un par de cosillas mías? Solo lo imprescindible.

—Está bien —acepté, resignada—. Tráemelas.

Este procedimiento es bastante frecuente. De hecho, es uno de los motivos por los que nunca va a la lavandería.

Desapareció y al cabo de unos minutos se presentó con un montón de ropa interior multicolor entre los brazos.

—Ainsley, solo lo imprescindible.

—Es que todo esto lo es —protestó. Pero cuando insistí en que no me lo podía llevar todo, dividió la montaña en dos partes.

—Muchas gracias, me salvas la vida —me dijo—. Adiós.

Arrastré la enorme bolsa por las escaleras, me la puse sobre el hombro y la saqué a la calle, no sin interceptar una mirada fría de la señora de abajo, que apartó una de las cortinas de terciopelo de su salita. Estaba segura de que pretendía dejar constancia de su desacuerdo con aquella flagrante exhibición de suciedad. Qué asquerosamente inmundos somos todos, diría.

Una vez en el autobús, puse la bolsa en el asiento de al lado, esperando que desde lejos se pareciera lo bastante a un niño pequeño como para pasar desapercibida y no levantar la indignación de la gente de bien que pudiera considerar inadecuado el hecho de realizar algún trabajo en el día del Señor. Recordaba un incidente anterior con una señora mayor envuelta en seda negra y con un sombrero malva, que me había pillado por banda cuando me apeaba del autobús. Parecía escandalizada no solo porque me estaba saltando el cuarto mandamiento, sino por el atuendo que había escogido para hacerlo: Jesús nunca te perdonará esas zapatillas a cuadros, supongo que pensaba. Luego me fijé en uno de los carteles que había encima de las ventanillas, en el que aparecía una joven con tres pares de piernas saltando con una faja puesta. Debo confesar que estos anuncios me escandalizan, a mi pesar. Son demasiado descarados. Por un instante me pregunté qué tipo de persona se dejaría impresionar por ese anuncio hasta el punto de comprarse el artículo en cuestión, y si alguna vez habrían hecho una encuesta al respecto. Se supone que la figura femenina

—pensé— atrae al sector masculino, no a las mujeres, y los hombres no suelen comprar fajas. Aunque tal vez aquella esbelta joven pretendiera ofrecer un reflejo: a lo mejor la posible compradora imaginara que, al adquirirla, en el paquete también encontraría la juventud y la delgadez perdidas. Las siguientes travesías las dediqué a reflexionar sobre una especie de eslogan que había leído en alguna parte y que decía que no hay mujer bien vestida si no lleva faja. Y en el tramo final del trayecto estuve pensando en los kilos de más que se acumulan con la edad. ¿Cuándo me ocurriría a mí? A lo mejor ya me estaba pasando. Cuidado con esas cosas, me dije; te pillan por sorpresa y, cuando quieres darte cuenta, ya es demasiado tarde.

La lavandería estaba en la misma calle del autobús. Cuando ya me encontraba delante de una de las máquinas advertí que me había olvidado el jabón.

—¡Oh, no! —exclamé en voz alta.

La persona que estaba metiendo la ropa en la lavadora de al lado me miró impertérrita.

—Coge mi detergente si quieres. —Me tendió el paquete.

—Gracias, a ver si ponen una máquina expendedora, aunque no creo que se les ocurra.

Entonces lo reconocí. Era el joven de la encuesta de cerveza. Me quedé ahí de pie con el paquete en la mano. ¿Cómo había sabido que me había olvidado el jabón? Ni siquiera lo había dicho en voz alta.

Ahora me estaba observando con más atención.

—Ah —exclamó—. Ahora te reconozco. Al principio no te situaba. Sin ese caparazón oficial pareces más vulnerable. —Volvió a concentrarse en su lavadora.

Vulnerable. ¿Aquello era bueno o malo? Me eché un vistazo furtivo para asegurarme de que no tenía ninguna costura rota ni la cremallera abierta, y a continuación empecé a meter la ropa a toda prisa en las máquinas, separando las prendas oscuras y las claras. No quería que él terminara antes que yo y que pudiera dedicarse a mirarme, pero se me adelantó y le dio tiempo de ver cómo introducía algunas de las piezas de lencería más frívolas de Ainsley.

—¿Son tuyas? —me preguntó con interés.

—No —le respondí, ruborizándome.

—Ya decía yo. No te pegan.

¿Se trataba de un halago o de una crítica? A juzgar por su tono neutro, había sido un simple comentario; y, como tal, bastante acertado, pensé irónicamente.

Cerré las gruesas puertas de las lavadoras y metí las monedas en las ranuras. Esperé hasta que el ruidito de siempre me informó de que todo funcionaba bien y entonces me acerqué a la hilera de sillas y me senté. Tendría que quedarme allí esperando, constaté. En aquella zona no había nada abierto los domingos. Podría haber ido al cine, pero no tenía suficiente dinero. Ni siquiera me había acordado de llevarme un libro. ¿En qué estaría pensando antes de salir de casa? No suelo ser tan despistada.

Él se sentó a mi lado.

—Lo malo de estas lavanderías —comentó— es que siempre te encuentras pelos púbicos en las máquinas. No es que me preocupe mucho todo eso, no soy maniático con los gérmenes y esas cosas. Pero lo de los pelos ya me parece un poco excesivo. ¿Quieres chocolate?

Me volví para comprobar si alguien nos había oído, pero estábamos solos en la lavandería.

—No, gracias.

—La verdad es que no me gusta mucho, pero estoy intentando dejar de fumar.

Desenvolvió la chocolatina y fue comiéndosela despacio. Los dos contemplábamos fijamente la larga fila de máquinas blancas y brillantes, en especial las tres puertas de cristal como ojos de buey o acuarios tras las cuales nuestra ropa giraba sin parar: distintas formas que aparecían, se mezclaban con otras, se escondían y volvían a asomar por entre una neblina de agua jabonosa. El joven se acabó la chocolatina, se chupó los dedos, alisó y dobló el papel de plata, se lo guardó con cuidado en un bolsillo y sacó un cigarrillo.

—La verdad es que me gusta mirarlas —explicó—. Yo miro las lavadoras como otras personas se sientan delante de la tele. Resulta tranquilizador, porque siempre sabes qué esperar y no es necesario pensar. La diferencia es que yo puedo modificar un poco los programas; si me canso de ver siempre lo mismo, meto un par de calcetines verdes o alguna otra prenda de un color vivo.

Hablaba con voz monótona y estaba encorvado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida en el cuello de su suéter oscuro, como una tortuga dentro de su caparazón.

—Vengo bastante por aquí. A veces necesito salir de casa un rato. Cuando tengo algo que planchar, no hay problema; me gusta alisar la ropa, eliminar las arrugas, así mantengo las manos ocupadas. Pero si me quedo sin nada que planchar, bueno, he de venir aquí. Para conseguir más.

Ni siquiera me miraba. Podría haber estado hablando solo. Yo también me incliné hacia delante, para verle la cara. A la luz azulada y fluorescente de la lavandería, una luz que parece eliminar toda existencia de matices y de sombras, su piel resultaba aún más ultraterrena.

—Necesito salir de ese apartamento. En verano es como un horno encendido y oscuro, y cuando hace tanto calor no te apetece ni enchufar la plancha. El piso ya es pequeño, pero con el calor aún encoge más y los otros quedan demasiado cerca. Soy consciente de ellos hasta cuando me encierro en mi habitación; sé lo que están haciendo. Fish se atrinchera en su butaca y apenas se mueve, ni siquiera cuando se dedica a escribir, aunque luego rompe las hojas y dice que no le sale nada bueno y se queda ahí sentado días y más días mirando los papeles que siembran el suelo; una vez se puso a cuatro patas e intentó unir los pedazos con cinta adhesiva, pero no lo logró, claro, y montó un numerito y nos acusó a nosotros dos de usar sus ideas para publicar

antes que él y de haberle robado algunos de los pedazos. Y Trevor, cuando no está en los cursos de verano o calentándonos la casa con sus cenas de doce platos (yo preferiría comer salmón en lata), se pone a practicar caligrafía italiana del siglo XV, florituras y arabescos, y no deja de hablar sobre el quattrocento. Tiene una memoria asombrosa para los detalles. Supongo que resulta interesante, pero no sé por qué no es la respuesta, al menos para mí, y me parece que tampoco para él. La cosa es que se repiten hasta la saciedad, pero no parecen llegar a ninguna parte, ni terminar nada. Yo no soy mejor que ellos, claro. En realidad soy igualito. Ahí estoy, bloqueado con ese asqueroso trabajo semestral. Una vez fui al zoo y vi a un armadillo que describía ochos una y otra vez sobre sí mismo. Aún recuerdo el curioso sonido metálico que hacía con las patas en el suelo de la jaula. Dicen que todos los animales enjaulados hacen lo mismo, es una forma de psicosis, y aunque los dejes en libertad siguen describiendo círculos. Lees el material una y otra vez, y cuando vas por el artículo veinte ya no entiendes nada, y entonces empiezas a pensar en la cantidad de libros que se publican todos los años, todos los meses, todas las semanas, y son demasiados. Las palabras —añadió, mirando por fin en mi dirección pero con los ojos extrañamente desenfocados, como si en realidad estuviera contemplando un punto situado varios centímetros por debajo de mi piel— empiezan a perder su significado.

Las lavadoras iniciaban uno de los ciclos de aclarado, haciendo girar la ropa cada vez más deprisa; luego volvieron a llenarse de agua y se oyeron más chapoteos y sacudidas. El joven encendió otro cigarrillo.

—Deduzco que los tres sois estudiantes —comenté.

—Sí, claro —dijo lúgubremente—. ¿Es que no lo habías notado? Somos todos licenciados. En filología inglesa. Los tres. Llegué a pensar que en esta ciudad todo el mundo era licenciado en filología. Somos tan endogámicos que nunca vemos a nadie más. Por eso fue tan raro cuando apareciste el otro día y resultó que no lo eras.

—Pues a mí siempre me ha parecido que eso tenía que ser bastante emocionante. —No era cierto; solo pretendía darle conversación, pero desde el preciso instante en que cerré la boca me di cuenta de que mi comentario era de un entusiasmo infantil.

—Emocionante —repitió en tono burlón—. Sí, yo también lo creía. Parece emocionante cuando tienes el ímpetu de los primeros tiempos. Todos te dicen: «Haz un postgrado», y te dan un poco de dinero. Y tú vas y lo haces, y piensas: «Ahora descubriré la verdad». Pero no aciertas a descubrirla del todo, y todo se pierde en detalles banales y rancios, y acaba derrumbándose bajo un revoltillo de comas y notas a pie de página fragmentadas, y pasado un tiempo es como cualquier otra actividad: estás atrapado sin escapatoria posible, y te preguntas cómo has llegado a meterte en eso. Si estuviéramos en Estados Unidos, tendría la excusa de estar retrasando la tesina, pero aquí no tengo motivos de peso. Además, todo se está haciendo; en realidad todo está hecho, atado y bien atado, y tú te revuelcas en el fango, en lo más hondo del barril, convertido en uno de esos postgraduados que llevan nueve años en la facultad, pobres imbéciles, redactando textos nuevos o convertidos en esclavos

para editar la versión definitiva de las invitaciones a las cenas y las entradas al teatro de Ruskin, o intentando exprimir la última gota de sentido a algún insignificante fraude literario que alguien se ha sacado de la manga. El pobre Fischer está escribiendo una tesis; él quería hacerla sobre los símbolos del útero en D. H. La wrence, pero todos le dijeron que ese estudio ya estaba hecho. Así que ahora está desarrollando una teoría imposible y cada vez más incoherente.

Se detuvo.

—¿Qué teoría es esa? —le pregunté para sacarlo de su mutismo.

—No lo sé exactamente. Ya no quiere hablar de ella, excepto cuando bebe, y en esos casos nadie le entiende. Por eso rompe las hojas. Cuando la revisa, no la entiende ni él.

—¿Y tú? ¿Qué tema has elegido? —La verdad era que no se me ocurría sobre qué podía ser.

—Yo aún no he llegado a ese punto. Ni siquiera sé si llegaré algún día, ni qué pasará. Evito pensar en ello. Por el momento se supone que he de presentar un trabajo pendiente de una asignatura de hace dos cursos. Escribo una frase al día. Bueno, eso cuando hay suerte. —Las lavadoras empezaron a centrifugar. Él las miró fijamente.

—Bueno, ¿de qué va ese trabajo entonces? —Empezaba a intrigarme, tanto por los cambiantes perfiles de su rostro como por sus palabras. No quería de ninguna manera que dejara de hablar.

—Mejor que no lo sepas —respondió—. Pornografía prerrafaelita. Y también he empezado algo sobre Beardsley.

—Ah. —Los dos reflexionamos en silencio sobre la posible futilidad de esa tarea —. A lo mejor te has equivocado de carrera —sugerí no muy segura—. Tal vez serías más feliz si cambiaras de ocupación.

Me ofreció una sonrisa burlona y tosió.

—Debería dejar de fumar —dijo—. ¿Y a qué podría dedicarme? Cuando has llegado hasta aquí, ya no sirves para nada. Tu mente se ha transformado. Tienes un título universitario, una especialización, y la gente lo nota. Fuera del ramo, no hay nadie lo bastante insensato para contratarme. Ni siquiera para cavar zanjas serviría. Me cargaría todo el sistema de alcantarillado con el pico, intentando desenterrar todos esos símbolos subterráneos, tuberías, válvulas, conductos de aguas negras… No, no. Seré un esclavo de las minas de papel durante toda mi vida.

No se me ocurría qué responder. Lo miré e intenté imaginarlo trabajando en una empresa como Encuestas Seymour, aunque fuese arriba, con los hombres de inteligencia. Nada. No encajaría de ninguna manera.

—¿Eres de aquí? —le pregunté finalmente. El tema de la universidad parecía agotado.

—No, claro, ni yo ni mis compañeros. ¿Hay alguien que sea de aquí? Por eso alquilamos el apartamento. Sale demasiado caro, pero es que no hay residencias para universitarios, solo ese tugurio pseudobritánico con su escudo de armas y sus muros

monásticos. Aunque no creo que me admitieran en un sitio así, y además sería igual de malo que vivir con Trevor. Trevor es de Montreal. Su familia procede de Westmount, creo, y son gente de dinero, pero después de la guerra se vieron obligados a introducirse en el mundo de los negocios. Tienen una fábrica de galletas de coco, pero se supone que en casa no podemos comentar nada sobre el tema. Resulta de lo más raro, porque siempre aparecen montañas de galletas de coco, y tenemos que comérnoslas y fingir que no sabemos de dónde han salido. A mí el coco no me gusta. Fish es de Vancouver, siempre echa de menos el mar. Baja hasta el lago y se mete en esa agua contaminada e intenta consolarse con las gaviotas y las pieles de pomelo que flotan por ahí, aunque no le sirve de mucho. Antes los dos hablaban con acento, pero ahora no se les nota; cuando llevas un tiempo en este triturador de cerebros, parece que no vienes de ninguna parte.

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

—No lo conocerás —replicó secamente.

Las lavadoras se detuvieron. Los dos fuimos a buscar sendos carritos metálicos y llevamos la ropa a las secadoras. Luego nos sentamos en los mismos sitios de antes. Ahora ya no había nada que mirar, solo el ronroneo y los chasquidos de las máquinas. Encendió otro cigarrillo.

Un viejo decrépito entró, nos vio y volvió a salir. Seguramente buscaba un sitio donde dormir.

—Pues sí —prosiguió al fin—. Es por inercia. Nunca te parece que vayas a llegar a ninguna parte. Te vas empantanando en una situación, te vas hundiendo. La semana pasada prendí fuego al apartamento, y en parte lo hice a propósito. A lo mejor quería ver qué harían, o incluso cómo reaccionaría yo mismo. Pero básicamente lo que deseaba era ver algunas llamas y algo de humo, para variar. Claro que lo apagaron enseguida; empezaron a correr como locos, describiendo ochos como los armadillos, diciendo que estaba «enfermo», que por qué lo había hecho, que a lo mejor mis tensiones internas me estaban superando y que debería ir a ver a un psicólogo. Pero no me serviría de nada. Ya conozco todo eso y no sirve de nada. A mí esos tipos no me convencen en absoluto, sé demasiado, ya he pasado por todo eso, estoy inmunizado. Incendiar el apartamento no ha cambiado nada, bueno, sí, ahora no puedo mover un dedo sin que Trevor se ponga a gritar y a saltar de un lado a otro, y sin que Fischer empiece a buscar mi caso en un libro de primero de Psicología que tiene por casa. Creen que estoy loco. —Tiró la colilla al suelo y la pisó—. Y en mi opinión los locos son ellos —añadió.

—A lo mejor deberías cambiarte de piso —apunté con cautela.

Me dedicó otra de sus sonrisas condescendientes.

—¿Y adónde iría? No puedo permitírmelo. Estoy atrapado. Además, también me cuidan, ¿sabes? —Levantó aún más los hombros, hundiendo el cuello.

Observé su anguloso perfil, la afilada línea de la mandíbula, el hueco oscuro del ojo, admirada. Toda esa conversación, todas esas confesiones, bastante escurridizas,

por otra parte… yo no me creía capaz de nada semejante. Me parecía un ejercicio temerario, como un huevo crudo que decidiera salir de la cáscara: existía el riesgo de desparramarse demasiado, de convertirse en un charco amorfo. Pero él, ahí sentado, con un cigarrillo recién encendido en la boca, no parecía percibir ningún peligro.

Visto en retrospectiva, me sorprende mi propio desapego. Mi inquietud de la tarde se había esfumado. Me sentía tranquila, serena como una luna de piedra, controlando todo el espacio blanco de la lavandería. Podría haberme acercado para abrazar aquel cuerpo incómodo y consolarlo, acunarlo suavemente. Con todo, había algo en él totalmente alejado de la infancia, algo que parecía más propio de un viejo exagerado, un viejo al que no era posible consolar. Al recordar su actitud durante la encuesta de la cerveza, también pensé que era muy capaz de estar inventándoselo todo. Tal vez fuese cierto, pero también era posible que lo hubiese contado para provocar en mí esa misma reacción maternal, para poder sonreír condescendiente ante mi gesto y retirarse con más ganas al santuario de su suéter, negándose a que me acercara, a que lo tocara.

Debía de estar equipado con una especie de sentido extrasensorial más propio de la ciencia ficción, un tercer ojo o una antena. Porque aunque tenía la cara vuelta hacia el otro lado y no me veía, me leyó el pensamiento.

—Noto que admiras mi aspecto enfermizo —dijo con voz suave y clara—. Sé que resulta atractivo. Es premeditado. A las mujeres les gustan los inválidos. Eso permite que aflore la Florence Nightingale que hay en ellas. Pero ten cuidado. —Ahora sí me miraba, taimado, con la cabeza ladeada—. Podrías hacer algo destructivo: el hambre es un impulso más básico que el amor. Ya sabes que Florence Nightingale era caníbal.

Eso alteró mi calma. Noté que un cosquilleo de temor me recorría la piel. ¿De qué me estaba acusando exactamente? ¿Estaba expuesta?

No se me ocurrió nada que decirle.

Las secadoras se detuvieron morosamente. Me levanté.

—Gracias por el detergente —le dije en un frío tono de cortesía.

Él también se levantó. Volvía a parecer bastante indiferente ante mi presencia.

—De nada.

Nos quedamos ahí de pie, en silencio, sacando la ropa de las secadoras y metiéndola en las bolsas. Nos las echamos al hombro y empezamos a caminar a la vez hacia la calle, yo un poco por delante. Me detuve un momento al llegar a la puerta, pero él no hizo ademán de abrirla, así que tiré de ella.

Al salir del establecimiento los dos nos volvimos al mismo tiempo, de modo que estuvimos a punto de chocar. Nos quedamos mirándonos, indecisos, durante un buen rato. Los dos empezamos a decir algo, y los dos nos interrumpimos. Entonces, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, soltamos las bolsas y avanzamos un paso. Me descubrí besándolo, o siendo besada por él, ya que sigo sin saber cómo ocurrió. La boca le sabía a tabaco. Aparte de ese regusto y de una impresión de delgadez y sequedad, como si el cuerpo que rodeaba con mis brazos y el rostro que tocaba el mío

estuvieran hechos en realidad de papel o de pergamino tensado sobre un marco, no recuerdo ninguna otra sensación.

Los dos dejamos de besarnos al mismo tiempo y nos separamos. Estuvimos mirándonos durante otro minuto. Luego recogimos las bolsas con la colada, nos las echamos al hombro, dimos media vuelta y echamos a andar en direcciones opuestas. Todo aquel incidente recordaba de forma un tanto ridícula las espasmódicas atracciones y repulsiones protagonizadas por aquellos perritos de juguete que llevaban unos imanes en la base y que me regalaban por mi cumpleaños.

No recuerdo nada del trayecto de regreso a casa, excepto que en el autobús me quedé mirando mucho rato un anuncio en el que aparecía una enfermera con toca y uniforme blancos. Tenía una cara rotunda y competente, y sostenía un biberón mientras sonreía. El texto de la foto rezaba: «Regala vida».

12

Y aquí estoy.

Sentada en la cama de mi dormitorio, con la puerta cerrada y la ventana abierta. Es el Día del Trabajo, un día soleado y fresco como el de ayer. Me ha resultado extraño no haber tenido que ir a trabajar esta mañana. El tráfico de las autopistas de las afueras ya empezará a coagularse incluso a estas horas, la gente estará de retorno después de haber pasado el fin de semana en sus casas de veraneo, para evitar las caravanas. Hacia las cinco de la tarde todo habrá llegado al punto de solidificación y el aire estará herido por los destellos del sol reflejándose en kilómetros de metal y por los rumores y los quejidos de los motores en punto muerto y de los niños aburridos. Pero aquí, como siempre, reina la paz.

Ainsley está en la cocina. Hoy apenas la he visto. La oigo deambular por la casa, al otro lado de la puerta, murmurando de vez en cuando. No acabo de decidirme a abrir. Nuestras posturas han cambiado de un modo que aún no me he parado a evaluar, y sé que me resultaría difícil hablar con ella.

Parece que haya transcurrido mucho tiempo desde el viernes, porque han pasado muchas cosas, pero ahora que medito sobre todo ello, he llegado a la conclusión de que mis acciones fueron más sensatas de lo que en su momento me parecieron. Era mi inconsciente, que se estaba adelantando a mi yo consciente, y el inconsciente aplica su propia lógica. Es posible que mi comportamiento no cuadre del todo con mi verdadera personalidad, pero ¿acaso son los resultados tan incoherentes? La decisión ha sido algo repentina, pero ahora que he tenido tiempo para reflexionar me doy cuenta de que en realidad ha sido un paso muy acertado. Desde luego, en el instituto y en la universidad siempre partí de la base de que acabaría casándome con alguien y teniendo hijos, como todo el mundo. O dos o cuatro. Tres no me parece un buen número, y no me gustan los hijos únicos, a la mínima salen malcriados. A diferencia de Ainsley, yo nunca he puesto reparos al matrimonio. Ella se opone por principio, y la vida no funciona gracias a los principios, sino a la capacidad de adaptación. Como dice Peter, uno no puede pasarse la vida corriendo de un lado a otro. La gente que no se casa se vuelve rara cuando llega a la mediana edad, más amargada, más vacía, no sé. He conocido a muchas personas en el despacho y lo sé. No obstante, aunque estoy segura de que era algo que llevaba en el subconsciente, conscientemente no esperaba que ocurriera tan pronto ni de la manera como se ha producido. Claro que desde el principio lo mío con Peter era más serio de lo que estaba dispuesta a admitir.

Además, no hay motivo alguno para que nuestro matrimonio acabe como el de Clara. En su caso, ninguno de los dos es lo bastante práctico, no saben organizar su relación. En gran parte es cuestión de unos detalles técnicos muy elementales, como los muebles, las comidas, el mantenimiento del orden. No creo que a Peter y a mí nos

cueste llegar a un acuerdo razonable. Aunque, por supuesto, aún hay muchos detalles que precisar. Bien mirado, la verdad es que Peter es la opción ideal. Es atractivo, tendrá éxito y además es limpio, punto fundamental cuando se trata de convivencia.

Ya me imagino la cara que pondrán las del despacho cuando se enteren. Pero aún no puedo contarlo, tendré que seguir trabajando ahí un tiempo más. Hasta que Peter termine su pasantía necesitaremos el dinero. Al principio seguramente tendremos que vivir en un apartamento, pero más tarde podremos trasladamos a una casa de verdad, un sitio más permanente; merecerá la pena el esfuerzo de mantenerla limpia.

Mientras tanto, mejor que haga algo constructivo en vez de quedarme aquí sentada. Antes que nada debería revisar el cuestionario de la cerveza y redactar el informe con lo que he averiguado, para pasarlo a máquina mañana a primera hora y quitármelo de encima.

Luego a lo mejor me lavo el pelo. Y esta habitación necesita un buen repaso. Tendría que ir abriendo los cajones y tirando todo lo que se ha ido acumulando en ellos, hay varios vestidos que me pongo tan poco que no merece la pena que los guarde. Los llevaré al Ejército de Salvación. Y mucha bisutería, de la que te regala la familia por Navidad. Broches dorados con formas de perritos de aguas y de ramilletes de flores, con trozos de cristal tallado en lugar de pétalos y ojos. Hay una caja de cartón llena de libros, casi todos de texto, y de cartas de casa que nunca más releeré, y un par de muñecas antiguas que he conservado por sentimentalismo. La más vieja tiene el cuerpo de trapo relleno de arena (lo sé porque en una ocasión la sometí a una intervención quirúrgica con unas tijeras para las uñas) y las manos, los pies y la cabeza de un material duro que recuerda la madera. Los dedos de las manos y de los pies parecen prácticamente arrancados a mordiscos. Tiene el pelo negro y corto, unos pocos rizos pegados a un trozo de rejilla que se le está despegando del cráneo. La cara está muy desgastada, pero sigue teniendo su boca roja abierta con su lengua de fieltro dentro y dos dientes de porcelana, que según recuerdo era lo que más me fascinaba. Está vestida con un trozo de sábana vieja. Por la noche le dejaba comida y a la mañana siguiente, al comprobar que seguía allí, siempre me decepcionaba. La otra muñeca es más nueva y tiene el pelo lavable y la piel como de goma. La pedí de regalo una Navidad, porque se podía bañar. Ninguna de las dos resulta muy agradable; debería tirarlas a la basura con todo lo demás.

Sigo sin poder entender lo del hombre de la lavandería ni explicar mi propio comportamiento. Tal vez haya sido una especie de lapsus, un apagón del ego, como la amnesia. De todas formas es poco probable que vuelva a encontrármelo —ni siquiera sé cómo se llama—, y además no tiene nada que ver con Peter.

Cuando termine de limpiar mi habitación, escribiré a casa. Todos se alegrarán, seguro que esto es lo que llevan tiempo esperando. Querrán que vayamos a pasar el fin de semana con ellos lo antes posible. Yo tampoco conozco a los padres de Peter.

Dentro de un minuto me levantaré de la cama y caminaré sobre el charco de sol que se derrama en el suelo. No permitiré que se me escape la tarde entera, por más

agradable que resulte estar sentada en esta habitación silenciosa, contemplando el techo con la espalda apoyada en la pared fresca, columpiando los pies en el borde del colchón. Es casi como estar en una balsa, a la deriva, dejando que la vista se pierda en la claridad del cielo.

Tengo que organizarme. Hay mucho que hacer.

SEGUNDA PARTE

13

Marian estaba sentada, apática, a su escritorio. Garabateaba en el bloc de los mensajes telefónicos. Dibujó una flecha con unas plumas muy intrincadas, y al lado un rectángulo de líneas cruzadas. Se suponía que debía estar trabajando en un cuestionario, algo relacionado con hojas de afeitar de acero inoxidable. Había llegado al punto en el que el entrevistador había de pedir a su víctima que le entregara su cuchilla habitual, ofreciéndole a cambio otra nueva. Allí se había quedado encallada. Ahora imaginaba que todo aquel despropósito debía responder a una explicación muy compleja: el presidente de la empresa de hojas de afeitar había tenido una cuchilla milagrosa, que había pertenecido a su familia desde hacía muchas generaciones y que no solo renovaba su filo con cada uso, sino que después de trece afeitados concedía al usuario todos sus deseos. Sin embargo, el presidente no había sabido cuidar su tesoro. Un día se olvidó de guardarla en su estuche de terciopelo y la dejó en la repisa del cuarto de baño. Una de las criadas, intentando ser útil, la había… (la historia no estaba clara en este punto, se complicaba mucho. De algún modo, la navaja había llegado hasta un comercio, una tienda de artículos de segunda mano en la que un cliente cualquiera la había adquirido y…). Ese mismo día, el presidente había necesitado dinero. Se había rasurado frenéticamente cada tres horas para llegar al afeitado número trece, dejándose la cara en carne viva, pero cuál no fue su sorpresa y desilusión cuando… Finalmente averiguó qué había ocurrido, ordenó que echaran a la criada responsable a un foso lleno de cuchillas usadas y llenó la ciudad de mujeres-detective de mediana edad que actuaban como encuestadoras de Encuestas Seymour y que con sus ojos entrenados localizaban a cualquier hombre o mujer con el menor rastro de barba al grito de: «¡Cambio hojas usadas por nuevas!», en un intento desesperado de recuperar la irreparable pérdida…

Marian suspiró, dibujó una pequeña araña en una es quina del ovillo de líneas y volvió a la máquina de escribir. Tecleó sin alterar en nada el borrador del cuestionario. «Nos gustaría examinar el estado de su hoja de afeitar. ¿Me daría la que tiene ahora puesta en la maquinilla? Aquí tiene una nueva a cambio». Añadió un «por favor» antes del último interrogante. Era imposible reformular la frase para que resultara menos excéntrica, pero al menos intentaría que sonara más educada.

A su alrededor, el despacho era un auténtico hervidero. No había término medio: cuando no estaba así, reinaba en él una calma chicha. Si le pedían que escogiera, la verdad era que prefería la vorágine. Así pasaba desapercibida aunque no diera golpe, porque todos andaban frenéticos de acá para allá, corrían de un lado a otro y gritaban tanto que no les quedaba tiempo para detenerse a averiguar por qué tardaba tanto ni qué estaba haciendo exactamente. Además, en medio del torbellino, tenía la sensación de formar parte de algo; en un par de ocasiones incluso se había permitido

ponerse frenética como muestra de solidaridad, y se había sorprendido al comprobar lo divertido que resultaba. Pero desde que se había prometido y sabía que no iba a quedarse ahí toda la vida (ya lo habían hablado, y Peter le había dicho que claro que podía seguir trabajando si quería después de la boda, al menos durante un tiempo, aunque económicamente no fuera preciso; le parecía injusto, había añadido, que un hombre se casara si no podía mantener a su mujer, pero Marian había decidido que dejaría el empleo), había sido capaz de distanciarse y ver la situación con cierto desapego. En realidad, constató que ni queriendo conseguía involucrarse. Últimamente les había dado por alabar su serenidad en situaciones de emergencia. «Menos mal que tenemos a Marian —decían, mientras se recompensaban con tazas de té y se secaban el sudor de la frente con pañuelos de papel y respiraban hondo—: Nunca pierde los nervios, ¿verdad, querida?».

En aquel momento estaban afanándose de un lado a otro, pensó, como una manada de armadillos en el zoo. Los armadillos le evocaron brevemente al hombre de la lavandería, al que no había vuelto a ver, aunque ella se había pasado por allí varias veces y había medio esperado encontrárselo. Pero tampoco era de extrañar: sin duda no era una persona de costumbres fijas; seguramente haría mucho tiempo que se habría perdido por ahí.

Miró a Emmy, que abrió el archivador y empezó a buscar como loca entre los archivos. En esta ocasión se trataba de la encuesta de ámbito nacional sobre compresas higiénicas. En la Costa Oeste se había producido una catástrofe ridícula. Se suponía que debían realizar lo que llamaban una encuesta en tres fases: la primera se realizaba por correo, localizando y seleccionando entre las cartas respondidas a un grupo de posibles encuestadas disponibles. La segunda y la tercera fases incluían entrevistas que se hacían personalmente. Y a puerta cerrada, o al menos eso esperaba Marian. La naturaleza del tema en cuestión, y más concretamente algunas de las preguntas que debían hacerse, le habían escandalizado bastante, aunque durante una de las pausas del café Lucy había comentado que no había nada de malo en ellas, que después de todo se trataba de un producto tan respetable como cualquier otro, que se vendía en los supermercados y se anunciaba a toda página en algunas de las mejores revistas, y que si no le parecía mejor que se hablara abiertamente de ello en vez de seguir teniendo una actitud tan victoriana y reprimida. Millie había dicho que evidentemente aquella era la teoría, pero que ese tipo de encuestas siempre causaban problemas, que no solo era difícil conseguir que te abrieran la puerta, sino que hasta las encuestadoras se negaban a realizarlas, la mayoría eran mujeres bastante anticuadas, y más en las ciudades pequeñas, algunas incluso dejaban el trabajo si se les pedía que las hicieran (eso era lo peor de recurrir a amas de casa, porque en realidad no necesitaban el dinero, y siempre se hartaban o se aburrían o se quedaban embarazadas y entonces era preciso contratar a otras nuevas y formarlas desde el principio); lo mejor era enviarles una carta general explicándoles que debían esforzarse al máximo para contribuir a aliviar las cargas de la feminidad, un intento

de apelar a la enfermera altruista, eficiente y abnegada que, en estado más o menos embrionario, se supone que habita en el corazón de toda mujer de verdad.

Pero en esa ocasión había ocurrido un desastre. En la Costa Oeste, quien se encargara de realizar la selección, a partir de los listines telefónicos, de los nombres de las mujeres a las que había que enviar las cartas de la primera fase (¿quién era la responsable de aquella zona? ¿La señora Lietch, de Foam River? ¿La señora Hatcher, de Watrous? Nadie se acordaba, y Emmy dijo que al parecer el archivo se les había traspapelado) no había sido tan meticulosa como habría sido deseable. Así, en vez de la esperada avalancha de respuestas, solo les habían llegado unos pocos cuestionarios completos. Ahora Millie y Lucy los estaban revisando con detalle en el escritorio que quedaba frente al de Marian, intentando descubrir dónde estaba el error.

—Bueno, es evidente que algunos se enviaron a hombres —dijo Millie indignada —. Aquí hay uno que dice «Ja, Ja», remitido por un tal señor Leslie Andrewes.

—No entiendo a las mujeres que nos han devuelto el cuestionario con un «NO» en todas las casillas. ¿Qué es lo que usan entonces? —preguntó Lucy, enfurruñada.

—Bueno, esta señora tiene más de ochenta años, por ejemplo.

—Esta dice que se ha pasado los últimos siete años embarazada.

—Pobre mujer —musitó Emmy, que estaba escuchando—. Se va a destrozar la salud.

—Estoy segura de que la tonta de la señora Lietch, o la señora Hatcher, la que sea, ha vuelto a hacer envíos a las reservas indias. Y eso que la advertí explícitamente de que no lo hiciera. A saber qué usarán ahí —comentó Lucy con aprehensión.

—Musgo —replicó Millie sin vacilar. Aquella no era la primera vez que algo fallaba en la Costa Oeste. Volvió a contar el fajo de cuestionarios—. Tendremos que empezar otra vez desde el principio y el cliente se pondrá hecho una furia. Todas las previsiones se han quedado en nada; no sé qué pasará con los plazos de entrega.

Marian miró el reloj. Casi era la hora de comer. Dibujó una serie de lunas en la hoja; lunas crecientes, lunas llenas, lunas menguantes, un espacio en blanco: una luna nueva. Para establecer las proporciones, dibujó una estrella dentro de una de las lunas crecientes. Puso su reloj en hora, el que Peter le había regalado por su cumpleaños, aunque solo iba un par de minutos retrasado en relación con el de la empresa, y le dio cuerda. Tecleó otra pregunta. Era consciente de que tenía hambre, y se preguntó si no se debería al simple hecho de haber mirado la hora. Se levantó de la silla, le dio un par de vueltas al asiento para elevarlo, volvió a sentarse y tecleó otra pregunta. Estaba cansada, cansada, cansada de ser una manipuladora de palabras. Al final, incapaz de permanecer ni un minuto más allí sentada, delante de la máquina de escribir, les dijo a sus compañeras que se fueran a comer.

—No sé —vaciló Millie, mirando el reloj. Seguía manteniendo una cierta ilusión de que podía hacer algo por solucionar aquel desastre.

—Sí, vamos a comer —dijo Lucy—. Me estoy volviendo loca con esto. Tengo que salir un rato. —Se acercó al perchero y Emmy la siguió. Cuando Millie vio que

las otras se estaban poniendo el abrigo, abandonó los cuestionarios a regañadientes.

En la calle, el viento era frío. Se subieron el cuello del abrigo y se lo sujetaron con las manos enguantadas, avanzando de dos en dos entre otros transeúntes apresurados que también iban a comer. Los tacones producían un repiqueteo sobre la acera desnuda; aún no había nevado. Tenían que caminar un poco más de lo normal: Lucy había sugerido que fueran a un restaurante más caro que los que normalmente frecuentaban, y como el problema de las compresas les había alterado el metabolismo a todas, las demás estuvieron de acuerdo.

—Ah —protestó Emmy cuando se enfrentaron a una ráfaga de viento—. No sé qué va a ser de mí con este clima tan seco. Se me está resecando la piel y se me está descamando toda. —Cuando llovía tenía unos tremendos dolores en los pies, y cuando hacía sol se le irritaban los ojos, le dolía la cabeza, le salían pecas y se mareaba. Cuando el clima era más neutro, nublado y cálido, tosía y se sofocaba.

—Para eso lo mejor es una crema grasa —dijo Millie—. Mi abuela también tenía la piel reseca y siempre la usaba.

—Pero yo he oído que salen granos —adujo Emmy, poco convencida.

El restaurante tenía pretensiones de antiguo establecimiento inglés, con sus sillas de cuero y sus vigas Tudor. Tras una corta espera, una camarera con un vestido de seda negra las condujo a una mesa. Se quitaron los abrigos y se sentaron. Marian se fijó en que Lucy llevaba un vestido nuevo, un elegante suéter plisado de color morado castamente cerrado a la altura del cuello mediante un broche de plata. Ahora ya entendía por qué había querido ir allí, pensó Marian.

Los ojos de Lucy, con sus largas pestañas, barrieron a los demás clientes: anodinos hombres de negocios, en su mayoría, que engullían su comida y su bebida lo más rápidamente posible para acabar cuanto antes con la pausa del mediodía y así poder regresar a sus despachos para seguir ganando dinero, terminar lo antes posible y volver a casa a la hora punta, encontrarse con sus mujeres y sus cenas, y acabar también cuanto antes. Lucy llevaba una sombra de ojos morada, a juego con el vestido, y un lápiz de labios de tonalidad violeta. Estaba elegante, como siempre. En los últimos dos meses había ido a almorzar cada vez con mayor frecuencia a locales más caros (aunque Marian no sabía cómo podía permitírselo), mostrándose, como un cebo de pesca con sus cuentas de cristal, sus plumas y sus diecisiete anzuelos, en establecimientos como aquel, buenos restaurantes y coctelerías, con sus exuberantes jardineras de filodendros, donde cabía esperar que se encontraran los hombres adecuados, más hambrientos que un lucio pero bastante más proclives al matrimonio. Pero tales hombres, los adecuados, no picaban, bien porque habían descendido a otras profundidades, bien porque mordían otro tipo de cebos, los discretos pececillos marrones de plástico o los simples anzuelos desgastados, o algo con aún más plumas y cuentas de las que Lucy era capaz de exhibir. En ese restaurante, y en otros similares, no servía de nada que Lucy desplegara sus delicados vestidos y sus ojos de

miel ante los gordos peces de colores que no disponían de tiempo para el color morado.

La camarera se acercó. Millie pidió pastel de carne, una comida sustanciosa. Emmy optó por la ensalada de queso fresco, para tomarse las tres pastillas que le tocaban, la rosa, la blanca y la naranja, que había alineado sobre el mantel, junto a la copa de agua. Lucy dudó, vaciló, cambió varias veces de plato y al final pidió una tortilla. Marian estaba sorprendida de sí misma. Se había mostrado impaciente por salir a comer, se moría de hambre, y ahora se le había pasado. Pidió un sándwich de queso.

—¿Qué tal está Peter? —le preguntó Lucy después de probar la tortilla y declarar que estaba reseca. Peter le interesaba. Él había adquirido la costumbre de llamar a Marian al despacho para contarle lo que había hecho durante el día y lo que pensaba hacer por la noche, y cuando Marian no estaba le dejaba los mensajes a Lucy, que compartía el teléfono con ella. Lucy pensaba que era de lo más educado, y su voz le intrigaba.

Marian estaba mirando a Millie, que apilaba metódicamente los ingredientes de su pastel de carne, como si fuera amontonando objetos en un maletero. «¡Ya está! —diría, o debería decir, cuando hubiera terminado aquella operación—. Todo bien ordenado». Y su boca se cerraría como una tapa.

—Bien —respondió Marian. Peter y ella habían decidido que no lo contara aún en el trabajo. Por eso se había estado controlando todos los días, pese a su deseo de anunciarlo. Sin embargo, aquella pregunta la había pillado con la guardia baja y no supo resistirse. Para convencerse, se dijo que era bueno que vieran que en el mundo aún había esperanza—. Tengo algo que comunicaros a todas —empezó—. Pero de momento no puede salir de aquí. —Hizo una pausa hasta que los tres pares de ojos se desplazaron de los platos y se centraron en ella—. Vamos a casarnos —proclamó entonces.

Les sonrió, radiante, viendo que la expresión de sus rostros pasaba de la expectación a la consternación. Lucy soltó el tenedor y susurró «¡No!», añadiendo «es maravilloso» acto seguido. Millie dijo «Qué bien» y Emmy se tomó otra pastilla.

Entonces se sucedieron las preguntas atropelladas, que Marian respondió sin perder la calma, concediendo la información como se reparten los caramelos a los niños: de uno en uno y no demasiados, no fueran a empacharse. La alegría triunfal que, supuestamente, debía suscitar la noticia fue solo momentánea. Tan pronto como hubo pasado el efecto de la sorpresa, la conversación se volvió tan distante e impersonal, por ambas partes, como un cuestionario de hojas de afeitar: preguntas sobre la ceremonia, el futuro apartamento, las posibles vajilla y cristalería, qué cosas compraría, qué cosas llevaría.

—Yo siempre pensé que era el típico soltero recalcitrante —observó finalmente Lucy—. O al menos eso decías tú. ¿Cómo has logrado atraparlo?

Marian apartó la mirada de unos rostros que de pronto le parecieron patéticos en su ansiosa espera de respuesta y se concentró en los cubiertos que reposaban sobre los platos.

—La verdad es que no lo sé —aseguró, intentando adoptar el recato propio de la novia que iba a ser. Y era cierto que lo ignoraba. Ahora se arrepentía de habérselo confesado, de haberles mostrado el efecto sin ser capaz de ofrecer una causa reproducible.

En cuanto regresaron a la oficina, Marian recibió una llamada de Peter. Lucy le pasó el auricular.

—¡Es él! —le susurró, algo impresionada por la presencia de un futuro novio de carne y hueso en el otro extremo de la línea. Marian percibió que en aquel preciso instante había tres pares de músculos auditivos afinándose y que tres cabezas rubias se volvían en el momento en que se disponía a hablar.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —La voz de Peter era tersa—. Escucha, esta noche no podremos vernos. Ha surgido un caso inesperado, algo gordo, y tengo que quedarme a prepararlo.

Sonaba como si Peter la estuviera acusando de intentar interferir en su trabajo, y la implicación le dolió. Si ni siquiera se había planteado verlo a mitad de semana, hasta que él la llamó el día anterior y le propuso que cenaran juntos; desde entonces sí había esperado con ilusión el encuentro.

—No pasa nada, cariño —le respondió con cierta sequedad—. Pero preferiría no cambiar de planes en el último minuto.

—Ya te he dicho que es un imprevisto —replicó él, irritado.

—Bueno, tampoco hace falta que me riñas así.

—No te estoy riñendo —protestó él, ya exasperado—. Sabes de sobra que preferiría mil veces estar contigo, claro, pero has de entender que…

El resto de la conversación fue un vaivén de retractaciones y conciliaciones. Bueno, hay que aprender a ceder, pensó Marian, y por qué no empezar a practicar desde ahora mismo.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —concluyó.

—La verdad, cariño, no sé si será posible. No te lo puedo asegurar, ya sabes cómo son estas cosas. Te llamo y te lo confirmo, ¿vale?

Cuando Marian se despidió en tono dulce, para complacer a su público, y colgó el auricular, se sintió exhausta. Debía tratar a Peter con más tacto, hablarle con cuidado. Era evidente que en el bufete trabajaba sometido a una gran presión…

«A lo mejor tengo anemia», se dijo mientras regresaba a su máquina de escribir.

Tras terminar el cuestionario de las cuchillas de afeitar y cuando ya había empezado a trabajar en otro (las instrucciones para realizar un test de producto sobre una comida para perros deshidratada) el teléfono volvió a sonar. Era Joe Bates. La llamada no la sorprendió demasiado, la había estado esperando, más o menos. Le saludó con falso entusiasmo; sabía que últimamente había estado eludiendo sus

responsabilidades, evitando sus invitaciones a cenar, por más que sabía que su amiga quería verla. El parto ya llevaba dos semanas de retraso sobre la fecha prevista, y cuando habló con Clara por teléfono le pareció que se estaba viendo sometida a la fuerza a aquel lento crecimiento, como de calabaza, que iba dominando su cuerpo. «Ya casi no puedo ni levantarme», había protestado. Pero Marian no se había sentido capaz de soportar otra noche contemplándole la barriga y especulando con ella sobre el misterioso comportamiento de su contenido. La última vez había respondido con comentarios humorísticos pero ostensiblemente descabellados, con la intención de relajar el ambiente. «A lo mejor nace con tres cabezas», o «Puede que no sea un niño, sino una especie de crecimiento parasitario, como las agallas de los árboles, o tal vez tengas elefantiasis del ombligo, o te haya salido un enorme juanete…». Después de esa noche había llegado a la conclusión de que podía hacerle más daño si iba a visitarla que si no lo hacía. Sin embargo, en un arranque de solicitud provocado por el sentimiento de culpa, le había hecho prometer a Joe que la avisaría tan pronto como hubiera novedades, llegando a ofrecerse incluso, en un acto de heroísmo, a cuidar de los otros niños en caso de extrema necesidad. Ahora, la voz del otro lado del teléfono decía: «Sí, ya ha pasado todo, gracias a Dios. Es otra niña. Ha pesado cuatro kilos setecientos gramos. Y eso que ha ingresado a las dos de la mañana. Por un momento temí que la niña naciera en el taxi».

—Qué alegría —exclamó Marian, antes de formular algunas preguntas y añadir varias felicitaciones. Joe le informó de las horas de visita y el número de habitación, y ella lo anotó todo en el bloc que había junto al teléfono.

—Dile que mañana me pasaré a verla. —Pensó que ahora que Clara empezaba a deshincharse, podría volver a hablarle con mayor libertad; ya no tendría la sensación de que se estaba dirigiendo a una masa de carne abotargada rematada en una cabeza de alfiler, una forma que le había hecho pensar en una hormiga reina que cargaba con el peso de toda la sociedad, una semipersona (o a veces, pensó, varias personas a la vez, un racimo de personalidades ocultas que ella desconocía por completo). De repente se le ocurrió que le compraría unas rosas; un regalo de «bienvenida» para la auténtica Clara, de nuevo poseedora incuestionable de su propio cuerpo frágil.

Depositó el auricular sobre su negra cuna y se apoyó en el respaldo de la silla. La manecilla larga del reloj avanzaba sin parar, acompañada del repiqueteo de las máquinas de escribir y del martilleo de los tacones de aguja en el suelo. Casi veía cómo el tiempo se arremolinaba y se rizaba a sus pies, que se levantaba a su alrededor, elevando su cuerpo con silla incorporada y arrastrándolo lenta y tortuosamente, pero con la inevitable determinación del agua que desciende montaña abajo, en dirección al lejano día acordado, ya no tan lejano —¿finales de marzo?—, en el que acabaría aquella fase y se iniciaría otra. En alguna otra parte había cosas que de manera gradual se estaban haciendo. Los familiares organizaban esfuerzos y energías, se ocupaban de todo, ella no tenía nada que hacer. Flotaba, dejaba que la corriente la sostuviera, confiaba en que la llevara a buen puerto. Ahora el objetivo era

superar la fecha; un hito en la orilla, un árbol no muy distinto de cualquier otro, que se distinguía de los demás solo porque estaba ahí, no más o menos cerca, y cuyo único propósito era marcar la distancia salvada. Quería dejarlo atrás. Para ayudar al avance de la segunda manecilla, acabó de pasar a máquina el cuestionario de la comida para perros.

A última hora de la tarde, la señora Bogue salió de su cubículo. Las arrugas ascendentes de su frente denotaban consternación, pero la expresión de sus ojos no había sufrido cambio alguno.

—Dios mío —exclamó dirigiéndose a todos los presentes; involucrar a todo el mundo en las pequeñas crisis de la dirección formaba parte de su estrategia empresarial—. Menudo día. Además de lo que ha pasado en la Costa Oeste, ahora resulta que otra vez ha habido problemas con ese horrible Hombre de la Ropa Interior.

—¡Oh no, qué horror! ¡Con ese hombre horrible no! —exclamó Lucy, frunciendo la nariz brillante de maquillaje.

—Sí, qué disgusto —corroboró la señora Bogue, entrelazando las manos en un gesto de desesperación muy femenino. Era evidente que no estaba disgustada en absoluto—. Parece que ha cambiado su campo de operaciones y se ha desplazado a las afueras, a Etobicoke para ser más exactos. Dos mujeres de esa población me han llamado esta tarde para quejarse. Está claro que debe de ser un hombre normal y corriente, agradable, inofensivo, pero es pésimo para la imagen de la empresa.

—¿Y qué es lo que hace? —preguntó Marian. Era la primera vez que oía hablar del Hombre de la Ropa Interior.

—Oh —dijo Lucy—, es uno de esos degenerados que llaman a las mujeres y les dicen marranadas por teléfono. El año pasado ocurrió lo mismo.

—El problema es que dice que llama en nombre de nuestra empresa —se lamentó la señora Bogue, con las manos aún entrelazadas—. Al parecer tiene una voz de lo más convincente. Muy oficial. Asegura que está haciendo una encuesta sobre ropa interior, y supongo que las primeras preguntas que hace deben de sonar verosímiles. Marcas, tallas, modelos y todo eso. Las preguntas se van haciendo cada vez más íntimas hasta que las mujeres se enfadan y cuelgan. Y claro, nos llaman a nosotros para quejarse, y a veces nos han acusado de todo tipo de indecencias antes de que me dé tiempo a explicarles que no tenemos nada que ver y que nunca haríamos ese tipo de preguntas. Ojalá le pillen y se acabe todo esto, es una molestia enorme para nosotros, pero claro, es casi imposible atrapar a un tipo así.

—¿Por qué lo hará? —especuló Marian.

—Seguramente es uno de esos obsesos sexuales —dijo Lucy, que sufrió un discreto escalofrío morado.

La señora Bogue volvió a arquear las cejas y negó con la cabeza.

—La cuestión es que todas afirman que tiene una voz de lo más agradable. Que suena tan normal y hasta parece inteligente. Que no es como esos hombres

asquerosos que llaman y se ponen a jadear.

—A lo mejor eso demuestra que algunos obsesos sexuales son personas muy normales y agradables —observó Marian cuando la señora Bogue ya estaba de nuevo en su cubículo.

Mientras se ponía el abrigo salía de la oficina al vestíbulo y se dejaba transportar en aquella cabina de descompresión que era el ascensor, Marian seguía pensando en el Hombre de la Ropa Interior. Se imaginaba su expresión inteligente, sus modales atentos y educados, parecidos a los de un agente de seguros o a los del director de una funeraria. Se preguntaba qué tipo de preguntas haría, y qué contestaría ella si alguna vez la llamaba (Ah, usted debe de ser el Hombre de la Ropa Interior. Me han hablado tanto de usted… seguro que tenemos amigos comunes). Lo visualizó con un traje barato y una corbata discreta, a franjas en diagonal marrones y granates; los zapatos bien lustrados. A lo mejor su mente, por lo demás normal, había enloquecido a causa de los anuncios de fajas de los autobuses: era una víctima de la sociedad. La sociedad le ponía delante a esas mujeres sonrientes, esbeltas y seductoras, implorándole, casi obligándole a que se fijara en sus gestos flexibles, y luego se negaba a proporcionarle ninguna. Cuando había intentado adquirir el producto en cuestión, había descubierto que no contenía la mercancía prometida. Y en vez de enfurecerse y protestar en vano, se había tomado su decepción con discernimiento y madurez. Así había decidido, como hombre sensato que era, ir sistemáticamente en pos de la imagen ataviada en ropa interior que tan ardientemente deseaba, recurriendo para su propósito a la práctica red de telecomunicaciones que la sociedad ponía a su disposición. Un intercambio justo: estaban en deuda con él.

Al salir a la calle la asaltó otro pensamiento. A lo mejor era Peter. Se escapaba del bufete sin que le vieran y se acercaba a la cabina telefónica más cercana para marcar los números de unas amas de casa de Etobicoke. Era su forma de protestar contra esto o aquello —¿encuestas?, ¿amas de casa en Etobicoke?, ¿vulcanización?—, o su único recurso para vengarse de un mundo cruel que le ataba con pesados deberes legales y le impedía llevarla a cenar. ¡Y, claro, él conocía el nombre de la empresa y también los procedimientos oficiales que se usaban en las encuestas! Tal vez aquel era su verdadero yo, el núcleo de su personalidad, el Peter auténtico que últimamente había ido ocupando su mente. Tal vez aquello era lo que se ocultaba bajo la superficie, bajo las otras superficies, la identidad secreta que, pese a sus muchos intentos y éxitos parciales, era consciente de no haber desvelado todavía: él era el verdadero Hombre de la Ropa Interior.

14

Lo primero que descubrió Marian cuando su cabeza emergió por el hueco de la escalera, como un periscopio, fueron unas piernas desnudas. Pertenecían a Ainsley, que estaba a medio vestir en el pequeño rellano, de pie y mirando hacia abajo para verla. La inexpresividad habitual de su rostro había adquirido unas tenues sombras de sorpresa y enojo.

—Hola —dijo—. Creía que esta noche cenabas fuera. —Posó una mirada acusadora en la bolsa de la compra que llevaba Marian.

Antes de contestar, sus piernas la condujeron a lo alto de la escalera.

—Cambio de planes. Ha surgido un imprevisto en el bufete de Peter.

Entró en la cocina y dejó la bolsa de papel sobre la mesa. Ainsley la siguió y se sentó en una silla.

—¡Marian! —exclamó con dramatismo—. ¡Tiene que ser esta noche!

—¿A qué te refieres? —preguntó distraída mientras metía la leche en la nevera. La verdad era que no estaba escuchándola.

—Eso. Leonard. Ya sabes.

Marian había estado tan absorta en sus pensamientos que tardó un instante en recordar de qué le estaba hablando Ainsley.

—Ah, eso —dijo.

Se quitó el abrigo despacio. No había prestado demasiada atención al avance de la campaña de Ainsley (¿o era la de Leonard?) a lo largo de los dos meses anteriores —había preferido no mancharse las manos con aquel asunto—, pero a su pesar se había enterado de demasiados detalles gracias a las explicaciones, los análisis y las quejas de su compañera, y era capaz de deducir lo que había ocurrido hasta el momento. Después de todo, por más limpias que tuviera las manos, los oídos no los podía cerrar. El plan inicial se había torcido. Al parecer Ainsley se había pasado de la raya. Tras aquel primer encuentro en el que había dado tal imagen de pureza e inocencia, Len había llegado a la conclusión de que, tras el rechazo estratégico de la chica, tendría que someterla a un meticuloso y prolongado sitio. Cualquier exceso, cualquier movimiento brusco podía asustarla y alejarla de él; lo mejor sería atraerla con dulzura y delicadeza. En consecuencia, llevó a cabo una lenta progresión: la invitó a almorzar varias veces antes de llevarla a cenar y finalmente a ver películas extranjeras, durante una de las cuales había llegado hasta el punto de cogerle la mano. Una tarde llegó a invitarla a tomar el té en su apartamento. Ainsley me comentó luego, indignada, que se había comportado con el mayor comedimiento. Y como ella misma se había adjudicado el papel de abstemia, ni siquiera podía aspirar a que él la emborrachara. Cuando hablaban, Len la trataba como si fuera una niña pequeña, explicándole las cosas con paciencia, intentando impresionarla con anécdotas sobre los estudios de

televisión, asegurándole que el interés que sentía por ella era estrictamente el de un amigo mayor bienintencionado. Ainsley estaba desesperada. Y ni siquiera podía iniciar una discusión. Era imprescindible que su mente estuviera tan ausente como su rostro. Se encontraba atada de pies y manos. Se había construido una imagen y no le quedaba más remedio que mantenerla. Haber dado algún paso, haber mostrado el menor atisbo de algo remotamente parecido a la inteligencia, habría desentonado tanto con su personaje que habría echado por tierra sin remedio su absurdo espectáculo. Así que se había visto obligada a tragar y protestar en privado, a sufrir las sutiles maniobras de Len con impaciencia reprimida y ver cómo su estricto calendario de fechas se perdía irremisiblemente.

—Si no es esta noche —dijo Ainsley—, ya no sé qué voy a hacer. No podré soportarlo mucho más, tendré que buscarme a otro. Pero ya he perdido demasiado tiempo.

Arrugó la frente y arqueó sus embrionarias cejas al máximo.

—¿Y dónde…? —preguntó Marian, que empezaba a entender el enojo de Ainsley ante su inesperado regreso.

—Bueno, es evidente que no me invitará a su casa para enseñarme los objetivos de sus cámaras —respondió Ainsley petulante—. Además, si yo aceptara, le resultaría de lo más sospechoso. No: saldremos a cenar, y se me ha ocurrido que a lo mejor, si le invito luego a tomar café…

—Ya veo: quieres que me esfume —dijo Marian, en tono de censura.

—Pues la verdad es que sería de gran ayuda. En condiciones normales no me importaría que hubiera un estadio de fútbol entero en la habitación de al lado, ni siquiera debajo de la cama, y estoy segura de que a él tampoco, pero en este caso supongo que él consideraría que a mí sí me importaría. Tengo que fingir que él me va arrinconando paso a paso hasta meterme en el dormitorio.

—Sí, claro, ya veo —suspiró Marian. A esas alturas había descartado toda objeción moral—. Lo que pasa es que no se me ocurre adonde ir.

A Ainsley se le iluminó la cara. Ya había conseguido su principal objetivo; los detalles eran secundarios.

—¿No podrías llamar a Peter y decirle que pasarás a verle? No debería importarle; vais a casaros.

Marian consideró la idea por un instante. Antes, en algún espacio de tiempo que en ese momento no recordaba con precisión, podría haberlo hecho; no le habría importado que se hubiera enfadado. Pero ahora, y más después de la conversación de la tarde, no le pareció buena idea. Por más discreta que fuera, por más que se llevara un libro y se pusiera a leerlo en el salón, él la acusaría en silencio de ser demasiado posesiva o de estar celosa y de interferir en su trabajo. Aunque le contara la verdad, cosa que no quería hacer: aunque Peter y Len apenas se habían visto desde la primera noche, pues Peter había cambiado su imagen de soltero sin compromiso por la de un joven maduro y prometido, y había adaptado sus reacciones y sus amistades en

consecuencia, seguramente seguiría existiendo una especie de lealtad de clan que podría causar problemas, si no para Ainsley, al menos para ella. Le daría argumentos.

—Mejor que no —dijo—. Está ocupadísimo.

En realidad no tenía ningún sitio adonde ir. Clara quedaba descartada. Ya hacía demasiado frío para quedarse en un parque o para pasear tanto rato. Pensó en llamar a alguna de las vírgenes de la oficina.

—Iré al cine —se le ocurrió al fin.

Ainsley sonrió, aliviada.

—Fantástico —dijo, y entró en su habitación a terminar de vestirse. Asomó la cabeza apenas unos minutos después—. ¿Puedo ofrecerle *whisky* si es necesario? Le diré que la botella es tuya pero que a ti no te importará.

—Sí, claro, ningún problema.

El *whisky* era de las dos. Sabía que Ainsley lo repondría la próxima vez que compraran, y aunque se le olvidara, media botella de *whisky* era un pequeño sacrificio que merecía la pena para acabar de una vez por todas con aquello. Aquella enervante situación ya había durado demasiado. Se quedó en la cocina, apoyada en el mueble, mirando fijamente el fregadero, que contenía cuatro vasos medio llenos de agua opaca, un trozo de cáscara de huevo y una cazuela que hacía poco se había usado para cocinar macarrones con queso. Decidió no fregar los platos, pero para compensar sacó el trozo de cáscara y lo tiró a la basura. No le gustaban los restos.

Ainsley reapareció con un conjunto de blusa y suéter complementado con unos pendientes con forma de minúsculas margaritas. Se había maquillado los ojos.

—La película no durará toda la noche, ya sabes —dijo Marian—. A eso de las doce y media estaré de vuelta. —Aunque espere que me vaya a dormir a las alcantarillas, pensó.

—Supongo que a esa hora la situación ya estará resuelta —respondió Ainsley—. Si no, ninguno de los dos estará aquí. Le habré tirado por la ventana antes de tirarme yo. Pero por si las moscas, no abras ninguna puerta cerrada sin llamar.

De entre aquellas palabras, Marian escogió la que le pareció más peligrosa. «Ninguna» puerta cerrada.

—Oye —dijo—, me niego a que uses mi dormitorio.

—Bueno, es que es el cuarto más ordenado —argumentó Ainsley con razón—. Y si en un momento de pasión pierdo la cabeza y resulta que él me toma en brazos, no querrás que le interrumpa para comunicarle que se ha equivocado, ¿no?

—No, supongo que no —admitió Marian, que ya empezaba a sentirse desposeída, sin hogar—. Pero no sé, la idea de acostarme y encontrarme con que ya hay gente en mi cama no acaba de convencerme.

—Bueno, haremos una cosa: si al final acabamos en tu habitación, colgaré una corbata en el tirador, ¿vale?

—¿La corbata de quién? —preguntó Marian. Sabía que Ainsley coleccionaba cosas (entre los diversos objetos que poblaban el suelo de su dormitorio había varias

fotos, algunas cartas y media docena de flores secas), pero no sabía que se hubiera dedicado a coleccionar corbatas.

—La de él, claro —respondió Ainsley.

Marian tuvo la perturbadora visión de una sala de trofeos de caza con cabezas disecadas y cornamentas colgadas de las paredes.

—¿Y por qué no cuelgas su cabellera? —ironizó. Después de todo, se suponía que Leonard era su amigo.

Reflexionó sobre la situación mientras cenaba en el sofá y se tomaba el té sola. Ainsley había salido y ella deambulaba por el apartamento esperando que fuera la hora de ir a la última sesión. Siguió reflexionando durante todo el trayecto hasta la zona de cines que le quedaba más cerca. Llevaba cierto tiempo sintiendo, en uno de los pliegues más pequeños y recónditos de su mente, que debía advertir a Len de alguna manera, pero no sabía cómo ni, lo que era más importante, por qué. Sabía que él no se creería de entrada que Ainsley, que parecía tan joven, ingenua e inocente como un champiñón, era en realidad una arpía intrigante que estaba llevando a cabo un sucio plan, que pretendía usarlo como sucedáneo barato de la inseminación artificial con una devastadora falta de consideración por su persona. Además, de momento tampoco existían pruebas convincentes al respecto: Ainsley había sido de lo más discreta. Marian había estado tentada varias veces de llamarle en plena noche, poniendo una media de nailon en el teléfono, y de susurrarle: «¡Ten cuidado!», pero eso no habría servido de nada. Len no habría sabido de qué debía tener cuidado. ¿Y una carta anónima…? Creería que se la mandaba un chiflado, o alguna exnovia celosa que intentaba desbaratarle sus propios planes perversos, con lo que solo lograría que su propósito le resultara más apetecible. Además, desde que se había prometido con Peter, se había establecido una especie de pacto tácito con Ainsley: ninguna de las dos interfería en la estrategia de la otra, aunque resultaba bastante obvio que no aprobaban sus respectivas líneas de acción, sobre la base de consideraciones morales. Si le decía algo a Len, sabía que Ainsley era perfectamente capaz de contraatacar con éxito, o al menos con probabilidades de desestabilización. No, a Len había que abandonarlo a su suerte, que sin duda él abrazaría de buen grado. Y Marian se sentía más confundida si cabe porque no estaba segura de si era un cristiano el que arrojaban a los leones o si era un león el arrojado al cristiano. ¿Estaba Marian, tal como le había preguntado Ainsley en una de sus discusiones dominicales, del lado de la Fuerza Vital Creativa?

También debía tener en cuenta a la señora de abajo. Aunque no estuviera mirando por la ventana ni se escondiera tras una de sus cortinas de terciopelo cuando llegara Leonard, sin duda se percataría de que se oían pasos masculinos por la escalera. Y en su mente, ese despótico imperio en el que la propiedad privada era tan poderosa e inflexible como la ley de la gravedad, todo lo que subía tenía que bajar, a ser posible antes de las once y media de la noche. Aunque nunca lo hubiera puntualizado, eso era algo que se daba por sentado. Marian esperaba que Ainsley tuviera la sensatez de

hacer lo que fuera y a las doce como máximo ponerlo de patitas en la calle o, en el peor de los casos, de pedirle que pasara allí toda la noche, sin hacer ruido. Aunque, si sucedía eso último, ya no tenía tan claro qué harían con él a la mañana siguiente. Seguramente tendrían que bajarlo metido en la bolsa de la ropa sucia. Aunque estuviera en condiciones de hacerlo por su propio pie. En fin, siempre podían encontrar otro piso. Pero no soportaba los escándalos.

Marian bajó en la estación de metro que quedaba cerca de la lavandería. En aquella zona había dos cines, uno enfrente del otro. Se fijó en las películas que proyectaban. Uno era un film extranjero con subtítulos, anunciado en la cartelera con unas reproducciones borrosas en blanco y negro de las críticas de los periódicos en las que abundaban los términos «adulto» y «maduro». Había ganado varios premios. En el otro cine destacaban unos carteles baratos de una película americana del oeste, llenos de caballos y de indios agonizantes. En su estado, no le apetecía atormentarse con intensidades, pausas y largos primeros planos artísticos de unos poros de piel tensos de expresividad. Lo único que buscaba era algo de calor y abrigo, poder olvidarse un rato de todo. Así que escogió el wéstern. Cuando enfiló el pasillo camino de su asiento, en la sala medio vacía, la sesión ya había empezado.

Se arrellanó en el asiento, apoyando la cabeza en el respaldo y las rodillas en la butaca de delante, y entrecerró los ojos. No era una postura muy elegante, pero estaba oscuro y nadie la veía. Además, se había asegurado de elegir una butaca aislada: no quería tener problemas con ningún viejo furtivo. Recordaba algunos encuentros de ese tipo en sus días de colegio, antes de saber qué pasaba en los cines. Manos que apretaban rodillas y otros patéticos intentos de aproximación que, aunque no daban miedo (lo único que había que hacer era apartarse sin decir nada), sí resultaban de una sinceridad embarazosa. El intento de establecer algún contacto, por mínimo que fuera, era vital para los que palpaban en la oscuridad.

Las imágenes en color se iban sucediendo ante sus ojos: hombres gigantes con sombreros de ala ancha cruzaban la pantalla a lomos de unos caballos aún más gigantescos, árboles y cactus surgían en primer plano o se difuminaban al fondo a medida que el paisaje se desplazaba; humo, polvo y galope. Ni siquiera intentó entender qué significaban esas intervenciones crípticas ni procuró seguir el argumento. Sabía que debía de haber unos malos que intentaban hacer algo malo y unos buenos que intentaban impedírselo, seguramente haciéndose antes con el dinero (además de indios, tan numerosos como los búfalos, y que jugaban igual de limpio con todo el mundo), pero no le interesaba saber cuál de aquellas cualidades morales se encarnaba en cuál de las distintas figuras que se le presentaban. Por lo menos no se trataba de uno de esos wésterns modernos en los que los personajes tenían psicosis. Se entretuvo fijándose en los actores secundarios, en los extras, preguntándose qué harían en los muchos ratos libres que sin duda tendrían y si alguno de ellos albergaría aún alguna esperanza de alcanzar el estrellato.

Era de noche, ese tipo de noche traslúcida, de un azul púrpura que solo cubre las pantallas en tecnicolor. Alguien se arrastraba por un campo en dirección a otra persona; solo se oía el rumor de la hierba y el chirrido artificial de varios grillos mecánicos. A su izquierda oyó un leve chasquido, seguido del ruido de algo duro que caía al suelo. Se oyó un disparo, se produjo un forcejeo y de pronto fue de día. Volvió a oír el crujido.

Volvió la cabeza. A la tenue luminosidad que emanaba de la pantalla, le costó distinguir quién se había sentado a su lado, dos sitios más allá. Era el chico de la lavandería. Estaba hundido en la butaca, mirando fijamente al frente. Cada medio minuto, más o menos, el chico metía una mano en una bolsa, se la llevaba a la boca y a continuación se oía el chasquido y el golpecito en el suelo. Debía de estar comiendo algo con cáscara, pero no eran cacahuetes, porque el chasquido era más seco. Se fijó en su perfil en la penumbra, en la nariz, el ojo y el bulto oscuro del hombro.

Volvió a mirar la pantalla e intentó concentrarse en la película. Aunque descubrió que se alegraba de que él se hubiera materializado de pronto en el asiento de al lado, se trataba de una alegría irracional; no tenía intención de hablar con él, en realidad esperaba que no la hubiera visto, que no la viera en aquel cine, sola. Parecía totalmente cautivado por la película, absorto en ella y en lo que fuera que estuviera comiendo —¿qué podía ser lo que producía ese ruidito tan exasperante?—, y a lo mejor no llegaría a reparar en ella si se quedaba muy quieta. Sin embargo, tenía la inquietante sensación de que él sabía perfectamente quién era y de que hacía rato que se había percatado de su presencia, desde bastante antes de que Marian lo hubiera reconocido a él. Contempló la vasta pradera que se extendía ante sus ojos. A su lado, los enervantes chasquidos siguieron a intervalos regulares.

Los hombres y los caballos iban remontando el río, acompañados de una mujer rubia con el vestido arrugado y sucio. En aquel momento notó una sensación rara en la mano izquierda, que quería moverse en dirección al chico para tocarle el hombro. La mano parecía poseer una voluntad independiente de la suya, porque estaba claro que aquello era algo que Marian no deseaba en absoluto. Se obligó a agarrarse al apoyabrazos. «Así no conseguirás nada —se reprendió—. ¿Y si se pone a gritar?». En realidad también temía que, al alargar el brazo, su mano solo encontrara oscuridad y vacío, o la superficie afelpada de la tapicería.

La banda sonora estalló, salpicando el aire de alaridos y gritos de guerra cuando un grupo de indios salieron de sus escondites listos para el ataque. Una vez que los hubieron masacrado y de nuevo reinó un relativo silencio, advirtió que ya no se oía esa especie de tic-tac que el chico había estado emitiendo antes. Volvió la cabeza otra vez: nadie. Bueno, entonces ya se había ido, o a lo mejor era que nunca había estado allí. O tal vez no fuera él.

En la pantalla, un vaquero descomunal apretaba los labios contra los de la mujer rubia. «Hank, ¿esto significa que…?». Pronto aparecería una puesta de sol.

Entonces, tan cerca de su oído que hasta notó el aliento agitándole el pelo, le habló una voz.

—Pipas de calabaza.

La mente de Marian aceptó con calma la información. «Pipas de calabaza —repitió en silencio—, claro, ¿por qué no?». Pero su cuerpo estaba desconcertado y por un momento se quedó paralizado. Cuando logró controlar su sorpresa puramente muscular lo suficiente como para girar la cabeza, constató que a su lado no había nadie.

Mientras presenciaba la escena final de la película, empezó a convencerse de que estaba siendo víctima de una complicada alucinación. «Así que al final resulta que me estoy volviendo loca —pensó—, como todo el mundo. Qué fastidio. Aunque supongo que al menos es un cambio». Sin embargo, cuando las luces se encendieron, tras el breve plano de una bandera acompañado de una música estridente, se tomó la molestia de examinar el suelo a los pies del asiento donde él (tal vez) había estado sentado. Y descubrió una montañita de cáscaras blancas. Eran como esas señales primitivas, como esos montones de piedras o esos palos puestos contra los árboles que marcan un sendero o advierten de algo que está cerca, pero aunque estuvo observándolas durante los varios minutos en que los escasos espectadores fueron desfilando por el pasillo, no supo interpretar su significado. En cualquier caso, pensó mientras salía del cine, al menos en esa ocasión había dejado un rastro visible.

Se demoró tanto como pudo en el camino de regreso; no le apetecía interrumpir nada. La casa, por lo que se apreciaba desde el exterior, estaba a oscuras, pero cuando entró y encendió la luz del vestíbulo, una figura acechante salió del comedor. Era la señora de abajo, que de alguna manera se las arreglaba para mantener un aspecto digno a pesar de llevar rulos y una bata granate de guata.

—Señorita MacAlpin —dijo, con las cejas arqueadas en una expresión severa—, estoy muy disgustada. Estoy segura de que he oído… que un hombre ha subido por esta escalera esta noche con la señorita Tewce. Y también estoy segura de que aún no ha bajado. Evidentemente, no pretendo sugerir que… sé que las dos son muy buenas chicas, pero aun así, mi hija…

Marian miró el reloj.

—Bueno, no sé —dijo, vacilante—. Me extrañaría mucho. A lo mejor se ha confundido. La verdad es que es más de la una, y cuando no sale, Ainsley suele acostarse antes.

—Bueno, eso mismo es lo que he pensado yo, vaya, que no he oído ninguna conversación en el piso de arriba… no es que quiera decir que…

«¡Será cotilla! Nunca tiene bastante», pensó Marian.

—Entonces se habrá ido a la cama —dijo restándole importancia—. Y si es que había alguien con ella, habrá bajado con mucho cuidado para no molestarla. En fin, mañana por la mañana hablaré con ella. —Sonrió, intentando transmitir un aplomo expeditivo, y escapó escaleras arriba.

Ainsley está muerta y enterrada, pensó mientras subía, y yo acabo de tirar otra palada de tierra sobre su tumba. Pero recuerda lo de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio, etcétera. ¿Cómo vamos a ocultarlo, o lo que quede de él, a la mirada de ese buitre viejo que vive abajo?

Sobre la mesa de la cocina encontró la botella de *whisky* casi vacía. De la puerta de su dormitorio colgaba, victoriosamente, una corbata a rayas verdes y azules.

Eso implicaba que iba a tener que hacerse un sitio para poder dormir entre aquel revoltillo de sábanas, ropas, mantas y libros baratos que era la cama de Ainsley.

—¡Qué pereza! —protestó en voz baja mientras se quitaba el abrigo.

15

A las cuatro y media del día siguiente, Marian avanzaba por el pasillo de un hospital en busca de la habitación de Clara. Se había saltado una comida más sólida —sustituyéndola por un bocadillo de queso y lechuga (una loncha de queso plastificado entre dos trozos de espuma de baño solidificada y algunas hojas de color verde pálido), que el chico del restaurante de comida para llevar había metido en una cajita de cartón— para poder salir del trabajo una hora antes, y ya había invertido treinta minutos en comprar las rosas y llegar al hospital. Ahora ya solo le quedaba media hora de visita para hablar con Clara, aunque no estaba segura de ser capaz de propiciar una conversación interesante entre ellas que durara tanto tiempo.

Las puertas de las habitaciones estaban abiertas, y tenía que detenerse delante de cada una de ellas y entrar prácticamente para leer los números. Del interior de todas salía el agudo parloteo de mujeres que charlaban todas a la vez.

Finalmente llegó a la habitación de Clara, que estaba cerca del final del pasillo.

Clara estaba tendida en una cama alta de hospital, con la espalda elevada, de manera que la paciente parecía medio sentada. Llevaba una bata de franela. A Marian, el cuerpo que yacía bajo la sábana le pareció extrañamente delgado. El pelo, muy claro, le caía libremente sobre los hombros.

—Hola —saludó—. Al final te has acercado a ver a esta mamá vieja, ¿eh?

Marian le tendió las flores en vez de pronunciar las correspondientes palabras de disculpa. Los frágiles dedos de Clara desenvolvieron el papel verde que las rodeaban.

—Son preciosas —dijo—. Voy a tener que llamar a esa enfermera tan antipática para que las ponga en agua. Si no la controlo, es capaz de meterlas en la cuña.

Cuando las estaba escogiendo, Marian había dudado entre comprarlas rojas, rosas o blancas. Ahora se arrepentía un poco de haber optado por las blancas. Por una parte le iban a la perfección, pero por otra no le pegaban nada.

—Cierra un poco las cortinas —le pidió Clara en voz baja. En la habitación había otras tres mujeres y resultaba difícil mantener una conversación íntima.

Marian corrió las pesadas cortinas de lona sujetas con ganchos a un riel metálico, suspendido como un gran halo sobre la cama, y se sentó en la butaca destinada a los acompañantes.

—Bueno, ¿cómo te encuentras? —le preguntó.

—Estupendamente, en serio. Lo vi todo. La verdad es que es un poco caótico, con eso de la sangre y todo lo demás, pero debo admitir que es bastante fascinante. Sobre todo cuando el cabroncete asoma la cabeza y por fin, después de tanto tiempo llevándolo arriba y abajo, sabes qué aspecto tiene. En ese momento me muero de impaciencia, es como cuando éramos pequeñas y esperábamos horas y horas hasta que al final podíamos abrir los regalos de Navidad. A veces, cuando estaba

embarazada, pensaba en que sería genial que los niños se empollaran dentro de un huevo, como si fueran pájaros. Pero la verdad es que este método también tiene su gracia. —Tomó una de las rosas blancas y la olió—. Tendrías que pasar por la experiencia.

Marian no entendía que hablara así del tema, como si le estuviera contando un truquito para que el hojaldre subiera más o le recomendara un nuevo detergente. Claro que era una experiencia por la que, a la larga, siempre había supuesto que pasaría; y Peter ya había empezado a hacer comentarios en tono paternal. No obstante, en esa habitación llena de mujeres tendidas y cubiertas con sábanas blancas, la posibilidad se le antojaba de repente mucho más cercana. Aparte estaba lo de Ainsley.

—No hay prisa —le dijo, sonriendo.

—Claro que también duele muchísimo —añadió Clara como de pasada—. Y no te dan nada hasta que la cosa está ya muy adelantada, por el bebé. Es curioso, lo del dolor: una vez pasado, nunca lo recuerdas. Ahora me encuentro muy bien. Siempre pienso que yo también pasaré por la depresión postparto, como muchas mujeres, pero parece que eso siempre lo dejo para cuando tenga que levantarme e irme a casa. Aquí en la cama se está de maravilla. La verdad es que estoy como una reina. —Se incorporó un poco apoyándose en las almohadas.

Marian le sonrió. No sabía qué decir. Cada vez más, la vida de Clara parecía distanciarse de la suya, separarse, como si fuera algo que solo pudiera contemplar a través de una ventana.

—¿Qué nombre le vais a poner? —le preguntó, reprimiendo el deseo de gritar, sin estar segura de si ella la oiría a través del cristal.

—Todavía no lo hemos decidido del todo. Una opción es Vivian Lynn, que es el nombre de mi abuela y de la de Joe. Él quería que se llamara como yo, pero para serte sincera nunca me ha gustado mucho mi nombre. La verdad es que es fantástico tener un marido que esté tan encantado con una niña como con un niño; a muchos les importa muchísimo. Claro que a lo mejor a él también le importaría si no tuviéramos ya un varón.

Marian contempló el trozo de pared que quedaba sobre la cabeza de Clara, y pensó que estaba pintada del mismo color que la oficina. Casi le pareció percibir el repiqueteo de las máquinas de escribir al otro lado de las cortinas, pero lo único que se oía era el murmullo de las charlas de las otras tres mujeres y sus acompañantes. Al entrar, se había fijado en que una de ellas, la más joven, que llevaba una mañanita de encaje rosa, estaba sentada y se dedicaba a pintar sobre un dibujo cuadriculado. Tal vez ella también habría tenido que llevarle a Clara algo para que se entretuviera, y no solo flores; debía de ser muy pesado pasarse todo el día ahí sin hacer nada.

—¿Quieres que te traiga algo para leer? —le preguntó, y al momento cayó en la cuenta de que el comentario había sonado a la típica señora que se dedica a visitar enfermos casi a tiempo parcial.

—Te lo agradezco. Pero me parece que no lograría concentrarme, al menos al principio. Cuando no duermo —bajó el tono— escucho a las otras mujeres. No sé si será por el ambiente del hospital, pero solo hablan de abortos espontáneos y enfermedades. Al cabo de un rato empiezas a encontrarte mal y a preguntarte cuándo te llegará el turno de padecer un cáncer de mama, o de que se te rompa una trompa, o de perder a tus cuatrillizos a intervalos de media semana; te lo juro, eso es lo que le ha pasado a la señora Moase, la más gorda, la que está del otro lado. Y lo peor es que se lo toman con una tranquilidad pasmosa, y parece que piensen que cada uno de esos espeluznantes episodios es una especie de medalla al mérito; los sacan, los comparan y se recrean en los detalles más escabrosos, la verdad es que están orgullosas de ellos. Es un enfoque positivo del dolor. Hasta yo he empezado a explicarles algunas de mis dolencias, como si algo me impulsara a competir. No sé por qué somos tan morbosas las mujeres.

—También habrá hombres morbosos, supongo —dijo Marian.

Clara estaba hablando mucho más, y mucho más deprisa que de costumbre, cosa que no dejaba de extrañar a Marian. Durante la última fase del embarazo, la más vegetativa, había tendido a olvidar que Clara tenía una mente y unas facultades perceptivas más allá de las meramente sensibles propias de una esponja, porque se había pasado casi todo el tiempo absorta en su abdomen hinchado, o más bien absorbida por él. Comprobar que era capaz de observar y comentar, supuso una ligera sorpresa para ella. Tal vez fuera una especie de reacción, pero era evidente que no se trataba de histeria: Clara controlaba la situación. Sería algo hormonal.

—Pues te aseguro que Joe no —replicó Clara, risueña—. Si no fuera tan poco morboso, no sé cómo me las apañaría. Es ideal con los niños, con los platos, con todo. Me siento totalmente tranquila dejándolo todo en sus manos en momentos así. Sé que lo hace tan bien como yo, aunque para el pobre Arthur las cosas no son tan fáciles. Ya no se ensucia encima, casi siempre lo hace en su orinal de plástico, pero se ha convertido en un acaparador. Le da por hacer bolitas de caca y esconderlas por ahí, en armarios y cajones bajos. Es que no puedes perderlo de vista ni un momento. Una vez encontré un poco en la nevera, y Joe me ha dicho que acaba de descubrir una ristra entera secándose en la repisa de la ventana del baño, detrás de la cortina. Se enfada muchísimo cuando se las tiramos. No entiendo por qué lo hace. A lo mejor acabará siendo banquero.

—A lo mejor es por la llegada de la hermanita —observó Marian—. ¿No estará celoso?

—Sí, claro, es probable —respondió Clara, sonriendo con serenidad. Hacía girar una de las rosas blancas entre los dedos—. Pero bueno, aquí estoy yo, hablando por los codos —dijo, girándose en la cama para mirar a Marian más directamente—, y aún no hemos tenido tiempo de hablar de vuestro compromiso. A nosotros nos parece maravilloso, claro, aunque en realidad no conocemos mucho a Peter.

—Ya quedaremos un día, cuando estés en casa y te hayas organizado un poco. Estoy segura de que te caerá bien.

—La verdad es que parece muy agradable. Aunque en realidad nunca los conoces del todo hasta que llevas un tiempo casada y empiezas a darte cuenta de lo raros que son. Aún recuerdo el disgusto cuando comprendí que, después de todo, Joe no era Jesucristo. Ya no sé por qué fue, seguramente alguna tontería del tipo que se vuelve loco por Audrey Hepburn. O que es un filatélico inconfeso.

—¿Un qué? —No sabía qué era, pero el término le había sonado a perversión.

—Colecciona sellos. No los nuevos, claro. Los recorta de las cartas. Es normal, lleva un tiempo acostumbrarse a estas cosas. Ahora lo veo solo como a uno de los santos menores.

Marian no sabía qué decir. La actitud de Clara le parecía tan complaciente como embarazosa; era sentimentaloide al estilo de esas historias de amor que llenaban las últimas páginas de las revistas femeninas. Además, tenía la sensación de que, de alguna manera, Clara intentaba darle algún consejo, lo que le resultaba aún más violento. Pobre Clara, era la última persona de la que aceptaría consejo alguno. No había más que fijarse en el lío en el que se había metido: tres críos a su edad. Peter y ella empezarían con muchas menos expectativas: si Clara se hubiera acostado con Joe antes de casarse, seguramente luego no le habría costado tanto adaptarse.

—Pues a mí me parece que Joe es un marido estupendo —aseguró, sintiéndose generosa.

Clara estalló en una carcajada y se retorció.

—¡Ah! Cuando me río, me duele en los sitios más obscenos. No, nada de eso. En realidad piensas que somos incompetentes y desordenados, y que te volverías loca si tuvieras que vivir rodeada de todo ese caos; y no entiendes cómo hemos logrado sobrevivir sin odiarnos. —Lo dijo sin ningún resentimiento.

Marian la miró con aire de protesta, porque le parecía injusto que forzara de aquella manera la conversación. Pero en ese momento una enfermera se asomó por la puerta y anunció que la hora de visita había terminado.

—Si quieres ver a la niña —dijo Clara cuando Marian ya se iba—, seguramente encontrarás a alguien que te dirá dónde la han aparcado. Los ponen detrás de unos cristales. Todos se parecen, pero si lo pides te señalarán cuál es la mía. De todos modos, yo que tú no me molestaría, los recién nacidos no son muy interesantes. Parecen ciruelas pasas rojas.

—Entonces mejor me espero —dijo Marian.

Al salir de la habitación pensó en los gestos de Clara, especialmente en su manera de arquear las cejas una o dos veces, y le pareció que denotaban preocupación, aunque no sabía por qué ni podía dejar de preguntárselo. Tenía la sensación de haber escapado, como si hubiera salido de una zanja o una cueva. Se alegraba de no ser Clara.

Ahora se enfrentaba al resto del día. Comería rápido en el primer restaurante que encontrara, y cuando terminara, el tránsito ya no sería tan denso y podría pasar por casa para buscar algo de ropa. ¿Qué podía llevar? Un par de blusas, tal vez. No estaba segura de si estaría bien llevar una falda plisada. Así le daría más trabajo, y además tenía una por planchar, pero decidió que no era lo más adecuado, y además resultaría muy complicado.

Intuyó que las siguientes horas serían tan complicadas como el momento de la tarde en el que Peter la había llamado para quedar para la cena y habían discutido con detalle (con demasiado detalle se temía), dónde se verían; y luego ella le había llamado a él para decirle: «Lo siento muchísimo, cariño, pero me ha salido un imprevisto que no puedo aplazar. ¿Podríamos posponer la cena? ¿Mañana, tal vez?». A Peter no le había hecho ni pizca de gracia, pero no se atrevió a quejarse demasiado porque el día anterior él había hecho exactamente lo mismo.

Por supuesto, en el caso de Marian el imprevisto no era de trabajo. Concretamente se trataba de una llamada telefónica.

—Soy Duncan —había dicho la voz al otro lado de la línea.

—¿Quién?

—El chico de la lavandería.

—Ah, sí. —Ahora le reconocía la voz, aunque sonaba más nerviosa que de costumbre.

—Siento haberte asustado durante la película, pero sé que te morías de curiosidad por saber qué estaba comiendo.

—Pues sí, la verdad —admitió, mirando el reloj y luego la puerta abierta del despacho de la señora Bogue. Aquella tarde ya se había pasado demasiado tiempo al teléfono.

—Eran pipas de calabaza. Estoy intentando dejar de fumar, ya sabes, y las pipas me van muy bien. Obtengo una gran satisfacción oral cuando parto la cáscara. Las compro en la pajarería, en realidad son para los pájaros.

—Ya —murmuró ella para llenar la pausa que siguió.

—La película era un tostón.

Marian se preguntó si la chica de la centralita estaría escuchando la conversación, como le habían pillado haciendo en otras ocasiones, y en ese caso qué estaría pensando; a aquellas alturas ya se habría dado cuenta de que no se trataba de una llamada de negocios.

—Señor Duncan —le dijo en el tono más profesional de que fue capaz—, estoy trabajando y no se nos permite dedicar tanto tiempo a las llamadas personales, de amigos y eso.

—Ah. —Pareció desanimarse, pero no hizo ningún intento de aclarar el motivo de su llamada.

Lo imaginó al otro extremo de la línea, taciturno, con la mirada perdida, esperando oír el sonido de su voz. No tenía ni idea de por qué la había llamado. A lo

mejor la necesitaba, necesitaba hablar con ella.

—Pero sí me gustaría hablar con usted —añadió, para animarlo—. ¿Tal vez en otro momento más propicio?

—Bueno, en realidad podría decirse que te necesito. Ahora mismo. Vaya, que necesitaría… lo que necesito es planchar algo. Tengo que planchar y la ropa de casa ya la he planchado toda, hasta los trapos de cocina, y se me ha ocurrido que a lo mejor podría acercarme a tu casa y plancharte algo.

Ahora no cabía la menor duda de que la señora Bogue la estaba mirando.

—Sí, claro —respondió cortésmente.

De pronto se le ocurrió que si aquel chico se encontraba con Peter o con Ainsley el resultado sería desastroso. Además, ¿quién sabía qué escándalo se habría organizado después de que ella saliera discretamente de casa esa mañana, dejando a Len aún acurrucado en brazos del vicio tras aquella puerta decorada con su propia corbata? No había sabido nada de Ainsley en todo el día, lo que tanto podía ser buena como mala señal. Aunque Len hubiera conseguido escapar sano y salvo, era muy posible que la ira de la señora de abajo, privada de su objeto, recayera sobre la cabeza del inofensivo planchador, tomado como representante de todo el género masculino.

—Mejor le llevo yo algo a su casa —adujo.

—Sí, en realidad yo también lo prefiero así. Así podré usar mi plancha; ya le tengo cogido el tranquillo. Me incomoda usar las planchas ajenas. Pero por favor, date prisa. Lo necesito desesperadamente.

—Sí, en cuanto pueda, cuando salga del trabajo —dijo, tanto para tranquilizarlo a él como para dar la sensación de que estaba concertando una cita con el dentista, por el bien de su trabajo—. A eso de las siete. —No bien hubo colgado, cayó en la cuenta de que aquello implicaba posponer de nuevo la cena con Peter. Claro que a su novio podía verlo en cualquier otra ocasión; lo otro era una emergencia.

Después de aclarar la situación con Peter, se sintió como si se hubiera debatido contra todas las líneas telefónicas de la ciudad. Eran prensiles, como serpientes, se enroscaban una y otra vez y se enredaban al cuerpo.

Una enfermera que empujaba un carrito de ruedas de goma cargado con bandejas de comida se acercaba a ella. Aunque su mente estaba pendiente de otras cuestiones, los ojos de Marian registraron aquella figura blanca y la consideraron fuera de lugar. Se detuvo y miró a su alrededor. No sabía hacia dónde iba, pero era evidente que no era hacia la salida principal. Se había enfrascado tanto en sus pensamientos y en sus planes que seguramente se había bajado del ascensor en un piso equivocado. Estaba en un pasillo idéntico al que acababa de dejar, aunque en este las puertas estaban cerradas. Buscó un número: el 273. Claro, eso era. Había bajado en la segunda planta.

Retrocedió sobre sus pasos e intentó recordar dónde estaba el ascensor… estaba casi segura de haber doblado varias esquinas. La enfermera había desaparecido. Ahora, avanzando hacia donde estaba ella desde el otro extremo del pasillo, distinguió una figura, un hombre que llevaba una bata verde, con una mascarilla

blanca bajo la barbilla. Por primera vez fue consciente del olor a hospital, antiséptico, grave.

Debía de ser un médico. Descubrió que tenía algo negro y delgado alrededor del cuello, un estetoscopio. Al acercarse, Marian se fijó en él. A pesar de la máscara, había algo en él que le resultaba familiar y le molestaba no saber qué era. Pero pasó de largo con el rostro inexpresivo y sin desviar la mirada, y abrió una de las puertas de la derecha y entró. Cuando quedó de espaldas, Marian vio que le clareaba la coronilla.

—Yo no conozco a nadie que se esté quedando calvo —se dijo, aliviada.

16

Recordaba perfectamente el camino a su casa, aunque no le venía a la memoria el nombre de la calle ni el número. Hacía tiempo que no pasaba por aquel barrio, desde el día de las encuestas de cerveza. Doblaba las esquinas y enfilaba las calles casi de manera automática, como si estuviera siguiendo el rastro de alguien gracias a un instinto relacionado no con el sentido de la vista o el olfato, sino con otro más vinculado al de la orientación. En realidad la ruta no era difícil; al otro lado del campo de béisbol, pasada la cuesta asfaltada y un par de travesías más allá; con todo, ahora le estaba resultando más largo, porque ya era de noche y solo había la tenue iluminación de la luz de las farolas, y no el brillo cegador del sol como en la otra ocasión. Apretó el paso. Ya tenía las piernas frías. La hierba del campo de béisbol estaba gris de escarcha.

Las pocas veces que había pensado en aquel apartamento, en los momentos ociosos en los que, en el despacho, solo tenía delante una hoja de papel en blanco, o cuando en casa se agachaba a recoger algo del suelo, nunca lo había situado en un lugar concreto de la ciudad. En su mente tenía la imagen del interior, del aspecto de las habitaciones, pero no del edificio mismo. Ahora le desconcertaba ver que este surgía en una calle, cuadrado, corriente y anónimo, más o menos en el mismo sitio exacto en el que estaba la otra vez.

Pulsó el timbre del apartamento 6 y empujó la puerta de cristal tan pronto como el mecanismo empezó a hacer aquel ruido de sierra eléctrica. Duncan abrió un poco la puerta. La miró con desconfianza. En la penumbra, los ojos le brillaban a través del pelo. Tenía una colilla en la boca, con la brasa peligrosamente cerca de los labios.

—¿Lo has traído? —preguntó.

Sin responder, le alargó las piezas de ropa que llevaba bajo el brazo, y él se apartó un poco para dejarla pasar.

—No es mucho —observó él, separándolas. Solo había un par de blusas de algodón, una funda de almohada y algunas toallas bordadas con flores, donación de una de sus tías abuelas, arrugadas por el tiempo que llevaban en el fondo del armario de la ropa blanca.

—Lo siento —se disculpó—. No tenía nada más.

—Bueno, menos da una piedra —concluyó él de mala gana. Dio media vuelta y se dirigió a su dormitorio.

Marian no estaba segura de si debía seguirlo o si por el contrario él esperaba que se marchara una vez efectuada la entrega.

—¿Puedo mirar? —le preguntó, con la esperanza de que no lo considerara una invasión de su intimidad. No le apetecía volverse directamente a casa. No tenía nada que hacer, y además ya había sacrificado su noche con Peter.

—Sí, claro, como quieras. Aunque no hay mucho que ver.

Marian cruzó el recibidor. El salón no había sufrido ninguna modificación desde su anterior visita, excepto que, quizás, había más papeles tirados por todas partes. Las tres butacas seguían en el mismo lugar; se fijó en un tablón de madera apoyado en el brazo de la roja. Solo estaba encendida la lámpara que había al lado de la butaca azul. Marian dedujo que los otros dos inquilinos no se encontraban en casa.

La habitación de Duncan apenas había sufrido cambio alguno; la tabla de planchar estaba más centrada y las piezas de ajedrez ocupaban sus posiciones enfrentadas en el tablero que, ahora, reposaba sobre una pila de libros. Sobre la cama se alineaban varias camisas recién planchadas colgadas de sus respectivas perchas. Antes de enchufar la plancha, Duncan las guardó en el armario. Marian se quitó el abrigo y se sentó en la cama.

Duncan apagó el cigarrillo en uno de los repletos ceniceros que sembraban el suelo, esperó a que se calentara la plancha, probándola de vez en cuando sobre la tabla, y entonces empezó a pasarla sobre una de las blusas con parsimoniosa concentración, prestando especial atención a las puntas del cuello. Marian lo observaba en silencio; era evidente que no quería que lo interrumpiera. Le parecía curioso ver planchar a alguien.

Ainsley se había extrañado cuando la vio salir de la habitación con el abrigo puesto y el montón de ropa debajo del brazo.

—¿Adónde vas con eso? —le preguntó. Era demasiado poco para ser la colada de la lavandería.

—Pues… salgo un rato.

—¿Qué le digo a Peter si llama?

—No llamará. Pero si lo hiciera, dile que he salido y ya está.

Y se había limitado a bajar la escalera. No le apetecía en absoluto contarle lo de Duncan, ni siquiera revelar su existencia. Le parecía que era una manera de alterar el equilibrio de fuerzas. Pero en aquellos momentos Ainsley no mostraba más que una tibia curiosidad; estaba demasiado emocionada ante el probable éxito de su propia campaña, además de por lo que ella calificaba como «golpe de suerte».

Cuando había llegado al apartamento se había encontrado a Ainsley en el salón hojeando un libro de bolsillo sobre puericultura.

—Bueno, ¿y cómo has conseguido sacar de aquí a ese pobre hombre esta mañana?

Ainsley se había reído.

—Un gran golpe de suerte —le dijo—. Sabía que la momia de abajo estaría esperándonos al final de la escalera. La verdad es que no sabía qué hacer. Había empezado a inventarme algo, que era un técnico de la compañía telefónica…

—Ayer por la noche intentó acorralarme —interrumpió Marian—. Sabía perfectamente que aquí había un hombre.

—Pues resulta que por algún motivo ha salido. La he visto desde la ventana del salón. Ha sido por casualidad, no te creas. Yo no tenía ni idea de que esa señora salía a la calle, ni siquiera por la mañana. Hoy no he ido a trabajar, claro, y me estaba fumando un cigarrillo cuando la he visto salir. Enseguida he despertado a Len, le he pedido que se levantara, le he dado la ropa y lo he echado de casa aún medio dormido. Tenía una resaca terrible, porque se bebió casi toda la botella él solito. La verdad, creo que aún no está muy seguro de lo que pasó. —Su boquita rosada esbozó una sonrisa.

—Ainsley, qué inmoral eres.

—¿Por qué? Yo diría que se lo pasó muy bien. Aunque esta mañana se ha deshecho en disculpas y estaba muy angustiado mientras desayunábamos, y luego se ha puesto en plan paternalista, como si intentara consolarme o algo así. Ha sido un poco violento, la verdad. Y luego, a medida que se iba despertando y se iba orientando, se notaba que tenía unas ganas locas de largarse de aquí. ¡Bueno! —exclamó, abrazándose a sí misma—, ahora habrá que esperar a ver qué pasa. Ojalá haya merecido la pena.

—Sí, claro —dijo Marian—. ¿Te importaría hacerme la cama?

Al pensarlo mejor, le parecía sospechoso que la señora de abajo hubiera salido. Aquello no era nada propio de ella. Más normal habría sido que se hubiera escondido detrás del piano o de las cortinas de terciopelo mientras la furtiva pareja bajaba con sigilo la escalera, y que se hubiera abalanzado sobre ellos justo cuando alcanzaban el umbral de la seguridad.

Duncan ya empezaba a repasar la segunda blusa. Parecía no reparar en nada excepto ese tejido blanco extendido sobre la tabla frente a él, sobre el que se inclinaba como si se tratara de algún manuscrito antiguo y muy frágil cuya traducción correcta no acababa de encontrar. Antes, a ella le había parecido que era bajo, tal vez por causa de sus rasgos infantiles, o tal vez porque casi siempre lo había visto sentado. En ese momento pensó que en realidad sería bastante alto si no fuera siempre encorvado de esa forma.

Ahí sentada, contemplándolo, se descubrió deseando decirle algo, interferir, traspasar la tela blanca de su ensimismamiento: no le gustaba sentirse tan totalmente excluida. Para evitar esa sensación, cogió el bolso y se fue al baño con la intención de peinarse, no porque le hiciera falta, sino por lo que Ainsley denominaba «actividad de sustitución»; como las ardillas que se rascan cuando tienen delante unas migas de pan que no alcanzan o ubicadas en lugares peligrosos. Quería hablar con él, pero pensó que en ese momento podría suponer la eliminación de cualquier efecto terapéutico que le proporcionara la plancha.

El baño era bastante corriente: en los toalleros había toallas húmedas, y los estantes de porcelana y las diversas superficies estaban cubiertos de utensilios de afeitar y cosméticos masculinos. Sin embargo, el espejo del lavabo estaba roto. Solo

quedaban unos trozos sueltos de cristal sujetos al marco. Intentó mirarse en uno de ellos pero era demasiado pequeño.

Cuando volvió a la habitación, Duncan estaba planchando la funda de la almohada. Parecía más relajado; pasaba la plancha con movimientos más lentos y amplios, y no con las sacudidas bruscas y sincopadas que había empleado con las blusas. Al entrar, levantó la vista para mirarla.

—Supongo que te estarás preguntando qué le ha pasado al espejo —dijo.

—Bueno…

—Lo rompí yo. La semana pasada. Con la sartén.

—Oh.

—Ya me había cansado de tener miedo de entrar una mañana y no verme reflejado. Así que fui a buscar la sartén y le di un golpe. Los dos se enfadaron mucho —añadió, pensativo—, sobre todo Trevor, que en ese momento se estaba preparado una tortilla y se la eché a perder, supongo. Se le llenó toda de cristales. Aunque en realidad no entiendo por qué tenía que molestarse; se trató de un gesto simbólico narcisista perfectamente comprensible. Además, no era un espejo de muy buena calidad. La cuestión es que desde entonces están nerviosos. Sobre todo Trevor; subconscientemente cree que es mi madre. Para él es bastante duro. A mí no me molesta tanto, ya estoy acostumbrado. Desde que tengo uso de razón voy huyendo de todo tipo de madres sustitutas, tengo siempre un rebaño entero persiguiéndome para rescatarme, Dios sabe de qué, y darme calor, bienestar y alimento y conseguir que deje de fumar; eso es lo que suele pasar cuando eres huérfano. Y me citan cosas. Trevor cita a T. S. Eliot y Fish cita el Oxford English Dictionary.

—¿Y cómo te afeitas? —preguntó Marian, que no era capaz de imaginar la vida sin un espejo en el baño. Al decirlo, contempló la posibilidad de que no se afeitara. Nunca se había fijado en si tenía barba.

—¿Qué?

—Sin espejo.

—Ah. —Sonrió—. Yo tengo mi propio espejo. Un espejo en el que confío. Sé lo que hay dentro. Son solo los compartidos los que no me gustan. —Parecía estar perdiendo interés en el tema, y se quedó un minuto planchando en silencio—. Estas son espantosas —estaba planchando las toallas—. No soporto las cosas con flores bordadas.

—Ya lo sé. Yo no las uso nunca.

Dobló la toalla, alzó la vista y la miró con tristeza.

—Supongo que te lo has creído todo.

—¿Todo… qué? —preguntó ella con cautela.

—Lo de por qué he roto el espejo y eso. La verdad es que lo rompí porque me apetecía romper algo. Ese es el problema que tengo con la gente, que siempre me cree. Y claro, me anima a seguir. Nunca resisto la tentación. En cuanto a lo de Trevor, ¿cómo voy a saber yo si es verdad? A lo mejor resulta que yo quiero creer que él

quiere creer que es mi madre. Además, no soy huérfano. Tengo padres, están en alguna parte. ¿Eso te lo crees?

—¿He de creérmelo? —No era capaz de saber si lo decía en serio o no; su expresión no revelaba nada. A lo mejor aquel era otro laberinto de palabras y si ella se equivocaba, si giraba donde no era, se encontraría de pronto cara a cara con algo que no podría superar.

—Como tú quieras. Pero la verdad verdadera es, claro —agitó con énfasis la plancha en el aire, contemplando el movimiento de su mano mientras lo hacía—, que me cambiaron por un bebé de verdad cuando era pequeño y mis padres nunca descubrieron el engaño, aunque debo admitir que algo sí notaron. —Cerró los ojos y sonrió débilmente—. Siempre me decían que tenía las orejas demasiado grandes. En realidad no soy un ser humano, vengo del mundo subterráneo… —Abrió los ojos y empezó a planchar de nuevo, aunque sin prestar tanta atención. Acercó demasiado la mano al metal caliente y dio un grito de dolor—. ¡Mierda! —dijo. Soltó la plancha y se llevó un dedo a la boca.

El primer impulso de Marian fue acercarse a ver si se había quemado mucho, sugerirle algunos remedios, mantequilla o bicarbonato; pero decidió no hacerlo y se quedó quieta, sentada y sin decir nada.

Ahora él la miraba, expectante pero con un atisbo de hostilidad en los ojos.

—¿No vas a consolarme? —le preguntó.

—No creo que sea necesario —dijo ella.

—Tienes razón. Pero aun así me gusta que me consuelen —insistió él con voz triste—. Y me duele. —Volvió a coger la plancha.

Dobló la última toalla y desenchufó la plancha.

—Ha sido una sesión bastante vigorosa. Gracias por la ropa, aunque la verdad es que había muy poca. Tendré que pensar en otra cosa para aliviar la tensión acumulada que aún me queda. No es que sea un planchador crónico, vaya, que no estoy enganchado; no es uno de esos vicios que tienes que dejar, pero a veces me dan ataques. —Se acercó a ella despacio, se sentó a su lado, en la cama, y encendió un cigarrillo—. Este empezó anteayer, cuando se me cayó un trabajo de final de curso en un charco que había en la cocina y tuve que secarlo y plancharlo. Ya lo tenía todo pasado a máquina y no soportaba la idea de tener que mecanografiarlo otra vez. Si volvía a teclear toda aquella verborrea me entrarían ganas de cambiarlo todo. Al final no fue necesario, no se me borró nada, pero se notaba que estaba planchado. Se me quemó un poco una página. No creo que vayan a rechazarlo por eso. Sería un poco tonto que me dijeran: «No podemos aceptar trabajos de curso planchados». Así que lo entregué tal cual y luego tenía que calmarme de alguna manera, así que me puse a planchar toda la ropa limpia que encontré por casa. Luego tuve que ir a la lavandería a lavar ropa sucia, por eso fui a ver aquella película tan mala mientras esperaba a que se lavara la ropa. Me aburría ahí sentado mirado cómo daba vueltas. Y cuando me aburro hasta en la lavandería es una mala señal, porque entonces ¿qué voy a hacer

cuando todo lo demás me aburre? Luego planché toda la ropa que había lavado, hasta que se me ha terminado.

—Y entonces fue cuando me llamaste a mí —intervino Marian. Le irritaba un poco que no dejara de hablar de sí mismo, sin dar demasiadas muestras de que se percatara siquiera de su presencia.

—Ah. A ti. Sí. Entonces te llamé. Bueno, a tu empresa. Recordaba el nombre. Supongo que me han atendido en centralita; le he explicado a la telefonista cómo eras y le he dicho que no tenías el aspecto de la típica encuestadora; enseguida ha supuesto quién eras. Aunque no me ha dicho cómo te llamabas.

En ningún momento había caído en la cuenta de que no le había dicho cómo se llamaba. Había dado por sentado que él lo había sabido siempre.

Tras la aparición de aquel nuevo tema de conversación, él pareció llegar a un punto muerto. Bajó la mirada y terminó el cigarrillo.

A ella, aquel silencio le resultaba desconcertante.

—¿Por qué te gusta tanto planchar? —preguntó Marian—. Sí, ya, liberas tensiones y todo eso. Pero ¿por qué la plancha? ¿Por qué no jugar a bolos, por ejemplo?

Duncan encogió las piernas y se sujetó las rodillas con los brazos.

—La plancha es una actividad agradable y fácil —respondió—. Me lío mucho con las palabras cuando redacto esos interminables trabajos; por cierto que ya he empezado otro, «Modelos sadomasoquistas en Trollope», y planchar, bueno, alisas las cosas y las aplanas. No es que sea una persona limpia y ordenada, supongo que salta a la vista, pero hay algo en las superficies lisas… —Había cambiado de postura y ahora la estaba mirando—. ¿Por qué no me dejas que te repase esta blusa aprovechando que la plancha aún está caliente —sugirió—. Se la paso un poco por las mangas y el cuello? Parece que se te han escapado un poco algunas partes.

—¿Te refieres a la que llevo puesta?

—Sí —dijo. Estiró las piernas y se puso en pie—. Toma, ponte mi bata mientras tanto. No te preocupes, que no te miro.

Sacó algo gris del armario, se lo pasó y se volvió de espaldas.

Marian se levantó y cogió aquel amasijo gris, indecisa. Si le hacía caso, sabía que iba a sentirse incómoda y tonta. Pero decirle que no a esas alturas, cuando estaba claro que se trataba de una propuesta inofensiva, le habría hecho sentirse más tonta aún. Así que al cabo de un momento se encontró desabrochándose la blusa y poniéndose la bata. Le iba muy grande. Las mangas le colgaban por debajo de las manos y el bajo le arrastraba por el suelo.

—Toma —le dijo.

Lo miró con cierta angustia mientras él empuñaba la plancha. En aquella ocasión, la actividad parecía más importante; era como una mano peligrosa que se moviera adelante y atrás lentamente, solo un par de centímetros en cada dirección. Apenas

unos segundos antes su piel había estado en contacto con la tela. «De todos modos, si me la quema o pasa algo —pensó— siempre puedo ponerme una de las otras».

—Ya está —anunció él—. Perfecta.

Volvió a desenchufar la plancha y colgó la blusa en el extremo más estrecho de la tabla. Parecía haberse olvidado que era la que Marian había llevado puesta. Entonces, inesperadamente, se acercó a la cama, se puso a su lado y se tendió boca arriba con los ojos cerrados y los brazos en la nuca.

—Dios mío —exclamó—, con tantas distracciones, ¿cómo se puede seguir adelante? Es como con los trabajos de curso: produces todo ese material y nunca se hace nada con él, te ponen una nota y lo tiran a la basura, y sabes que otro pobre contador de comas tendrá que hacer el mismo trabajo el año que viene, y el otro, y el otro, es como una rueda de molino, como la plancha, planchas las cosas y luego te las pones y se arrugan otra vez.

—Pero bueno, entonces las puedes volver a planchar, ¿no? —observó Marian para tranquilizarlo—. Si no se arrugaran, no tendrías nada que hacer.

—A lo mejor entonces haría algo que mereciera la pena, para variar —replicó. Seguía con los ojos cerrados—. Producción-consumo. Acabas planteándote si la cosa no se reduce a convertir un tipo de basura en otro tipo de basura. La mente humana ha sido el último artículo con el que se ha empezado a comerciar, pero están recuperando el tiempo perdido. ¿Existe alguna diferencia entre las estanterías de una biblioteca y un cementerio de coches? Aunque en realidad lo que me preocupa es que nada sea definitivo, nunca. Nadie acaba nada. Se me ha ocurrido hacer árboles con hojas perennes, es un despilfarro que tengan que producir hojas nuevas cada año; y si lo piensas bien, no existe motivo alguno para que tengan que ser verdes. Yo las haría blancas. El tronco negro y las hojas blancas. Espero la nieve con impaciencia. En esta ciudad, en verano, hay demasiada vegetación. Luego se va secando, se cae y tapona las alcantarillas. Lo que me gusta de mi ciudad natal, que es una ciudad minera y no hay mucho de nada, es que al menos no tiene vegetación. A mucha gente no le gustaría. Es por culpa de las plantas de fundición, esas chimeneas tan altas que se elevan hacia el cielo y sueltan un humo que de noche se ve rojo. Los residuos químicos han acabado con todos los árboles en muchas millas a la redonda, todo está desolado, solo hay piedra desnuda, ni siquiera la hierba puede crecer, y también están los depósitos de escombros; el agua que se acumula entre las piedras es de un marrón amarillento a causa de los productos químicos. Ahí no crecería nada ni aunque se cultivara. Yo me iba hasta las afueras del pueblo para apoyarme en las rocas, más o menos en esta época, y esperaba la nieve…

Marian estaba sentada al borde de la cama, ligeramente inclinada hacia aquel rostro que no paraba de hablar, escuchando solo a medias la monótona voz. Estudiaba los contornos de su cráneo bajo la piel apergaminada, preguntándose cómo se podía ser tan delgado y seguir vivo. Ahora no le apetecía tocarlo, incluso le repelían un

poco las órbitas tan hundidas, la angulosa articulación de la mandíbula inferior que se movía arriba y abajo junto a la oreja.

De pronto, abrió los ojos. Se quedó mirándola un minuto, como si no supiera quién era ni cómo había llegado hasta su habitación.

—Eh —le dijo finalmente con un tono de voz distinto—, con eso te pareces un poco a mí. —Alargó una mano y le tocó el hombro de la bata, empujándola levemente. Ella se dejó arrastrar.

La transición de aquella voz hipnótica, y luego la conciencia de que era de carne y hueso, de que tenía cuerpo como casi todo el mundo, al principio le resultó desconcertante. Notó que el cuerpo se le tensaba, se resistía, quería apartarse; pero ahora él la estaba abrazando. Era más fuerte de lo que había imaginado. No estaba segura de qué estaba pasando; en algún rincón de su mente albergaba la sospecha, en absoluto tranquilizadora, de que en realidad estaba acariciando su bata, y que ella estaba metida dentro de la prenda por pura casualidad.

Ella apartó la cara y lo observó. Tenía los ojos cerrados. Le besó la punta de la nariz.

—Verás, debería comentarte una cosa —dijo Marian en voz baja—. Tengo novio. —En ese momento no se acordaba exactamente del aspecto de Peter, pero el recuerdo de su nombre la acusaba.

Élabrió sus ojos oscuros y la contempló con indiferencia.

—Bueno, eso es problema tuyo —le dijo—. Es como si yo te dijera que he sacado un sobresaliente en mi trabajo sobre pornografía prerrafaelita. Puede ser un dato interesante, pero no guarda relación con nada. ¿O sí?

—En este caso, sí —adujo ella. La situación se estaba convirtiendo rápidamente en una cuestión de conciencia—. Es que me voy a casar, ¿sabes? No debería estar aquí.

—Pero estás aquí. En realidad, me alegro de que me lo hayas contado. Me hace sentir mucho más tranquilo. Porque la verdad —prosiguió en tono sincero— es que no quisiera que te tomaras esto muy en serio. Para mí nunca significa casi nada. Todo esto en realidad le está pasando a otro. —Le besó la punta de la nariz—. Eres solo otra sustituta de la lavandería.

Marian se preguntó si debía sentirse dolida, pero descubrió que no. Más bien se sentía aliviada.

—No sé de qué serás tú mi sustituto —le dijo.

—Eso es lo bueno que tengo, que soy muy flexible. Soy el sustituto universal. —Alargó el brazo y apagó la luz.

No mucho después, la puerta principal se abrió y se cerró, tras lo que se oyeron varios pasos.

—Ay, mierda —dijo él desde dentro de su bata—. Han vuelto. —La ayudó a incorporarse, encendió la luz, la cubrió con la bata y se levantó con sigilo. Se alisó el pelo de la frente con las dos manos y luego el jersey. Se quedó un momento quieto en

el centro de la habitación, mirando la puerta con los ojos desorbitados, y entonces cruzó la estancia a toda prisa, cogió el tablero de ajedrez, lo dejó caer en la cama y se sentó delante de ella, volviendo a poner las piezas en su sitio.

—Hola —saludó con voz pausada un instante después a alguien que, supuestamente, había aparecido en la puerta. Marian se sentía demasiado despeinada como para volver la cabeza—. Estábamos jugando una partida de ajedrez.

—Muy bien —dijo una voz poco convencida.

—¿Por qué te has puesto así? —preguntó Marian cuando quien fuera que hubiera estado allí se metió en el baño y cerró la puerta—. No hay nada de qué avergonzarse, es totalmente natural, ¿sabes? Además, en todo caso sería culpa suya por entrar de esa manera. —En realidad se sentía muy culpable.

—Ya te lo he dicho —respondió él, sin apartar la vista de las fichas bien dispuestas sobre el tablero—. Se creen que son mis padres. Y ya sabes que los padres no entienden estas cosas. Pensarían que me estás corrompiendo. Hay que protegerlos de la realidad. —Alargó la mano por encima del tablero para coger la de Marian. Tenía los dedos secos y bastante fríos.

17

Marian bajó la vista y contempló la imagen plateada que se reflejaba en la cuchara: era ella invertida, con un torso enorme que se iba estrechando hasta convertirse en una cabeza de alfiler, cerca del mango. Movió la cuchara y la frente se le hinchó y encogió. Se sentía en paz.

Miró con cariño a Peter, quien le devolvió la sonrisa desde el otro lado del mantel blanco, los platos y la cesta con los panecillos. Los ángulos y las curvas de su rostro destacaban a la luz anaranjada de la vela que ardía a un lado de la mesa; en la penumbra, la barbilla resultaba más dura, sus rasgos no tan finos. La verdad es que cualquiera que lo viera lo encontraría excepcionalmente guapo, pensó. Llevaba uno de sus elegantes conjuntos de invierno —traje oscuro, corbata cara en tonos discretos — y no se le veía tan informal como cuando llevaba alguno de sus trajes de profesional joven, sino más sobrio y respetable. Ainsley había dicho una vez que le parecía «muy bien envuelto», pero ahora a Marian aquella cualidad le parecía atractiva. Sabía cómo integrarse en el grupo sin perder entidad. Había hombres que no podían llevar trajes oscuros; los hombros se les llenaban de caspa y la tela de la espalda les brillaba. Pero eso a Peter nunca le pasaba. La sensación de propietaria orgullosa que experimentó al estar con él en un espacio más o menos público la impulsó a cogerle la mano. Él se la cubrió con la otra a modo de respuesta. Apareció el camarero con el vino; Peter lo probó y asintió con un gesto. El camarero lo sirvió y volvió a perderse en la oscuridad.

Esa era otra de las virtudes de Peter. Era capaz de tomar aquel tipo de decisiones sin ningún esfuerzo. En el último mes se había acostumbrado a dejar que él escogiera en su nombre. Así había puesto fin a la vacilación que la asaltaba cuando tenía delante una carta: nunca sabía qué pedir. Peter en cambio lo decidía todo al momento. Su gusto tendía al filete y al rosbif. No le entusiasmaban los platos que se salían un poco de lo común, como las mollejas, y aborrecía el pescado. Aquella noche iban a tomar *filet mignon*. No era temprano; habían pasado la tarde en casa de Peter y los dos estaban, según confesión mutua, muertos de hambre.

Mientras esperaban a que les sirvieran la cena, retomaron la conversación que habían iniciado antes, mientras se vestían, sobre la educación más adecuada para los niños. Peter se expresaba desde la teoría, refiriéndose a los niños en tanto que categorías, evitando deliberadamente cualquier referencia concreta. Pero ella se daba perfecta cuenta de que en realidad estaban hablando de sus futuros hijos. Por eso todo era tan importante. Peter consideraba que cuando un niño no respetaba la disciplina, había que castigarlo, incluso físicamente. No había que pegarles en momentos de enfado, por supuesto. Lo más importante era mantener una línea coherente. Marian temía que así se deformaran sus emociones.

—Cariño, tú de estas cosas no entiendes —le dijo Peter—. Tú has vivido siempre protegida. —Le apretó la mano—. Pero yo he visto los resultados, los tribunales de justicia están llenos de delincuentes juveniles, y muchos de ellos vienen de buenas familias. Es un problema complejo. —Apretó mucho los labios.

Marian estaba íntimamente convencida de que ella tenía razón y le dolía que le dijera que había tenido una vida fácil.

—¿Y no es mejor tratar de entenderlos que…?

Él sonrió con condescendencia.

—Intenta entender a un gamberro de esos. Los moteros y los drogadictos y los desertores de Estados Unidos. Pero si ni siquiera has visto a ninguno de cerca. Algunos hasta tienen piojos. Tú crees que todo se resuelve con buena voluntad, Marian, pero las cosas no funcionan así. No tienen el menor sentido de la responsabilidad, van por ahí destrozando lo que encuentran solo porque les apetece. Así los educaron, nadie les dio un buen cachete a tiempo cuando se lo merecieron. Creen que el mundo está en deuda con ellos.

—A lo mejor es que alguien les dio un cachete cuando no se lo merecían —objetó Marian—. Los niños son muy sensibles a las injusticias, ¿sabes?

—No, si yo soy el primero en defender la justicia —replicó Peter—. Pero ¿qué justicia hay para la gente a la que destrozan las casas?

—Sí, supongo que tú les enseñarías que no han de arrancar los setos de los demás con el coche.

Peter se rio, divertido. Su crítica a aquel incidente y la risa de él cuando se la hacía se habían convertido en uno de los puntos de referencia de su relación últimamente. Pero la paz de Marian se esfumó tras hacer aquel comentario. Miró fijamente a Peter, intentando verle los ojos, pero él había bajado la mirada para examinar la copa, para admirar tal vez la riqueza líquida del rojo contra el blanco del mantel. Se había reclinado un poco en la silla y ahora la cara le quedaba en sombras.

No entendía por qué en aquel tipo de restaurantes estaba siempre tan oscuro. Seguramente era para que la gente no se viera bien mientras comía. Porque masticar y tragar son acciones que resultan más placenteras para quienes las realizan que para quienes las observan, pensó, y la contemplación detallada del acompañante podría borrar el aura de romanticismo que el restaurante se esforzaba por mantener. O por crear. Examinó el filo de su cuchillo.

El camarero surgió desde alguna parte, ágil y sigiloso como un gato sobre el suelo enmoquetado, y le puso el plato delante: el filete en una tabla de madera, chorreando jugosamente en su envoltorio de beicon. A los dos les gustaba poco hecho: sincronizar los puntos de cocción nunca sería un problema en su caso. Marian tenía tanta hambre que sintió el impulso de devorarlo de un bocado.

Empezó a cortarlo y a masticar, proporcionando alimento a su agradecido estómago. Volvía a pensar en la conversación interrumpida, intentando discernir lo que había querido decir al referirse a la justicia. Creía que había querido decir «jugar

limpio», pero incluso aquella noción se hizo difusa al concentrarse más en ella. ¿Quería decir «ojo por ojo»? ¿Acaso sirve de algo arrancarle el ojo a alguien cuando tú ya has perdido el tuyo? Pero ¿y la compensación? En asuntos como los accidentes de coche, parecía tratarse fundamentalmente de dinero. Incluso es posible compensar económicamente a alguien que ha sufrido maltrato emocional. Una vez, en un tranvía, había visto a una madre que mordió a su hijo pequeño porque este la había mordido a ella. Masticó a conciencia un trozo más duro y se lo tragó.

Llegó a la conclusión de que Peter estaba raro esa noche. Había trabajado en un caso difícil que le había obligado a documentarse a fondo; había tenido que buscar todos los precedentes, pero solo había descubierto que en todos los casos anteriores había salido beneficiada la acusación. Tal vez por eso se pronunciaba con tanta dureza; estaba frustrado por las complicaciones. Buscaba la simplicidad. Sin embargo, si las leyes no fueran complicadas, él no ganaría dinero.

Alargó la mano para coger la copa y levantó la vista. Peter la estaba mirando. Ya casi se había terminado la carne, y ella aún no iba por la mitad.

—¿Pensativa? —le preguntó con voz dulce.

—En realidad no; solo distraída. —Le sonrió y volvió a concentrarse en el plato.

Últimamente la miraba con mucha frecuencia.

Antes, durante el verano, Marian llegó a pensar muchas veces que en realidad ni siquiera la veía. En la cama, después, él se tendía a su lado y le apoyaba la cara en el hombro, y en ocasiones se quedaba dormido. Pero en los últimos tiempos la observaba fijamente, se concentraba en ella como si hubiera de ser capaz de verle la carne y el cráneo y los pliegues del cerebro si se esforzaba un poco más. No sabía qué era lo que buscaba cuando la miraba de aquella manera. La incomodaba. Con frecuencia, cuando estaban muy juntos en la cama, exhaustos, ella abría los ojos y descubría que él ya la estaba mirando así, esperando tal vez sorprender alguna expresión secreta en su rostro. Entonces le pasaba la mano suavemente por la piel, sin pasión, asépticamente casi, como si a través del tacto pudiera captar aquello que había escapado al escrutinio de sus ojos. O como si pretendiera memorizarla. En esos momentos, cuando ella empezaba a sentir que se encontraba en la camilla de un médico, le cogía la mano para que parara.

Rebuscó en la ensalada, revolviendo los diversos ingredientes del cuenco de madera con el tenedor; le apetecía un trozo de tomate. A lo mejor él había estado leyendo algún tipo de manual para futuros esposos. Claro, a lo mejor era por eso. Sería algo típico de Peter, pensó con ternura. Si adquirías algo nuevo, salías a la calle a comprar una obra que te explicara cómo hacerlo funcionar. Pensó en los libros y las revistas sobre cámaras fotográficas que formaban parte de la colección del estante central que había en su cuarto, entre los libros de derecho y las novelas de detectives. Y siempre llevaba el manual del coche en la guantera. Así que comprarse un libro sobre el matrimonio no desentonaba en absoluto con su tipo de lógica, ahora que se

iba a casar. Uno con ilustraciones que facilitaran la comprensión. Le parecía divertido.

Pinchó y devoró una oliva negra. Sí, tenía que ser aquello. La estaba estudiando tal como haría con una cámara nueva, intentando desentrañar el intrincado mecanismo de ruedecillas y diminutos engranajes, los posibles puntos débiles, el tipo de comportamiento que cabía esperar; los engranajes de la máquina. Quería saber qué era lo que la hacía funcionar. Pues si era aquello lo que buscaba…

Sonrió para sus adentros. Ahora voy a empezar a inventar cosas, pensó.

Él casi había terminado. Le miró las manos que sostenían los cubiertos con destreza, que cortaban con precisión, adaptando exactamente la presión en cada caso. ¡Qué habilidad! No desgarraba la carne, no dejaba bordes irregulares. Sin embargo, la acción de cortar era violenta. Y la violencia, vinculada a Peter, le resultaba algo incongruente. Como los anuncios de cerveza Keto, que ya habían empezado a aparecer por todas partes: en los vagones del metro, en las vallas, en las revistas. Como había trabajado en la campaña previa, se sentía en parte responsable de ellos. Aunque no es que fueran perniciosos. El pescador en medio del arroyo, metiendo la trucha en la red, resultaba demasiado pulcro; parecía que acabaran de peinarlo, que le hubieran pegado cuidadosamente unos mechones a la frente para mostrar que hacía viento. El pez también era irreal; demasiado aséptico, sin escamas, sin olor. Era un juguete inteligente, de metal y esmalte. El cazador que había matado al ciervo estaba de pie, muy erguido, con aspecto urbano, sin restos de ramas en el pelo ni sangre en las manos. En los anuncios no interesaba que hubiera nada desagradable o perturbador; no habría estado bien, por ejemplo, que el ciervo apareciera con la lengua fuera.

Se acordó del periódico de la mañana, de la noticia de primera plana que había leído por encima, sin prestarle demasiada atención. El chico que se había vuelto loco y había matado a nueve personas con un rifle antes de ser arrinconado por la policía. Se había dedicado a disparar desde la ventana de un piso alto. Ahora se acordaba de él, en blanco y negro, retenido por dos policías más oscuros, con la mirada distante, atrincherada. No era de los que atacaría a nadie a puñetazos, ni siquiera con un cuchillo. Cuando optaba por la violencia, era una violencia a distancia, una manipulación de instrumentos especializados, el dedo que guiaba pero jamás tocaba, la posibilidad de contemplar la explosión desde lejos; la explosión de carne y de sangre. Era una violencia mental, casi como la magia: lo pensabas y sucedía.

Al ver a Peter operando así sobre el filete, seccionando un trozo y cortándolo luego en daditos perfectos, pensó en la ilustración de la vaca despiezada que aparecía en la cubierta de uno de sus libros de cocina. Una vaca con líneas punteadas y etiquetas para mostrar de qué partes de la vaca procedían los distintos cortes. La carne que estaban comiendo en ese momento pertenecía a la zona del lomo, pensó. Seccionada por una línea de puntos. Imaginaba filas de carniceros, una escuela de carniceros sentados a sus mesas, vestidos de blanco inmaculado, todos con unas

tijeras infantiles en las manos, recortando filetes, costillas y redondos de las vacas de papel marrón que sostenían. Recordó que la vaca de su libro tenía dibujados ojos, cuernos y ubres. Su aspecto era de lo más natural, ajena por completo a las curiosas marcas que llevaba pintadas en el pellejo. A lo mejor, tras un intenso trabajo de investigación, pensó, al final habían logrado criarlas ya previamente marcadas y medidas.

Bajó la vista para examinar su filete a medio comer y de pronto lo visualizó como un trozo de músculo. Sangre roja. Parte de una vaca de verdad que en algún momento andaba y se movía, y la habían matado, le habían dado un golpe en la cabeza mientras hacía cola, como quien espera el tranvía. Eso lo sabía todo el mundo, claro. Pero casi nunca se pensaba en ello. En el supermercado lo vendían todo ya empaquetado y envuelto en celofán, con etiquetas con los nombres y los precios. Era lo mismo que comprar un bote de mantequilla de cacahuete o una lata de alubias, e incluso cuando ibas a la carnicería lo envolvían tan rápido y tan eficazmente que la operación se convertía en un proceso limpio, profesional. Y ahora, de repente, estaba allí, delante de ella, sin ningún papel interpuesto, era carne y era sangre, cruda, y ella la había estado devorando. Engulléndola.

Dejó los cubiertos sobre el plato. Era consciente de que se había puesto muy pálida, y confiaba en que Peter no lo advirtiera.

«Esto es ridículo —se recriminó—. Todo el mundo come vacas. Es normal. Para mantenerte con vida es necesario comer, la carne es buena, tiene un montón de proteínas y minerales». Volvió a coger el tenedor, pinchó un trozo, lo levantó y lo dejó de nuevo.

Peter la observó sonriendo.

—¡Qué hambre tenía! —dijo—. Me alegro de haber pedido el filete. Después de una buena comida siempre te sientes más humano.

Ella asintió y le sonrió lánguidamente.

—¿Qué te pasa, cielo? No te lo has terminado.

—No. Me parece que se me ha quitado el apetito. Creo que estoy llena. —Con su tono de voz pretendía transmitir que su estómago era demasiado pequeño e indefenso para enfrentarse a semejante cantidad de comida. Peter sonrió y masticó, consciente y orgulloso de su capacidad superior.

«Dios mío —pensó Marian—, espero que sea algo pasajero, porque de lo contrario me voy a morir de hambre».

Y siguió allí sentada, retorciendo la servilleta, atormentada, observando cómo Peter hacía desaparecer el último trozo de filete en el interior de su boca.

18

Marian estaba sentada a la mesa de la cocina, comiendo mantequilla de cacahuete desconsoladamente y pasando las páginas de su libro de cocina más grande. Al día siguiente de lo del filete, no había podido comerse una chuleta de cerdo y, desde entonces, llevaba varias semanas haciendo pruebas. Había descubierto que no eran solo las partes claramente reconocibles de aquella vaca marcada con líneas de puntos las que no podía comer, sino que con los cerdos y los corderos le ocurría lo mismo. Lo que fuera que estuviese tomando esas decisiones —porque su mente no era, desde luego— estaba rechazando cualquier indicio de hueso, tendón o fibra. Los alimentos triturados y procesados, como los perritos calientes o las hamburguesas, los pasteles de carne o las salchichas de cerdo, no le causaban problemas, siempre que no los examinara con demasiado detenimiento; y el pescado aún se lo permitía. El pollo le daba miedo. Antes le había gustado mucho, pero tenía el esqueleto entero, e intuía que la piel le recordaría demasiado a un brazo que sufriera un escalofrío. Como sustituto proteínico llevaba un tiempo comiendo tortillas, cacahuetes y bastante queso. El temor que iba aflorando a medida que pasaba las páginas —estaba en la sección de «Ensaladas»— era que aquello, que la negativa de su boca a comer, fuera un proceso maligno. Que se extendiera. Que el círculo que abarcaba los alimentos no comestibles fuera haciéndose cada vez mayor y que las cosas con las que aún contaba fueran desapareciendo una por una. «Me estoy volviendo vegetariana —pensaba con tristeza—; me estoy convirtiendo en una de esas chifladas. Tendré que empezar a comer en restaurantes naturistas». Leyó de mala gana una sección titulada «Trucos para servir el yogur». «Si quieres causar sensación, ¡espolvoréalo con nueces troceadas!», sugería la autora con entusiasmo.

Sonó el teléfono. Dejó que llamara un par de veces antes de levantarse a descolgarlo. No le apetecía hablar con nadie, y tuvo que realizar un esfuerzo para emerger de ese reino de lechuga, berro y vinagretas de cebollino.

—¿Marian? ¿Eres tú? —Era la voz de Leonard Slank—. ¿Eres tú?

—Sí. Hola, Len, ¿qué tal? —Hacía bastante tiempo que no lo veía ni hablaba con él. Parecía preocupado.

—¿Estás sola? ¿Está Ainsley contigo?

—No, aún no ha vuelto del trabajo. Me ha dicho que iría de compras. —Se acercaba la Navidad. En realidad llevaba meses acercándose. Y las tiendas abrían hasta las nueve—. Pero si quieres le digo que te llame cuando llegue.

—No, no —se apresuró a contestar—. En realidad quería hablar contigo. ¿Puedo pasarme por tu apartamento?

Esa noche Peter pensaba quedarse a trabajar en un caso, así que en teoría no tenía ningún compromiso. Y no se le ocurrió ninguna excusa.

—Sí, claro, Len —le dijo. Así que al final se lo había contado, pensó mientras colgaba. Qué idiota. No entendía para qué había hecho algo así.

Ainsley llevaba varias semanas muy animada. Desde el principio supo que estaba embarazada, y su mente se había concentrado en las actividades de su cuerpo con la solícita dedicación de un científico ante un tubo de ensayo, aguardando el cambio definitivo. Se pasaba más tiempo que de costumbre en la cocina, intentando determinar si tenía antojos y probando todo tipo de alimentos para ver si le sabían diferente, y luego se lo contaba todo a Marian. Le comentó que el té resultaba más amargo, y los huevos, sulfurosos. Se ponía de pie sobre la cama de Marian para verse el perfil de la barriga en el espejo del armario, que era más grande que el que había en su habitación. Cuando se desplazaba por la casa canturreaba sin parar de manera insufrible. Y finalmente un día, para gran satisfacción suya, tuvo náuseas y vomitó un poco en el fregadero. Había llegado la hora de ir a ver a un ginecólogo. Y el día anterior había subido la escalera radiante, blandiendo un sobre. El resultado era positivo.

Marian la había felicitado, pero no con la frialdad de que habría hecho gala meses atrás. Entonces ella habría tenido que enfrentarse a los problemas derivados, como la futura vivienda de Ainsley —la señora de abajo no la toleraría en casa cuando empezara a notársele—, la necesidad de buscar otra compañera de piso y, en caso de hacerlo, la posibilidad de sentirse culpable por abandonar a Ainsley, o por el contrario, en caso de no hacerlo, la duda de si sería capaz de enfrentarse a las complicaciones y tensiones que surgirían de vivir con una madre soltera y su hijo recién nacido. Ahora todo eso no la preocupaba, por lo que podía permitirse el lujo de alegrarse sinceramente por Ainsley. Después de todo, ella iba a casarse y, por tanto, ya había rescindido su contrato de manera implícita.

Precisamente por eso le preocupaba la llamada de Len; no quería verse implicada. Por su tono de voz suponía que Ainsley le había contado algo, pero de la conversación no se deducía claramente qué era lo que sabía. Marian había tomado la decisión de mostrarse lo más pasiva posible. Escucharía, claro —tenía oídos, no podía evitarlo—, lo que tuviera que decirle (aunque, ¿qué podía decir él?; su función, en ese caso, ya había concluido). Aparte de eso, no podía hacer nada. No sabía cómo abordar la situación, además de sentirse irritada por todo ello; si Len quería hablar con alguien, ese alguien debía ser Ainsley, pues solo ella tenía las respuestas.

Marian se tomó otra cucharada de mantequilla de cacahuete y constató con desagrado que se le pegaba al paladar. Para pasar el rato se puso a hojear la sección de mariscos y llegó al capítulo donde se explicaba cómo pelar las gambas (¿quién compra gambas frescas en los tiempos que corren?, pensó), y luego pasó a la sección dedicada a las tortugas, que últimamente habían empezado a interesarla, aunque no tenía muy claro por qué motivo. Se suponía que había que mantener vivas a las tortugas en una caja de cartón o en otro recipiente durante una semana, amándolas y alimentándolas con hamburguesas para purgarlas. Entonces, cuando ya empezaban a

tenerte confianza y a lo mejor hasta te seguían por la cocina como si fueran spaniels con caparazón, lentos pero fieles, las metías en una olla cubiertas de agua fría (donde sin duda al principio nadarían y se sentirían muy felices) y la llevabas lentamente a ebullición. Aquel proceso recordaba a las muertes de los primeros mártires del cristianismo. ¡Cuántas atrocidades se cometían en las cocinas de todo el país en nombre de la alimentación! La única alternativa a tanto horror parecían ser los sucedáneos plastificados y envueltos en celofán o metidos en cajas de cartón. ¿Sustitutos, o meros disfraces? En cualquier caso, aunque la matanza también se había cometido, al menos se había perpetrado antes, limpiamente y de manos de otra persona.

Sonó el timbre de la puerta principal. Marian aguzó el oído. No quería bajar la escalera si no era necesario. Oyó un rumor de voces y una puerta que se cerraba. La señora de abajo estaba alerta. Suspiró, cerró el libro de cocina, dejó la cuchara en el fregadero tras lamerla por última vez y cerró el frasco de mantequilla de cacahuete.

—Hola —saludó a Len, que apareció, pálido y sin aliento, en el rellano. Parecía enfermo—. Pasa y siéntate. ¿Has cenado? —le preguntó, porque solo eran las seis y media—. ¿Quieres comer algo? —Le apetecía prepararle algo, aunque solo fuera un bocadillo de beicon y tomate. Desde que su relación con la comida se había vuelto tan ambigua, había descubierto que sentía un perverso placer viendo comer a los demás.

—No, gracias —dijo él—. No tengo hambre. Pero sí te aceptaría algo de beber.

Entró en el salón y se desplomó en el sofá como si su cuerpo fuera un saco que estuviera cansado de llevar de un lado a otro.

—Solo hay cerveza, ¿te va bien?

Entró en la cocina, destapó dos botellas y las llevó al salón. Cuando estaba con gente de confianza, y Len lo era, no se molestaba en servirla en vasos.

—Gracias —dijo. Levantó el botellín marrón. Apretó los labios contra la embocadura en un gesto que durante un momento resultó extrañamente infantil—. Dios mío, ¿por qué me estará pasando esto? —se lamentó, dejando la cerveza en la mesa—. Supongo que te lo habrá contado.

Marian dio un trago a la suya antes de responder. Era cerveza Keto. La había comprado por curiosidad, pero su sabor no se distinguía del de cualquier otra.

—Que está embarazada —dijo al fin, en tono intrascendente—. Sí, claro.

Len emitió un gruñido. Se quitó las gafas de pasta y se restregó los ojos con las manos.

—Me encuentro fatal —dijo—. Cuando me lo contó no me lo creía. Yo la he llamado para ver si le apetecía tomar un café conmigo, creo que me ha estado evitando desde la noche en cuestión, supongo que lo ocurrido la afectó mucho. Y entonces va y me lo suelta por teléfono. No he podido trabajar en toda la tarde. Y le he colgado en plena conversación, no sé qué habrá pensado ella, pero es que no he podido evitarlo. Pero si es una niña, Marian. Con la mayoría de las mujeres habría

podido pensar, y a mí qué, seguramente se lo merecen, son unas putas; no es que a mí me haya pasado antes una cosa así. Pero ella es tan joven… Y el caso es que no me acuerdo de qué pasó exactamente esa noche. Vinimos aquí para tomar un café, y yo me encontraba mal, y había aquella botella de *whisky* en la mesa y empecé a beber. No te voy a negar que había estado intentando algo con ella, pero la verdad es que no lo esperaba, vaya, que no estaba preparado. Que de haberlo previsto habría tomado más precauciones. Qué desastre. ¿Qué haré ahora?

Marian permaneció en silencio, mirándolo. Así que Ainsley no había tenido ocasión de exponerle sus razones. No sabía si desenredar aquel nudo inverosímil por el bien de Len o si esperar a que Ainsley lo hiciera, tal como le correspondía.

—Es que no puedo casarme con ella —prosiguió Len, hundido—. Casarme ya sería horrible, soy demasiado joven; imagínate además verme como marido y como padre. —Levantó la botella y dio otro trago—. El parto —dijo en voz más alta y alterada—, el parto me aterroriza. Es repugnante. No soporto la idea de tener —se estremeció— un hijo.

—Bueno, no eres tú quien va a tenerlo, ¿sabes? —dijo Marian sensatamente.

Len la miró con el rostro descompuesto, suplicante. El contraste de ese hombre con los ojos desnudos, vulnerables sin el escudo protector de los vidrios y del carey, con el Len perspicaz, elocuente y algo malicioso que siempre había conocido le resultaba doloroso.

—Marian —dijo—, ¿por qué no intentas tú razonar con ella? Si decide abortar, que sepa que se lo pago yo. —Tragó saliva. Ella observó el movimiento de la nuez, sorprendida de que hubiera algo capaz de afectarle tanto.

—Me temo que eso no lo hará —explicó con calma—. Porque en realidad lo que ella quería desde el principio era quedarse embarazada.

—¡Qué estupidez! —dijo Len—. Nadie quiere eso. Nadie haría algo semejante a propósito.

Marian sonrió. La simpleza que Len estaba demostrando por algún motivo se le antojó enternecedora. Se sintió como si tuviera que sentárselo en el regazo y decirle: «Leonard, escúchame bien, ya va siendo hora de que te hable de las Verdades de la Vida».

—Te sorprendería saber hasta qué punto te equivocas. Hay mucha gente que lo hace. Hasta diría que está de moda, ¿sabes? Y Ainsley lee mucho. En la universidad se interesó bastante por la antropología, y está convencida de que la mujer no completa su feminidad a menos que tenga un hijo. Pero no te preocupes, no tendrás que responsabilizarte de nada. Ella no quiere un marido, solo desea un hijo. Así que tú ya has cumplido con tu parte.

Len no acababa de creer lo que oía. Se puso las gafas, la miró y volvió a quitárselas. Bebió un poco más de cerveza.

—Así que ha ido a la universidad. Debería habérmelo imaginado. Eso es lo que nos pasa por educar a las mujeres —añadió con desprecio—: se creen todo tipo de

ideas ridículas.

—Bueno, eso no lo sé —replicó Marian con cierta sequedad—. A algunos hombres tampoco les va muy bien.

Len torció el gesto.

—Te refieres a mí, supongo. ¿Pero cómo iba a saberlo? Tú no me dijiste nada, por cierto. Menuda amiga.

—Yo nunca he pretendido decirte cómo has de vivir tu vida —protestó Marian, indignada—. Pero ahora que ya lo sabes, ¿por qué te molesta tanto? No te pedirá nada. Ella se ocupará de todo, de verdad. Ainsley es muy capaz de cuidar de sí misma.

Leonard parecía estar pasando rápidamente de la desesperación a la ira.

—Será puta —murmuró—. Meterme a mí en semejante…

Se oyeron pasos en la escalera.

—Chisss —advirtió Marian—. Aquí llega. Tú tranquilo, ¿eh?

Salió al pequeño vestíbulo para saludar a Ainsley.

—Hola —le dijo Ainsley al tiempo que subía los últimos peldaños—. No te creerás qué he comprado. —Entró en la cocina, dejando los paquetes en la mesa. Se quitó el abrigo y siguió hablando con la respiración entrecortada—. El centro estaba abarrotado, pero además de la comida (ahora tenemos que comer por dos, ya sabes), ah, y de las vitaminas, me he comprado unos patrones monísimos, ya verás. —Sacó de alguna parte un libro de calceta y un ovillo de lana azul celeste.

—Así que será niño —dijo Marian.

Ainsley abrió mucho los ojos.

—Sí, claro. Bueno, es que me pareció que sería mejor…

—Bueno, a lo mejor deberías haberlo hablado con el presunto padre antes de dar los pasos necesarios. En este momento se encuentra en el salón y parece bastante enfadado porque no lo has tenido en cuenta. Es que, claro —añadió con ironía—, a lo mejor él habría preferido que fuera niña.

Ainsley se retiró un mechón de pelo rojizo de la frente.

—Ah, así que está aquí —dijo con frialdad—. Sí, por teléfono ya me ha parecido que no se lo tomaba muy bien.

Entró en el salón. Marian no estaba segura de cuál de los dos necesitaba más su apoyo, ni a cuál de los dos respaldaría si se veía obligada a escoger. Siguió a Ainsley, consciente de que debía desentenderse del tema antes de que las cosas se complicaran más, pero sin saber cómo.

—Hola, Len —saludó Ainsley en tono alegre—. Me has colgado el teléfono antes de que tuviera tiempo de explicarte nada.

—Marian ya lo ha hecho por ti, gracias.

Ainsley hizo un gesto de reproche. Estaba claro que le habría gustado hacerlo ella.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo —adujo Marian, apretando mucho los labios en un gesto ligeramente presbiteriano—; lo estaba pasando mal.

—Tal vez no tendría que haberte contado nada —prosiguió Ainsley—. Pero es que no podía guardármelo para mí. Imagínatelo. ¡Voy a ser madre! Estoy muy emocionada.

Len no había dejado de dar muestras de enfado e indignación.

—Pues yo no estoy tan contento como tú —soltó—. Me has utilizado desde el principio. Qué estúpido he sido al creer que eras una chica dulce e inocente, cuando resulta que hasta has ido a la universidad. No, si sois todas iguales. Yo no te interesaba para nada. Lo único que querías de mí era mi cuerpo.

—¿Y tú? —preguntó Ainsley con voz meliflua—. ¿Qué querías tú de mí? En fin, no importa, es todo lo que usé de ti. El resto puedes quedártelo. Y quédate también con tu paz de espíritu, no pienso demandarte por paternidad irresponsable.

Len se había levantado y estaba paseando de un lado para otro a una distancia prudencial de Ainsley.

—Paz de espíritu. Ja. De eso nada. Tú ya me has implicado. Me has implicado psicológicamente. A partir de ahora tendré que verme como padre. Qué indecencia. Y todo por tu culpa. —Suspiró. Aquella idea era nueva para él—. ¡Me has seducido! —La señaló con el botellín de cerveza—. Ahora solo podré pensar en el Parto. La Fecundidad, el Embarazo. ¿No te das cuenta? Es obsceno, asqueroso, esa cosa horrible y viscosa.

—No seas idiota —le recriminó Ainsley—. Es un proceso natural y hermoso. La relación que se establece entre una madre y su hijo antes del nacimiento es la más bonita e íntima del mundo. —Estaba apoyada en el marco de la puerta, mirando a la ventana—. La más equilibrada…

—¡Qué asco…! —exclamó Len.

Ainsley se volvió para mirarlo, irritada.

—Estás manifestando los síntomas clásicos de la envidia del útero. ¿Pero de dónde crees que has salido tú? No eres marciano, ¿sabes? No sé qué habrás creído hasta ahora, pero tu madre no te encontró debajo de una col en el jardín. Estuviste nueve meses acurrucado en el vientre de una mujer, como todo el mundo, y…

El rostro de Len se contrajo.

—¡Basta! —gritó—. No me lo recuerdes. No lo soporto, de verdad, me vas a hacer vomitar. ¡No te acerques a mí! —exclamó cuando Ainsley avanzó hacia él—. ¡Estás sucia!

Marian llegó a la conclusión que estaba en pleno ataque de histeria. Len se sentó en el brazo del sofá y se cubrió la cara con las manos.

—Ella me obligó —murmuró—. Estábamos tomando huevos para desayunar y yo le quité la cáscara al mío y me encontré con un pollito dentro, os juro que había un pollito. Aún no había nacido. Yo no quería tocarlo, pero ella no lo vio, no vio lo que había dentro, me dijo no seas tonto, a mí me parece que es un huevo normal y

corriente, pero no lo era, no lo era y ella me obligó a comérmelo. Y yo sé, sé que ahí estaban el piquito y las patitas y todo. —Se estremeció con violencia—. Horrible, horrible, no lo soporto —gimió, y los hombros le temblaron visiblemente.

Marian se ruborizó de vergüenza, pero Ainsley emitió un murmullo maternal de consuelo y se acercó al sofá. Se sentó a su lado y lo abrazó, presionándole un poco para que se apoyara sobre su regazo y descansara la cabeza en su hombro.

—Ya está, ya está —le susurraba con voz suave. Su cabellera caía sobre su rostro y el de Len como un velo, o como una red, pensó Marian. Empezó a mecerse levemente—. Ya está, ya ha pasado. Además, no será un pollito, va a ser un bebé precioso. Un niño precioso.

Marian se refugió en la cocina. Se sentía muy alterada. Estaban comportándose como dos críos. Pensó que Ainsley se estaba convirtiendo en una cursi de mucho cuidado. Es increíble lo que hacen las hormonas. No tardaría en ponerse gorda. Y Len había exhibido un secreto, algo que nunca había visto en él. Se había comportado como una lombriz de tierra a la que de pronto hubieran desenterrado para exponerla a la luz del día. Se había retorcido a ciegas, como un bicho repulsivo. Pero lo que más le sorprendía era lo poco que había sido necesario para reducirlo a semejante estado. Su caparazón no era ni tan grueso ni tan resistente como ella había supuesto. Era como ese truco que se hacía con los huevos. Se cogía un huevo, se ponía entre las manos cerradas y se apretaba al máximo por los extremos, pero el huevo no se rompía. Estaba tan equilibrado que solo ejercías fuerza contra ti mismo. Pero si el ángulo cambiaba lo más mínimo, si se alteraba en algo la presión, el huevo se rompía y ¡chas!, te quedaban los zapatos pringados de albúmina.

Ahora el precario equilibrio de Len se había visto alterado y acababa de romperse. Marian no entendía cómo había logrado evitar el tema durante tanto tiempo, convencerse a sí mismo de que sus tan cacareadas aventuras sexuales no tenían nada que ver con la fabricación de los niños. ¿Qué habría pasado entonces si la situación hubiera sido realmente la que al principio había creído, si hubiera dejado embarazada a Ainsley por accidente? ¿Habría sido capaz de librarse del sentimiento de culpa alegando esa falta de voluntad de hacer daño, habría consentido terminar la relación en ese punto y salir así indemne? Ainsley no había podido prever su reacción. Sin embargo, era su decisión la que había desencadenado la crisis. ¿Qué iba a hacer ahora con él? ¿Qué debía hacer?

Bueno, pensó, eso ya es problema suyo. Que lo resuelvan ellos. Yo no tengo nada que ver en todo esto. Se metió en su habitación y cerró la puerta.

A la mañana siguiente, no obstante, cuando peló el huevo pasado por agua y vio que la yema la miraba con aquel ojo amarillo, único, acusador, advirtió que la boca se le cerraba como una anémona asustada. Está vivo. Tiene vida, dijeron los músculos de su garganta, contrayéndose. Apartó el plato. Su mente consciente ya se había acostumbrado al procedimiento. Suspiró, resignada, y tachó un alimento más de la lista.

19

—Hay gelatina, salmón, mantequilla de cacahuete y miel, y ensalada de huevo —anunció la señora Grot, metiéndole a Marian la bandeja casi debajo de las narices, no porque fuera maleducada, sino porque Marian estaba sentada en el sofá y la señora Grot permanecía de pie, y esa combinación de vértebras, rígida corsetería y musculatura adaptada al trabajo de escritorio, que le proporcionaba una estructura vertical, le impedía inclinarse demasiado.

Marian volvió a apoyarse en los blandos cojines de cretona.

—Gelatina, gracias —dijo, cogiendo una flanera.

Era la fiesta de Navidad del despacho, que se celebraba en el comedor de las mujeres, donde, según la señora Gundridge, estarían «más tranquilas». De momento, la pretendida tranquilidad se había visto alterada por cierta dosis de resentimiento. Aquel año la Navidad caía en miércoles, y ello implicaba que debían reincorporarse al trabajo un viernes, perdiéndose por un solo día la posibilidad de hacer puente. Pero Marian estaba segura de que era precisamente el conocimiento de ese hecho lo que le había iluminado el rostro y hasta le había infundido la alegría necesaria para convocar aquella merienda sin precedentes. Eso lo hace porque quiere regodearse en nuestro sufrimiento, pensó Marian, contemplando la maciza figura que evolucionaba por la sala.

La fiesta del despacho parecía consistir casi exclusivamente en el consumo de alimentos y en la exposición de dolencias y de gangas. Las señoras se habían ocupado de llevar la comida: todas se habían puesto de acuerdo para no coincidir en los productos. Incluso habían insistido para que Marian llevara unos bizcochos de chocolate, que acabó comprando en la panadería y se limitó a cambiar de bolsa. Últimamente no tenía demasiadas ganas de cocinar. La comida se amontonaba en la mesa que habían colocado en un extremo de la habitación… mucha más de la necesaria: ensaladas y bocadillos, bollos y postres, galletas y pasteles. Pero como todas habían traído algo, tenían que probar al menos un poco de todo, para no ofender a la cocinera en cuestión. De vez en cuando se oían exclamaciones del tipo: «Oh, Dorothy, tengo que probar tu Delicia de Naranja y Piña» o «Lena, tu Bizcocho Esponjoso de Frutas tiene un aspecto delicioso», y a continuación la señora se ponía en pie y se acercaba hasta la mesa para volver a llenarse el plato de cartón.

Marian suponía que aquello no había sido siempre así. Algunas de las empleadas más antiguas recordaban —un recuerdo que iba adentrándose rápidamente en el reino brumoso de la leyenda— las épocas en las que la fiesta de Navidad era un acontecimiento que afectaba a toda la empresa. Eran los tiempos en los que el número de trabajadores era mucho menor. En aquel remoto pasado, según le había comentado la señora Bogue con nostalgia, los hombres del piso de arriba bajaban y hasta se

tomaban unas copas con ellas. Pero la empresa había ido creciendo y al final habían llegado al punto en el que ya nadie conocía a nadie y la situación había empezado a descontrolarse. A las chicas del ciclostil, manchadas de tinta, las perseguían los ejecutivos de paso, había revelaciones inoportunas de ardientes pasiones y rencores soterrados, y a las señoras mayores se les había terminado la paciencia y la serenidad. Ahora, en bien de la moral general de la empresa, cada departamento organizaba su propia celebración y, hacía un rato, la señora Gundridge había admitido que era mejor así, solo mujeres, comentario que había levantado unánimes murmullos de aprobación.

Marian se había sentado entre dos de las vírgenes de la oficina; la tercera estaba apoyada en el brazo del sofá. En ocasiones como esa, las tres permanecían juntas en busca de protección recíproca; no tenían hijos cuya excelencia comparar, ni casas con muebles dignos de mención, ni esposos excéntricos con hábitos desagradables que contar. Sus preocupaciones eran otras, aunque de tarde en tarde Emmy aportaba algún comentario sobre sus achaques a la conversación general. Aunque Marian era consciente de que su posición entre ellas era dudosa —sabían que estaba al borde del matrimonio y, por tanto, ya no la consideraban una soltera auténtica, capaz de identificarse con sus problemas—, y a pesar de la ligera frialdad que le demostraban, seguía prefiriendo su compañía a la de cualquier otro grupo. En el comedor había muy poco movimiento. Aparte de las que pasaban con las bandejas, la mayoría de las señoras permanecían sentadas en corrillos y semicírculos que se reorganizaban periódicamente, con el consiguiente intercambio de sillas. Solo la señora Bogue se paseaba de un lado a otro, dedicando una sonrisa aquí, un comentario elogioso sobre una galleta allá. Era su deber.

Sus esfuerzos se redoblaban a causa del cataclismo que se había producido ese mismo día, apenas unas horas antes. El test previo para el gran estudio del zumo de tomate, que debía llegar a toda la ciudad, programado para octubre pero constantemente pospuesto con objeto de afinarlo, debía iniciarse por fin esa misma mañana. Un número récord de encuestadoras, casi la totalidad del equipo disponible, había de desembarcar frente a los porches de las amas de casa desprevenidas con unas bandejas de cartón sujetas con cintas por detrás del cuello, como cigarreras (en privado, Marian le había sugerido a Lucy que las tiñeran a todas de rubio platino y las vistieran con plumas y medias de rejilla), llevando unos vasitos de papel con zumo de tomate enlatado y otros con zumo de tomate en polvo de la marca Instant, junto con unas jarritas de agua. El ama de casa debía tomar un sorbo del zumo auténtico, presenciar cómo la encuestadora preparaba la mezcla del instantáneo ante su mirada atónita, y probar el producto resultante, impresionada, tal vez, por lo rápido y sencillo de la operación: «¡Con Stirand nunca quedas mal!», rezaban los primeros anuncios piloto. Si lo hubieran hecho en octubre tal vez habrían funcionado.

Por desgracia, la nieve, que se había resistido a caer durante los cinco plomizos días anteriores, decidió empezar esa mañana a partir de las diez, y no en tímidos

copos erráticos ni en nevaditas intermitentes, sino en una tormenta abundante y sostenida. La señora Bogue había intentado convencer a los jefes para que pospusieran las encuestas, sin éxito. «Trabajamos con seres humanos, no con máquinas —había advertido por teléfono, en un tono lo bastante alto como para que todas la oyeran a pesar de tener cerrada la puerta de su cubículo—. Con este día, no hay quien salga». No obstante, había unos plazos que cumplir. Y todo se había postergado tanto que ya no era posible aplazarlo más. Además, a esas fechas, un día de retraso en la práctica suponía tres, por las fiestas de Navidad. En tales circunstancias, el rebaño de la señora Bogue había sido conducido, emitiendo débiles balidos de queja, a enfrentarse a la tempestad.

A partir de ese momento la oficina había empezado a parecer el campamento base de una misión humanitaria instalada en una zona catastrófica. Los teléfonos recibían sin cesar llamadas de las indefensas encuestadoras. Sus vehículos, pese a los anticongelantes y a las ruedas especiales para la nieve, se encabritaban y se detenían, hundidos en medio de aquel vendaval; les pillaban las manos con las puertas y les golpeaban las cabezas con los maleteros. Los vasitos de papel eran demasiado livianos para soportar la fuerza de la galerna y salían volando por las calles y los setos, vaciando su contenido, rojo sangre, sobre la nieve, sobre las encuestadoras y, si estas habían conseguido llegar a alguna puerta, sobre las mismísimas amas de casa. A una de las encuestadoras, una ráfaga de viento le arrancó la bandeja y se la llevó por los aires como si se tratara de una cometa; otra había intentado proteger la suya resguardándola dentro del abrigo, pero la fuerza del vendaval se la había volcado y le había manchado toda la ropa. A partir de las once, habían empezado a desfilar por la oficina, despeinadas y manchadas de rojo, para, según el carácter de cada cual, presentar la dimisión, explicar lo que les había ocurrido o para que alguien les devolviera la confianza en tanto que evaluadoras científicas y eficaces de la opinión pública. Para colmo, la señora Bogue había tenido que lidiar con los gritos de ira que provenían del Olimpo enmoquetado del piso de arriba, desde donde se negaba la existencia de cualquier tormenta que no hubieran creado ellos. Los efectos de la refriega aún eran patentes en su rostro mientras iba pasando por entre las mujeres que comían. Cuando fingía sentirse nerviosa y disgustada, en realidad estaba tan tranquila; en cambio ahora, pese a sus intentos de mantener la calma, a Marian le recordaba a una de esas señoras de club social que, en medio de un formalísimo discurso de agradecimiento, nota que un ciempiés empieza a subirle por la pierna.

Marian renunció a escuchar a medias varias conversaciones a la vez y dejó que el sonido de las voces que invadía la sala le bañara los oídos y los inundara de una nebulosa de sílabas inconexas. Se acabó el bocadillo de mermelada y fue a buscar un poco de pastel. La mesa estaba tan llena que se sintió una glotona; tanta abundancia, tantos merengues y dulces glaseados y caramelizados, tantas coagulaciones de grasas y azúcares, tanta proliferación de alimentos ricos y brillantes. Cuando volvió a su sitio con un pedazo de bizcocho, Lucy, que antes estaba hablando con Emmy, se

había dado la vuelta para conversar con Millie, por lo que al sentarse de nuevo Marian se encontró en medio de su conversación.

—No, claro, no sabían qué hacer —decía Lucy—. No vas pidiéndole a la gente que por favor se lave. No resulta muy educado, vaya.

—Y con lo sucio que es Londres —comentó Millie, dándole la razón—. Por las noches, los hombres van con los cuellos de las camisas negros, pero negros, negros. Es por el hollín.

—Pues sí, y la cosa fue a peor, y llegó a un punto en que hasta les daba vergüenza invitar a sus amigos a casa…

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Marian.

—Oh, de una chica que compartía piso con unos amigos míos en Inglaterra y de un día para otro dejó de lavarse. No tenía ningún otro defecto, lo único es que no se duchaba, ni se lavaba el pelo, y no se cambiaba de ropa ni nada, y así estuvo días y días, y no querían decirle nada porque en todos los demás aspectos era perfectamente normal, pero, claro, seguro que en el fondo debía de tener algo raro, seguro que estaba muy enferma.

Al oír la palabra «enferma». Emmy volvió su rostro afilado y fue preciso repetir la historia.

—¿Y qué pasó al final? —preguntó Millie, con los dedos cubiertos de crema de chocolate.

—Pues la cosa fue a peor —respondió Lucy, mordisqueando con delicadeza una porción de bizcocho de frutas—. Hacía siglos que llevaba la misma ropa. Tres o cuatro meses sin cambiarse, ¿os imagináis?

—Oh, no —exclamaron todas más o menos al unísono.

—De verdad, como mínimo dos meses. Y ya estaban a punto de pedirle que se duchara o que se fuera. Cualquiera habría hecho lo mismo, ¿no? Total, que un día llegó a casa, se quitó la ropa y la quemó, se bañó y se aseó a fondo, y desde ese día ha sido totalmente normal. ¡Qué cosas!, ¿no?

—Sí, muy raro —opinó Emmy, decepcionada. Había esperado alguna enfermedad grave, tal vez incluso alguna intervención quirúrgica.

—Bueno, es que allí la gente es mucho más sucia, ya se sabe —pontificó Millie con aires de mujer de mundo.

—Pero si ella era de aquí —exclamó Lucy—. Vaya, que la habían educado como Dios manda, era de buena familia y todo. Y no es que no tuvieran baño, los demás iban siempre impecables.

—A lo mejor fue una de esas etapas por las que todos pasamos alguna vez —apuntó Millie filosóficamente—. A lo mejor era solo una chica inmadura, y al estar fuera de casa y eso…

—A mí me parece que estaba enferma —la interrumpió Lucy. Le estaba sacando las pasas a un bizcocho de Navidad antes de comérselo.

La mente de Marian se quedó con la palabra «inmadura», y le fue dando vueltas como a una piedra rara que hubiera encontrado en una playa. Le evocaba una mazorca verde de maíz y algunas otras cosas de naturaleza vegetal o frutal. Estabas verde y luego madurabas; te hacías madura. Vestidos para la mujer madura; en otras palabras: gorda.

Contempló a las mujeres de la reunión, sus bocas que se abrían y se cerraban para hablar o comer. Allí, sentadas como cualquier otro grupo de mujeres celebrando una merienda, carecían del barniz oficial que las separaba, durante las horas de trabajo, del vasto océano de amas de casa anónimas cuyos hábitos estudiaban. Podrían haber llevado batas de estar por casa y rulos, pero resultaba que todas iban con vestidos para la mujer madura. Todas estaban maduras; a algunas se les estaba pasando el punto muy deprisa, otras empezaban a marchitarse ya. Se las imaginó unidas por unos tallos que les salían de la cabeza a unas vainas invisibles, colgando en diversas etapas de crecimiento y decadencia… Así, la delgada y elegante Lucy, sentada a su lado, se encontraba solo en un estadio incipiente, un brote verde de primavera o un nódulo formándose bajo el delicado cáliz dorado de su pelo…

Examinó con interés y espíritu crítico los cuerpos de las mujeres, como si nunca los hubiera visto antes. Y, en cierto modo, era así, habían estado siempre ahí, como todo lo demás, como los escritorios, los teléfonos, las sillas, ocupando un espacio en la oficina; objetos concebidos meramente como perfil y superficie. Ahora, en cambio, veía en la espalda de la señora Gundridge el rollo de grasa que le sobresalía por encima del corsé, la forma ajamonada del muslo, los pliegues del cuello, las colgantes mejillas porosas; el entramado rojo de venas varicosas intuido en la pantorrilla de una pierna cruzada, el temblor de la papada al masticar, el suéter como una funda de tetera sobre los hombros demasiado redondeados. Y las demás también, con una estructura similar pero con las proporciones y las texturas cambiantes de las permanentes más o menos fuertes, de los contornos de pechos, cinturas y caderas similares a dunas; su expansión contenida desde dentro por los huesos, y desde fuera por un caparazón de ropa y maquillaje. Qué criaturas tan peculiares eran; y aquel flujo constante entre el exterior y el interior, metiendo cosas dentro y sacándolas fuera, masticando, palabras, patatas fritas, eructos, grasa, pelo, bebés, leche, excrementos, galletas, vómito, café, zumo de tomate, sangre, té, sudor, licor, lágrimas y residuos…

Durante un instante sintió sus identidades, casi su sustancia, pasando sobre su cabeza como una ola. En algún momento sería como ellas; no, en realidad ya lo era; era una de ellas, su cuerpo era igual, idéntico, fundido con aquella otra carne que inundaba el aire de aquella habitación llena de flores y de su aroma dulzón y orgánico; se ahogaba en aquel denso mar de los sargazos de feminidad. Respiró profundamente, devolviendo su cuerpo y su mente hasta su yo, igual que una criatura marina contraería sus tentáculos; deseaba algo sólido, claro: un hombre. Quería que Peter estuviera en la habitación para extender la mano y agarrarse a él, así evitaría ser

succionada. Marian se fijó en la pulsera dorada que llevaba Lucy y se concentró en el brazalete como si fuera ella misma la que estuviera trazando aquel duro círculo de oro, una barrera fija entre ella y lo otro, líquido, amorfo.

Advirtió el silencio que reinaba en la sala. El alboroto de gallinero había cesado. Alzó la vista: la señora Bogue estaba de pie al fondo de la habitación, cerca de la mesa, con una mano levantada.

—Ahora que estamos todas juntas en esta reunión informal —empezó con una sonrisa amable—, me gustaría aprovechar la ocasión para comunicarles una buena noticia. Me han llegado rumores de que una de nuestras chicas va a casarse pronto. Estoy segura de que todas le deseamos a Marian MacAlpin lo mejor en su nueva vida.

Tras unos gritos y exclamaciones de júbilo iniciales, la masa en pleno se levantó y se abalanzó sobre ella, cosiéndola a felicitaciones húmedas y a preguntas con chocolate y a besos de bienvenida con azúcar lustre. Marian se puso en pie, y al momento la empujaron contra el pecho generoso de la señora Gundridge. Logró zafarse y se apoyó en la pared; estaba colorada, pero más por la indignación que por la vergüenza. Alguien se había ido de la lengua; alguna de ellas se lo había contado; seguro que había sido Millie.

Dijo «Gracias», y «Septiembre» y «Marzo», las únicas palabras necesarias para responder a las preguntas que le formulaban. «Maravilloso», «Estupendo», gritaba el coro. Las vírgenes de la oficina se mantenían a cierta distancia, sonriendo tristemente. También la señora Bogue permanecía aparte. Tanto por el tono de su discurso como por el hecho mismo de aquel anuncio público, realizado sin previo aviso ni consulta de ninguna clase, a Marian no le cabía la menor duda de que la señora Bogue esperaba que dejara el trabajo, tanto si quería como si no. Por lo que le habían contado y por el caso de una mecanógrafa desterrada poco después de su contratación, sabía que la señora Bogue prefería que sus chicas fueran solteras o mujeres de cierta edad, incapaces ya de someterla al sobresalto de embarazos inesperados. Se rumoreaba que en su opinión las recién casadas eran propensas a la inestabilidad. La señora Grot, de contabilidad, permanecía al margen del corro, con una sonrisa forzada y ácida en los labios. Seguro que le he estropeado la fiesta, pensó Marian; ya no podrá contar conmigo para el plan de pensiones.

Salir del edificio y ponerse a caminar por la calle, con aquel frío, fue como abrir de par en par la ventana de una habitación cerrada y caldeada en exceso. El viento había amainado. Ya había anochecido, pero las luces parpadeantes de los escaparates y la iluminación navideña de las calles, compuesta por guirnaldas y estrellas, hacía brillar la nieve que caía como la espuma de una cascada gigantesca e iluminada artificialmente. En el suelo no había tanta nieve acumulada como había temido, porque se había fundido hasta convertirse en un barro marrón por las pisadas de los transeúntes. La tormenta había empezado cuando Marian ya había salido de casa esa

mañana, y no llevaba botas. Cuando llegó a la estación de metro tenía los zapatos empapados.

A pesar de tener los pies mojados, se bajó una parada antes. Después de la merienda, no soportaba la idea de meterse en casa. Ainsley llegaría y se pondría a hacer calceta como una posesa. Y para colmo estaba el árbol de Navidad, un modelo de sobremesa de plástico azul celeste. Aún tenía que envolver los regalos, que seguían sobre la cama. Y hacer la maleta. A la mañana siguiente, temprano, debía coger el autobús para hacer una visita de dos días a sus padres, a su pueblo, a su familia. Cuando por casualidad pensaba en ellos, ya no los sentía como algo suyo. La ciudad y la gente le esperaban en un horizonte indeterminado, en alguna parte, inalterables, monolíticas y grises, como las ruinas decrépitas de una civilización extinta. Había comprado todos los regalos el fin de semana anterior, abriéndose paso entre las hordas que gritaban y reclamaban en los mostradores, pero ya no le apetecía regalar nada a nadie. Y mucho menos recibir, tener que agradecer todos aquellos artefactos que no necesitaba y que jamás usaría; y no le servía de consuelo decirse a sí misma, como le habían enseñado toda la vida, que lo importante era la intención de quien regalaba, y no el valor del regalo. Eso solo empeoraba las cosas: todos esos adhesivos con inscripciones de paz y amor. El tipo de amor que le dedicaban era un sentimiento que ahora tampoco necesitaba y que nunca más usaría. Era arcaico, tristemente recargado, mantenido por alguna razón incomprensible, como la foto de un muerto.

Iba caminando en dirección oeste, aunque en realidad con poca conciencia de hacia dónde se dirigía, por una calle flanqueada por establecimientos y maniquíes elegantes que posaban en sus escaparates de cristal. Había llegado a la última tienda y avanzaba por una zona más oscura. Al acercarse a la esquina, reparó en que se había estado acercando al parque. Cruzó la calle y giró al sur, siguiendo el río de coches. El museo quedaba a su izquierda, con su friso de esculturas de piedra que cobraban relieve al recibir esas luces de un naranja intenso que cada vez parecían usarse más en la iluminación nocturna.

El regalo para Peter había sido un problema. No sabía qué comprarle. Había descartado la ropa: él siempre escogía lo que se ponía. ¿Qué quedaba entonces? Si elegía algo para la casa, algún utensilio doméstico, sería algo así como regalárselo a sí misma. Al final se había decidido por un libro técnico y bien editado sobre cámaras fotográficas, con la esperanza de que no se lo hubiera comprado él. No sabía nada del tema, pero se había fiado de la palabra del dependiente. Se alegraba de que tuviera alguna afición: así se reducía el peligro de sufrir un infarto tras la jubilación.

Siguió andando bajo las ramas entrelazadas de los árboles que crecían tras los setos, en los parterres de la universidad. Aquella acera era menos transitada y había más nieve acumulada. En algunos sitios le llegaba a los tobillos. Los pies le dolían de frío. Y cuando ya empezaba a preguntarse por qué seguía caminando, se descubrió cruzando la calle y entrando en el parque.

En la oscuridad de la noche, era una enorme isla blanca, pálida. Los coches lo rodeaban, circulando en el sentido contrario a las agujas del reloj; en el extremo más alejado se alzaban los edificios de la universidad, un lugar que hacía solo medio año le había resultado tan familiar, pero que ahora irradiaba una ligera hostilidad hacia ella a través del aire frío, una hostilidad que, según admitía, provenía de sí misma; de alguna manera inconfesable estaba celosa. Le habría gustado que hubieran desaparecido cuando ella los dejó, pero no, ahí seguían, en pie, tan indiferentes a su ausencia como suponía que habían sido a su presencia.

Se adentró en el parque avanzando sobre la nieve blanda que le llegaba a los tobillos. Aquí y allá distinguió rastros de pisadas que ya empezaban a borrarse, pero en su mayor parte la superficie aparecía lisa, virgen, y los troncos de los árboles desnudos surgían como si la capa de nieve tuviera dos metros de profundidad y estuvieran clavados al igual que velas en un pastel. Velas negras.

Estaba cerca del estanque redondo de cemento que en verano albergaba una fuente pero que ahora estaba vacío, llenándose lentamente de nieve. Se detuvo a escuchar el lejano rumor de la ciudad, que parecía moverse en círculos a su alrededor. Se sentía bastante segura. «Ten cuidado —se recomendó—; a ver si al final te da por no ducharte». En aquella sala se había sentido, por un momento, peligrosamente cerca de un precipicio; ahora, sus propias reacciones le parecían tontas. Una fiesta de oficina era solo eso. Había ciertas cosas por las que había que pasar hasta que llegara el momento, nada más. Detalles, gente, procesos necesarios. Después, todo se arreglaría. Ya casi se sentía capaz de regresar a casa a envolver los regalos; tenía tanta hambre que habría sido capaz de comerse media vaca, con sus líneas de puntos y todo. Pero le apetecía quedarse allí de pie un poco más, con la nieve tamizándose sobre aquel islote, aquel ojo abierto, silencioso y tranquilo…

—Hola —dijo una voz.

Marian apenas se sorprendió. Se dio la vuelta; descubrió una persona sentada en el extremo de un banco, amparada por la espesa penumbra de un árbol de hoja perenne. Avanzó hacia allí.

Era Duncan, medio encorvado, con un cigarrillo entre los dedos. Debía de llevar allí un buen rato. Los copos de nieve le salpicaban el pelo y los hombros del abrigo. Y cuando se quitó el guante para tocarle la mano, la notó fría y húmeda.

Se sentó a su lado en el banco cubierto de nieve. Él tiró el cigarrillo y se volvió hacia ella. Marian le desabrochó el abrigo y se refugió dentro, en un espacio que olía a ropa húmeda y a tabaco. Duncan le pasó los brazos por la espalda.

Llevaba un suéter desgastado. Ella se lo acarició como si fuera de piel. Debajo del tejido notaba su cuerpo enjuto, la forma angulosa de un animal famélico en época de hambruna. Él deslizó la cara mojada por debajo de la bufanda de Marian, por entre el pelo y las solapas del abrigo, y se apretó contra su cuello.

Se quedaron ahí sentados, inmóviles. La ciudad, el tiempo que transcurría más allá del blanco círculo del parque, casi se habían esfumado. Marian notó que su

cuerpo se iba entumeciendo gradualmente; hasta los pies habían dejado de dolerle. Se apretó más contra aquella superficie peluda; en el exterior, la nieve caía. No se sentía capaz de hacer el ademán de levantarse…

—Has tardado mucho —dijo él finalmente, en voz muy baja—. He estado esperándote.

Marian empezó a temblar.

—He de irme —anunció. El rostro de Duncan, apoyado en el cuello de Marian, se contrajo.

20

Marian recorría despacio el pasillo, siguiendo el compás de la música suave que la envolvía.

—Judías —dijo. Vio que en la etiqueta ponía «producto vegetariano», cogió dos latas y las puso en el carrito.

La música se transformó en un vals animado; Marian siguió avanzando por entre los estantes, intentando concentrarse en la lista. La música le molestaba; sabía perfectamente por qué la ponían. Se supone que su función es sumirnos en un trance de euforia y hacernos perder la resistencia a las compras hasta el punto en que todo nos parece apetecible. Cada vez que entraba en el supermercado y oía las melodías procedentes de unos altavoces ocultos, se acordaba de un artículo que había leído sobre unas vacas que daban más leche cuando escuchaban música suave. Pero el hecho de saber qué pretendían no la inmunizaba contra esa técnica. Últimamente, si no andaba con cuidado, se descubría empujando el carrito como una sonámbula, con la mirada perdida, balanceándose ligeramente, tendiendo las manos impulsivamente para coger cualquier artículo que tuviera una etiqueta llamativa. Su primer paso para protegerse había sido confeccionar listas, que escribía con letra de imprenta antes de salir a comprar, resuelta a no adquirir nada —por más barato o subliminalmente empaquetado que estuviera— que no apareciera en su lista. Y cuando la tentación era más fuerte de la cuenta, completaba su ejercicio de autocontrol tachando los productos a medida que los metía en el carrito.

Pese a todo, ellos siempre se salían con la suya. No podía ser de otro modo. Siempre acabamos comprando algo en algún momento. Por su trabajo en la oficina lo sabía muy bien, y era consciente de que la elección entre dos marcas de jabón, por ejemplo, o dos latas de zumo de tomate, no era lo que podía definirse como un acto racional. Entre los dos productos, entre las cosas mismas, no existía diferencia sustancial alguna. Entonces, ¿por qué escogemos uno y no otro? No quedaba más remedio que entregarse a la música tranquilizadora y coger algún artículo al azar. Permitir que esa parte de nosotros que en teoría reacciona ante las etiquetas responda, sea a lo que fuere. A lo mejor es algo relacionado con la glándula pituitaria. ¿Qué detergente poseía el mejor símbolo de poder? ¿Qué zumo de tomate contenía el tomate más atractivo? ¿Le importaba acaso? Había algo en ella que sí debía de ser sensible a tales cuestiones, porque finalmente acababa escogiendo ciertos artículos, comportándose exactamente tal como algún planificador, desde su despacho enmoquetado, había esperado y predicho. Últimamente se había sorprendido observándose con absorta curiosidad, para prever lo que haría.

—Fideos —dijo. Levantó la mirada de la lista justo a tiempo para esquivar a una señora rellenita vestida de marrón oscuro—. Oh, no, ya han sacado otra marca al

mercado.

Conocía la industria de la pasta. Se había pasado varias tardes en la sección de productos italianos de varios almacenes, contando las infinitas variedades de pasta. Contempló los fideos (montañas de paquetes, idénticos en sus envoltorios de celofán), cerró los ojos, extendió una mano y agarró un paquete. Cualquier paquete.

—Lechuga, rábanos, zanahorias, cebollas, tomates, perejil —leyó en la lista.

Eso sería fácil. Al menos la elección se basaba en la observación del producto, aunque había hortalizas que venían en bolsas o en manojos sujetos con gomas elásticas, dispuestos de manera que en cada uno hubiera algunas piezas buenas y otras malas, y los tomates, madurados en invernaderos e insípidos en aquella época del año, se presentaban empaquetados en cajas de cuatro, envueltos en celofán. Empujó el carrito hacia la zona de las verduras, donde en un cartel de madera perfectamente enmarcado que colgaba de la pared se leía: «La huerta del mercado».

Fue cogiendo las verduras apáticamente. Antes le gustaba mucho la ensalada, pero ahora que la comía con tanta frecuencia estaba empezando a aburrirla. Se sentía como una coneja, royendo sin parar montañas de hojas verdes. Qué ganas tenía de ser otra vez carnívora, hincarle el diente a un buen hueso. La cena de Nochebuena había sido un suplicio. «¡Pero Marian, si no comes nada!», le había recriminado su madre cuando vio que dejaba el pavo intacto en el plato. Ella adujo que no tenía apetito, pero cuando nadie la miraba, comía a hurtadillas grandes cantidades de salsa de arándanos, puré de patatas y pastel de frutas. Su madre había atribuido a la emoción su extraña inapetencia. En algún momento se le ocurrió explicarles que había abrazado una nueva religión que le prohibía comer carne, que practicaba yoga, se había unido a los Doukhobor o algo así, pero enseguida descartó la idea. Estaban entusiasmados hasta el patetismo ante la perspectiva de celebrar la boda en la parroquia. Con todo, su reacción, hasta donde era capaz de interpretarla, tratándose de unas personas que le resultaban ya tan distantes, era menos de alegría desbordada que de suficiencia y satisfacción serena, como si el temor que sentían por su educación universitaria, nunca declarado pero siempre presente, se hubiera disipado al fin. Seguramente les preocupaba que acabara siendo profesora de instituto o una solterona, o una drogadicta, o una ejecutiva, o que experimentara alguna transformación física indeseable, que se le desarrollaran los músculos, que se le pusiera la voz grave o le saliera bigote. Ya se imaginaba las angustiadas conjeturas que habrían hecho mientras tomaban el té. Pero ahora sus miradas satisfechas se lo decían, resultaba que todo había terminado bien. Aunque aún no conocían a Peter, para ellos era simplemente la necesaria incógnita de toda ecuación. Por supuesto que sentían curiosidad; no dejaban de insistirle para que lo llevara a pasar algún fin de semana, y pronto. Y en su peregrinación de casa en casa durante aquellos dos días en el pueblo, visitando a parientes, respondiendo a preguntas, no acababa de creerse del todo que volvía a estar allí.

—Pañuelos de papel —dijo. Examinó con desagrado las distintas marcas y colores que se exponían frente a ella (¿qué más da con qué te suenas?), junto a los rollos de papel higiénico estampado (flores, volutas, topos). Pronto también lo harían dorado, en un intento de ocultar su auténtico uso, fingiendo que servía para envolver regalos de Navidad o algo así. La verdad era que no existía ningún aspecto desagradable de la naturaleza humana que no hubieran conseguido modificar para adecuarlo a sus intereses. ¿Qué tenía de malo el blanco de toda la vida? Al menos transmitía la idea de limpieza.

Su madre y sus tías, desde luego, se interesaron por la boda, el vestido, las invitaciones y todo lo demás. En ese momento, mientras oía los violines eléctricos y se debatía entre dos sabores de arroz con leche —aquel producto era tan artificial que no le planteaba ningún reparo—, ya no se acordaba de lo que habían decidido entre todas.

Miró la hora. No le quedaba mucho tiempo. Por suerte empezó a sonar un tango. Se acercó rápidamente a la sección de las sopas enlatadas, intentando librarse del velo que le nublaba la vista. Era peligroso pasar demasiado tiempo en los supermercados. Al final acabaría ocurriéndole. Se quedaría atrapada después de la hora de cierre y a la mañana siguiente la encontrarían tirada contra uno de los estantes, en estado de coma irreversible, rodeada de todos los carritos disponibles rebosantes de productos…

Se dirigió a las cajas. Estaban realizando otra campaña de promoción especial, una especie de concurso en el que sorteaban una estancia de tres días en Hawaii. Frente al escaparate central colgaba el gran cartel de una chica medio desnuda con una falda hecha con hierba y una guirnalda de flores, y al lado un cartel en el que se leía: «PIÑAS, tres latas: 65 c». La cajera que le tocó llevaba una guirnalda de papel a modo de collar y se había puesto un pintalabios naranja. Marian contempló aquella boca que no paraba de mascar chicle, los movimientos hipnóticos de las mandíbulas, la carne abultada de las mejillas con su cobertura de maquillaje demasiado oscuro, los labios resecos que revelaban varios dientes prominentes y amarillentos que parecían operar con vida propia. La caja registradora sumó el importe de su compra.

Los labios naranjas se abrieron.

—Cinco con veinticinco —anunció—. Anote su nombre y dirección en la cuenta.

—No, gracias —replicó Marian—. No quiero ir.

La chica se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Disculpa, te has olvidado de darme los cupones.

Otro de los trucos, pensó mientras cargaba con la bolsa de la compra y salía por la puerta automática al atardecer gris y fangoso. Al principio los había rechazado. Otra estrategia para sacarle dinero. Pero como acababan sacándoselo igualmente, y cada vez más, había empezado a aceptarlos y a esconderlos en los cajones de la cocina. Sin embargo, ahora Ainsley los estaba reuniendo para cambiarlos por un cochecito de

bebé, así que tenía un buen motivo para pedirlos. Era lo mínimo que podía hacer por Ainsley. La hawaiana jovial del cartel le sonrió durante su trayecto hacia el metro.

Flores. Todas querían saber qué tipo de flores llevaría. Marian era partidaria de los lirios. Lucy había sugerido una cascada de rosas de té y de iris. En cambio Ainsley se había burlado.

—Supongo que tratándose de Peter, habrá de ser una boda como manda la tradición —dijo—. Pero qué hipócrita es la gente con el tema de las flores en las bodas. Nadie quiere admitir que en realidad son símbolos de fertilidad. ¿Y por qué no llevar un girasol enorme o una espiga de trigo? ¿O una cascada de champiñones y cactus? Resultaría bastante genital, ¿no te parece?

Peter se desentendía de estas cuestiones.

—Mejor te ocupas tú de esas cosas —decía con cariño cuando le preguntaba algo en serio.

Últimamente veía a Peter con más frecuencia, pero pasaban cada vez menos tiempo a solas. Ahora que estaban prometidos, se enorgullecía de exhibirla. Le comentó que le gustaría que llegara a conocer a algunos de sus amigos, y la había llevado a varios cócteles con los más oficiales, y a cenas y a salidas nocturnas con los más íntimos. Hasta había almorzado con algunos abogados, y en tales ocasiones había permanecido en silencio y sonriente durante todo el rato. Los amigos de Peter, en conjunto, iban muy bien vestidos y estaban a punto de triunfar en la vida, y tenían esposas que también iban muy bien vestidas y estaban a punto de triunfar en la vida. Todos estaban angustiados y todos se mostraban educados con ella. A Marian le costaba relacionar a esos hombres elegantes con los alegres cazadores y los bebedores de cerveza que poblaban los recuerdos de Peter, pero algunos de ellos eran los mismos. Ainsley se refería a ellos llamándolos «los hombres del jabón», porque en una ocasión en que Peter había ido a recoger a Marian, le acompañaba un amigo que trabajaba en una fábrica de jabones. Marian tenía pánico de confundir sus nombres.

Quería ser agradable con ellos por Peter. Sin embargo, se había sentido algo intimidada, y pensó que ya era hora de que Peter empezara a conocer de verdad a algunos de sus amigos. Por eso había invitado a cenar a Clara y a Joe. Además, se sentía culpable por haberlos tenido tan abandonados. Pensó que era curioso que los matrimonios siempre se sintieran excluidos si no los llamabas, aunque ellos mismos estuvieran tan liados con sus cosas que ni se les pasara por la cabeza llamarte a ti. Peter se había mostrado reacio al encuentro: en una ocasión había llegado a ver el salón de su casa.

Nada más invitarles, comprendió que el menú iba a representar un grave problema. No podía ofrecerles leche, mantequilla de cacahuete y vitaminas, ni una ensalada con queso fresco. Pescado no podía ser, porque a Peter no le gustaba, pero carne tampoco, porque ¿qué dirían todos cuando vieran que no comía nada? No se veía capaz de explicárselo. Si ni ella misma lo entendía, ¿cómo iban a entenderlo los

demás? A lo largo del último mes, los pocos alimentos que aún se permitía habían ido desapareciendo de su dieta: las hamburguesas, después de que Peter le contara que un amigo suyo había hecho analizar una por puro capricho y había descubierto que contenía restos de pelo de rata; el cerdo, porque durante la pausa del café Emmy les había hablado de la triquinosis y de una señora que la pilló: mencionaba el nombre con un respeto casi religioso («en un restaurante le sirvieron la carne demasiado cruda, yo no me atrevería a comer algo así en un restaurante, imaginaos, todas esas cositas ahí metidas entre los músculos, y no consiguen eliminárselas»); y el cordero y el cabrito porque Duncan le había explicado que unas grandes lombrices blancas se les metían a las ovejas en el cerebro y les causaban una pérdida del equilibrio. Hasta los perritos calientes habían quedado desterrados; los hacían con cualquier tipo de carne triturada, razonaba su estómago. En los restaurantes siempre podía salir del paso pidiendo una ensalada, pero con los invitados era distinto, sobre todo en una cena. Tampoco podía ofrecerles judías vegetarianas.

Al final se decidió por un estofado de champiñones y albóndigas, receta de su madre, con el que le resultaría más fácil disfrazar los sabores. Apagaré las luces y pondré velas, pensó, y les haré tomar jerez antes de la comida para que no se fijen. Entonces podría servirse muy poco, comerse los champiñones y esconder las albóndigas debajo de una hoja de lechuga. No era una solución muy elegante, pero no se le ocurría nada mejor.

Ahora, mientras cortaba deprisa los rábanos para la ensalada, se alegraba de varias cuestiones: de haber preparado el estofado la noche anterior, con lo que solo tenía que calentarlo en el horno; de que la cita fuera bastante tarde, cuando Clara y Joe hubiesen acostado a los niños; y de poder comer aún ensalada. Cada vez le molestaba más la decisión de su cuerpo de rechazar ciertos alimentos. Había intentado razonar con él, lo había acusado de tener unas manías muy frívolas, le había suplicado y le había tentado, pero él se había mostrado inflexible. Y si recurría a la fuerza, su cuerpo se rebelaba. Después de un incidente en un restaurante había aprendido la lección. Claro que Peter la había tratado con mucho cariño. La había acompañado a casa y le había ayudado a subir la escalera, como si fuera una inválida. Había insistido en que seguramente se trataba de la gripe estomacal; pero también se había sentido violento y (comprensiblemente) molesto. Desde aquel momento había decidido acatar las normas. Había seguido los dictados de su cuerpo, y hasta le había comprado unas vitaminas para mantener el equilibrio de proteínas y minerales. No tenía sentido llegar a la desnutrición. «Lo que hay que hacer —se había dicho a sí misma— es mantener la calma». A veces, cuando meditaba sobre el asunto, llegaba a la conclusión de que su cuerpo había adoptado una postura ética: sencillamente, se negaba a comer cualquier alimento que en algún momento hubiera estado o estuviera aún (como las ostras) vivo. Pese a ello, cada día alentaba la vana esperanza de que cambiara de opinión.

Frotó el cuenco de madera con medio diente de ajo y echó dentro los aros de cebolla, los rábanos cortados y los tomates, y partió las hojas de lechuga con la mano. En el último momento se le ocurrió rallar una zanahoria para dar un toque de color a la ensalada. Sacó una de la nevera, encontró el pelapatatas en el cajón del pan, tras un rato de búsqueda, y empezó a pelarla, sujetándola por el penacho de hojas.

Se quedó observando sus propias manos, el pelador y el rizo de piel naranja y crujiente. Cobró conciencia de la zanahoria. Es una raíz, pensó, crece en la tierra y le salen hojas. Y entonces vienen y la desentierran, y a lo mejor hasta emite un sonido, un grito demasiado bajo para que nosotros lo captemos, pero no muere al instante, sigue viviendo, ahora mismo sigue viva…

Le pareció notar que se movía entre sus manos. La soltó sobre la mesa.

—¡Oh, no! —exclamó casi llorando—. ¡Esto sí que no!

Cuando por fin se marcharon todos, incluido Peter, que la había besado en la mejilla y le había dicho en broma: «Cariño, nosotros no seremos nunca como ellos», Marian se metió en la cocina, tiró los restos a la basura y apiló los platos en el fregadero. Aquella cena no había sido buena idea. Clara y Joe no habían conseguido niñera, así que se habían traído a los críos. Los habían subido al piso y luego los habían acostado, dos en la habitación de Marian y uno en la de Ainsley. Los niños habían llorado y excretado, y el hecho de que el baño estuviera en el piso de abajo no facilitó las cosas. Clara los llevaba al salón para consolarlos y cambiarles los pañales; ella no tenía manías. La conversación había cesado, Marian se afanaba de un lado a otro, pasándole imperdibles y haciendo como que ayudaba, aunque en secreto se preguntaba si quedaría muy mal si iba a buscar alguno de los ambientadores que la señora de abajo tenía en el baño. Joe entraba y salía silbando y trayendo nuevo material; Clara se disculpaba con Peter. «Los niños pequeños son así, todo se reduce a caca. Es natural, todos lo hacemos. Aunque algunos —añadía, colocándose a la más pequeña sobre las rodillas— tenemos un peculiar sentido de la oportunidad. ¿Verdad que sí, marranita mía?».

Peter, muy oportuno, había abierto la ventana; la habitación se puso como un témpano. Marian sirvió el jerez, ya desesperada. Peter no se estaba llevando una buena impresión, pero ella no sabía qué hacer. Se descubrió deseando que su amiga se cohibiera un poco más. Clara reconocía que los niños olían mal, pero tampoco se preocupaba demasiado por evitarlo. Lo admitía, casi lo afirmaba; era casi como si quisiera que se valorara.

Cuando ya habían cambiado, calmado y colocado a los niños, dos en el sofá y el tercero en el cochecito, se dispusieron a cenar. Marian esperaba que por fin pudieran iniciar una conversación. Estaba concentrada en cómo escondería las albóndigas y no quería asumir el papel de moderador, pero tampoco se le ocurría ningún comentario brillante, ningún tema tópico. «Clara me ha dicho que te interesa la filatelia», le había

dicho a Joe, que por algún motivo no la había oído, o al menos no le había respondido. Peter le lanzó de reojo una mirada crítica. Ella se puso a juguetear con un trozo de pan, desorientada, como si acabara de contar un chiste subido de tono y nadie se hubiera reído.

Joe empezó a hablar de la situación internacional, pero Peter cambió acertadamente de tema cuando se hizo evidente que no se pondrían de acuerdo. Dijo que en una ocasión se había visto obligado a matricularse en una asignatura de filosofía en la universidad y que nunca había conseguido entender a Platón; ¿por qué no se lo explicaba Joe? Pero este le dijo que mejor que no, que él era especialista en Kant, y a continuación le hizo a Peter una pregunta técnica sobre los impuestos de transmisión patrimonial. Él y Clara, añadió, pertenecían a una funeraria en régimen de cooperativa.

—No lo sabía —le dijo Marian a Clara en voz baja mientras se servía más fideos. Le parecía que su plato estaba demasiado expuesto, que todos los ojos estaban fijos en él, que las albóndigas ocultas sobresalían de la hoja de lechuga como los huesos en una radiografía. Ojalá hubiera puesto solo una vela, y no dos.

—Sí —comentó Clara en tono festivo—. Joe no cree en el embalsamamiento.

Marian temió que a Peter aquello le pareciera demasiado radical. El problema era, pensó suspirando mentalmente, que Joe era tan idealista como Peter pragmático. Se notaba en las corbatas que llevaban: la de Peter era de cachemira, verde oscuro, elegante, funcional; la de Joe era, bueno, en realidad ya no era una corbata, sino la idea abstracta de una corbata. Seguro que hasta ellos mismos se habían percatado de la diferencia. Los había sorprendido a los dos mirándose las corbatas en distintos momentos, pensando seguramente que nunca se pondrían una corbata como la del otro.

Dejó los vasos en el fregadero. Le preocupaba que la velada no hubiera salido bien. Se sentía responsable, como cuando jugaban al marro en el colegio y la pillaban. «Bueno —recordó—, al menos Len sí que le cayó bien». En realidad no importaba, Clara y Joe pertenecían a su pasado, y no había que esperar que Peter se adaptara a él. Lo que importaba era el futuro. Sintió un débil escalofrío. La casa aún no se había caldeado desde que Peter abriera la ventana. Olería el terciopelo marrón y la cera de los muebles, detrás de ella se oiría el rumor de la ropa y las toses; se volvería y allí habría una multitud de rostros que la observarían; avanzarían y entrarían por la puerta y habría un destello de blanco, los trocitos de papel les rozarían la cara y se posarían en su pelo y en sus hombros como si fueran nieve.

Se tomó una pastilla de vitaminas y abrió la nevera para servirse un vaso de leche. O ella o Ainsley debían ocuparse urgentemente del frigorífico. En las últimas dos semanas, su ciclo de limpieza interdependiente había empezado a cojear. Ella había limpiado el salón para la cena de esa noche, pero sabía que iba a dejar los platos sin fregar, lo cual significaba que Ainsley dejaría los suyos, y así seguirían hasta que ya no quedara nada limpio. Entonces empezarían a lavar exclusivamente el de arriba

cuando necesitaran uno, dejando los demás tal como estaban. Y la nevera: no solo había que descongelarla, es que todos los estantes estaban abarrotados de restos, de sobras de comidas metidas en recipientes pequeños, de latas abiertas y de bolsas de papel… No tardaría en empezar a oler mal. Esperaba que si ahí dentro había algo descomponiéndose, el olor no se extendiera demasiado rápido al resto de la casa, o que al menos no llegara al piso de abajo. Con suerte ya se habría casado antes de que hubiera alcanzado las proporciones de una epidemia.

Ainsley no había estado en la cena; había ido a la clínica prenatal, como todos los viernes por la tarde. Cuando estaba doblando el mantel, oyó que subía la escalera y entraba en su habitación. Al cabo de un momento la llamó con voz trémula.

—¿Marian? ¿Puedes venir un momento?

Entró en el dormitorio de Ainsley, sorteando los montones de ropa que sembraban el suelo hasta acercarse a la cama en la que su compañera se había tumbado.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Ainsley parecía consternada.

—Oh, Marian —musitó—, es horrible. Esta tarde he ido a la clínica. Estaba contentísima, muy animada. Mientras daban la primera charla hasta me he puesto a hacer punto un rato. Hablaban sobre las ventajas de dar el pecho. Ahora hay hasta una asociación y todo. Pero luego ha venido un psi-psi-psicólogo y nos ha hablado de la imagen del padre.

Estaba al borde de las lágrimas, y Marian se levantó y rebuscó en el tocador hasta encontrar un pañuelo de papel, por si acaso. Empezaba a preocuparse. Ainsley no lloraba nunca.

—Dice que los niños deben crecer con una imagen paterna fuerte en casa —prosiguió tras recomponerse un poco—. Es bueno para ellos, los hace «normales», y más si son varones.

—Bueno, pero tú eso más o menos ya lo sabías antes, ¿no? —le preguntó Marian.

—No, Marian, no, la cosa es mucho más grave. Nos ha mostrado todo tipo de estadísticas y eso. Está científicamente demostrado. —Tragó saliva—. Si tengo un niño, seguro que acabará siendo ho-ho-homosexual.

Tras la mención de la única categoría de hombres que nunca habían mostrado el menor interés por ella, sus ojos azules se inundaron de lágrimas. Marian le alargó el pañuelo, pero Ainsley lo rechazó. Se incorporó y se apartó el pelo de la cara.

—Tiene que haber alguna solución —afirmó, alzando la barbilla en señal de desafío.

21

Subieron la ancha escalera de piedra cogidos de la mano, y así siguieron cuando cruzaron las pesadas puertas, pero tuvieron que soltarse para pasar por el torniquete. Una vez en el interior, no les pareció adecuado volver a cogérselas. El ambiente como de iglesia que creaba la alta cúpula recubierta de mosaicos no propiciaba ese tipo de conducta informal, por más que solo se tratara de entrelazar los dedos, y el guarda canoso y uniformado había fruncido el ceño al coger el dinero que ella le tendía. Marian asoció aquel gesto con los lejanos recuerdos de dos visitas anteriores que había realizado a la ciudad cuando iba a la escuela primaria y las llevaban de excursión educativa: a lo mejor ese gesto estaba incluido en el precio de la entrada.

—Vamos —dijo Duncan casi en un susurro—. Te enseñaré mis favoritos.

Subieron por la escalera de caracol, girando alrededor de aquella columna totémica, incongruente, en dirección al techo geométrico, curvado. Hacía tanto tiempo que Marian no visitaba esa sección del museo que le parecía un recuerdo vinculado a un sueño no del todo agradable, de esos que se tienen cuando despiertas de una operación de amígdalas y estás aún bajo los efectos del éter. Cuando iba a la universidad, había asistido a una clase en el sótano de ese edificio (Geología; había sido la única manera de evitar la asignatura de Conocimiento Religioso, y desde entonces había desarrollado cierta querencia por las piedras), y en alguna ocasión había estado en la cafetería del museo, en la planta baja. Pero no había vuelto a subir los escalones de mármol que conducían a ese espacio cóncavo de aire que ahora parecía casi sólido, traspasado de motas de polvo cada vez que el débil sol invernal se afirmaba lo suficiente a través de las estrechas ventanas que había en lo más alto.

Se detuvieron un instante para mirar por la balaustrada. Abajo, un grupo de escolares iba pasando por el torniquete y se disponía a coger unas sillas plegables de lona apiladas en un lado de la sala redonda. La perspectiva achataba sus cuerpos. Las agudas aristas de sus voces quedaban ensordecidas por el espeso espacio circundante, de manera que parecían estar más lejos de lo que en realidad estaban.

—Espero que no suban —dijo Duncan, separándose de la barandilla de mármol. La sujetó por la manga y la condujo a una de las galerías laterales. Anduvieron despacio sobre el suelo de madera que crujía bajo su peso, por entre las vitrinas de cristal.

Se había visto bastante con Duncan a lo largo de las tres últimas semanas, más por confabulación que por coincidencia, como anteriormente. Le había dicho que estaba redactando otro trabajo para la universidad titulado «Los monosílabos en Milton», que debía ser un profundo análisis estilístico realizado desde una perspectiva radical. Llevaba dos semanas encallado en la frase inicial: «Resulta

altamente significativo que…», y como había agotado todas las posibilidades de la lavandería, había sentido la necesidad de hacer frecuentes escapadas.

—¿Y por qué no buscas una licenciada en inglés? —le había preguntado Marian en una ocasión en que sus dos caras, reflejadas en el escaparate de una tienda, se le habían antojado tremendamente dispares, como si la hubieran contratado para sacarlo a pasear.

—Eso no solucionaría nada —le había respondido—; ellas también se pasan el día con sus trabajos de clase. Tendríamos que comentarlos. Además —añadió en tono malhumorado—, no tienen casi pecho. Bueno —matizó tras una pausa—, algunas tienen demasiado.

Marian suponía que estaba siendo lo que se decía «utilizada», pero no le importaba en absoluto, siempre que supiera para qué. Le gustaba que ese tipo de relaciones se desarrollaran en el nivel más consciente posible. Estaba claro que Duncan la reclamaba, como solía expresarse, o que al menos reclamaba su tiempo y su atención; pero al menos no la amenazaba ofreciéndole ningún regalo intangible a cambio. En cierto modo, su absoluto egocentrismo le resultaba tranquilizador. Así, cuando le rozaba la mejilla con los labios y le susurraba «En realidad no me gustas mucho», a ella no le preocupaba, porque no tenía que responder nada. Pero cuando Peter, con la boca aproximadamente en la misma posición, le decía «Te quiero» en voz baja, y esperaba un eco, se sentía obligada a emitirlo.

Marian suponía que ella también estaba utilizando a Duncan, aunque se le escapaban los motivos, como le pasaba últimamente con los motivos de cualquier cosa. Aquel largo periodo por el que había estado avanzando (y le resultaba extraño constatar que después de todo sí había avanzado: al cabo de dos semanas tenía que dejar su piso, al día siguiente de una fiesta que Peter iba a dar, y al cabo de otras dos, o acaso fueran tres, ya estaría casada) solo había sido un compás de espera, de dejarse arrastrar por la corriente, una resistencia del tiempo que no estaba señalado por ningún acontecimiento real, la espera de un acontecimiento futuro que venía determinado por un acontecimiento pasado. En cambio, cuando se veía con Duncan se encontraba inmersa en un remolino de presente; no tenían prácticamente ningún pasado en común, y por supuesto carecían de futuro.

El desinterés de Duncan por la boda resultaba irritante. Escuchaba los escasos detalles que ella le contaba al respecto, sonreía levemente cuando Marian le confesaba su entusiasmo, y entonces se encogía de hombros y le decía con voz inexpresiva que a él le parecía un desatino, pero que ella lo llevaba de maravilla y que, de todos modos, era su problema. Y acto seguido llevaba la conversación hasta el complejo y fascinante tema de sí mismo. No parecía importarle qué pasaría con Marian cuando se hallara fuera del alcance de su perpetuo presente. El único comentario que le hizo sobre el tiempo posterior a la boda le dio a entender que daba por sentado que se buscaría una sustituta. Pero para Marian semejante desinterés resultaba reconfortante, aunque prefería no indagar por qué.

En ese momento estaban pasando por la sección oriental. Había muchos jarrones en tonos claros, y platos vitrificados y laqueados. Marian contempló la inmensa pared recubierta de pequeñas imágenes doradas de dioses y diosas, dispuestas alrededor de una gigantesca figura central: una criatura con aspecto de Buda sonriente, como la señora Bogue, controlando gracias a su voluntad divina su ejército de amas de casa enanas, serena e inescrutablemente.

Con todo, fueran cuales fueren las razones, siempre se alegraba cuando él la telefoneaba, invariablemente con prisas y muy alterado, y le pedía que se vieran. Tenían que quedar en lugares discretos —parques nevados, galerías de arte, de vez en cuando algún bar (aunque nunca en el Park Plaza)—, lo que implicaba que sus pocos abrazos habían sido furtivos, sin premeditación, gélidos, amortiguados en gran medida por las capas de ropa de abrigo. Esa mañana la había llamado al trabajo y le había propuesto, o más bien impuesto, que se vieran en el museo.

—Me muero de ganas de ir al museo —le había dicho.

Ella había salido antes de la oficina, alegando que tenía cita con el dentista. Tampoco importaba demasiado, solo le quedaba una semana para despedirse, y su sustituía ya había iniciado el periodo de prácticas.

El museo era un sitio conveniente; seguro que allí nunca se tropezarían con Peter. Le daba pavor imaginar un encuentro entre los dos. Se trataba de un miedo irracional porque, por una parte, se decía, Peter no tenía ningún motivo para enfadarse —aquello no guardaba ninguna relación con él, evidentemente no se trataba de un caso de competencia absurda ni nada por el estilo—, y por otra, en el caso de que se encontraran, ella le presentaría a Duncan como a un amigo de la universidad, o algo así. No corría peligro. Pero lo que en verdad parecía temer era la destrucción, no de su relación con Peter, sino de uno de los dos por parte del otro; aunque no era capaz de determinar quién sería destruido por quién, ni por qué, y casi siempre aquel tipo de vagas premoniciones la pillaba por sorpresa.

Sin embargo, esa era la razón por la que no le permitía subir a su casa. Era un riesgo excesivo. Marian había estado en la de él varias veces, pero siempre había coincidido con alguno de sus compañeros de piso, alerta y extrañamente resentido. Aquello ponía a Duncan más nervioso que de costumbre y acababan huyendo a toda velocidad.

—¿Por qué no les caigo bien? —le preguntó. Se habían detenido para admirar una armadura china profusamente labrada.

—¿A quiénes?

—A ellos. Siempre actúan como si creyeran que te voy a tragar.

—Bueno, no es que no les caigas bien. En realidad me han comentado que les pareces una buena chica y me han propuesto que te invite a cenar algún día, porque les gustaría conocerte mejor. Yo no les he dicho —añadió reprimiendo una sonrisa— que vas a casarte. Así que quieren conocerte más de cerca para comprobar que eres lo bastante aceptable para la familia. Intentan protegerme. Se preocupan por mí, de ahí

sacan sus vitaminas emocionales. No quieren que me corrompa. Me consideran demasiado joven.

—¿Pero por qué me consideran una amenaza? ¿De qué te están protegiendo?

—Bueno, tú no eres licenciada en Filología. Y eres una chica.

—Cualquiera diría que es la primera vez que ven una —replicó, molesta.

Duncan se quedó un rato pensando antes de responder.

—Creo que en cierta forma sí lo es. Bueno, no lo sé. ¿Qué sabemos realmente de nuestros padres? Siempre creemos que viven en una especie de inocencia primigenia. Pero me da la impresión de que Trevor cree en algo parecido a la castidad medieval, algo bastante spenseriano, ya sabes. Y Fish, bueno, supongo que a él le parece bien, al menos en teoría. Siempre está pensando en lo mismo, en realidad el tema de su tesis es el sexo, pero considera que hay que esperar a la persona adecuada y que entonces es como si recibieras una descarga eléctrica. Creo que lo ha sacado de Some Enchanted Evening, o de D. H. Lawrence, o vete a saber de dónde. Desde luego, él ya ha esperado bastante, tiene casi treinta años…

Marian sintió lástima; empezó a hacer la lista mental de todas las chicas de cierta edad que podrían irle bien a Fish. ¿Millie? ¿Lucy?

Siguieron avanzando, doblaron otra esquina y entraron en otra sala llena de vitrinas.

En ese momento Marian se sentía totalmente perdida. Los pasillos laberínticos, las grandes salas y los giros la habían desorientado. En esa zona del museo parecía no haber nadie más.

—¿Tú sabes dónde estamos? —le preguntó con cierta aprensión.

—Sí, ya casi hemos llegado.

Pasaron bajo otro arco. En contraste con las salas orientales por las que habían pasado, recargadas y brillantes, aquella resultaba gris y muy vacía. Marian se dio cuenta, por los murales de las paredes, de que estaban en la sección del antiguo Egipto.

—A veces subo hasta aquí —dijo Duncan como para sí mismo— a meditar sobre la inmortalidad. Este es mi sarcófago preferido.

Marian bajó la mirada para ver, a través del vidrio, el rostro dorado. Los ojos estilizados, enmarcados por líneas de un azul oscuro, estaban muy abiertos, mirándola con serena indiferencia. A la altura del pecho, en la parte frontal, había el dibujo de un ave con las alas extendidas, las plumas trazadas una a una con gran detalle. Sobre los muslos había otro similar, y otro más a la altura de los pies. Los demás motivos eran menores: varios soles anaranjados, figuras doradas coronadas, sentadas en tronos o transportadas en barcas, y el dibujo repetido de unos símbolos extraños que parecían ojos.

—Es preciosa —observó Marian, aunque no estaba segura de ser sincera. Bajo la superficie del cristal, la figura tenía el aspecto de algo medio sumergido; la piel dorada se arrugaba…

—Me parece que en teoría es un hombre —replicó Duncan, que ya se había acercado a la siguiente vitrina—. A veces pienso que me gustaría vivir para siempre. Entonces no tendría sentido preocuparse por el tiempo. Ah, la Mutabilidad; me pregunto por qué el hecho de intentar trascender el tiempo nunca basta para detenerlo…

Marian se acercó a él para saber qué estaba mirando. Era otro sarcófago, en este caso abierto para mostrar la figura desmadejada que yacía en su interior. Le habían quitado de la cabeza las vendas amarillentas de lino, y la calavera, con su piel gris seca, los mechones de pelo negro y la dentadura curiosamente perfecta, quedaba expuesta.

—Muy bien conservada —comentó Duncan en un tono que daba a entender que sabía algo del tema—. Hoy sería imposible encontrar un trabajo tan bien hecho, aunque todos esos ladrones de cadáveres comerciales aseguran que sí.

Marian se estremeció y se apartó. No le intrigaba tanto la momia en sí —no disfrutaba con ese tipo de espectáculos— como la evidente fascinación que ejercía sobre Duncan. Se le ocurrió la idea de que si en ese instante alargaba la mano para tocarlo, empezaría a desmoronarse.

—Qué morboso eres —le dijo.

—¿Qué tiene de malo la muerte? —replicó Duncan, cuya voz de pronto resonó muy alta en la sala vacía—. No tiene nada de morboso. Todos lo hacemos, ¿sabes? Es algo natural.

—Pero no es natural que te guste —rebatió ella, volviéndose para mirarlo.

—No me tomes en serio —le dijo él con una sonrisa—. Ya te lo he advertido otras veces. Ven, te enseñaré mi símbolo de la matriz. A Fish se lo voy a mostrar muy pronto. Está amenazando con redactar un monográfico breve para Estudios Victorianos que quiere titular: «Símbolos de la matriz en Beatrix Potter». Alguien tendrá que impedírselo.

La llevó hasta el rincón opuesto de la sala. Al principio, bajo aquella luz cada vez más tenue, no lograba discernir qué contenía esa otra vitrina. Parecía un montón de escombros. De pronto reconoció un esqueleto, aún parcialmente cubierto de piel, tendido de lado y con las rodillas dobladas. A su lado había varios recipientes de barro. El cuerpo era tan pequeño que parecía de un niño.

—Es anterior a la época de las pirámides —explicó Duncan—. La preservó la arena del desierto. Cuando me harte de todo esto, yo también iré y me enterraré. A lo mejor la biblioteca también me serviría. Pero esta ciudad es más bien húmeda. Todo se pudre.

Marian se inclinó más sobre la vitrina. Esa figura a medio desarrollar le inspiraba compasión. Con las costillas prominentes, las piernas endebles y las clavículas famélicas recordaba una de esas fotos de países subdesarrollados o de campos de concentración. No es que sintiera el impulso de sostenerla en sus brazos, pero sí le inspiraba una tristeza impotente.

Cuando se retiró y alzó la vista para mirar a Duncan, sintió un escalofrío infinitesimal de horror al descubrir que él se le estaba acercando. En tales circunstancias, su delgadez no resultaba tranquilizadora en absoluto, y Marian se apartó un poco.

—No te preocupes —le dijo—. No pienso regresar de la tumba. —Le acarició la mejilla y le sonrió con tristeza—. Lo que me pasa cuando toco a la gente y eso es que no puedo concentrarme en la superficie. Supongo que mientras te limitas a pensar en la superficie, todo va bien y es bastante real; pero cuando empiezas a pensar en lo que hay dentro…

Se inclinó para besarla. Ella lo evitó, apoyó la cabeza en el hombro de su abrigo y cerró los ojos. Mientras se apretaba contra su cuerpo, le pareció que Duncan era más frágil que nunca. Le daba miedo abrazarlo demasiado fuerte.

Oyó un crujido en el suelo de madera, abrió los ojos y se encontró delante de unos ojos grises, severos, que la escrutaban. Pertenecían a un guarda uniformado que había aparecido detrás de ellos.

—Disculpe, señor —le dijo a Duncan con educación pero firmemente, dándole unos leves golpecitos en el hombro—, pero no está permitido… besar en la sala de las momias.

—Ah —respondió Duncan—. Lo siento.

Volvieron sobre sus pasos, a través del laberinto de salas, y llegaron a la escalera principal. Del ala opuesta emergió un torrente de escolares armados con sillas plegables y se vieron atrapados por la corriente de pequeños pies que los arrastró escaleras abajo en una cascada de risas estridentes.

Duncan había propuesto que fueran a tomar un café, y en ese momento se hallaban sentados a una de las mesas cuadradas y sucias de la cafetería del museo, rodeados de alumnos deliberadamente atormentados. Marian llevaba tanto tiempo asociando el café con las pausas durante el trabajo que le parecía que en cualquier momento las tres vírgenes de la oficina se materializarían frente a ella, al lado de su acompañante.

Duncan estaba removiendo el café.

—¿Leche? —le preguntó.

—No gracias —respondió ella. No obstante, cambió de opinión y se sirvió un poco, tras reflexionar sobre sus propiedades nutritivas.

—Estaba pensando que sería buena idea que nos acostáramos —comentó él en un tono de absoluta despreocupación mientras dejaba la cucharilla sobre la mesa.

Marian se quedó petrificada. Había estado justificando todo lo que hubiera podido pasar (¿todo lo que hubiera podido pasar?) basándose en que, según sus parámetros, su relación era del todo inocente. Últimamente había empezado a vincular, de forma un tanto difusa, la inocencia con la ropa. Los puntos de contacto estaban en los escotes y las mangas largas. Su justificación siempre adoptaba la forma de una

hipotética conversación con Peter. Él le decía, celoso: «Me han dicho que te ves mucho con un intelectual escuálido», y ella le respondía: «No seas tonto, Peter, es una relación del todo inocente.

Pero si nos casamos dentro de dos meses». O dentro de un mes y medio. O un mes.

—No seas tonto, Duncan —le dijo—, eso es imposible. Pero si me caso dentro de un mes.

—Ese es tu problema —replicó—. No tiene nada que ver conmigo. Y es para mí para quien creo que sería buena idea.

—¿Por qué? —le preguntó, sonriendo a pesar de sí misma. Era insólito hasta qué extremo era capaz de prescindir de su punto de vista.

—Bueno, no es por ti, claro, sino por el hecho en sí. No es que me provoques una lujuria incontrolable ni nada de eso. Pero se me ha ocurrido que tú sabrías cómo hacerlo, que serías competente y sensata al respecto, apacible. No como otras. Me parece que sería bueno que pudiera quitarme de encima esto que me pasa con el sexo.

Echó un poco de azúcar en la mesa y empezó a trazar dibujos con el dedo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a que quizá soy un homosexual latente. —Se quedó un momento pensando—. O a lo mejor soy un heterosexual latente. Bueno, en cualquier caso, soy bastante latente. Y la verdad es que no sé por qué. Claro que ya he hecho algunos intentos, pero siempre empiezo a pensar en la futilidad de todo y lo dejo a medias. A lo mejor es porque se supone que es preciso hacer algo, y a mí, pasado cierto punto, lo único que me apetece es quedarme tumbado mirando el techo. Cuando debería estar preparando trabajos de clase, me da por pensar en el sexo; y cuando por fin consigo acorralar a alguna chica guapa y dispuesta, o cuando estamos retozando detrás de los arbustos y eso, y todo parece a punto para el *coup de grâce*, empiezo a pensar en los trabajos de fin de curso. Sé que se trata de una alternancia de las distracciones, porque las dos cosas son en el fondo distracciones, ¿no? ¿Pero de qué me distraigo en realidad? Lo malo es que son todas demasiado literarias. Eso es porque no han leído lo bastante. Si hubiesen leído más se darían cuenta de que todas esas escenas ya se han inventado. Y *ad nauseam*. ¿Cómo pueden ser tan vulgares? Se entregan más o menos, se muestran apasionadas, cariñosas, lo intentan con todas sus fuerzas, y yo pienso, oh no, otra imitación de lo que sea que estén imitando, y acto seguido pierdo el interés. O aún peor, me echo a reír. Y entonces me pongo histérico.

Se chupó a conciencia el azúcar que le había quedado pegado a los dedos.

—¿Y qué te hace pensar que conmigo sería distinto? —Empezaba a sentirse experta y profesional; casi como un ama. Aquella situación, pensó, pedía zapatos de tacón de aguja, brazaletes con tachuelas y una bolsa de cuero llena de agujas hipodérmicas.

—Bueno —respondió él—, seguramente no lo sería. Pero como te he dicho, al menos no me pondría histérico.

Permanecieron en silencio. Marian pensaba en lo que acababa de decirle. Suponía que lo impersonal de la petición debería ser bastante insultante. Entonces, ¿por qué no se sentía insultada? No, más bien le parecía que le pedía una ayuda de tipo médico, algo así como tomarle el pulso.

—Bueno… —vaciló ella, meditando.

De pronto se planteó si alguien les habría estado escuchando. Echó un vistazo a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de un hombre corpulento y con barba que estaba sentado cerca de la puerta y los estaba mirando. Al principio se le ocurrió que tal vez se tratara de un profesor de antropología. Tardó un poco en reconocerlo: era uno de los compañeros de piso de Duncan. Y el otro hombre rubio que estaba con él de espaldas a Marian debía de ser el otro.

—Ahí está uno de tus padres —anunció.

Duncan se volvió.

—Vaya. Será mejor que me acerque a saludar. —Se levantó, se acercó a su mesa y se sentó. Cruzaron unas palabras en voz baja y luego volvió a levantarse y regresó con ella—. Trevor quiere saber si te gustaría venir a cenar a casa —dijo en el tono que usan los niños para transmitir un mensaje que han memorizado.

—¿Tú quieres que vaya? —le preguntó.

—¿Yo? Sí, claro. Supongo. ¿Por qué no?

—Entonces dile que estaré encantada. —Peter había de trabajar hasta tarde en un caso y Ainsley tenía curso en la clínica.

Duncan volvió a la otra mesa para repetir su mensaje y, tras un par de minutos, los dos amigos se levantaron y se fueron. Él regresó por segunda vez y se sentó.

—Trevor ha dicho que qué emoción —le explicó—, y que se va a casa a meter cuatro cosas en el homo. Nada muy especial, por lo visto. Nos esperan dentro de una hora.

Marian esbozó una sonrisa, pero al instante se cubrió la boca con la mano. Acababa de recordar todo lo que no podía comer.

—¿Tú qué crees que va a preparar? —le preguntó tímidamente.

Duncan se encogió de hombros.

—No lo sé. Le gusta ensartar cosas y prenderles fuego. ¿Por qué?

—Bueno —empezó—. Es que hay muchas cosas que no puedo comer. Bueno, que últimamente no como. La carne por ejemplo. Y los huevos, y algunas verduras.

A Duncan el dato no pareció sorprenderle en absoluto.

—Bueno, no importa. Pero Trevor se siente muy orgulloso de su habilidad. A mí no me importa nada, la verdad, me daría lo mismo comer hamburguesas todos los días, pero él se sentirá insultado si no pruebas al menos un poco de lo que te sirva.

—Más insultado se sentirá si lo vomito todo —replicó ella muy en serio—. Quizás es mejor que no vaya.

—No, ven, ya se nos ocurrirá algo. —En su tono de voz había un rastro de curiosidad maliciosa.

—Lo siento, no sé por qué lo hago, pero no me siento capaz de evitarlo. —Se le ocurrió la posibilidad de justificarse diciendo que estaba a régimen.

—Bueno, seguramente representas la juventud moderna, que se rebela contra el sistema. Aunque no se considera muy ortodoxo empezar por el aparato digestivo. Pero ¿por qué no? —susurró—. El acto de comer siempre me ha parecido ridículo. Yo lo dejaría si pudiera, aunque por lo visto es necesario si quiero mantenerme con vida.

Se levantaron y se pusieron el abrigo.

—Para serte sincero —añadió mientras salían—, preferiría que me alimentaran directamente por la arteria aorta. Si conociera a la gente adecuada, estoy seguro de que se podría arreglar…

22

Cuando entraban en el vestíbulo del edificio, Marian, que se había quitado los guantes, se metió la mano en el bolsillo del abrigo y le dio media vuelta a su anillo de compromiso. No le parecía bien hacer ostentación de aquel revelador diamante ante los compañeros de piso de Duncan, tan enternecedores en su equivocación. Luego cambió de idea y se lo quitó. «¿Qué estoy haciendo? —pensó entonces—. Me caso dentro de un mes. ¿Qué importa si se enteran?», y volvió a ponérselo. «Claro, que no voy a verlos nunca más. ¿Para qué complicar las cosas a estas alturas?», se dijo a continuación, y se lo quitó por segunda vez. Se lo guardó en el monedero para mayor seguridad.

Ya habían subido la escalera y se encontraban ante la puerta del apartamento, que Trevor les abrió antes de que Duncan tocara siquiera el picaporte. Llevaba puesto un delantal y estaba envuelto en un delicado aroma a especias.

—Me ha parecido oír que estabais aquí fuera —explicó—. Entrad. Lo siento, pero la cena aún tardará unos minutos. Me alegro mucho de que hayas podido venir, eh… —Fijó sus ojos azules, pálidos, interrogantes, en Marian.

—Marian —dijo Duncan.

—Ah, sí. Me parece que no nos habían presentado formalmente. —Sonrió, y se le formaron dos hoyuelos en las mejillas—. Me temo que no he preparado nada especial —añadió arrugando la nariz. Aspiró varias veces, soltó un grito de alarma y salió disparado en dirección a la cocina.

Marian dejó las botas sobre los periódicos que había fuera, junto a la puerta, y Duncan le llevó el abrigo al dormitorio. Ella entró en el salón en busca de un sitio donde sentarse. Descartó la butaca granate de Trevor y la verde de Duncan —eso le crearía un problema a él cuando saliera del dormitorio—, y también el suelo, entre los papeles; no quería desordenar sin darse cuenta la tesis a alguien. Y Fish estaba apoltronado en su butaca roja, con una plancha de madera apoyada en los dos reposabrazos, escribiendo con gran concentración otro trabajo para la facultad. Junto a los papeles tenía un vaso casi vacío. Al final, Marian optó por reclinarse en uno de los brazos de la de Duncan, apoyando las manos en el regazo.

Trevor salió canturreando de la cocina, sosteniendo una bandeja con unas copas de jerez.

—Gracias, eres muy amable —le dijo Marian educadamente cuando le ofreció una—. ¡Qué copa tan bonita!

—Sí, ¿verdad que es elegante? Pertenece a la familia desde hace muchos años. Queda ya tan poca elegancia en el mundo… —comentó, mirándole la oreja izquierda como si su interior guardara un panorama histórico de antigüedad inmemorial que se

estuviera desvaneciendo rápidamente—. Y en este país, menos aún. Creo que todos deberíamos esforzarnos por preservarla un poco, ¿no te parece?

Tras la llegada del jerez, Fish había soltado la pluma y ahora estaba observando fijamente a Marian. Pero no le miraba la cara, sino el abdomen, un punto impreciso cerca del ombligo. Marian se sintió desconcertada.

—Duncan me ha dicho que estás haciendo un estudio sobre Beatrix Potter. Suena interesante.

—¿Qué? Ah, sí, era un proyecto, pero al final me he decidido por Lewis Carroll, que en realidad es un autor muy profundo. El siglo XIX está muy solicitado en estos tiempos, ya sabes. —Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos. Entonaba las palabras con una cantinela monótona que brotaba a través de la espesura de su barba—. *Alicia* es un libro sobre una crisis de identidad sexual, eso lo sabe todo el mundo, claro, no es nada nuevo, hace bastante que circula por ahí, pero a mí me gustaría ahondar un poco más en la cuestión. Si lo analizamos con mayor detalle, vemos una niña pequeña que desciende por la sugestiva madriguera de un conejo, convirtiéndose en una entidad prenatal, en un personaje que intenta encontrar su papel —se pasó la lengua por los labios—, su papel como Mujer. Sí, bueno, eso resulta bastante claro. Son pautas que emergen. Las pautas emergen. Uno tras otro, se le van presentando varios papeles sexuales, pero ella parece incapaz de aceptar ninguno de ellos, vaya, que se encuentra bloqueada. Rechaza la maternidad cuando el bebé al que ha estado alimentando se convierte en cerdo, y no responde positivamente al papel de mujer dominante de la Reina, y sus gritos castradores de «¡Qué le corten la cabeza!». Y cuando la Duquesa le plantea una proposición lesbiana astutamente encubierta, que te preguntas hasta qué punto el viejo Lewis era consciente del tema, ella ni se percata ni se muestra interesada; y recordarás que justo después de eso se va a hablar directamente con la Falsa Tortuga, encerrada en su caparazón y en su autocompasión, personaje sin duda preadolescente; y luego vienen unas escenas de lo más sugerentes. Esa en que se le alarga el cuello y la acusan de ser una serpiente, destructora de huevos, ¿recuerdas?, una identidad bastante destructiva del falo, que ella repudia, indignada; y su rechazo ante la dictatorial Oruga, de solo quince centímetros de altura, encaramada con gran empaque sobre una seta de resonancias del todo femeninas, absolutamente redonda y con el poder de agrandarte o encogerte; eso a mí me resulta de lo más interesante. Y luego está la obsesión con el tema del tiempo, claro, una obsesión bastante más cíclica que lineal. Así que, bueno, ella hace muchos intentos pero se niega a comprometerse, no puede decirse que al final del libro haya alcanzado nada que pueda identificarse como madurez. En cambio, en *A través del espejo* su evolución…

Se oyó una risita disimulada y Marian dio un respingo. Seguramente Duncan llevaba un rato de pie junto a la puerta. Marian no le había oído entrar.

Fish abrió los ojos, parpadeó y miró a Duncan con el ceño fruncido, pero antes de que acertara a hacer algún comentario, Trevor entró precipitadamente.

—¿Ya está otra vez con esos dichosos símbolos de siempre y todo lo demás? A mí personalmente este tipo de crítica no me convence; para mí lo importante es el estilo, y Fischer se pone demasiado «vienés», sobre todo cuando bebe. Es muy perverso y encima, pasado de moda —dijo con malicia—. La interpretación más reciente de Alicia la deja a la altura de un libro infantil con cierto encanto, nada más. Yo ya casi estoy, Duncan, ¿te importaría ayudarme a poner la mesa?

Fischer se quedó sentado, observándolos, hundido en las profundidades de su silla. Estaban juntando dos mesas de cartas, ubicando las patas con mucho cuidado en los espacios vacíos que dejaban las montañas de papeles, que solo apartaban si era absolutamente necesario. Luego Trevor extendió un mantel blanco sobre los tableros y Duncan empezó a disponer los cubiertos y los platos. Fish cogió su copa de jerez y se bebió el contenido de un trago. Descubrió que quedaba otra copa llena, y también la vació.

—Bueno, ya está —gritó Trevor—. Voy a servir la cena.

Marian se levantó. Trevor estaba emocionado: le brillaban los ojos y en el centro de sus mejillas blancas como la harina le habían salido dos manchas rojas. Un mechón de pelo se le había separado del resto y le colgaba sobre la frente. Encendió las velas y fue por todo el salón apagando las lámparas de pie. Al final, le levantó la tabla de escritura a Fish.

—Tú siéntate aquí, eh… Marian —indicó, y desapareció en la cocina. Ella se sentó donde le habían indicado. No pudo acercarse a la mesa tanto como le habría gustado, por culpa de las patas. Pasó la vista por los platos, para prepararse. Lo primero era un cóctel de gambas. Ningún problema. Se preguntó con inquietud qué otros productos le presentarían para su consumo corporal. Era evidente que habría muchos más: la mesa estaba erizada de cubiertos. Se fijó con curiosidad en el salero Victoriano de plata decorado con una guirnalda y en el elegante centro floral que descansaba entre dos velas. Y eran flores naturales, crisantemos dispuestos sobre una fuente ovalada.

Trevor volvió y se sentó en la silla que quedaba más cerca de la cocina. Empezaron a comer. Duncan estaba frente a ella, Fish a su izquierda, en lo que suponía era la presidencia de la mesa, o la cabecera. Se alegraba de cenar a la luz de las velas. En caso de necesidad, le sería más fácil deshacerse de lo que fuese. Aún no tenía ni idea de cómo se enfrentaría a todo aquello, ni siquiera sabía si sería necesario enfrentarse a algo, y no parecía que Duncan estuviera dispuesto a prestarle ayuda. Parecía haberse encerrado en sí mismo; comía mecánicamente, y mientras masticaba mantenía la vista fija en la llama de las velas, lo que le hacía parecer un poco bizco.

—Qué cubertería tan bonita —le dijo a Trevor.

—Sí que lo es —respondió él, sonriendo—. Pertenece a mi familia desde hace siglos. La vajilla también. A mí me parece preciosa, mucho más bonita que esos artículos daneses tan austeros que hoy en día usa todo el mundo.

Marian se fijó en el diseño. Era un motivo floral entre conchas, volutas y columnas.

—Bellísima —alabó—. No hacía falta que te molestaras tanto.

Trevor estaba radiante. No cabía duda de que estaba diciendo justo lo que él quería oír.

—No es ninguna molestia. En mi opinión, comer bien es importantísimo. ¿Por qué comer solo para sobrevivir, como hace casi todo el mundo? La salsa la he preparado yo. ¿Te gusta? —Y prosiguió sin esperar su respuesta—. No soporto esas salsas envasadas, son todas iguales… Consigo rábanos picantes en el mercado que hay cerca del paseo marítimo, pero resulta mucho más difícil encontrar gambas frescas en esta ciudad… —Ladeó la cabeza como si escuchara, se levantó de un salto y salió disparado hacia la cocina.

Fischer, que no había pronunciado ni una palabra desde que se habían sentado, abrió la boca y empezó a hablar. Pero como a la vez siguió comiendo, la introducción de comida y la expulsión de palabras creaban un ritmo que, en opinión de Marian, se parecía mucho a la respiración. Además, él parecía llevar aquella alternancia con el mismo automatismo, por suerte para él, porque estaba convencida de que si en algún momento se detenía a pensarlo, se atragantaría sin remedio. Y qué doloroso resultaría que se te metiera una gamba por la tráquea especialmente con aquella salsa de rábano picante. Lo miraba, fascinada y con bastante descaro, porque él tenía los ojos cerrados casi todo el rato. El tenedor encontraba el camino a la boca gracias a un peculiar sentido de la orientación que Marian no atinaba a explicarse; a lo mejor eran unas ondas de sonar como las de los murciélagos las que rebotaban en el tenedor; o a lo mejor sus patillas hacían las veces de antenas. No interrumpió su ritmo ni cuando Trevor, que ya había retirado las copas del cóctel, le puso el plato de sopa delante, aunque sí abrió los ojos el tiempo suficiente como para cambiar de cubierto y coger la cuchara, tras un intento infructuoso con el tenedor.

—Y este es el tema que he propuesto para la tesis —había empezado—. Quizá no les parezca bien, aquí la gente es muy conservadora, pero aunque me la rechacen, puedo publicarla igualmente en alguna revista. Las ideas humanas nunca se pierden, y en estos tiempos que corren, si no publicas no eres nadie. Y si finalmente no me dejan hacerla aquí, siempre puedo recurrir a Estados Unidos. Lo que tengo en mente es bastante revolucionario. «Malthus y la Metáfora Creativa». Malthus, claro está, no es más que un símbolo de lo que a mí me interesa: la innegable conexión entre el aumento de la tasa de natalidad en la era moderna, digamos en los últimos dos o tres siglos, especialmente entre el XVIII y la mitad del XIX, y el cambio de actitud de los críticos ante la poesía, con la consiguiente alteración de la concepción poética por parte de los poetas, una teoría que podría extrapolar sin miedo a todas las artes. Se tratará de un estudio interdisciplinario, un puente tendido entre unas líneas de investigación que en la actualidad son demasiado rígidas, una mezcla de economía, biología y crítica literaria, en principio. La gente se está limitando demasiado,

demasiado, hay un exceso de especialización, eso nos hace perder de vista muchos aspectos. Tendré que hacer estadísticas y preparar gráficos, claro; por el momento me he concentrado en el trabajo preliminar de buscar ideas, realizar las investigaciones previas y el examen necesario de las obras de los autores antiguos y modernos…

Seguían tomando jerez con la sopa. Fish se aferraba a su copa casi con violencia.

Ahora Marian se hallaba en medio de un fuego cruzado, porque nada más sentarse, Trevor había vuelto a dirigirle la palabra desde el otro lado, hablándole de la sopa, que era ligera y de sabor sutil; le contaba cómo había extraído las esencias, con esmero, calculando bien los tiempos, a fuego muy lento; y como era la única persona sentada a aquella mesa que más o menos la miraba, ella se sentía obligada a devolverle la mirada. Duncan no le prestaba atención a nadie, y ni Fish ni Trevor parecían desconcertados por el hecho de estar hablando a la vez. Era evidente que estaban acostumbrados. Pero no tardó en descubrir que podía defenderse bastante bien asintiendo y sonriendo de vez en cuando, mirando a Trevor y escuchando a Fish, que seguía hablando.

—El caso es que mientras la tasa de población se mantuvo baja, y los índices de natalidad y mortalidad eran altos en general, el nacimiento se consideraba un premio. El hombre estaba en armonía con los propósitos y los ritmos cíclicos de la naturaleza, y la tierra decía: «Producid, producid; creced y multiplicaos, si os acordáis…».

Trevor se levantó como impulsado por un resorte y retiró los platos de sopa. La voz y los gestos se le iban acelerando cada vez más. Entraba y salía de la cocina como el cuco de un reloj de cuco. Marian observó a Fish. Parecía que había tenido varios problemas de puntería con la sopa; la barba se le estaba apelmazando con los restos de comida. Parecía un bebé con patillas sentado en una silla alta. Marian deseó que alguien le pusiera un babero.

Trevor se presentó con platos limpios y volvió a esfumarse. Le oía trajinar en la cocina, una música de fondo para el discurso de Fish.

—Y así, en consecuencia, el poeta también se concebía a sí mismo como un productor natural: su poema era algo que, por expresarlo de algún modo, las Musas habían insuflado en él, o tal vez Apolo, de ahí el término «inspiración», como si le hubieran regalado un soplo de aliento; el poeta estaba preñado de su obra, el poema pasaba por un periodo de gestación, a menudo largo, y cuando por fin estaba listo para ver la luz, el poeta lo paría, en general con dolor. De esta manera, el proceso mismo de creación artística era una imitación de la naturaleza, de la parte de la naturaleza más importante para la supervivencia de la humanidad. Del nacimiento, quiero decir. Del nacimiento. En cambio, ¿qué tenemos ahora?

Se oyó una especie de silbido y Trevor hizo una entrada teatral con un sable envuelto en llamas en cada mano. Marian fue la única que lo miró.

—Dios mío —exclamó con admiración—. Es impresionante.

—¿Verdad que sí? Me encanta la comida flambeada. No es un kebab auténtico, claro, es más afrancesado, no tan tosco como el griego…

Cuando le echó en el plato lo que fuera que hubiese empalado en aquel espetón, vio que casi todo era carne. Ahora sí que estaba en un callejón sin salida. Tendría que buscar alguna solución. Trevor sirvió el vino mientras le explicaba lo difícil que era encontrar estragón en la ciudad.

—Pues como decía, lo que tenemos ahora es una sociedad en la que todos los valores se oponen al nacimiento. Venga a hablar de control de natalidad y de que debemos preocuparnos por la explosión demográfica, más que por la nuclear. De nuevo Malthus, claro, aunque la guerra ya no existe como medio para disminuir la población. En este contexto es evidente que el auge del Romanticismo…

Las otras fuentes contenían arroz con algo, una salsa aromática que se servía sobre la carne, y una verdura difícil de identificar. Trevor los fue pasando. Marian se metió un poco de esa verdura verde oscura en la boca, tentativamente, como se haría una ofrenda a un dios iracundo. Y la aceptó.

—… coincide significativamente con el incremento de población que, por supuesto, se inició un poco antes, pero que está alcanzando unas proporciones casi epidémicas. El poeta ya no podía concebirse con complacencia como sustituto de la figura materna, dando a luz sus obras, pariendo otro hijo para la sociedad. Tenía que convertirse en otra cosa, ¿y qué es este énfasis en la expresión individual, fijaos en el término «expresión», presionar hacia fuera, este énfasis en la espontaneidad, en la creación instantánea? No es solo que el siglo XX tenga…

Trevor había vuelto a la cocina. Marian contemplaba los trozos de carne de su plato con desesperación creciente. Pensó en esconderlos debajo del mantel, pero sin duda acabarían descubriéndolos. Habría podido meterlos en el bolso, si no lo hubiera dejado sobre la butaca. Tal vez pudiera deslizárselos disimuladamente por el escote, o por las mangas…

—… pintores que salpican los lienzos de pintura, prácticamente en un orgasmo de energía, es que tenemos escritores que piensan lo mismo de sí mismos…

Estiró la pierna por debajo de la mesa y le dio una patadita en la espinilla a Duncan. Él la miró. Durante un instante no dio señales de reconocerla, pero al cabo de un momento la observó con curiosidad.

Limpió de salsa todo lo que pudo uno de los trozos de carne, lo cogió con dos dedos y se lo tiró por encima de las velas. Él lo cogió, lo dejó en su plato y empezó a cortarlo. Ella se dispuso a repetir la operación con otro trozo.

—… aunque ya no como si se tratara de un parto; no. La larga meditación y el alumbramiento forman parte del pasado. El acto de la naturaleza que el arte opta ahora por emular, o más bien que se ve forzado a emular, es el acto mismo de la cópula…

Marian lanzó el segundo trozo, que Duncan también atrapó sin problemas. Tal vez fuera mejor que se cambiaran los platos en un momento, pensó; pero no, se darían cuenta, él se había terminado el suyo antes de que Trevor se levantara de la mesa.

—Lo que necesitamos es un cataclismo —prosiguió Fish. Su voz era casi un cántico, e iba aumentando de volumen; parecía estar preparando una especie de *crescendo*—. Un cataclismo. Otra Peste Negra, una inmensa explosión que barra a millones de personas de la faz de la tierra, que la civilización tal como la conocemos sea arrasada; solo así el nacimiento recuperaría su papel esencial, y podríamos volver a la tribu, a los viejos dioses, los tenebrosos dioses de la tierra, la diosa de la tierra, la diosa de las aguas, la diosa del nacimiento, del crecimiento y de la muerte. Necesitamos una nueva Venus de vientre fecundo, llena de vida, fértil, a punto de dar a luz un nuevo mundo en toda su plenitud, una nueva Venus que surja del mar…

Fischer decidió ponerse en pie, tal vez para dar mayor énfasis retórico a sus últimas palabras. Para ello, apoyó las manos en la mesa de las cartas, dos de cuyas patas se doblaron, lanzándole el plato sobre las piernas. En aquel momento, el trozo de carne que Marian había lanzado estaba en pleno vuelo y le dio a Duncan en un lado de la frente, antes de aterrizar sobre un montón de trabajos de la facultad.

Trevor, con una fuente de ensalada en Cada mano, había entrado justo a tiempo para presenciar ambos sucesos. Se quedó boquiabierto.

—Al menos yo sé lo que quiero ser de verdad —dijo Duncan en una estancia en la que de pronto reinaba el más absoluto silencio. Miraba al techo con serenidad, y tenía rastros de salsa gris claro en el pelo—: Una ameba.

Duncan se ofreció a acompañarla un trecho del camino. Necesitaba un poco de aire fresco.

Por suerte no se había roto ninguno de los platos de Trevor, aunque se habían derramado varias cosas; y cuando volvieron a poner las patas en su sitio y Fischer se calmó y se limitó a murmurar para sus adentros, Trevor le restó importancia al incidente, aunque durante el resto de la cena, mientras tomaban la ensalada y los *peches flambées* y las galletas de coco y el café y los licores, dispensó a Marian un trato más distante.

Ahora, mientras pisaban la capa congelada de nieve que cubría la calle, iban comentando el hecho de que Fischer se hubiera comido la rodaja de limón del lavafrutas.

—A Trevor eso le molesta, claro —dijo Duncan—. Ya le dije una vez que si no le gusta que Fish se la coma, sería mejor que no la pusiera. Pero él insiste en que hay que hacer bien las cosas, aunque, como él mismo admite, nadie valora demasiado sus esfuerzos. Yo también suelo comerme la mía; hoy no lo he hecho porque teníamos visita.

—Todo ha sido muy… interesante —dijo Marian. Iba pensando en que no habían hecho la más mínima referencia a ella ni le habían preguntado nada durante toda la cena, aunque al principio había supuesto que la invitaban porque los dos compañeros

de piso querían conocerla mejor. Sin embargo, después de la experiencia se le ocurría que lo más probable era que necesitaran desesperadamente nuevo público.

Duncan la miró con una sonrisa sardónica.

—Bueno, ahora ya sabes cómo es mi vida en casa.

—Podrías cambiarte de piso —sugirió ella.

—No, no. En realidad, casi me gusta. Además, ¿quién me cuidaría tanto? ¿Quién se interesaría tanto por mí? Porque ellos se preocupan, al menos cuando no están inmersos en sus pasatiempos, o cuando no salen para ocuparse de sus cosas. Se pasan tanto tiempo obsesionados con mi identidad que me evitan el hecho de preocuparme yo. A la larga, deberían facilitarme mucho mi conversión en ameba.

—¿Por qué te interesan tanto las amebas?

—Bueno, son inmortales —explicó—, y más o menos amorfas, y flexibles. Ser persona se está convirtiendo en algo muy complicado.

Habían llegado a lo alto de la rampa asfaltada que conducía al campo de béisbol. Duncan se sentó sobre un montículo de nieve, a un lado, y encendió un cigarrillo; nunca parecía afectarle el frío. Al cabo de un momento, ella se sentó a su lado. Como él no hizo ningún intento de rodearla con su brazo, fue ella quien lo hizo.

—Lo que pasa —prosiguió Duncan después de un rato— es que me gustaría que algo fuera verdadero. No todo, eso es imposible, pero sí al menos una o dos cosas. Vaya, que el doctor Johnson refutó la teoría de la irrealidad de la materia arreándole una patada a una piedra, pero yo no puedo ir por ahí pateando a mis compañeros de piso, o a los profesores. Además, ¿y si mi pie tampoco es real? —Tiró la colilla a la nieve y encendió otro cigarrillo—. Me parecía que a lo mejor tú lo serías. Bueno, si nos acostábamos. Porque ahora mismo eres totalmente irreal, solo puedo pensar en todas esa capas de ropa que llevas, abrigos y suéteres y esas cosas. A veces me pregunto si siempre habrá más capas debajo, a lo mejor eres toda de lana. Y sería, bueno, digo yo que sería bonito que no lo fueras…

Marian no pudo resistirse a aquella petición. Sabía muy bien que no era de lana.

—De acuerdo, supongamos que lo hiciéramos —le dijo, especulando—. A mi casa no podemos ir.

—A la mía, tampoco —respondió Duncan, sin dar ninguna muestra de sorpresa ni de alegría ante su aceptación tácita.

—Tendremos que ir a un hotel —apuntó ella—, como si estuviéramos casados.

—No nos creerían —objetó él, desanimado—. Yo no parezco casado. Pero si en los bares siguen preguntándome si ya he cumplido los dieciséis.

—¿No tienes carnet de identidad?

—Lo tenía, pero lo perdí. —Volvió la cabeza y le besó la nariz—. ¿Y si fuéramos a esos hoteles donde no es necesario que estés casado?

—¿Quieres decir… que no te importaría que me hiciera pasar por… una especie de prostituta?

—Bueno, ¿por qué no?

—No —respondió ella, algo indignada—. Eso no podría hacerlo.

—Seguramente yo tampoco —confesó Duncan con abatimiento—. Y los moteles quedan descartados, porque no sé conducir. Bueno, supongo que eso zanja el tema. —Encendió otro cigarrillo—. Además, es verdad. Sin duda me corromperías —añadió con cierta amargura—, aunque a lo mejor soy incorruptible.

Marian contemplaba el campo de béisbol. La noche era clara, transparente, y las estrellas brillaban fríamente en el cielo negro. Había nevado hacía poco, una nieve muy fina, y el parque era un espacio blanco y vacío, no hollado. De repente sintió el impulso de bajar y echar a correr y saltar, dejar huellas, laberintos de pisadas irregulares. Sin embargo, sabía que en cuestión de un minuto estaría caminando tranquilamente, como siempre, en dirección a la estación.

Se levantó, sacudiéndose la nieve del abrigo.

—¿Me acompañas un poco más? —le preguntó.

Duncan se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Parte de su rostro quedaba en sombra, mientras que algunas zonas se veían amarillas a la débil luz de la farola.

—No —dijo—. Supongo que ya nos veremos.

Dio media vuelta. Al alejarse, su figura se fue fundiendo casi sin ruido en la oscuridad azul.

Cuando Marian llegó a la elipse brillante y colorida de la estación de metro, buscó el monedero y sacó el anillo y unas monedas para el billete.

23

Marian descansaba boca abajo, con los ojos cerrados y un cenicero en equilibrio en la curva de la espalda, donde lo había colocado Peter. Él estaba tumbado a su lado, fumándose un cigarrillo y apurando su *whisky* doble. En el tocadiscos del salón sonaba música ambiental.

Aunque se esforzaba por no arrugar la frente, estaba preocupada. Esa mañana, finalmente, su cuerpo había dicho basta al arroz con leche envasado, aunque llevaba varias semanas aceptándolo sin apenas vacilar. Había sido un gran consuelo saber que podía contar con aquello. La saciaba, y además la señora Withers, la dietista, había dicho que lo enriquecían con vitaminas. Pero de repente, se lo sirvió y sus ojos lo vieron como un grupo de pequeños capullos. Capullos que contenían minúsculas criaturas vivas.

Desde que había empezado aquel asunto, había fingido que en realidad no le pasaba nada grave, que era una dolencia leve, como una erupción cutánea: enseguida se le pasaría. Ahora tenía que enfrentarse a lo que fuera; no estaba segura de si debía decírselo a alguien. A Duncan ya se lo había contado, pero no le había servido de nada; a él le había parecido normal, y lo que más inquietaba a Marian era precisamente la idea de que no lo fuera. Por eso no se atrevía a contárselo a Peter; tal vez la considerara una especie de bicho raro, o una neurótica. No le extrañaría que se replanteara el matrimonio; a lo mejor propondría que aplazaran la boda hasta que se le pasara. Ella en su lugar habría reaccionado igual. No se imaginaba qué haría cuando ya estuvieran casados y no pudiera ocultárselo por más tiempo. ¿Y si comieran cosas distintas?

Cuando estaba tomándose el café contemplando el arroz con leche intacto, Ainsley entró con su albornoz verde sucio. Últimamente ya no canturreaba ni hacía punto; se limitaba a leer un montón de libros, intentando, según sus propias palabras, eliminar el problema de raíz.

Antes de sentarse, dispuso sobre la mesa su levadura con hierro, su germen de trigo, su zumo de naranja, su laxante especial y sus cereales enriquecidos.

—Ainsley —le dijo Marian—, ¿te parezco normal?

—No es lo mismo norma que promedio —puntualizó Ainsley crípticamente—. Normal no lo es nadie. —Abrió un libro y se puso a leer, subrayando algunas líneas con un lápiz rojo.

De todos modos, Ainsley no le habría servido de gran ayuda. Hacía un par de meses le habría asegurado que todo eso estaba relacionado con su vida sexual, una idea ridícula. O con alguna experiencia traumática de la infancia, como encontrar un ciempiés en la ensalada, algo parecido a lo de Len con el pollito; pero, al menos que ella supiera, en su pasado no había ocurrido nada parecido. Nunca le había hecho

ascos a la comida; la habían educado para comer lo que le pusieran en el plato. Ni siquiera había tenido reparos con alimentos como olivas, espárragos o almejas, que según dicen hay que aprender a apreciar. Pero últimamente Ainsley había hablado bastante del behaviorismo. El behaviorismo, afirmaba, permitía curar enfermedades como el alcoholismo y la homosexualidad, siempre que los pacientes desearan realmente curarse: se les mostraban imágenes asociadas a sus dolencias e inmediatamente después se les suministraba una sustancia que les interrumpía la respiración.

—Por lo visto, no importa cuál sea el desencadenante de un comportamiento determinado, sino que es el comportamiento en sí lo que se convierte en problema —le había explicado Ainsley—. Claro que aún quedan algunos obstáculos. Si la causa está muy enraizada, los pacientes se limitan a sustituir una adicción por otra, a pasar del alcohol a la marihuana, por ejemplo. O se suicidan. Y lo que yo necesito no es un remedio, sino una prevención. Porque aunque tenga cura, si es que quiere curarse —prosiguió con desaliento—, siempre me recriminará que le haya causado el problema.

Pero Marian sospechaba que el behaviorismo no funcionaría en su caso. ¿De qué serviría, tratándose de una enfermedad tan pasiva? Si fuera una glotona sería distinto; pero no podían mostrarle imágenes de no-comida y luego detener su respiración.

Se había dedicado a repasar mentalmente a las demás personas con las que podría hablar del tema. Las vírgenes de la oficina se extrañarían mucho y le pedirían que se lo contara todo con detalle, pero le parecía que no serían capaces de ofrecerle ningún consejo constructivo. Además, si se lo explicaba a una, las demás no tardarían en enterarse y en poco tiempo todos sus conocidos estarían al corriente; y nunca se sabía, a lo mejor la noticia acabaría llegando a oídos de Peter. El resto de sus amistades vivía en otras ciudades, en otros países, y explicarlo por carta lo convertiría en algo demasiado irreversible. La señora de abajo… tendría que estar muy desesperada para confiarle algo así. Sería como contárselo a la familia; se horrorizarían, pero no entenderían nada. A todos les parecería de mal gusto que Marian tuviera algún tipo de problema con lo que definirían como sus funciones naturales.

Decidió visitar a Clara. Había muy poca esperanza (estaba claro que no sería capaz de proponer ninguna sugerencia concreta), pero al menos la escucharía. La telefoneó para asegurarse de que estaría en casa, y salió un poco antes del trabajo.

Se la encontró dentro del corralito, con su hija mediana. La pequeña estaba dormida en el cochecito, y Arthur no se veía por ningún lado.

—Me alegro mucho de que hayas venido —le dijo—. Joe ha ido a la universidad. Ahora mismo salgo y preparo un té. Elaine no quiere quedarse en el corralito —le explicó—, y la estoy ayudando a acostumbrarse.

—Ya me ocupo yo del té —se ofreció Marian. Vio a Clara como a una inválida incurable, y la asoció mentalmente a comidas servidas en bandejas—. Tú no te muevas.

Le llevó un rato encontrarlo todo, pero al fin consiguió ponerlo en la bandeja —el té, el limón, unas galletas digestivas que descubrió en la cesta de la colada—, la llevó al salón y la dejó en el suelo. Le pasó a Clara una taza por entre los barrotes.

—Bueno —dijo Clara cuando Marian se sentó en la alfombra, para estar al mismo nivel que ella—, ¿cómo va todo? Seguro que estarás muy ocupada, con los preparativos y eso.

Mirándola allí sentada, con la niña mordiéndole los botones de la blusa, Marian la envidió por primera vez en tres años. Lo que tuviera que pasarle a Clara, ya le había pasado; ya se había convertido en lo que debía convertirse. No es que quisiera estar en el lugar de Clara; solo deseaba saber en qué se estaba convirtiendo, qué dirección estaba tomando, para prepararse.

Le daba miedo despertarse una mañana y constatar que ya había cambiado y que ni siquiera se había percatado de ello.

—Clara —le dijo—, ¿tú crees que soy normal? —Hacía mucho tiempo que la conocía. Su opinión le serviría de algo.

Clara reflexionó antes de responder.

—Sí, diría que eres normal —declaró, quitándole a Elaine el botón de la boca—. Casi te diría que me pareces anormalmente normal, no sé si me explico. ¿Por qué lo preguntas?

Marian recuperó un poco la confianza en sí misma. Eso era precisamente lo que ella misma habría pensado. Pero si era tan normal, ¿a qué se debía el cambio que había experimentado?

—Es que últimamente me está pasando algo —dijo—. No sé qué hacer.

—¿Qué es? No, marranita, no, esto es de mamá.

—Hay alimentos que no puedo comer. Es una sensación horrible. —No estaba segura de si Clara le estaba prestando toda la atención que debía.

—Si, ya te entiendo. A mí siempre me ha pasado lo mismo con el hígado.

—Pero es que son cosas que yo antes comía. No es que no me guste el sabor. Es toda la… —Le resultaba difícil explicarlo.

—Serán los nervios por la boda —apuntó Clara—. Antes de casarme yo me pasé una semana vomitando todas las mañanas. Y Joe también —añadió—. Ya se te pasará. ¿Hay algún tema… sexual que te preocupe? —le preguntó, con una delicadeza que, viniendo de Clara, a Marian le resultó ridícula.

—No, en realidad no, gracias. —Aunque estaba segura de que la hipótesis de Clara no explicaba su problema, se sintió mejor.

El disco volvía a sonar. Abrió los ojos. Desde donde estaba, veía un portaaviones de plástico verde que flotaba en el círculo de luz del escritorio de Peter. Ahora él tenía un nuevo pasatiempo: montar maquetas de barcos. Decía que le relajaba. Ella misma

le había ayudado con aquel, leyéndole las instrucciones en voz alta y pasándole las piezas.

Se volvió y le sonrió. Peter le devolvió la sonrisa y los ojos le brillaron en la oscuridad.

—Peter, ¿soy normal? —le preguntó.

Él se rio y le dio una palmada en el trasero.

—Basándome en mi limitada experiencia, diría que eres maravillosamente normal, querida.

Marian suspiró. No se refería a eso.

—Me tomaría otra copa —dijo Peter. Era su manera de pedirle que se la sirviera. Le quitó el cenicero de la espalda. Ella se giró y se sentó en la cama, cogiendo la sábana para enrollársela alrededor del cuerpo—. Y, ya que estás ahí, dale la vuelta al disco. ¡Qué buena eres!

Marian lo hizo y se sintió desnuda en medio del salón, a pesar de la sábana y de la persiana. Se fue a la cocina y le sirvió la copa a Peter. Tenía hambre —no había cenado gran cosa—, así que sacó de la caja el pastel que había comprado por la tarde al regresar de casa de Clara. El día anterior había sido San Valentín, y Peter le había enviado una docena de rosas. Ella se había sentido culpable por no haberle regalado nada, pero no había sabido qué. El pastel no podía considerarse un regalo de verdad, era solo un detalle. Tenía forma de corazón y una cobertura de azúcar rosa. Seguramente estaba reseco, pero lo que importaba era la forma.

Sacó dos platos, dos tenedores y dos servilletas de papel. A continuación cortó el pastel. Le sorprendió descubrir que por dentro también era rosa. Se llevó un pedazo a la boca y masticó despacio. Sintió una textura esponjosa y granulada, como el estallido de miles de pulmones diminutos. Se estremeció, lo escupió en la servilleta y tiró el contenido de su plato a la basura. Se limpió la boca con la punta de la sábana.

Volvió al dormitorio con la copa de Peter y el otro plato.

—Te traigo un poco de pastel —anunció. Aquello sería una prueba, no para Peter, sino para sí misma. Si Peter tampoco lograba comérselo, entonces ella era normal.

—Qué amable eres. —Le cogió el plato y el vaso y los dejó en el suelo.

—¿No vas a comértelo? —Por un momento le pareció que tenía posibilidades.

—Más tarde —le dijo—. Más tarde. —Empezó a quitarle la sábana—. Estás helada, cariño. Ven, que te caliento.

En la boca de Peter percibió el sabor del *whisky* y el tabaco. Se tendió sobre él y la sábana los cubrió a los dos. El olor a jabón, a limpio, tan familiar, la envolvió. En sus oídos la música ambiental sonaba sin cesar.

Luego, Marian estaba boca abajo con el cenicero en equilibrio en la curva de la espalda; esta vez tenía los ojos abiertos. Miraba a Peter mientras él comía.

—Con el ejercicio me ha entrado hambre —le dijo, sonriendo. No pareció notar nada raro en el pastel. Ni siquiera pestañeó.

24

De repente ya era el día de la despedida de soltero de Peter. Marian se había pasado la tarde en la peluquería. Peter le había sugerido que se cambiara el peinado. También le había dado a entender que le gustaría que se comprara un vestido que no fuera tan «apagado», según lo describió, como los que ya tenía, y ella le había hecho caso. Era un modelito rojo, corto y con lentejuelas. No se sentía muy cómoda con él, pero la dependienta la animó.

—Te queda perfecto —le había dicho con entusiasmo.

Habían tenido que arreglárselo un poco, así que había ido a recogerlo al salir de la peluquería, y ahora lo llevaba en su caja rosa y plateada camino de casa por la calle resbaladiza, meciendo la cabeza como si fuera un malabarista haciendo equilibrios con una frágil burbuja dorada. Incluso al aire frío del anochecer, percibía el olor dulzón y artificial de la laca que el peluquero le había puesto para que no se le moviera ni un pelo, aunque ella le había pedido que no le pusiera demasiada; claro que nunca hacen lo que les piden. Te tratan como si fueras un pastel: algo que hay que adornar y rematar con cuidado.

Como Marian siempre se arreglaba el pelo en casa, le pidió a Lucy que le recomendara una peluquería, suponiendo que ella sí conocería alguna. Tal vez había sido un error. Lucy tenía una cara y una figura que casi pedían a gritos lo artificial. El esmalte de uñas, el maquillaje y los peinados sofisticados le quedaban como anillo al dedo, se integraban en ella a la perfección. Sin esa capa, sin duda resultaría como mutilada o desnuda. En cambio, Marian siempre había considerado que en su cuerpo todos aquellos elementos sobraban, quedaban flotando en la superficie como pegotes o carteles.

Nada más entrar en el espacioso salón rosa —todo era rosa y malva, parecía increíble que aquella decoración de una feminidad tan frívola pudiera resultar al mismo tiempo tan funcional—, se sintió tan pasiva como si ingresara en un hospital para someterse a una operación. Había confirmado la cita con una joven de pelo malva que, pese a las pestañas artificiales y las uñas iridiscentes, mostraba un aspecto y una actitud de eficiencia más propios de una enfermera. Acto seguido la había dejado en manos del personal que se ocupaba del protocolo.

La chica que le lavó la cabeza llevaba una bata rosa con cercos de sudor en las axilas. Tenía las manos enérgicas, muy profesionales. Marian había cerrado los ojos, echándose hacia atrás en la silla mientras le enjabonaban el pelo, se lo frotaban y se lo aclaraban. Se le ocurrió que sería bueno que anestesiaran a sus pacientes para dormirlos mientras los sometían a aquellos procedimientos necesarios; no le gustaba sentirse como un pedazo de carne, un mero objeto.

Luego la habían atado a la silla —bueno, no es que la ataran literalmente, pero tampoco podía levantarse ni salir corriendo al frío de la calle con el pelo mojado y aquella toalla quirúrgica alrededor del cuello—, y el médico se puso manos a la obra. Un hombre joven y fragante, con bata blanca, dedos largos y hábiles, y zapatos en punta. Ella se había quedado ahí sentada, tendiéndole las uñas, fascinada por la figura cubierta con una toalla que estaba atrapada en el espejo con marco dorado, y por la hilera de instrumentos relucientes y medicamentos embotellados que tenía delante. No veía lo que estaba haciendo él a sus espaldas. Sentía todo el cuerpo curiosamente paralizado.

Cuando al fin todas las horquillas, los rulos y las pinzas estuvieron en su sitio y la cabeza hubo adquirido el aspecto de un erizo mutante cubierto de extremidades peludas y redondas en vez de púas, la condujeron a otro asiento debajo de un secador de pelo, que conectaron. Miró de reojo la fila de mujeres sentadas en unas sillas malva idénticas a la suya, bajo unas máquinas ronroneantes con forma de seta idénticas a la suya. Lo único que se veía era una hilera de criaturas extrañas con piernas de distintas formas y manos que sostenían revistas y cabezas que eran cúpulas de metal. Inertes; totalmente inertes. ¿La estaban empujando hacia aquello? ¿Hacia ese conjunto de simples vegetales, de simples mecanismos? Un champiñón eléctrico.

Se convenció a sí misma de la necesidad de resistir, y cogió una revista de estrellas de cine de entre un montón que había en el revistero que tenía al lado. Una mujer rubia con los pechos enormes le hablaba desde la contracubierta: «¡Chicas! ¡A por el éxito! Si de verdad queréis conocer mundo, desarrollad vuestro busto…».

Una de las enfermeras declaró que ya tenía el pelo seco y la acompañó a la silla del doctor para que le quitaran los puntos. Le pareció incongruente que no se la llevaran en camilla. Pasó frente a la fila de las que aún no estaban listas y que seguían friéndose lentamente, y al cabo de un instante le quitaron los rulos para cepillarla y peinarla. Luego el médico sonrió y levantó un espejo de mano de manera que ella pudiera verse por detrás. Y se miró. Aquel doctor había convertido su pelo, normalmente liso, en algo de forma peculiar, decorado con mechones rígidos, curvados, y le había dejado dos tirabuzones como colmillos que le descendían en espiral a ambos lados de la cara.

—No sé —dijo insegura, frunciendo el ceño ante el espejo—. Creo que es un poco extremado para mí. —En su opinión, parecía una chica de alterne.

—Pues deberías peinarte así más a menudo —aseguró él con un entusiasmo italianizante, sin fisuras en su expresión arrobada—. Deberías probar cosas nuevas. Ser más atrevida, ¿eh? —Se rio con picardía, mostrando un número exagerado de dientes blancos y perfectos y dos piezas de oro. El aliento le olía a enjuague mentolado.

Pensó en pedirle que le quitara alguno de aquellos efectos especiales, pero finalmente se contuvo, en parte porque se sentía intimidada por el entorno lleno de aparatos tan especializados y su convicción como de dentista —debe saber lo que se

hace, es su trabajo—, pero en parte también porque sentía que se estaba encogiendo de hombros mentalmente. Después de todo, ella había dado el primer paso, había cruzado la puerta dorada por voluntad propia y esa era la consecuencia, y era mejor aceptarla. «A Peter seguramente le gustará —pensó—. A fin de cuentas, hace juego con el vestido».

Aún algo mareada por los efluvios de la peluquería, había entrado en uno de los grandes almacenes de la zona con la intención de tomar un atajo y llegar antes al metro. Había pasado deprisa por la sección de menaje del hogar y electrodomésticos, dejando atrás los anaqueles llenos de sartenes y cacerolas, y las aspiradoras y las lavadoras de muestra. Todo ello le recordó la fiesta sorpresa que las chicas de la oficina le habían organizado el día anterior, el último en que iba a trabajar, y que había implicado la entrega de trapos de cocina, cucharones, delantales con volantitos y consejos, como las varias cartas que su madre, inquieta, le había ido enviando últimamente, instándola a escoger modelos —de vajilla, de cristalería y de cubertería —, porque la gente quería saber qué comprarle de regalo de bodas. Había ido a varias tiendas para hacer la selección, pero hasta el momento no se había visto capaz de decidir nada. Y al día siguiente ya cogía el autobús para volver a casa. Daba igual, ya se ocuparía de eso más adelante.

Rodeó un expositor lleno de flores de plástico y avanzó por lo que parecía ser un pasillo central que conducía a alguna parte. Delante de ella, un hombre bajito y de movimientos sincopados, subido a un pedestal, hacía la demostración de un rallador que incorporaba un accesorio para eliminar el corazón de las manzanas. Rallaba y elogiaba las virtudes del producto simultáneamente, sin parar, levantando ahora un montón de zanahoria rallada, ahora una manzana con un agujero limpiamente abierto en el centro. Un grupo de mujeres cargadas con bolsas de la compra lo observaban en silencio, con incredulidad y escepticismo. A la luz implacable de aquel sótano, los abrigos gruesos y las botas se veían sin brillo.

Marian se detuvo un momento en la parte más externa del corrillo. El hombrecillo cortó un rábano en forma de rosa empleando otro accesorio. Varias mujeres se volvieron y examinaron a Marian con desconfianza, como evaluándola. No era posible interesarse por un rallador con un peinado como aquel. ¿Cuánto se tardaba en adquirir ese aire doméstico de clase media-baja, la piel ajada, como de abrigo roñoso, de ropa desgastada a la altura de los puños y alrededor de los botones, de cuero rozado de bolso; el rictus casi imperceptible, los ojos inquisidores; y, sobre todo, ese color invisible que más parecía un olor, un olor a forro de tapicería mohosa y linóleo gastado que en ese sótano les confería más autenticidad que a ella? Al menos, los futuros ingresos de Peter descartaban la posibilidad de los ralladores. Aquellas miradas la hacían sentir como una simple aficionada.

El hombre empezó a reducir una patata a su mínima expresión. Marian perdió el interés y prosiguió su busca de la señal amarilla del metro.

Al abrir la puerta, oyó un rumor de voces femeninas. Se quitó las botas, las dejó en el vestíbulo, sobre los papeles de periódico dispuestos para tal fin. En el mismo sitio ya había otros pares, muchos de ellos con suelas gruesas y ribetes de piel en la parte superior. Al cruzar la puerta de la salita, captó retazos de vestidos, sombreros y collares. La señora de abajo había organizado una merienda; debían de ser las Hijas del Imperio, o tal vez la Unión de Mujeres Cristianas por la Abstinencia. La niña, con un vestido de terciopelo marrón con cuello de encaje, estaba sirviendo los pasteles.

Marian subió la escalera tan discretamente como pudo. Por algún motivo, aún no le había comunicado a la señora de abajo la intención de dejar el apartamento. Debería haberlo hecho hacía semanas. Tal vez por culpa de aquel retraso tendría que pagar un mes más por no haber avisado con suficiente antelación. A lo mejor Ainsley estaba interesada en conservarlo y compartirlo con alguna otra chica, aunque lo dudaba. Al cabo de unos pocos meses, ya sería imposible.

Cuando llegó al segundo tramo de la escalera, oyó que Ainsley estaba hablando con alguien en el salón. Nunca la había oído hacerlo en aquel tono tan duro, tan airado, tan insistente. Ainsley no solía perder los estribos. Había otra voz que la interrumpía, que respondía. Era la de Leonard Slank.

«Oh, no», pensó Marian. Por lo visto se hallaban en plena discusión. Y ella no quería verse implicada bajo ningún concepto. Intentó entrar en su habitación sin que lo advirtieran y cerrar la puerta, pero Ainsley debió de oírle subir la escalera, porque asomó la cabeza bruscamente por la puerta del salón, seguida de su gran mata de pelo rojo, suelto, y del resto del cuerpo. Estaba descompuesta y se notaba que había llorado.

—¡Marian! —exclamó, a medio camino entre la súplica y la orden—. Tienes que entrar y hablar con Len. ¡Haz que entre en razón! Me encanta tu peinado —añadió de pasada.

Marian la siguió al salón, sintiéndose como uno de esos juguetes de madera con ruedas que se arrastran con un cordel, pero no sabía qué argumentos, morales o de cualquier otro tipo, podía esgrimir para negarse. Len se encontraba de pie en el centro de la sala, y parecía aún más alterado que Ainsley.

Marian se sentó sin quitarse el abrigo, que debía hacer las veces de amortiguador de impactos. Los dos se quedaron mirándola en silencio, con una expresión mezcla de enfado y súplica.

—¡Dios mío! —casi gritó Len de pronto—. ¡Después de todo lo que ha pasado, ahora quiere que me case con ella!

—¿Pero a ti qué te pasa? No querrás tener un hijo homosexual, ¿no? —atacó Ainsley.

—¡Será posible! Yo no quiero tener un hijo de ninguna manera. Yo no lo quería, lo hiciste tú sólita, deberías abortar, tiene que haber alguna pastilla que…

—Pero ¿qué estás diciendo? No seas ridículo, por supuesto que voy a tenerlo; pero debería vivir en las mejores condiciones, y es responsabilidad tuya proporcionarle un padre. Una imagen paterna.

Ahora Ainsley intentaba hablarle en un tono algo más sereno y frío.

Len caminaba de un lado para otro de la sala.

—¿Cuánto cuestan? Yo te compro uno. Lo que quieras. Pero no pienso casarme contigo, que no. Y no me cargues con esa responsabilidad, yo no soy responsable. Tú sólita lo organizaste todo. Me animaste a que me emborrachara deliberadamente, me sedujiste, casi me obligaste a…

—Pues yo no recuerdo que ocurriera exactamente así. —Interrumpió Ainsley—. Y estaba en un estado que me permite recordar bastante más que a ti. En cualquier caso, no importa —prosiguió haciendo gala de una lógica implacable—. Tú creías que me estabas seduciendo a mí. Y, en el fondo, eso también cuenta, ¿no? Tus motivos. Supongamos que en realidad me hubieras seducido y que yo me hubiera quedado embarazada sin querer. ¿Qué harías entonces? En ese caso no cabe duda de que sí serías responsable, ¿no? Así pues, es tu responsabilidad.

Len se esforzó cuanto pudo por controlar la expresión de su rostro. Su sonrisa era la parodia anémica de un cínico sarcasmo.

—Eres como todas, una sofista —dijo, incapaz de contener la rabia de su voz—. Estás retorciendo la verdad a tu antojo. Centrémonos en los hechos, ¿de acuerdo, guapa? La verdad es que yo no te seduje, que yo estaba…

—Eso no importa —insistió Ainsley, elevando la voz—. Tú creías que estabas…

—¡Por el amor de Dios! Sé un poco más realista —gritó Leonard.

Marian había permanecido sentada en silencio, mirando alternativamente a uno y otro, pensando en lo peculiar de su comportamiento, en lo fuera de control que estaban.

—¿Os importaría bajar el tono? —les pidió al fin—. La señora de abajo podría oíros.

—Que le den por culo a la señora de abajo —replicó Len.

Aquella última sugerencia les pareció tan blasfema y a la vez tan ridícula que Ainsley y Marian estallaron a la vez en carcajadas, entre horrorizadas y encantadas. Len las miró. Aquel era el escarnio final, el colmo de su insolencia femenina: después de hacerle pasar por todo aquello, ahora se reían de él. Agarró el abrigo que estaba doblado sobre el respaldo del sofá y se encaminó a la escalera.

—¡Os podéis ir a la mierda, tú y tu culto a la fertilidad! —gritó antes de empezar a bajar.

Ainsley, viendo peligrar su imagen paterna, recompuso su expresión hasta convertirla en un gesto de súplica y salió corriendo tras él.

—Len, vuelve y hablemos sin alterarnos —le imploró. Marian los siguió hasta abajo, impulsada no tanto por la idea de hacer algo concreto o serles de ayuda como

por un oscuro instinto gregario, como de rebaño. Si todos se tiraban por un precipicio, ¿por qué no iba a hacerlo ella también?

La huida de Len se vio entorpecida por la rueca del rellano. Se quedó un momento enganchado en ella, tiró para zafarse y empezó a maldecir. Cuando al fin se disponía a bajar el segundo tramo, Ainsley lo interceptó y le agarró de la manga, y todas las señoras de abajo, tan pendientes de cualquier señal de perversión como las arañas de las vibraciones de su tela, salieron revoloteando de la salita y miraron en dirección a la escalera con satisfecha expresión de alarma. La niña se encontraba entre ellas, aún con una bandeja de pasteles en la mano, con la boca entreabierta y los ojos como platos. La señora de abajo, vestida de seda negra y envuelta en perlas, lo observaba todo desde un digno segundo plano.

Len miró primero atrás, por encima del hombro, y luego adelante, hacia el final de la escalera. La retirada era imposible. Estaba acorralado. No le quedaba más remedio que seguir avanzando con valentía.

Y para colmo de males, tenía público. Los ojos le daban vueltas, como los de un spaniel enloquecido.

—¿Por qué no os vais a la mierda? ¡Sois unas putas, unas auténticas zorras! ¡A la mierda! ¡Si es que todas sois iguales! —gritó con una entonación que a Marian le pareció de lo más aceptable.

Se zafó de la mano de Ainsley que lo agarraba.

—¡No me atraparás, no lo permitiré! —gritó, iniciando el descenso, con el abrigo flotando a sus espaldas. Ello provocó que las señoras se dispersaran en una estampida de estampados de tarde y flores de terciopelo, antes de que Len alcanzara la puerta de entrada. Salió a la calle y cerró de un portazo. En la pared, los antepasados amarillentos temblaron en sus marcos.

Ainsley y Marian subieron a su apartamento con el parloteo indignado de fondo de las señoras. La voz de la casera destacaba entre las demás, tranquilizadora y pausada.

—Es evidente que ese joven ha bebido demasiado.

—Bueno —dijo Ainsley con voz tajante y práctica cuando volvieron al salón—, supongo que ya está.

Marian no sabía si se refería a Leonard o a la señora de abajo.

—¿Ya está qué? —le preguntó.

Ainsley se retiró el pelo de la cara y se alisó la blusa.

—Supongo que no volverá más por aquí. Y mejor, la verdad. No creo que sea capaz de ofrecer una buena imagen paterna. Tendré que buscarme a otro y listo.

—Sí, supongo que sí —admitió Marian vagamente.

Ainsley entró en su dormitorio con paso decidido y cerró la puerta. El caso parecía cerrado. Era como si ya tuviera decidido otro plan de acción, aunque a Marian no le apetecía pensar en qué podía consistir. Además, pensar no iba a servirle de nada. Fuera lo que fuere, ella no podría hacer nada para impedirlo.

25

Entró en la cocina y se quitó el abrigo. Se tomó las vitaminas, y al hacerlo se acordó de que no había comido nada en todo el día. Debía meterse algo en el estómago.

Abrió el frigorífico para ver si había algo comestible. El compartimiento del congelador estaba tan recubierto de hielo que la puerta ya no cerraba. En el interior había dos cubiteras y tres paquetes de cartón de aspecto dudoso. Los estantes de la nevera estaban llenísimos: tarros, platos con cuencos invertidos encima, alimentos envueltos en papel encerado y bolsas de papel marrón. Los de más atrás llevaban más tiempo del que lograba recordar. Algunos empezaban a oler mal de forma patente. Lo único que despertó mínimamente su interés fue un trozo de queso amarillo. Lo sacó del estante y observó que una fina capa verde recubría el lado que quedaba debajo. Volvió a dejarlo en el mismo sitio y cerró la puerta. Decidió que, de todos modos, no tenía hambre.

—Mejor me tomo un té —se dijo. Buscó en el armario de las tazas. Estaba vacío. Eso implicaba que todas estaban sucias y que tendría que lavar una. Se acercó al fregadero y miró el interior.

Estaba hasta los topes de cacharros sucios. Montañas de platos, vasos medio llenos de un agua con aspecto orgánico, cuencos con vestigios de sustancias que habían dejado de ser reconocibles. Encontró un cazo en el que habían preparado unos macarrones con queso; la superficie interior estaba salpicada de un moho azulado. Al fondo, un plato de postre, de cristal, cubierto de agua, al fondo de una olla, y revestido de una película gris que recordaba las algas de los lagos. Ahí también estaban las tazas, todas las tazas, amontonadas unas sobre otras, manchadas de té y café y con cercos de leche reseca. Incluso la porcelana blanca del fregadero se había revestido de una piel marrón. No quería tocar nada, por miedo a descubrir lo que se agazapaba fuera del alcance de la vista. Quién sabía qué otros botulismos podían estar proliferando ahí abajo.

—Qué asco —dijo. Experimentó la imperiosa necesidad de hacer una limpieza a fondo, de abrir los grifos al máximo y rociarlo todo con detergente líquido. Hasta una mano se le movió hacia delante. Pero al final se detuvo. Tal vez el moho tenía tanto derecho a existir como ella. La idea no contribuyó a tranquilizarla.

Se refugió en su habitación. Era demasiado pronto para empezar a prepararse para la fiesta, pero no se le ocurría qué otra cosa hacer para matar el tiempo. Sacó el vestido de la caja y lo colgó. Se puso la bata y empezó a buscar los artículos de aseo. Iba a descender a territorio enemigo, y tal vez tuviera que superar un encuentro con la señora de abajo. Bueno, pensó, me limitaré a negar cualquier relación con lo sucedido y dejaré que Ainsley cargue con las consecuencias.

Mientras se iba llenando la bañera, se cepilló los dientes, examinándoselos en el espejo para asegurarse de que no tenía ningún resto de comida, un hábito tan arraigado que lo practicaba incluso cuando no había tomado nada. Pensó en que era curioso el tiempo que se pasaba con un cepillo en la mano y la boca llena de espuma, mirándose la garganta. Descubrió que le había salido un granito junto a una ceja. Eso es porque no estoy comiendo como es debido, pensó; mi metabolismo, o mi equilibrio químico, o lo que sea, está alterado. Mientras observaba el granito, le pareció que iba cambiando ligerísimamente de posición.

Tenía que ir al oculista, empezaba a ver borroso. Sería astigmatismo, se dijo mientras escupía en el lavabo.

Se quitó el anillo de compromiso y lo dejó en la jabonera. Le quedaba un poco grande —Peter le había dicho que tenían que llevarlo para que se lo arreglaran a su medida, aunque Clara le había aconsejado que no lo hiciera, que era mejor que se dejara así, porque los dedos se iban ensanchando con los años, y más durante los embarazos—, y últimamente tenía miedo de verlo desaparecer por el desagüe. Peter se habría puesto furioso; le gustaba mucho. Se metió en la bañera, por encima del lado demasiado alto, pasado de moda, y se sumergió en el agua tibia.

Empezó a enjabonarse. El agua la sosegaba, la relajaba. Disponía de mucho tiempo. Podía permitirse el lujo de sucumbir a la tentación de echarse hacia atrás, con el pelo cuidadosamente dispuesto sobre el borde de la bañera para mayor seguridad, y flotar sintiendo que el agua le acariciaba suavemente el cuerpo casi sumergido. Desde su posición elevada, veía sin obstáculos las paredes blancas y cóncavas que la rodeaban y el agua casi transparente. Su cuerpo formaba islotes, se extendía en una serie de curvas y recovecos hacia la península lejana de las piernas y los riscos de los dedos de los pies. Más allá, una rejilla para el jabón y la grifería.

Había dos llaves, una para el agua fría y otra para la caliente. Las dos tenían una base en forma de bulbo, y en medio había otra, con un grifo por el que salía el agua. Se fijó más; en cada uno de los tres globos plateados descubrió una forma rosada que se extendía curiosamente. Se adelantó, creando un mar de olas, para ver qué era aquello. Tardó un poco en reconocer, en aquellas formas protuberantes y distorsionadas, su propio cuerpo empapado.

Se movió, y las tres imágenes la imitaron. No eran del todo idénticas. Las dos de los extremos estaban algo ladeadas hacia la del centro. Era muy curioso ver tres reflejos de una misma a la vez, pensó; se inclinó adelante y atrás para comprobar cómo se ensanchaban o estrechaban las distintas partes de su cuerpo plateado y brillante. Casi se había olvidado de que en teoría se estaba bañando. Alargó una mano hacia los grifos y la vio crecer.

Se oyeron unos pasos fuera. Sería mejor que se apresurara. Seguro que era la señora de abajo que quería entrar. Empezó a aclararse los restos de jabón. Bajó la vista y cobró conciencia del agua, que estaba cubierta de una película más densa y turbia formada por la suciedad y la espuma, y del cuerpo sentado en ella, que de

algún modo ya no era el suyo. De repente tuvo miedo de estar disolviéndose, de estar deshaciéndose en capas, como un trozo de cartón en el charco de una alcantarilla.

Quitó el tapón al momento y salió de la bañera. Se sintió más segura en la playa seca de aquel suelo embaldosado y frío. Volvió a ponerse el anillo de compromiso y por un momento lo consideró un talismán protector que la ayudaría a mantenerse íntegra.

Pese a ello, el pánico la acompañó mientras subía las escaleras. No se veía capaz de enfrentarse a la fiesta, a la gente; los amigos de Peter eran simpáticos, pero apenas la conocían, y tuvo miedo de que cuando la observaran con sus ojos desconcertados, ella perdiera su forma, se esparciera, no fuera capaz de contenerse más, empezara —eso sería lo peor— a hablar mucho, a contárselo a todo el mundo, a llorar. Contempló con desolación el festivo vestido rojo que colgaba en el armario. ¿Qué puedo hacer? Se sentó en la cama.

Permaneció un rato mordisqueando el extremo del cinturón del albornoz, sumida en una tristeza imprecisa y persistente que de pronto le parecía que llevaba mucho tiempo taponándole la mente, tanto que ya no se acordaba. Con aquel peso que la aplastaba, era muy improbable que consiguiera levantarse de la cama. ¿Qué hora será?, se dijo. Tengo que prepararme.

Las dos muñecas que al final no había llegado a tirar la vigilaban desde el tocador. Mientras les devolvía la mirada, sus caras se difuminaban y enseguida retomaban su forma, ligeramente malévolas. Le irritaba que siguieran allí sentadas, impasibles, a ambos lados del espejo, limitándose a contemplarla sin ofrecer ningún consejo. Sin embargo, ahora que estudiaba sus rostros con mayor detenimiento, descubría que era solo la más oscura, la que tenía capas despintadas, la que la miraba. A lo mejor la rubia ni la veía, y aquellos ojos redondos y azules insertados en el rostro de goma la atravesaban sin percatarse de ella.

Sustituyó el cinturón del albornoz por un dedo y empezó a mordisquearse la uña. O a lo mejor era un juego, un acuerdo al que habían llegado. Se vio en el espejo un instante, entre las dos, como si estuviera dentro de ellas, dentro de las dos a la vez, y mirara hacia el exterior: ella misma era una forma vaga y húmeda metida en un albornoz, algo desenfocada, y los ojos de la rubia se fijaban en el peinado nuevo, en las uñas mordidas, y los de la morena llegaban más hondo, a algo que no alcanzaba a distinguir, y las dos imágenes solapadas se separaban cada vez más. El centro, fuera lo que fuere lo que había en el espejo, lo que las mantenía unidas, pronto quedaría vacío. Con la fuerza de sus visiones separadas, intentaban desgarrarla.

No podía quedarse más tiempo allí. Se levantó de la cama y salió al recibidor, donde se descubrió descolgando el teléfono y marcando un número. Sonaron varios tonos de llamada y alguien contestó. Contuvo el aliento.

—¿Sí? —respondió una voz malhumorada.

—¿Duncan? —dijo ella en tono dubitativo—. Soy yo.

—Ah. —Se hizo un silencio.

—Duncan, ¿puedes venir esta noche a una fiesta? Es en casa de Peter. Ya sé que es muy tarde para invitarte, pero…

—Es que, en teoría, esta noche vamos a una fiesta de sesudos licenciados en Filología inglesa —objetó—. Toda la familia.

—Bueno, entonces a lo mejor podrías pasarte luego. Y si les apetece, que vengan ellos también.

—No sé…

—Por favor, Duncan, es que no conozco a nadie, y necesito que vengas —insistió con una intensidad que no le era propia.

—No, no lo necesitas —replicó él—. Pero a lo mejor nos acercamos. El otro plan suena bastante aburrido, se pasan horas hablando sobre sus exámenes orales, y a lo mejor resulta interesante ver con quién vas a casarte.

—Oh, gracias —exclamó ella antes de darle la dirección.

Cuando colgó, se sentía mucho mejor. Así que aquella era la solución; asegurarse de que en la fiesta hubiera gente que la conociera de verdad. Aquello mantendría las cosas en su sitio y le permitiría sobrellevar… Marcó otro número.

Se pasó media hora al teléfono; logró contactar con un número suficiente de personas. Si conseguían niñera, Clara y Joe irían, y con ellos ya serían cinco, contando a los otros tres. Más las tres vírgenes de la oficina. Tras sus dudas iniciales, causadas, suponía, por la poca antelación con que las había avisado, las convenció del todo cuando les comentó que no las había invitado antes porque creía que iba a ser principalmente una reunión de gente casada, pero que al final resultaba que también irían algunos solteros sin novia, así que les pedía por favor que asistieran ellas también. Los solteros se aburrían como ostras en las fiestas de casados, había añadido. Con ellas ya tenía ocho. Y al final se lo había pedido a Ainsley —le convenía salir—, quien, para su sorpresa, había aceptado; no era el tipo de fiesta que le gustara.

Aunque consideró la idea de proponérselo a Leonard Slank, al final Marian decidió que no sería sensato.

Ahora que se sentía más serena, podía empezar a vestirse. Se embutió en la faja que se había comprado para ponérsela bajo el vestido, constatando que en realidad no había perdido mucho peso; últimamente había comido bastante pasta. No había sido su intención comprársela, pero la dependienta que le había vendido el vestido, y que iba encorsetada de arriba abajo, le había mostrado un modelo adecuado, con forro de satén y una cinta de raso en la parte delantera. «Tú estás delgadísima, claro, y la verdad es que no la necesitas, pero este vestido es muy entallado, y supongo que no querrás que se note que no llevas, ¿no?». Y había arqueado sus cejas angulosas. En aquel momento le pareció que era más bien una cuestión de moral. «No, claro que no —le había respondido Marian al instante—, me la llevo».

Cuando se hubo metido en el vestido, advirtió que no llegaba a la cremallera. Llamó a la puerta de Ainsley.

—¿Me subes la cremallera, por favor? —le preguntó.

Ainsley estaba en ropa interior. Había empezado a maquillarse, pero de momento solo uno de los ojos había adquirido su raya negra y las cejas aún no estaban delineadas, por lo que su expresión resultaba desequilibrada. Cuando le hubo subido la cremallera y prendido el corchete de arriba, retrocedió unos pasos y la examinó con detenimiento.

—El vestido está muy bien —le dijo—; pero ¿qué vas a llevar con él?

—¿Con él?

—Sí, es muy espectacular. Pero necesitarás unos buenos pendientes o algo que combine. ¿Qué tienes por ahí?

—Pues… no sé —dijo Marian. Entró en su habitación y se trajo el joyero que contenía la bisutería que le había ido regalando su familia. Eran básicamente variaciones sobre un mismo tema de perlas de imitación y conchas engarzadas y flores de vidrio y metal y animalitos.

Ainsley los fue descartando.

—No —declaró con aplomo de experta—. No sirven. Pero yo tengo un par que te irá bien.

Tras una búsqueda que implicó revolver mucho dentro de los cajones y levantar un buen número de objetos del escritorio, encontró un par de pendientes largos y aparatosos y se los puso en las orejas.

—Así está mejor —declaró—. Ahora, sonríe.

Marian la obedeció tímidamente.

Ainsley asintió en silencio.

—El pelo está bien, pero sería mejor que me dejaras maquillarte. A ti no te sale muy bien. Te pintarías poquísimo, como siempre, y al final parecerías una niña que se ha disfrazado con la ropa de su madre.

Arrastró a Marian hasta una silla, de la que colgaban piezas de ropa en distintas fases de uso, y le cubrió los hombros con una toalla.

—Primero te pintaré las uñas, para que se te vayan secando. Vaya, parece que últimamente te las has estado mordiendo.

Cuando las tuvo pintadas, de un color marfil brillante, y Marian ya estaba con las manos extendidas, aleteando, Ainsley empezó a dedicarse a la cara, usando cosméticos y utensilios que sacaba del montón de productos de belleza que ocupaban toda la superficie del tocador.

Durante la sesión, mientras sometía su piel, sus ojos y sus cejas a los más extraños procesos, Marian permaneció sentada, pasiva, maravillada ante la eficacia profesional con la que Ainsley manipulaba sus rasgos. Le recordaba a esas madres entre las bambalinas de las funciones de teatro escolares, maquillando a sus preciosas hijitas. Solo tuvo un pensamiento fugaz destinado a los gérmenes.

Al final, Ainsley cogió un pincel de labios y le aplicó varias capas de brillo.

—Ya está —anunció, tendiéndole un espejo de mano a Marian para que se viera —. Mucho mejor, pero ten cuidado hasta que se te seque el rímel.

Marian se miró esos ojos de egipcia, perfilados y muy sombreados, que pertenecían a una completa desconocida. Hasta le daba miedo parpadear, porque no sabía si, con el esfuerzo, aquella cara se le cuartearía y se le caería a trozos.

—Gracias —le dijo sin demasiada convicción.

—Ahora sonríe.

Marian obedeció.

Ainsley frunció el ceño.

—No, así no. Tienes que ser un poco más convincente. Un poco más de caída de párpados.

Marian se sentía incómoda, insegura. Experimentaba, se miraba en el espejo, intentaba descubrir qué grupo de músculos se encargaba de producir los efectos deseados, y justo cuando logró entornar los párpados en la medida exacta, con expresión sugerente, oyó unos pasos que subían la escalera. En ese preciso instante vio a la señora de abajo aparecer en la puerta, con la respiración entrecortada.

Marian se quitó la toalla de los hombros y se levantó. Ahora que había entrecerrado los ojos, no podía volver a levantar las pestañas inmediatamente, devolverlas a su ángulo normal de apertura. Con semejante atuendo, no le sería posible comportarse con la educación expeditiva que la situación exigía.

La señora de abajo contuvo un gritito de sorpresa cuando se encontró con la nueva imagen de Marian —los brazos desnudos, el vestido escueto y el artificioso maquillaje—, pero en realidad el blanco de sus iras era Ainsley, que estaba de pie, descalza y en bragas, con un ojo maquillado y la melena roja y suelta sobre los hombros.

—Señorita Tewce —empezó la señora de abajo. Todavía llevaba puesto el vestido de la merienda y el collar de perlas: iba a intentar hacer una intervención digna—. Antes de hablar con usted, he preferido esperar a calmarme del todo. No quiero palabras malsonantes, siempre he huido de las escenas y de las situaciones desagradables, pero siento comunicarle que tendrá usted que marcharse. —No estaba en absoluto calmada; le temblaba la voz. Marian se fijó en que con una mano apretaba un pañuelo de encaje—. Lo de la bebida nunca me ha gustado; sé que todas esas botellas vacías eran suyas, estoy segura de que la señorita MacAlpin no bebe, al menos no en exceso. —Los ojos se le fueron una vez más al vestido de Marian; parecía que su fe empezaba a flaquear, pero no rectificó el comentario—. Sin embargo, había sido usted bastante discreta en lo referente al alcohol que metía en esta casa; y de la suciedad y el desorden no podía decir nada, soy una persona tolerante, y por lo que a mí respecta lo que haga cada uno en su casa siempre ha sido asunto suyo. También hice la vista gorda cuando aquel joven pasó aquí la noche… Lo sé perfectamente, no intente engañarme. ¡Si hasta salí temprano a la mañana siguiente para evitar una situación embarazosa! Por suerte mi hija no se enteró. Pero hacerlo

tan público, sacar a la luz del día a sus amigos, a esos borrachos e indecentes, cuando la gente puede verlos… y es un pésimo ejemplo para la niña…

Ainsley la miraba fijamente. El ojo maquillado lanzó un destello.

—Bueno —replicó la joven en tono igualmente acusador, echándose el pelo hacia atrás y separando un poco más lo pies desnudos—, siempre he sospechado que era usted una hipócrita y ahora no me cabe la menor duda de ello. Es usted una burguesa impostora, no tiene convicciones ni nada que se le parezca. Lo único que le preocupa es el qué dirán: su preciada reputación. Pues a mí ese comportamiento me parece inmoral. Quiero que sepa que además estoy esperando un hijo, y que por nada del mundo accedería a educarlo bajo este techo: usted le enseñaría a ser una persona falsa. Usted sería el mal ejemplo para él, y déjeme decirle que es usted, con diferencia, la fuerza más anticreadora de vida que he conocido jamás. Estaré encantada de irme de aquí, y cuanto antes mejor; no quiero que ejerza sobre mi hijo ninguna influencia prenatal negativa.

La señora de abajo estaba muy pálida.

—Oh —exclamó débilmente, agarrando las perlas del collar—. Un hijo, oh, oh, oh. —Dio media vuelta, emitiendo unos gritos de indignación y desconcierto, y bajó la escalera a toda prisa.

—Supongo que ahora tendrás que irte —dijo Marian. Ella se sentía a salvo, ajena a la nueva complicación. De todos modos pensaba marcharse al día siguiente. Y ahora que finalmente la señora de abajo había forzado una confrontación, no entendía cómo era posible que en algún momento se hubiera sentido intimidada por ella. Había sido muy fácil derrotarla.

—Sí, claro —respondió Ainsley con calma, antes de sentarse y empezar a pintarse el otro ojo.

Sonó el timbre de abajo.

—Ese debe de ser Peter. ¡Qué pronto! —No tenía ni idea de lo tarde que era—. Se supone que he de acompañarle para ayudarle a preparar las cosas. Me encantaría que vinieras con nosotros, pero creo que no podemos esperar tanto.

—No importa —dijo Ainsley, trazándose una ceja larga y pronunciada en la frente, en el lugar en que debería haber estado la suya—. Ya me pasaré más tarde. De todos modos tengo varias cosas que hacer. Y si hace demasiado frío para el bebé, siempre puedo coger un taxi. No queda tan lejos.

Marian entró en la cocina, donde había dejado el abrigo. Debería haber comido algo, se dijo, es malo beber con el estómago vacío. Ya oía a Peter subir la escalera. Se tomó otra pastilla de vitaminas. Eran marrones, ovaladas y puntiagudas, como semillas de cápsula dura. A saber qué meterán en estas pastillas, se preguntó mientras tragaba.

26

Peter abrió la puerta de cristal con la llave y la sujetó con la cadena para que los invitados la encontraran abierta. Entraron en el amplio vestíbulo embaldosado y lo cruzaron juntos en dirección a la escalera. El ascensor seguía sin funcionar, aunque Peter aseguraba que a finales de la semana siguiente ya lo pondrían en marcha. Lo que sí funcionaba era el montacargas de servicio, pero los trabajadores lo cerraban con llave.

El edificio estaba casi terminado. Cada vez que iba, Marian reparaba en algún detalle nuevo. Gradualmente, aquel desorden de materiales a la vista, tuberías, planchas desnudas y bloques de cemento había ido desapareciendo y se había convertido, gracias a un proceso invisible de digestión y asimilación, en aquella piel reluciente que revestía el espacio por el que avanzaban. Habían pintado las paredes y las filas de pilares de refuerzo de un rosa anaranjado. Ya habían instalado las luces, que ahora brillaban con frialdad implacable, porque Peter las había encendido todas para la fiesta. Los espejos que recubrían los pilares eran nuevos, y hacían más grande el vestíbulo, bastante más de lo que era en realidad. Pero las alfombras, los muebles (sofás de imitación de piel, suponía) y los inevitables filodendros de hojas anchas enroscándose sobre tablones de madera aún no habían llegado. Aquella habría de ser la capa final, y suavizaría, aunque de manera sintética, el pasillo de luces estridentes y superficies frágiles. Subieron la escalera cogidos del brazo. A medida que pasaban los pisos, Marian vio en todos los rellanos grandes cajas de madera y otros paquetes más alargados apoyados contra las puertas. Debían de estar instalando los muebles de cocina, las neveras y los hornos. Pronto Peter dejaría de ser el único inquilino de la finca. Y encenderían la calefacción al máximo. De momento, excepto por el apartamento de Peter, en el interior del edificio hacía casi tanto frío como en la calle.

—Cariño —le dijo ella como sin darle importancia cuando llegaron al quinto piso, donde se detuvieron un instante a tomar aliento—, no sé cómo he acabado invitando a algunos amigos. Espero que no te importe.

Durante el trayecto en coche había estado meditando en la manera de decírselo. No le parecía bien que sus invitados llegaran sin que él estuviera al corriente, aunque había tenido que vencer la persistente tentación de no contarle nada, de fiarse de su capacidad para improvisar llegado el momento. En la confusión de la fiesta no tendría que explicarle cómo se le había ocurrido invitarles, cosa que no quería hacer, que no podía hacer, y temía las preguntas que Peter pudiera formularle. De pronto se sintió totalmente desprovista de su don para prever sus reacciones. Se había convertido en una incógnita; tras oír sus palabras, su respuesta podía ser tanto de rabia desatada como de alegría desmedida. Marian se apartó un poco y se agarró a la barandilla con la otra mano: no había manera de saber cómo se lo tomaría.

Pero él le sonrió, y la única demostración de contrariedad fue un pequeño pliegue de irritación contenida que afloró entre sus cejas.

—¿Ah, sí? Bueno, cuantos más mejor. Aunque espero que no sean muchos, porque no sé si alcanzarán las bebidas, y si hay algo que me moleste es que se acabe el alcohol en plena fiesta.

Marian se sintió aliviada. Ahora que lo había dicho, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que le tocaba decir. Estaba tan contenta de que hubiera respondido como esperaba de él que le achuchó el brazo. Él le rodeó la cintura y siguieron subiendo.

—No, solo unos seis.

En realidad eran nueve, pero como Peter se había mostrado tan cortés, prefirió no abultar la cifra.

—¿Conozco a alguno de ellos? —le preguntó educadamente.

—Bueno… a Clara y a Joe —dijo. Sintió que su imprevista alegría se desvanecía por momentos—. Y a Ainsley. Pero a los otros no. Bueno, en realidad no…

—Vaya, vaya —replicó él en broma—, no sabía que tuvieras tantos amigos que yo no conocía. Has estado guardando secretitos, ¿eh? Tendré que dedicarme a conocerlos, a ver si me entero de lo que haces en tu vida privada.

Le besó la oreja con cariño.

—Sí —respondió Marian con escaso entusiasmo—. Estoy segura de que te caerán bien.

Qué idiota, se dijo enfadada consigo misma. Pero qué idiota, qué idiota. ¿Cómo había sido tan tonta? Se imaginó todo lo que iba a pasar. Con las vírgenes de oficina no habría ningún problema: Peter se limitaría a mirarlas con cierto recelo, en especial a Emmy. Y a Clara y a Joe los toleraría. Pero ¿y los demás? Duncan no dejaría escapar aquella oportunidad, seguro. A lo mejor se le ocurría soltar algún comentario para divertirse; o tal vez lo hiciera movido por la curiosidad. Aunque ella siempre podía llevarlo aparte cuando llegara y pedirle que fuera discreto. Pero lo peor serían sus compañeros de piso. Suponía que ninguno de los dos sabía aún que se iba a casar, y ya se imaginaba el gritito de sorpresa de Trevor cuando se enterara, su manera de mirar a Duncan y decirle: «Pero querido, nosotros creíamos que…», antes de sumirse en un silencio cargado de insinuaciones que resultarían aún más peligrosas que la verdad. Peter se pondría furioso, consideraría que alguien estaba infringiendo su derecho a la propiedad privada, no entendería nada, y entonces, ¿qué pasaría? Pero por Dios, ¿por qué los había invitado? ¡Qué error tan monumental! ¿Qué podía hacer para impedir que vinieran?

Llegaron al séptimo piso y avanzaron por el pasillo hasta la puerta del apartamento de Peter, que había extendido unos papeles de periódico junto a la entrada para que la gente fuera dejando las botas antes de pasar. Marian se quitó las suyas y las dejó junto a las de Peter.

—Espero que sigan nuestro ejemplo —comentó Peter—. Acaban de encerar el suelo y no quiero que me lo dejen lleno de marcas.

Allí solas, sus botas parecían cuatro insectos de cuero caídos en una gran trampa de periódicos.

Ya dentro, Peter le ayudó a quitarse el abrigo. Le pasó las manos por los hombros desnudos y le besó con dulzura la nuca.

—Hmmm, un perfume nuevo —observó. En realidad se trataba de una mezcla exótica que Ainsley había escogido para que hiciera juego con los pendientes.

Se quitó el abrigo él también y lo colgó en el armario que había junto a la puerta de entrada.

—Lleva el tuyo al dormitorio, cariño, y ven a la cocina a ayudarme. Las mujeres tenéis más gracia que nosotros para preparar bandejas y eso.

Marian cruzó el salón. El único mueble nuevo que había era una butaca danesa moderna a juego con el sofá. La mayor parte del espacio seguía vacío. Al menos tenía la ventaja de que los invitados tendrían que circular; no había sitio para que todos se sentaran. Los amigos de Peter no solían sentarse en el suelo hasta bien avanzada la noche. Pero a lo mejor Duncan sí lo haría. Se lo imaginó con las piernas cruzadas en medio del salón desnudo, con un cigarrillo colgando de los labios, mirando tal vez con incredulidad a uno de aquellos hombres del jabón, o una de las patas del sofá danés moderno, mientras los otros invitados pasaban por su lado sin reparar apenas en su presencia pero evitando tropezar con él, como si fuera una mesa auxiliar o un sofá, un móvil hecho con madera y pergamino. Tal vez no era demasiado tarde para llamarle y pedirle que no viniera. Pero el teléfono se encontraba en la cocina, igual que Peter.

El dormitorio estaba muy ordenado, como siempre. Los libros y las armas se hallaban en su lugar de costumbre. Ahora había cuatro maquetas de barcos que hacían las veces de sujetalibros. Dos de las cámaras estaban fuera de sus estuches, sobre el escritorio. A una de ellas le había incorporado un *flash*, con una bombilla azul insertada en el interior del reflector metálico con forma de platillo. Junto a una revista abierta distinguió más bombillas azules. Marian dejó el abrigo sobre la cama; Peter había comentado que en el armario de la entrada no cabrían todos los abrigos, y que había pensado que las mujeres podían dejarlos sobre la cama. Así pues, su abrigo doblado a lo largo cumplía la función de reclamo para el resto. Al verlo, las mujeres sabrían dónde tenían que dejar los suyos.

Dio media vuelta y se vio reflejada en la luna del armario. Peter se había mostrado encantado y sorprendido al verla.

—Cariño, estás maravillosa —le había dicho en cuanto bajó la escalera. En realidad, lo que parecía haber querido decirle era que sería muy agradable que tuviera siempre aquel aspecto. Le había pedido que se diera la vuelta para verla por detrás, y también le había gustado. Ahora se preguntaba si sería cierto que estaba tan maravillosa. Rumió la frase mentalmente; no tenía forma ni sabía a nada en concreto.

¿Cómo debía sentirse? Sonrió. No, esa sonrisa no era adecuada. Compuso otra expresión, dejando caer los párpados. No, tampoco le acababa de convencer.

Se volvió y se examinó de perfil por el rabillo del ojo. La dificultad estribaba en que no captaba el efecto del conjunto. Se centraba en los distintos detalles, en las cosas a las que no estaba acostumbrada: las uñas, los grandes pendientes, el peinado, las distintas partes de su rostro que Ainsley había añadido o modificado. Solo era capaz de ver todos aquellos cambios de uno en uno. ¿Pero qué había bajo la superficie sobre la que flotaban, y qué las unía? Adelantó sus brazos desnudos para examinarlos en el espejo. Eran la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta de ropa, nailon o maquillaje, pero en el reflejo se le antojaron falsos, como si fueran de goma o de plástico, con aquel tono rosáceo, sin huesos, flexibles…

Disgustada consigo misma por volver a su estado de pánico anterior, abrió la puerta del armario para ocultar su reflejo y se encontró contemplando la ropa de Peter. Ya la había visto muchas veces, así que en realidad no existía motivo alguno para quedarse allí plantada, sujetando la puerta, absorta en el interior oscuro… La ropa colgaba ordenadamente, en fila. Reconoció todos los trajes que le había visto puestos a Peter, excepto, claro, el que llevaba en ese momento, un traje oscuro de invierno. Estaba el de verano, seguido de la chaqueta de *tweed* más informal que solía combinar con los pantalones grises de franela, y luego venían las distintas prendas que cubrían desde el final del verano hasta el otoño. Los zapatos a juego se alineaban en la base, con sus respectivas hormas dentro. Descubrió que estaba observando la ropa con un sentimiento cercano al resentimiento. ¿Por qué estaba allí colgada, ejerciendo sin reparos tanta autoridad invisible, silenciosa? No obstante, al pensarlo mejor, advirtió que el sentimiento era más bien de temor. Extendió una mano para tocarla, y la retiró; casi le asustaba la idea de que estuvieran calientes.

—Cariño, ¿dónde estás? —preguntó Peter desde la cocina.

—¡Ya voy! —respondió ella. Se apresuró a cerrar la puerta del armario, se miró en el espejo, se colocó bien un mechón de pelo y salió del dormitorio con cuidado, calzada con sus zapatillas.

La mesa de la cocina estaba cubierta de platos. Algunos eran nuevos; seguramente los había comprado para la fiesta. De todos modos, una vez casados les irían bien. En las encimeras había filas de botellas de distintos tamaños y colores: *whisky* escocés, *bourbon*, ginebra. Peter parecía tenerlo todo controlado. Estaba abrillantando las copas con un paño seco.

—¿Te ayudo en algo? —le preguntó.

—Sí, cariño, ¿por qué no pones todo esto en platos? Mira, te he servido una copa, *whisky* con agua, a ver si salimos con ventaja.

Desde luego, no podía decirse que Peter hubiese estado perdiendo el tiempo. Su vaso estaba medio vacío en la encimera.

Marian dio un sorbo al suyo, sonriéndole por encima del borde. Le pareció que estaba demasiado fuerte; le abrasó la garganta.

—¿No será que quieres emborracharme? —le dijo—. ¿Me puedo poner otro cubito? —Reparó con desagrado en el cerco de carmín que había dejado en el vaso.

—Encontrarás hielo en la nevera —le respondió él. Parecía orgulloso de que Marian hubiera encontrado la copa demasiado fuerte.

El hielo estaba en un cuenco grande. Y había dos bolsas más sin abrir, de reserva. El resto del espacio estaba destinado a botellas: botellines de cerveza que llenaban el estante inferior, otros verdes, de *ginger-ale*, y transparentes, de tónica y soda, en el más cercano al congelador. Qué nevera tan blanca, tan inmaculada y bien organizada; al pensar en la suya se sintió culpable.

Empezó enseguida a poner las patatas fritas, los cacahuetes, las olivas y los champiñones de cóctel en los cuencos y las fuentes que Peter le había indicado, manipulando los alimentos con las puntas de los dedos, para no ensuciarse las uñas. Cuando ya casi había terminado, Peter se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo, mientras con el otro le bajaba la cremallera del vestido hasta la mitad. Luego se la volvió a subir. Notó su aliento en la nuca.

—Ojalá pudiéramos irnos un momento a la cama —dijo—, pero no quisiera despeinarte. Ya habrá tiempo después. —Le pasó el otro brazo por la cintura.

—Peter, ¿tú me quieres? —le preguntó. Era algo que en otras ocasiones había sido una especie de broma, y no había dudado de la respuesta. Pero esa vez se quedó esperando, inmóvil, sus palabras.

Él la besó con dulzura junto al pendiente.

—Pues claro que te quiero, tontita mía —le respondió con cariño. Evidentemente, Peter suponía que le estaba hablando en broma—. Voy a casarme contigo, ¿no? Y con este vestido rojo aún te quiero más. Deberías ponértelo a menudo.

La soltó, y ella volcó en el plato los champiñones que aún quedaban en el tarro.

—Acércate un momento, cariño —le pidió Peter, que ahora estaba en el dormitorio. Marian se lavó las manos, se las secó y se fue con él. Había encendido la luz del escritorio y estaba sentado manipulando una de las cámaras. La miró con una sonrisa en los labios.

—Voy a hacer fotos durante la fiesta, de recuerdo —explicó—. Será divertido mirarlas. Bueno, se puede decir que esta es la primera fiesta que organizamos juntos, ¿no? Todo un acontecimiento. Por cierto, ¿tenemos ya fotógrafo para la boda?

—No lo sé. Creo que ya han contratado a uno, sí.

—Me gustaría hacer las fotos yo mismo, pero, claro, es imposible. —Soltó una carcajada. Empezó a accionar el fotómetro.

Ella se apoyó en su hombro, en un gesto amoroso, mirando por encima los objetos del escritorio, las bombillas azules, el círculo cóncavo y plateado del *flash*. Él consultaba la revista que estaba abierta. Había marcado un artículo titulado «Iluminación de interiores con *flash*». Además del texto, en la página también se incluía un anuncio: una niña con coletas en una playa acariciando a un spaniel: «Consérvalo para siempre», ponía debajo.

Se acercó a la ventana y miró al exterior, a la ciudad blanca, con sus calles estrechas y sus luces frías e invernales. Sostenía el vaso con una mano. Dio otro sorbo al *whisky*. El hielo tintineó contra el cristal.

—Cariño —le dijo Peter—. Ya es casi la hora, pero antes de que empiece a llegar la gente me gustaría hacerte un par de fotos a ti sola, si no te importa. En este carrete ya quedan pocas, y pensaba poner uno nuevo antes de que empezara la fiesta. El rojo del vestido quedará muy bien en diapositivas, y ya que estamos, también te haré algunas en blanco y negro.

—Peter —respondió ella, insegura—, no creo que… —Aquella proposición la había angustiado más de lo razonable.

—No seas modesta. Ponte ahí, junto a las armas, y apóyate un poco contra la pared. —Desplazó la lámpara para iluminarle la cara y levantó el pequeño fotómetro negro en dirección a ella, que obedientemente se reclinó en la pared.

Peter levantó la cámara, miró por el minúsculo visor de cristal y ajustó el objetivo para enfocarla bien.

—Bueno, ahora relájate un poco. No estés tan tensa. Y no adelantes los hombros así. Ponte erguida, y no estés tan preocupada. Tienes que parecer natural; vamos, sonríe…

Notaba el cuerpo helado, rígido. No era capaz de cambiar de posición, ni siquiera lograba mover los músculos de la cara. Permaneció allí de pie, mirando fijamente el cristal redondo que apuntaba hacia ella. Había deseado decirle que no tocara el obturador, pero no era capaz de moverse…

Llamaron a la puerta.

—Vaya —dijo Peter. Dejó la cámara en el escritorio—. Ya están aquí. Bueno, pues ya las haremos luego, cariño. —Y salió de la habitación.

Marian se apartó de la pared. Le costaba respirar. Alargó una mano y se obligó a tocársela con la otra.

—¿Pero qué me pasa? —se preguntó—. Solo es una cámara.

27

Las primeras en llegar fueron las tres vírgenes de la oficina. Lucy llegó sola, seguida casi de inmediato por Emmy y Millie. Su sorpresa al ver que las demás habían ido fue muy evidente; cada una parecía molesta porque también hubieran invitado a las demás. Marian hizo las presentaciones y las acompañó al dormitorio, donde sus abrigos se unieron al de ella en la cama. Las tres, con su tono de voz característico, le comentaron que el rojo le sentaba de maravilla y que debería llevarlo más a menudo. Las tres se miraron al espejo, alisándose la ropa y componiéndose antes de salir al salón. Lucy se retocó los labios y Emmy se rascó la cabeza.

Se sentaron con cuidado en el moderno sofá danés y Peter les sirvió unas bebidas. Lucy llevaba un vestido granate de terciopelo, sombra de ojos gris y pestañas postizas; Emmy, un vestido de *chiffon* rosa que recordaba un poco las fiestas del instituto. Llevaba el pelo cardado en mechones tiesos de laca y se le veía un poco el tirante de la combinación. Millie iba embutida en un vestido de seda azul celeste que se le abultaba aquí y allá. Lo complementaba con un monedero de lentejuelas, y parecía la más nerviosa de las tres.

—Me alegro mucho de que hayáis podido venir —les dijo Marian, pese a que en aquel momento no se sentía alegre en absoluto. Ellas parecían muy emocionadas, cada una aguardando a que su equivalente de Peter apareciera por la puerta, hincara una rodilla en el suelo y les pidiera en matrimonio. ¿Qué harían cuando conocieran a Fish y Trevor, por no hablar de Duncan? Y, peor aún, ¿qué harían Fish y Trevor, por no hablar de Duncan, cuando las conocieran a ellas? Se imaginó dos tríos de gritos y éxodos en masa, uno en dirección a la puerta y el otro hacia la ventana. ¿Qué he hecho?, pensó. Sin embargo, casi había dejado de creer en la existencia de los tres universitarios; a medida que la noche y el *whisky* se iban abriendo paso, resultaban cada vez más improbables. A lo mejor no se presentaban.

Los hombres del jabón iban llegando acompañados de sus esposas. Peter había puesto un disco en el equipo de música y en la sala había más ruido y más gente. Cada vez que llamaban a la puerta, las vírgenes de la oficina volvían la cabeza hacia la entrada. Y cada vez que veían a otra esposa feliz y radiante hacer su entrada en la sala en compañía de su orgulloso marido, se dedicaban de nuevo a sus copas y a su intercambio de cuchicheos con creciente nerviosismo. Emmy se tocaba un pendiente de brillantes de bisutería. Millie hacía lo propio con una lentejuela suelta del monedero.

Marian, atenta y sonriente, conducía a las esposas hasta el dormitorio. La montaña de abrigos aumentaba. Peter servía copas a todos, y él mismo iba llenándose la suya. Los cacahuetes, las patatas fritas y demás aperitivos circulaban de mano en

mano y de ahí pasaban a la boca. El grupo del salón empezó a dividirse en los territorios previsibles: las esposas más cerca del sofá, los hombres junto al equipo de música, separados por una tierra de nadie invisible. Las vírgenes de la oficina habían quedado atrapadas en el lado malo, y escuchaban contritas a las mujeres. Marian sintió otra punzada de remordimiento. Pero en ese momento no podía ir a acompañarlas, pensó: estaba sirviendo los champiñones. Se preguntó por qué tardaba tanto Ainsley.

La puerta se abrió de nuevo y entraron Clara y Joe, seguidos de Leonard Slank. A Marian la traicionaron los nervios y uno de los champiñones de la fuente que llevaba se deslizó, rebotó en el suelo y fue a parar debajo del equipo de música. Dejó la fuente. Peter ya los estaba saludando, estrechando efusivamente la mano de Len. Con cada copa hablaba en voz más alta.

—¡Cómo me alegro de verte! ¿Estás bien? He estado a punto de llamarte varias veces —le decía. Len le devolvió el apretón de manos y lo miró con frialdad.

Marian tiró con firmeza de la manga de Clara y la arrastró al dormitorio.

—¿Qué está haciendo él aquí? —le preguntó con no demasiado tacto.

Clara se quitó el abrigo.

—Espero que no te moleste que lo hayamos traído. Me pareció que no te importaría; os conocéis desde hace mucho. Es que hemos creído mejor que viniera con nosotros, no queríamos que se amargara allí, tan solo. Como ves, está fatal. Se presentó justo después de que llegara la niñera y tenía un aspecto horrible, se notaba que le pasaba algo grave. Nos ha contado una historia incoherente sobre una mujer con la que ha tenido problemas. La cosa parecía bastante seria, y nos ha dicho que le daba miedo volver a su casa. No entiendo por qué. ¿Qué le pueden hacer a él? Así que bueno, al pobre lo vamos a instalar en la habitación de atrás, la del segundo piso. En realidad es la de Arthur, pero seguro que a Len no le importará compartirla. Nos da tanta pena a los dos. Lo que necesita es una chica hogareña que lo cuide, él parece incapaz de salir adelante solo.

—¿Te ha dicho quién era ella? —le preguntó Marian de inmediato.

—Pues no —respondió Clara, arqueando las cejas—. No suele mencionar los nombres.

—Te traigo una copa.

Se sentía rarísima. Era evidente que ni Clara ni Joe sospechaban quién era esa mujer, de lo contrario no se les habría ocurrido llevar a Len a la fiesta. Le sorprendía que hubiera accedido a acompañarlos; ya supondría que era bastante probable que Ainsley estuviera en la fiesta, pero quizás estaba tan desmoralizado que no le importaba. Lo que más le preocupaba a Marian era el efecto que su presencia podría tener en Ainsley. Era posible que se alterara tanto que hiciera algo inconveniente.

Al entrar en el salón, Marian advirtió que las vírgenes de la oficina habían detectado al momento en Leonard a un soltero sin compromiso. Lo habían acorralado contra una pared en la tierra de nadie, dos de ellas a los lados, para impedirle una

huida lateral, y la tercera delante. Él se apoyaba con una mano en la pared, para no perder el equilibrio, y en la otra sostenía una jarra de cerveza. Mientras hablaban, iba posando la mirada alternativamente en las tres, como si evitara fijarse demasiado en ninguna. Su propio rostro, que había adquirido el tono blanco grisáceo de una masa quebrada antes de hornear y parecía extrañamente abotargado, expresaba una mezcla de total incredulidad, aburrimiento y alarma. Pero por lo visto habían logrado sonsacarle alguna palabra, porque Marian oyó que Lucy exclamaba: «¡Televisión! ¡Qué emocionante!», mientras las otras soltaban unas risitas nerviosas. Leonard bebió desesperadamente un trago de cerveza.

Mientras pasaba un cuenco de olivas, Marian vio que Joe se dirigía a ella desde el territorio de los hombres.

—Hola —le dijo—. Te agradezco mucho que nos hayas invitado. Clara no tiene muchas ocasiones de salir de casa.

Los dos se volvieron para mirar a Clara, que estaba en la zona del sofá, hablando con una de las esposas del jabón.

—Me preocupa bastante, la verdad —le prosiguió Joe—. Creo que en su caso es mucho más duro que para la mayoría de las mujeres. Las que han ido a la universidad lo tienen más difícil. Descubren que tienen un cerebro, los profesores prestan atención a lo que dicen, las tratan como a un ser humano racional; y cuando se casan, su núcleo se ve reducido…

—¿Su qué?

—Su núcleo, el centro de su personalidad, lo que ella ha construido. La imagen que tiene de sí misma, si lo prefieres.

—Ah, sí.

—Su papel femenino y su núcleo son totalmente contrapuestos; el rol femenino les exige que sean pasivas…

Marian tuvo una fugaz visión de una gran tarta decorada con nata montada y cerezas maceradas, flotando en el aire, sobre la cabeza de Joe.

—Y entonces dejan que el esposo cobre más importancia que su núcleo. Y cuando llegan los hijos, una mañana se despiertan y descubren que ya no les queda nada dentro, que están vacías, ya no saben quiénes son; su núcleo ha quedado destruido. —Meneó un poco la cabeza y le dio un sorbo a su copa—. A mis alumnas les pasa lo mismo. Pero sería inútil advertírselo.

Marian se volvió otra vez para mirar a Clara, que seguía allí de pie, charlando, con un vestido *beige* muy sencillo y su larga melena de un rubio muy claro. Se preguntaba si Joe le habría comentado alguna vez que su núcleo había quedado destruido. Pensó en manzanas y gusanos. Mientras la miraba, Clara hizo un gesto enfático con una mano y la esposa del jabón con la que hablaba retrocedió un paso, sorprendida.

—Claro que ser consciente de todo eso no sirve de nada —prosiguió Joe—. Siempre acaba sucediendo, por muy consciente que seas. A lo mejor no deberían

permitir que las mujeres fueran a la universidad. Así no acabarían sintiendo que han desperdiciado su vida mental. Por ejemplo, cuando le sugiero a Clara que salga y haga algo en ese sentido, que se matricule en algún curso nocturno, ella me mira raro y se queda callada.

Marian alzó la vista y miró a Joe con un afecto cuyo sabor preciso se veía emborronado por todas las copas que ya se había tomado. Lo vio yendo de un lado para otro, en su casa, con su camiseta de tirantes, meditando sobre la vida mental y fregando los platos y arrancando los sellos de los sobres; qué haría con ellos una vez arrancados, se preguntó. Quería alargar una mano y acariciarlo, tranquilizarlo, decirle que en realidad el núcleo de Clara seguía intacto, y que todo iría bien. Quería darle algo. Le tendió el cuenco que sostenía.

—Coge una oliva —le ofreció.

La puerta que estaba detrás de Joe se abrió y apareció Ainsley.

—Disculpa —le dijo Marian. Dejó las aceitunas sobre el equipo de música y se fue a interceptarla; debía advertirla.

—Hola —la saludó Ainsley sin aliento—. Perdona, no esperaba tardar tanto, pero es que de pronto he sentido la imperiosa necesidad de hacer el equipaje…

Marian se la llevó a toda prisa al dormitorio, esperando que Len no la hubiera visto. Al pasar cerca de él, se fijó en que seguía acorralado.

—Ainsley —le dijo cuando estuvieron a solas—, Len ha venido y me temo que está borracho.

Ainsley se quitó el abrigo. Estaba magnífica. Llevaba un vestido verde con ribetes azul turquesa, y los zapatos y la sombra de ojos a juego. Se había recogido el pelo, muy brillante, en un moño alto. La piel le resplandecía, irradiaba hormonas. El embarazo apenas se le notaba aún.

Se estudió en el espejo antes de responder.

—¿Y qué? —dijo tranquilamente, abriendo un poco más los ojos—. Para serte sincera, Marian, la verdad es que me importa muy poco. Después de la conversación de esta tarde, estoy segura de que los dos sabemos cuáles son nuestros planteamientos y que seremos capaces de comportamos como dos personas adultas. Nada de lo que pueda decir me afectará lo más mínimo.

—Pero él sí parece bastante afectado —insistió Marian—; al menos eso dice Clara. Resulta que se ha ido a pasar unos días con ellos. Lo he visto llegar, tiene un aspecto horrible. Así que espero que no le digas nada que pueda alterarlo.

—No se me ocurre ningún motivo por el que tuviera que dirigirle la palabra.

En la sala, los hombres del jabón, desde su lado de la valla invisible, empezaban a subir el tono de voz. Estallaron en carcajadas mientras uno de ellos contaba chistes verdes. Las mujeres se sumaron a la algarabía, enfrentándose con sus agudos a los barítonos y los bajos. Cuando apareció Ainsley, la atención general se desvió hacia ella; algunos de los hombres, como era de prever, desertaron de su bando y se

acercaron para presentarse, y sus respectivas esposas, siempre alerta, se levantaron del sofá dispuestas a cortarles el paso. Ainsley sonrió, distante.

Marian se dirigió a la cocina para servirle una copa y servirse otra ella. El orden que había reinado al principio, las perfectas hileras de vasos y botellas, se había ido desvaneciendo en el transcurso de la noche. El fregadero estaba lleno de cubitos de hielo medio derretidos y restos de comida, la gente nunca parecía saber qué hacer con los huesos de aceituna y los trozos de los vasos que se rompían. Las encimeras, la mesa y la parte superior de la nevera estaban cubiertas de botellas vacías o medio llenas, y a alguien se le había caído algo inidentificable en el suelo. No obstante, aún quedaba algún vaso limpio. Marian le llenó uno a Ainsley.

Cuando salía de la cocina, oyó voces en el dormitorio.

—Eres aún más guapo de lo que parecías por teléfono. —Era la voz de Lucy.

Marian se asomó a la habitación y vio a su compañera, que miraba a Peter entornando los párpados sombreados. Él sostenía la cámara en la mano y le sonreía con un aire entre infantil y presumido. Al parecer Lucy había abandonado el asedio de Leonard. Seguramente habría llegado a la conclusión de que era inútil, siempre había sido más astuta para ese tipo de cosas que las otras dos. Pero el hecho de que lo intentara con Peter le resultó conmovedor. O más bien patético. A fin de cuentas, Peter estaba casi tan fuera de su alcance como si ya se hubiera casado.

Marian sonrió para sus adentros y se retiró, pero Peter la vio y la llamó, agitando la cámara, con una expresión excesivamente alegre, producto de la culpa.

—¡Cariño! ¡La fiesta es un éxito! ¡Ya casi es hora de hacer las fotos!

Lucy se volvió hacia a la puerta, sonriendo, levantando los párpados como si fueran persianas.

—Aquí tienes tu copa, Ainsley —anunció Marian, irrumpiendo en el círculo de los hombres del jabón.

Ella la aceptó con aire ausente, cosa que Marian interpretó como una señal de peligro. Siguió la dirección de su mirada. Len las estaba observando con la boca un poco abierta. Millie y Emmy seguían reteniéndolo con tenacidad. Ahora era Millie la que se había plantado delante de él, cerrándole el paso con la falda ancha que llevaba, y Emmy daba pasitos a su lado, como un jugador de baloncesto que marcara a otro. Sin embargo, quedaba un flanco desprotegido. Marian volvió a mirar a Ainsley justo a tiempo de descubrir que estaba sonriendo; una sonrisa de bienvenida.

Llamaron a la puerta. Ya voy yo, pensó Marian. Peter está ocupado.

Abrió la puerta y se encontró de frente con la expresión desconcertada de Trevor. Los otros dos aguardaban detrás, acompañados por una figura desconocida, seguramente femenina, con un abrigo ancho de *tweed* de Harris, gafas de sol y calcetines negros, largos.

—¿Es aquí la casa del señor Peter Wollander? —preguntó. Estaba claro que no la había reconocido.

Interiormente, Marian palideció. Se había olvidado de ellos por completo. Qué se le iba a hacer. Allí dentro reinaba tal escándalo y desorden que a lo mejor Peter ni siquiera reparaba en ellos.

—Oh, me alegro mucho de que hayáis podido venir —mintió—. Entrad. Por cierto, yo soy Marian.

—Ah, sí, ja, ja, claro —gritó Trevor—. ¡Qué tonto soy! Estás tan elegante que no te había reconocido. El rojo te sienta de maravilla.

Trevor, Fish y la otra persona entraron, pero Duncan se quedó fuera. La cogió por los brazos, la sacó al rellano y cerró la puerta.

Durante un momento la contempló en silencio, examinándola como si la viera por primera vez.

—No me dijiste que era una fiesta de disfraces —comentó al fin—. ¿De qué se supone que vas vestida?

Marian hundió los hombros, desanimada. Así que, en realidad, no estaba tan atractiva.

—Lo que pasa es que nunca me habías visto tan arreglada —replicó con un hilo de voz.

Duncan se echó a reír.

—Lo que más me gusta son los pendientes —dijo—. ¿De dónde los has sacado?

—Ya vale —lo cortó Marian con un punto de orgullo—. Entra y tómate una copa. —Le resultaba muy irritante. ¿Cómo esperaba que se vistiera? ¿Con un hábito de penitencia? Abrió la puerta.

El sonido de las conversaciones, la música y las risas se extendieron por el descansillo. Entonces se produjo un destello de luz y se oyó una voz triunfante.

—¡Aha! ¡Os he pillado a todos con las manos en la masa!

—Ese es Peter —dijo Marian—. Estará haciendo fotos.

Duncan retrocedió un poco.

—Creo que no me apetece entrar —dijo.

—Pues tendrás que hacerlo. Has de conocer a Peter, de verdad, me gustaría presentártelo. —De pronto le parecía de suma importancia que la acompañara.

—No, no —insistió él—. No puedo. No iría bien, seguro. Uno de los dos se evaporaría, y seguramente sería yo. Además, hay demasiado ruido. No lo resistiría.

—Por favor —le suplicó. Lo agarró del brazo, pero Duncan ya se disponía a huir corriendo por el pasillo—. ¿Adónde vas? —le preguntó Marian con voz lastimera.

—¡A la lavandería! —le respondió—. Adiós, que seas feliz en tu matrimonio —añadió.

Marian logró vislumbrar el último retazo de su sonrisa antes de que doblara la esquina. Oyó sus pasos que se perdían por la escalera.

Durante un instante estuvo a punto de salir corriendo tras él, de marcharse con él. No soportaría enfrentarse a esa sala abarrotada de gente. Pero he de hacerlo, se dijo. Y cruzó la puerta.

Primero se tropezó con la mullida espalda de Fischer Smythe. Se había puesto un suéter de cuello alto a rayas, escandalosamente informal. Trevor, a su lado, llevaba un traje impecable, camisa y corbata. Hablaban con la persona de los calcetines negros acerca de algo relacionado con símbolos de muerte. Esquivó a este primer grupo disimuladamente para no tener que explicar la desaparición de Duncan.

Se dio cuenta de que estaba detrás de Ainsley, y al momento se percató de que, al otro lado de aquella forma verdeazulada, redondeada, estaba Leonard Slank. No le veía la cara, porque el peinado de Ainsley se la tapaba, pero reconoció el brazo y la mano que sostenía la jarra de cerveza. Se fijó en que estaba llena. Ainsley le estaba diciendo algo en voz baja, imperiosa.

Oyó que él mascullaba una respuesta.

—¡Qué te digo que no! ¡Nunca me atraparás…!

—Pues bueno. —Y antes de que Marian supiera lo que estaba ocurriendo, Ainsley levantó el vaso y lo lanzó con fuerza contra el suelo. Marian se apartó de un salto.

Con el sonido de los cristales rotos, las conversaciones cesaron como si alguien hubiera accionado un interruptor, y Ainsley aprovechó aquel silencio, roto solamente por el susurro de unos violines incongruentes.

—Len y yo hemos de anunciaros algo maravilloso. —Hizo una pausa teatral, con los ojos brillantes—. Vamos a tener un hijo —declaró con voz melosa.

Dios mío, pensó Marian, está forzando la situación.

Se oyeron unos gritos ahogados en la zona del sofá. Alguien soltó una risita, y uno de los hombres del jabón dijo: «Vaya tío, Len, seas quien seas». Ahora Marian sí le veía la cara al aludido. En la piel, muy pálida, habían aparecido unas manchas rojas irregulares, y le temblaba el labio inferior.

—¡Eres una mala puta! —espetó con odio.

Se produjo una pausa. Una de las esposas del jabón inició rápidamente una conversación intrascendente, pero se interrumpió al momento. Marian observó a Len. Parecía a punto de pegar a Ainsley, pero en cambio se limitó a sonreír. Y se dio la vuelta para encarar a la multitud expectante.

—Es verdad, chicos —dijo—, y el bautizo lo celebraremos ahora mismo, aprovechando esta simpática reunión. Bautismo in útero. Yo te bautizo en mi nombre. —Alargó una mano y sujetó a Ainsley por un hombro. Levantó la jarra de cerveza y le derramó el contenido sobre la cabeza.

Las mujeres del jabón soltaron unos chillidos entregados; los maridos protestaron. Y, coincidiendo con el descenso de la última espuma que quedaba en la jarra, Peter llegó desde el dormitorio metiendo una bombilla en el *flash*.

—¡Quietos todos! —gritó antes de disparar—. ¡Esta quedará genial! ¡Que siga la fiesta!

Aunque unos pocos le dedicaron miradas de censura, casi nadie le prestó atención. Todo el mundo se movía y hablaba a la vez. De fondo, los violines seguían sonando, empalagosos. Ainsley estaba ahí en medio, empapada, y a sus pies se le iba

formando un charco de cerveza. Esbozó una mueca. Aún tardaría unos instantes en decidir si merecía la pena echarse a llorar. Len la había soltado y la observaba con la cabeza ladeada. Murmuró unas palabras inaudibles. Miró la escena como si tuviera solo una noción muy vaga de lo que había hecho y una idea nula de lo que iba a hacer a continuación.

Ainsley dio media vuelta y se encaminó al baño. Varias esposas del jabón la siguieron, emitiendo ruiditos guturales de consuelo, más que dispuestas a ayudar con tal de compartir protagonismo; pero alguien se les adelantó: Fischer Smythe. Se estaba quitando el suéter de cuello alto y dejando al descubierto su torso musculoso cubierto de enormes cantidades de vello negro.

—Permíteme —le dijo—. No vayas a coger frío ahora, ¿verdad? Y menos en tu estado. —Empezó a secarla con el suéter. Tenía los ojos húmedos, rendidos.

A Ainsley se le había arruinado el peinado, que le colgaba en mechones mojados sobre los hombros. Le sonrió por entre las gotas de cerveza o las lágrimas que poblaban sus pestañas.

—Creo que no nos han presentado —susurró.

—Me parece que ya sé quién eres —dijo él, dándole unas palmaditas en la barriga con una de las mangas del suéter, en un tono cargado de significado.

Pasó un rato. La fiesta, milagrosamente, no había decaído. De alguna manera, las aguas habían vuelto a su cauce tranquilamente tras la escenita de Ainsley y Len.

Alguien había barrido el vaso roto y secado el suelo, y ahora, en la sala, las conversaciones y la música y las bebidas volvían a correr como si nada hubiera pasado.

Con todo, la cocina era la imagen misma de la devastación. Parecía haber sido arrasada por una riada. Marian intentaba abrirse paso entre el desastre para buscar un vaso limpio; había dejado el suyo en alguna parte que no lograba recordar, y le apetecía otra copa.

Pero ya no quedaban más. Cogió uno sucio, lo aclaró en el fregadero y, despacio y con cuidado, se sirvió otro *whisky*. Se sentía serena, una sensación de ingravidez, como de flotando boca arriba en un lago. Se acercó a la puerta y se apoyó en el marco, mirando la sala.

«Lo resisto, lo resisto», se dijo. Este hecho, de alguna manera, no dejaba de admirarla, y la satisfacía inmensamente. Allí estaban todos (excepto Ainsley y Fischer, y Len, claro, adonde habrían ido), haciendo lo que la gente solía hacer en las fiestas; al igual que ella. Ellos la sostenían, flotaba, elevada por la sensación de pertenecer al grupo. Todos le inspiraban cariño, sus formas distintas y sus caras, unas caras que ahora distinguía mucho mejor que de costumbre, como si recibieran el haz de luz de algún foco oculto. Le caían bien hasta las esposas del jabón, y Trevor, que gesticulaba con una mano. Y las de la oficina, Millie, que se reía en el rincón con su vestido radiante, azul cielo; e incluso Emmy, que se movía ajena a su perfil ajado… Peter también se encontraba entre ellos; aún llevaba la cámara colgando y de vez en

cuando la levantaba y sacaba una foto. Le recordaba a los anuncios de cámaras domésticas, a esos padres de familia que filmaban rollos y más rollos con cualquier actividad cotidiana, qué mejores modelos iban a encontrar: gente riéndose, levantando copas, niños celebrando sus fiestas de cumpleaños…

Así que eso era lo que había estado presente desde el principio, pensó aliviada: en eso se estaba convirtiendo. El Peter real, el que se escondía bajo la superficie, no era sorprendente ni temible en absoluto; solo era un hombre de casa pareada y cama de matrimonio, un hombre de barbacoa al aire libre. Ese hombre con cámara de filmar. Y yo lo he sacado a la luz, pensó, lo he convocado. Bebió un sorbo de *whisky*.

La búsqueda había sido larga. Recorrió en el tiempo los pasillos y las salas, largos pasillos, grandes salas. Todo parecía hacerse más lento.

Si ese es el auténtico Peter, pensó, recorriendo uno de los pasillos, ¿tendrá barriga a los cuarenta y cinco? ¿Llevará ropa informal los sábados, con sus vaqueros arrugados, para trabajar en el taller del sótano? La imagen resultaba tranquilizadora: tendría aficiones, se sentiría a gusto, sería normal.

Abrió la puerta de la derecha y entró. Allí estaba Peter, cuarenta y cinco años y calva incipiente, pero aún reconocible como Peter, de pie bajo un sol radiante, junto a la barbacoa, con un tenedor largo en la mano. Llevaba un delantal blanco, de chef. Se buscó a sí misma en el jardín, pero no se encontró, y ese descubrimiento la dejó helada.

No, pensó, seguro que me he equivocado de habitación. Esta no puede ser la última. En efecto, ahora reparaba en otra puerta, en el seto, al otro lado del jardín. Avanzó por el césped dejando atrás la figura inmóvil que, según advertía ahora, sujetaba un gran cuchillo en la otra mano; empujó la puerta y pasó al otro lado.

Había regresado al salón de Peter, con la gente y el ruido, apoyada en el marco de la puerta, con la copa en la mano. Pero ahora esa misma gente se perfilaba con mayor nitidez, mejor enfocada, más alejada, y se movía cada vez más deprisa, todos se marchaban a casa, una fila de esposas salía del dormitorio con el abrigo puesto, todas ellas iban saliendo por la puerta con movimientos bruscos, arrastrando a sus esposos, gorjeando adioses, y quién era esa diminuta figura bidimensional del vestido rojo, plantada como si fuera una mujer de papel en un catálogo de venta por correspondencia, suspendida en un espacio vacío, blanco… No, imposible: tenía que haber algo más. Se acercó corriendo a la puerta siguiente y la abrió de par en par.

Allí estaba Peter, ataviado con su traje de invierno oscuro. Tenía una cámara en la mano; pero ahora sí veía lo que era en realidad. Ya no había más puertas, y cuando palpó detrás de ella para agarrar el tirador, sin atreverse a perderlo de vista, él levantó la cámara y le apuntó con ella. Abrió la boca y mostró una fila de dientes. Hubo un destello cegador de luz.

—¡No! —gritó Marian, cubriéndose la cara con un brazo.

—¿Qué te pasa, cariño?

Ella alzó la vista. Peter estaba a su lado. Era de verdad. Levantó una mano y le tocó la cara.

—Me he asustado —dijo.

—La verdad es que el alcohol siempre te sienta mal —le dijo en un tono que evidenciaba ternura e irritación—. Ya deberías haberte acostumbrado, llevo toda la noche sacando fotos.

—¿Y esta me la has sacado a mí? —le preguntó, esbozando una sonrisa conciliadora. Notaba la cara muy seca y cansada, como de papel; la enorme sonrisa de valla publicitaria, que se levantaba por las comisuras y se quebraba, mostrando la superficie metálica que había debajo…

—No, se la he sacado a Trigger, que estaba ahí al fondo. No importa, a ti ya te la haré luego. Pero sería mejor que no bebieras más, cariño, estás que te caes.

Le dio una palmadita en el hombro y se alejó.

Así que aún estaba a salvo. Tenía que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Se volvió y dejó el vaso en la mesa de la cocina. La desesperación le otorgaba agilidad. Todo dependía de si lograba dar con Duncan: él sabría qué hacer.

Echó un vistazo a la cocina, cogió el vaso y echó su contenido en el fregadero. Sería prudente y no dejaría pistas. Descolgó el teléfono y llamó a Duncan. Esperó un buen rato, pero no le contestó nadie. Colgó. Intuyó otro fogonazo de luz procedente del salón y oyó la risa de Peter. No tendría que haberse puesto el vestido rojo. Resultaba demasiado llamativo.

Se metió en el baño. Debía asegurarse bien de que no se olvidaba nada, se dijo; no puedo volver. Antes, se había preguntado cómo sería su dormitorio cuando se hubieran casado, imaginando distintas distribuciones y combinaciones de colores. Ahora ya lo sabía: siempre sería exactamente como esa noche. Rebuscó entre los abrigos en busca del suyo, y durante un instante no recordó cómo era, pero al final lo reconoció y se lo puso. Evitó verse en el espejo. No tenía ni idea de qué hora era. Se miró la muñeca. Estaba vacía. Claro, se había quitado el reloj y lo había dejado en casa, porque Ainsley le había dicho que no pegaba con el conjunto.

En el salón, Peter gritaba.

—¡Venga, ahora nos haremos una todos juntos!

Debía apresurarse. Tendría que hacerse menos visible para cruzar el salón. Volvió a quitarse el abrigo y se lo metió debajo del brazo hecho un ovillo, confiando en que el vestido le serviría de camuflaje. Fue avanzando pegada a la pared en dirección a la puerta pasando por detrás del muro de espaldas y faldas. Peter estaba en el otro extremo del salón, intentando organizar la foto.

Abrió la puerta y se deslizó al exterior. Luego, tras detenerse solo para ponerse de nuevo el abrigo y recoger sus botas de entre el lío de pies atrapados en el papel de periódico, corrió tan deprisa como pudo por el rellano hasta la escalera. Esta vez no permitiría que la alcanzara. En cuanto él apretara el gatillo, ella quedaría detenida,

fijada irremediablemente en ese gesto, en esa única postura, incapaz de moverse o cambiar.

Se detuvo en el rellano del sexto piso para ponerse las botas y siguió bajando, agarrándose a la barandilla para no perder el equilibrio. Bajo la ropa, el armazón de metal y las gomas elásticas, notaba el cuerpo anestesiado y comprimido; le costaba caminar, tenía que concentrarse para seguir adelante… Debo de estar borracha, pensó. Es curioso que no lo note; qué idiota. Ya sabes qué les pasa a los capilares de los borrachos cuando salen al frío. En cualquier caso, lo más importante era salir de allí.

Llegó al vestíbulo vacío. Aunque nadie la seguía, le pareció oír un ruido; era el sonido que haría un cristal, helado como el tintineo de una lámpara de araña; era la vibración eléctrica de aquel espacio brillante…

Salió al exterior, a la blanca calle, corriendo. La nieve crujió bajo sus pies mientras avanzaba tan deprisa como le permitían sus piernas entumecidas, intentando mantener el equilibrio, sin apartar la vista del suelo. En invierno hasta las superficies planas resultaban peligrosas, y no podía permitirse el lujo de caerse. Era posible que Peter hubiese empezado a seguirla, acechándola por las calles vacías igual que acechaba a sus invitados en el salón, aguardando el momento preciso. Aquel tirador concentrado y siniestro, con ojo certero, había estado siempre allí, oculto bajo las capas, esperándola en el centro mismo: un maníaco homicida con un arma letal en la mano.

Resbaló en un charco helado y estuvo a punto de caerse. Cuando recuperó el equilibrio, se volvió para comprobar si la seguían: nadie.

—Calma —dijo—, no te alteres.

Respiraba agitadamente y su aliento se cristalizaba en el aire congelado casi antes de haber abandonado su garganta. Siguió avanzando más despacio. Al principio había corrido sin rumbo, pero ahora ya sabía perfectamente adonde iba. «Si consigues llegar a la lavandería, estarás a salvo», se dijo.

28

Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Duncan no se encontrara en la lavandería. Cuando por fin llegó y empujó la puerta de vidrio, sin aliento pero aliviada por haber llegado tan lejos, se sorprendió al hallar el lugar vacío. Le parecía increíble. Se quedó allí de pie, observada solo por la larga hilera de lavadoras blancas, sin saber adonde ir. No se había parado a imaginar el tiempo que pudiera extenderse más allá de aquel imaginado encuentro.

Entonces descubrió una voluta de humo que se alzaba desde una de las sillas del fondo. Tenía que ser él. Echó a andar en esa dirección.

Estaba tan encogido en el asiento que solo le asomaba la coronilla por encima del respaldo negro de la silla, y miraba fijamente la portezuela redonda de la lavadora de enfrente, que estaba vacía. No los apartó cuando ella se sentó a su lado.

—Duncan.

Él no respondió.

Marian se quitó los guantes y extendió una mano para acariciarlo.

Él dio un respingo.

—Estoy aquí.

La miró. Tenía los ojos más oscuros que de costumbre, más hundidos en sus órbitas, y la piel de la cara adquiría un matiz palidísimo a la luz de los fluorescentes.

—Ah, sí, ya veo. La mujer de rojo en persona. ¿Qué hora es?

—No lo sé, no llevo reloj.

—¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que tendrías que estar en la fiesta.

—No lo soportaba más. Tenía que venir a buscarte.

—¿Por qué?

No se le ocurría ninguna razón que no sonara absurda.

—Porque quería estar contigo, nada más.

Él le lanzó una mirada de desconfianza y dio otra calada al cigarrillo.

—Pues escúchame: has de volver. Es tu deber, ese como se llame te necesita.

—No, tú me necesitas más que él.

En cuanto lo hubo dicho, le pareció verdad. Y al momento se sintió más noble.

Duncan sonrió.

—No. Tú crees que debo ser rescatado, pero no es así. Y además, no me apetece que una asistenta social aficionada me use de caso clínico.

Volvió a concentrarse en la lavadora.

Marian se puso a retorcer el dedo de piel de un guante.

—Pero es que yo no intento rescatarte —objetó, y enseguida comprendió que había logrado que se contradijera.

—Entonces, a lo mejor quieres salvarte a ti misma. ¿De qué? Creía que lo tenías todo resuelto. Y ya sabes que yo soy un inepto total.

Parecía ligeramente orgulloso de su propia inutilidad.

—Oh, por favor, no hablemos de rescates —rogó Marian, desesperada—. ¿Podríamos ir a algún sitio? —Quería marcharse de ahí. El mero hecho de hablar resultaba imposible en esa sala blanca con sus hileras de ventanas redondas y su penetrante olor a detergente y lejía.

—¿Qué tiene de malo este? —le preguntó él—. A mí me gusta bastante.

Marian sintió el impulso de zarandearlo.

—No lo digo por eso —le respondió ella.

—Ah, eso. Vaya, que esta ha de ser la noche; que es ahora o nunca. —Sacó otro cigarrillo y lo encendió—. Pues bueno, a mi casa ya sabes que no podemos ir.

—A la mía tampoco.

Durante unos instantes se planteó por qué no, si iba a marcharse de allí de todos modos. Pero podía presentarse Ainsley, o Peter…

—¿Y si nos quedamos aquí? Este sitio ofrece algunas posibilidades interesantes. Tal vez dentro de una lavadora…, colgaríamos tu vestido rojo en la ventana para evitar las miradas indiscretas de los viejos verdes…

—Vamos, por favor —suplicó ella poniéndose de pie.

Duncan también se levantó.

—Está bien. Soy una persona complaciente. Supongo que ya va siendo hora de que descubra la verdad verdadera. ¿Adónde vamos?

—Pues habrá que buscar algún hotel —dijo ella. Se mostraba vaga sobre los aspectos prácticos del asunto, pero totalmente convencida de que debía hacerlo. Era la única manera.

Duncan le sonrió con aire malvado.

—¿Y fingir que eres mi mujer? —le preguntó—. ¿Con esos pendientes? No se lo creerán. Te acusarán de corrupción de menores.

—No me importa —replicó, y levantó la mano para quitarse uno de los pendientes.

—No, déjatelos puestos de momento. No querrás cargarte el conjunto, ¿verdad?

Cuando salieron a la calle, Marian cayó en la cuenta de algo horrible.

—¡Oh, no! —exclamó, paralizada.

—¿Qué pasa?

—¡No tengo dinero!

Le había parecido que para ir a la fiesta no le haría falta. Solo llevaba el monedero de mano dentro de un bolsillo del abrigo. Sintió que toda la energía que la había empujado a las calles, que la había incitado a mantener esa conversación, se le estaba escapando. Se sintió impotente, petrificada, al borde de las lágrimas.

—Creo que yo tengo algo —dijo Duncan—. Siempre llevo un poco. Para casos de emergencia. —Empezó a rebuscar en los bolsillos—. Sujétame esto. —Marian

juntó las manos con las palmas hacia arriba y él fue depositando una chocolatina, varios envoltorios de chocolatina pulcramente doblados, algunas cáscaras de pipa de calabaza, un paquete de cigarrillos vacío, un hilo con varios nudos, un llavero con dos llaves, un chicle en su envoltorio de papel y un cordón de zapato—. No, no era este bolsillo —comentó. Del otro sacó, entre una lluvia de monedas que fue arrojando a la acera, un par de billetes arrugados. Recogió la calderilla y contó el dinero—. Bueno, no creo que llegue para ir al King Eddie, pero algo haremos. En esta zona no, que es muy cara. Tendrá que ser más cerca del centro. Creo que esto acabará pareciéndose más a una película underground que a una fantasía animada en tecnicolor. —Volvió a guardarse el dinero y el resto de porquerías en los bolsillos.

El metro estaba cerrado, con la persiana metálica bajada.

—Supongo que tendremos que ir en autobús —dijo Marian.

—No, hace demasiado frío para esperar a la intemperie.

Doblaron la siguiente esquina y caminaron en dirección sur por la calle ancha y desierta, pasando por delante de los escaparates iluminados. Había pocos coches y aún menos peatones. Debía de ser muy tarde, pensó ella. Trató de imaginar qué estaría pasando en la fiesta —¿se habría terminado?, ¿se habría dado cuenta Peter de que ella ya no estaba?—, pero solo logró representarse una confusión de ruidos y voces y fragmentos de caras y destellos de luz intensa.

Cogió la mano de Duncan, que no llevaba guantes y se la puso junto a la suya, en el bolsillo del abrigo. En ese momento él la miró con una expresión casi hostil, pero no la retiró. Los dos permanecían en silencio. Cada vez hacía más frío. Empezaban a dolerle los pies.

Caminaron durante horas, o al menos eso les pareció, descendiendo lentamente en dirección al lago helado, pasaron junto a edificios y más edificios que no contenían más que oficinas, y junto a los solares que se abrían entre ellos, ocupados por ventas de coches usados, con sus ristras de bombillas de colores y de banderolas; pero no hallaron ni rastro de lo que andaban buscando.

—Creo que nos hemos equivocado de calle —dijo Duncan al cabo de un rato—. Ya tendríamos que haber llegado de sobras.

Siguieron por una calle estrecha y oscura con las aceras cubiertas de nieve, y finalmente desembocaron en una vía más amplia llena de chillones carteles de neón.

—Esto ya se parece más a lo que buscamos.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó ella, consciente del tono lastimero de su voz. Se sentía incapaz de decidir. En realidad Duncan estaba tomando la iniciativa. Claro que, bien mirado, el dinero era suyo.

—Mierda, es que no tengo ni idea de qué se hace en estos casos —comentó—. Para mí es la primera vez.

—Pues para mí también —replicó ella, a la defensiva—. Bueno, al menos en estas circunstancias.

—Habrá una fórmula estipulada, pero propongo que vayamos improvisándola sobre la marcha. Entraremos a preguntar siguiendo un orden, de norte a sur. —Echó un vistazo a la calle—. Parece que cuanto más abajo, más destartalados.

—¡Espero que no sea un cuchitril lleno de bichos!

—Bueno, no sé, a lo mejor los bichos lo hacen más interesante. De todas formas, no nos queda más remedio que aceptar lo que nos den.

Se detuvo delante de un edificio estrecho de ladrillo encajonado entre una tienda de alquiler de ropa, con una novia polvorienta en el escaparate, y una floristería vieja. «Royal Massey Hotel», rezaba un tubo de neón. Bajo el nombre había un escudo de armas.

—Espérame aquí —le indicó Duncan antes de subir los peldaños que le separaban de la puerta.

Volvió a bajar.

—Está cerrado —anunció.

Siguieron caminando. El siguiente establecimiento tenía un aspecto más prometedor. Era más discreto, y las cornisas de piedra rematadas en capiteles griegos que había sobre las ventanas estaban oscurecidas de hollín. Un cartel rojo informaba de que el nombre era «Ontario Towers», aunque la primera O se había fundido. «Tarifas económicas». Estaba abierto.

—Entro yo primero y te espero en el vestíbulo —dijo Marian, que tenía los pies congelados. Además, sentía la necesidad de ser valiente. Duncan se estaba comportando muy bien, así que ella debía darle al menos apoyo moral.

Se quedó allí de pie, sobre la moqueta desgastada, intentando parecer respetable, consciente de que sus pendientes no contribuían precisamente a tal fin. Duncan se acercó al recepcionista, un hombrecillo apergaminado que lo miró con desconfianza. Duncan y él intercambiaron unas palabras en voz baja. Acto seguido, Duncan se acercó a ella, la cogió del brazo y salieron.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Marian una vez en la calle.

—Que no era un sitio de esos.

—¿Qué insinúa? —protestó ella, ofendida. ¿Qué se había creído?

Duncan soltó una risita burlona.

—No me vengas ahora con remilgos de virtuosa ultrajada. Lo único es que habrá que buscar un sitio que sí sea de esos.

Doblaron una esquina y siguieron en dirección este, por una calle de aspecto similar. Pasaron por delante de varios edificios elegantes pero destartalados, y finalmente descubrieron uno que estaba aún más destartalado pero que de elegante no tenía nada. En vez de la habitual fachada de obra vista, la de este estaba pintada de rosa, y en grandes letras escritas directamente sobre ella, se leía: «Camas a 4$ la noche. TV en todas las habitaciones. Victoria y Albert Hotel. La mejor oferta de la ciudad». Era un edificio alargado. Más abajo se veía otro cartel que indicaba «Hombres» y otro más en el que se leía «Mujeres y acompañantes», y que señalaba el

acceso al *pub*. También parecía haber una casa de comidas, aunque a esas horas las dos estaban cerradas.

—Creo que aquí es —dijo Duncan.

Entraron. El recepcionista bostezó al coger la llave.

—Un poco tarde, ¿no? —protestó—. Son cuatro dólares.

—Mejor tarde que nunca —respondió Duncan. Se sacó un puñado de billetes del bolsillo, desperdigando monedas por toda la alfombra. Cuando se agachó a recogerlas, el recepcionista miró a Marian con una malicia descarada aunque no exenta de cansancio. Ella le dedicó una caída de ojos. Después de todo, pensó, si voy vestida como si lo fuera y actúo como si lo fuera, ¿por qué no va a pensar que lo soy?

Subieron la escalera en silencio.

Cuando finalmente dieron con la habitación, constataron que era del tamaño de un armario grande, amueblada con una cama de hierro, una silla y un tocador con el barniz cuarteado. En un rincón, atornillado a la pared, había un televisor que funcionaba con monedas. Sobre el tocador, un par de toallas dobladas, desgastadas, una celeste y otra rosa. La estrecha ventana que había delante de la cama tenía por fuera un fluorescente que parpadeaba emitiendo un zumbido infernal. Junto a la entrada había otra puerta que daba al baño, un cubículo minúsculo.

Duncan cerró la puerta.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó—. Tú debes saberlo.

Marian se quitó las botas. Notó un doloroso hormigueo en los dedos de los pies. Alzó la mirada y vio el rostro escuálido que la observaba entre el cuello alzado de un abrigo y una mata de pelo revuelto. Era un rostro muy blanco, excepto por la nariz, roja de frío. Mientras lo contemplaba, Duncan se sacó un pañuelo de papel de algún bolsillo y se la sonó.

Dios mío, pensó Marian, ¿pero qué estoy haciendo? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué diría Peter? Cruzó la habitación, se acercó a la ventana y miró al exterior, sin fijarse en nada en concreto.

—¡Mira esto! —exclamó Duncan entusiasmado a su espalda. Marian se volvió. Acababa de descubrir algo nuevo, un gran cenicero que había quedado oculto bajo las toallas del tocador—. Es auténtico. —El cenicero tenía forma de caracola de mar y era de porcelana rosa con los bordes ondulados—. Dice «Recuerdo de las cataratas de Burk» —leyó con el rostro iluminado. Le dio la vuelta y un poco de ceniza se cayó al suelo—. «Made in Japan» —anunció.

Marian se sintió invadida por una oleada de desesperación. Tenía que hacer algo.

—¡Por el amor de Dios —exclamó—, deja de una vez ese maldito cenicero, quítate la ropa y métete en la cama!

Duncan inclinó la cabeza como si fuera un niño a quien acabaran de reñir.

—Bueno, como tú digas.

Se desprendió de la ropa con tanta rapidez como si hubiera tenido cremalleras escondidas en distintos sitios, o una sola, para quitársela toda de una vez, al igual que

una muda de piel. La lanzó sobre la silla hecha un revoltijo, se metió en la cama deprisa y corriendo, y se subió las sábanas hasta la barbilla. La miró con curiosidad mal disimulada y solo ligeramente bienintencionada.

Con gesto de determinación, ella empezó a desnudarse. Le resultó difícil quitarse las medias con seductora intención, o al menos con algo que se le pareciera, mientras un par de ojos de rana la escrutaban desde el borde de la sábana. Intentó alcanzar el cierre de la espalda, en vano.

—Bájame la cremallera —le ordenó, tajante.

Él obedeció.

Marian colgó el vestido en el respaldo de la silla y forcejeó para quitarse la faja.

—¡Eh! —exclamó él—. ¡Una de verdad! Las había visto en los anuncios, pero en la vida real nunca había llegado tan lejos. Siempre he querido saber cómo funcionan. ¿Me dejas verla?

Marian se la pasó y él se incorporó para examinarla, retorciéndola en todas direcciones y doblando las ballenas.

—Dios mío, qué trasto tan medieval —le dijo—. ¿Cómo lo soportas? ¿Y tienes que llevarla siempre? —Hablaba de la prenda como si se tratara de un accesorio ortopédico molesto pero necesario: un braguero o un collarín.

—No —respondió Marian. Estaba de pie, en ropa interior, preguntándose cuál debería ser el siguiente paso. Se resistía, por exceso de pudor, suponía, a seguir desvistiéndose con la luz encendida, pero él parecía estar pasándoselo tan bien que no quería interrumpirle. Además, en la habitación hacía tanto frío que empezó a temblar.

Se acercó despacio a la cama, castañeteando los dientes. Era evidente que la tarea en cuestión iba a requerir gran perseverancia. De haber llevado ropa con mangas, se las habría subido.

—Hazme sitio —le pidió.

Duncan apartó la faja y volvió a esconderse bajo las sábanas como una tortuga en su caparazón.

—Ni hablar —replicó él—. No pienso dejarte que te metas en esta cama hasta que te hayas quitado todos esos potingues de la cara. La fornicación, a su manera, está muy bien, seguro, pero si he de acabar pareciendo un trozo de papel pintado de flores, renuncio.

Marian le dio la razón.

Cuando volvió, más o menos limpia, apagó la luz y se acostó. Hubo una pausa.

—Se supone que ahora debería estrecharte entre mis varoniles brazos —dijo Duncan en la oscuridad.

Marian le pasó la mano por la espalda, y la sintió fría.

Él le buscó la cabeza, husmeándole el cuello.

—Hueles raro.

—No hay manera, debo de ser incorruptible —dijo Duncan media hora más tarde—. Voy a fumarme un cigarrillo.

Se levantó, se fue a tientas hasta la otra punta de la habitación, localizó la ropa y rebuscó hasta que encontró el paquete. Volvió a la cama. A la luz de la brasa iluminada, Marian distinguió algunas líneas de su cara, y el cenicero de porcelana. Duncan estaba sentado contra los barrotes de la cabecera.

—No sé exactamente lo que me pasa —dijo—. En parte, no me gusta no poder verte, aunque es probable que si te viera aún fuera peor. Pero no es solo eso. Me siento como una especie de criatura diminuta que intentara escalar por la superficie de una enorme masa de carne. No digo que seas gorda —añadió—, que no lo eres. Es que en general hay demasiada carne. Es asfixiante. —Retiró las mantas de su lado de la cama—. Mucho mejor —dijo, y se apoyó el brazo sobre la frente.

Marian se arrodilló a su lado, en la cama, cubriéndose con la sábana como si fuera un chal. Apenas distinguía el perfil de su cuerpo largo y blanco, piel blanca sobre cama blanca, apenas iluminado por la luz azulada que llegaba de la calle. En la habitación de al lado tiraron de la cadena del retrete. El borboteo del agua en las tuberías resonó en la habitación y cesó bruscamente con un ruido mezcla de susurro y silbido.

Marian agarró las sábanas con fuerza. Estaba tensa por la impaciencia y por otra emoción que reconoció como la gélida energía del terror. En ese momento, suscitar algo, alguna reacción, aunque no fuese capaz de predecir lo que emergería de aquella superficie en apariencia pasiva, de esa cosa amorfa, blanca e insustancial que se extendía en la oscuridad, que se movía a medida que sus ojos se movían esforzándose por ver, que parecía carecer de temperatura, olor, cuerpo o sonido, era lo más importante que podría haber hecho nunca, que podría hacer en el futuro, y no podía hacerlo. Esa certidumbre le inspiraba una desolación helada, peor que el miedo. Ningún empeño de la voluntad serviría de nada. No se decidía a acariciarlo de nuevo. Tampoco se decidía a marcharse.

El resplandor del cigarrillo se desvaneció. Se oyó el golpe del cenicero en contacto con el suelo. Marian supo que Duncan sonreía en la oscuridad, aunque no era capaz de determinar con qué intención: sarcasmo, malevolencia, incluso ternura.

—Túmbate —le dijo él. Ella obedeció, con la sábana alrededor del cuerpo y las rodillas dobladas. Duncan la rodeó con un brazo—. No, tienes que ponerte recta. La posición fetal no sirve de nada, lo sé muy bien, la he probado muchas veces. —La acarició con ternura, invitándola a extenderse, casi como si la estuviera planchando.

—Ya sabes que no es algo que se pueda evitar —le dijo—. Dame tiempo.

Se acercó más a ella. Notó su aliento en el cuello, penetrante y fresco, y luego su cara apretándose contra ella, contra su carne, fría, como el bozal de un animal curioso y solo ligeramente amigable.

29

Estaban sentados en una cafetería mugrienta, al lado del hotel. Duncan contaba el dinero que le quedaba para saber qué podían desayunar. Marian se había desabrochado los botones del abrigo, pero se sujetaba las solapas cerradas a la altura del cuello. No quería que nadie le viera el vestido rojo; era demasiado evidente que lo llevaba desde la noche anterior. Se había guardado los pendientes de Ainsley en el bolsillo.

Entre ellos, sobre la superficie de formica de la mesa, se extendía una colección de platos sucios, tazas, migas, salpicaduras y cercos de grasa, restos de los valientes madrugadores que se habían aventurado antes que ellos, cuando la superficie de formica estaba intacta como la naturaleza virgen, no hollada por el cuchillo y el tenedor del hombre, y habían dejado tras ellos un rastro aleatorio de artículos abandonados o desechados, propios de los que viajan ligeros de equipaje. Sabían que nunca más volverían a pasar por allí. Marian contempló con desagrado el reguero de desperdicios, pero intentaba restarle importancia a ese desayuno. No quería que su estómago protagonizara otra escenita. Tomaría solo café con tostadas, y quizá mermelada. Seguro que ante eso no planteará ningún reparo, pensó.

Apareció una camarera con el pelo cardado y empezó a limpiar la mesa, sobre la que al momento lanzó un par de cartas desplegables. Marian abrió la suya y leyó la sección titulada «Sugerencias para el desayuno». Antes de dormirse, le pareció que todo estaba resuelto, incluso el rostro imaginado de Peter con los ojos muy abiertos, iluminados por una revelación cegadora. Había sido simplemente un momento de clarividencia, más que de alegría, pero que se había perdido en el sueño posterior. Al despertarse con el rumor del agua corriendo en las tuberías y con las voces estridentes del pasillo, ya no se acordaba de qué era. Había permanecido acostada en silencio, intentando concentrarse en qué podía haber sido, mirando el techo lleno de manchas de humedad que la distraían; pero fue inútil. Entonces, la cabeza de Duncan había aparecido de debajo de la almohada, donde la había mantenido toda la noche para mayor seguridad. La miró un momento como si no tuviera ni idea de quién era ni de qué estaba haciendo en aquella habitación.

—Vámonos de aquí —le dijo al cabo de un momento. Ella le besó en la boca, pero cuando se apartó un poco, Duncan se limitó a humedecerse los labios—. Me muero de hambre, vamos a desayunar —murmuró, como si aquel gesto se lo hubiera recordado—. Vaya pinta —añadió.

—Pues tú no es que estés como una rosa —replicó ella a la defensiva. Era cierto: tenía muchas ojeras y el pelo parecía un nido de cuervos. Se levantaron de la cama y ella se examinó brevemente en el espejo amarillento y deslucido del baño. Tenía la piel mate, muy pálida y extrañamente seca. Desde luego, estaba horrible.

No le apetecía ponerse la misma ropa, pero no le quedaba más remedio. Se vistieron en silencio, incómodos en aquel espacio de dimensiones tan reducidas y cuya sordidez resultaba aún más patente a la luz grisácea del día, y bajaron la escalera.

Ahora lo miraba ahí sentado frente a ella, otra vez vestido. Había encendido un cigarrillo y se dedicaba a contemplar la voluta de humo. Sus ojos le estaban vedados, le resultaban remotos. La huella mental de su cuerpo largo y famélico, que en la oscuridad parecía constar solamente de ángulos y prominencias, el recuerdo de sus costillas tan marcadas, casi esqueléticas, una ondulación de cordillera casi perfecta, como una tabla de lavar, se le estaba borrando tan deprisa como cualquier trazo impreso en una superficie efímera. Fuera cual fuere la decisión que había tomado, si es que realmente había llegado a tomar alguna, la había olvidado. Podía tratarse de una ilusión, como la luz azulada sobre la piel de los dos. Pero en la vida de Duncan, pensó ella con una sensación de deber cumplido, algo había culminado. Y eso constituía un pequeño consuelo. Sin embargo, para Marian no había nada permanente o completo. Peter seguía estando allí, no había desaparecido, era tan real como las migas de la mesa: así pues, ella debía actuar en consecuencia. Tendría que volver. El autobús de la mañana ya lo había perdido, pero podía coger el de la tarde, después de hablar con Peter para explicárselo. No, mejor evitar explicaciones. En realidad no había motivos para explicar, porque una explicación requería plantear causas y efectos, y el suceso en cuestión había carecido de unas y otros. No procedía de ninguna parte ni se dirigía a lugar alguno, quedaba al margen de la cadena. De pronto se le ocurrió que aún no había empezado a hacer el equipaje.

Bajó la vista y miró la carta.

—Huevos con beicon al gusto —leyó—. O salchichas recién hechas. —Pensó en cerdos y en pollos. Pasó rápidamente al apartado de las tostadas. Notó una opresión en la garganta. Cerró la carta.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó Duncan.

—Nada, no puedo comer nada —dijo—. No me entra nada. Ni un zumo de naranja. —Así que al final había ocurrido: su cuerpo se había cerrado. El campo alimenticio se había ido reduciendo hasta convertirse en un punto, en un punto negro que lo excluía todo… Miró una mancha de grasa en la carta, casi llorando de pena por sí misma.

—¿Seguro? Mejor —zanjó Duncan sin perder ni un segundo—, así me lo puedo gastar todo yo.

Cuando volvió la camarera, pidió huevos con jamón, que devoró en un momento y sin el menor atisbo de remordimiento ni comentario alguno, ante sus propias narices. Ella lo miraba con gran tristeza. Cuando Duncan pinchó los huevos con el tenedor y el líquido de las yemas empezó a escurrirse, viscoso, hacia los bordes del plato, Marian volvió la cabeza. Sintió náuseas.

—Bueno —dijo él cuando salieron a la calle tras pagar la cuenta—. Gracias por todo. He de volver a casa, me espera un trabajo de la facultad.

Marian pensó en el olor a gasoil frío y a tabaco rancio que habría en el autobús. Y en los platos del fregadero. El autocar iría calentándose e impregnándose de humanidad a medida que avanzara por la autopista, y las ruedas emitirían aquel chirrido agudo. ¿Qué vivía entre los platos y los vasos sucios, oculto y repulsivo? No podía volver.

—Duncan —le dijo—. Por favor, no te vayas.

—¿Por qué? ¿Es que hay algo más?

—No puedo volver.

Duncan frunció el ceño.

—¿Y qué esperas que haga? —le preguntó—. No deberías esperar nada de mí. Quiero regresar a mi caparazón. De momento ya he tenido demasiado de lo que suele conocerse como realidad.

—No tienes que hacer nada, ¿podrías simplemente…?

—No, no quiero. Tú ya no eres un escape, resultas demasiado real. Algo te preocupa y quieres comentarlo; tendría que empezar a cuidarme de ti y todo eso, y no tengo tiempo.

Marian bajó la vista y vio los dos pares de pies sobre la nieve derretida y el barro de la acera.

—Es que no puedo volver.

Duncan se fijó más en ella.

—¿Vas a vomitar? No lo hagas.

Ella permaneció quieta, en silencio. No se le ocurría ningún motivo para que él se quedara a su lado. No lo había. ¿Qué conseguirían con ello?

—Bueno —dijo él vacilante—. Está bien, pero no mucho rato, ¿de acuerdo?

Ella asintió, agradecida.

Echaron a andar en dirección norte.

—A mi casa no podemos ir, ya lo sabes, montarían un escándalo —dijo Duncan.

—Ya lo sé.

—¿Adónde quieres ir?

No lo había pensado. Todo era imposible. Se tapó las orejas con las manos.

—No lo sé —respondió en un tono de voz que se acercaba a la histeria—, no lo sé, quizás es mejor que vuelva…

—Vamos, vamos —le dijo él con ternura—, nada de histrionismo. Pasearemos un rato. —Le apartó las manos de las orejas.

—Está bien —respondió Marian, dejando que la mimara.

Duncan balanceaba los brazos siguiendo el ritmo de sus pasos. Su gesto taciturno del desayuno parecía haber dado paso a una especie de conformismo distante. Subieron la pendiente, en dirección contraria al lago. Por las aceras transitaban señoras con abrigos de pieles que avanzaban inexorables como rompehielos sobre la

nieve derretida, con el rostro ceñudo y llenos de determinación, los ojos brillantes, las bolsas de la compra colgando de ambos brazos, para no perder el equilibrio. Marian y Duncan las iban sorteando y adelantando, soltándose las manos cuando se cruzaban con alguna especialmente amenazadora. En la calle, los coches soltaban humo y salpicaban al pasar. Del aire caían partículas de hollín, pesadas, húmedas como copos de nieve.

—Necesito respirar aire puro —dijo Duncan cuando llevaban unos veinte minutos andando en silencio—. Esto es como estar en una pecera llena de renacuajos moribundos. ¿Te ves capaz de viajar en el metro?

Marian asintió. Cuanto más lejos mejor, pensó.

Se internaron en la boca más cercana, alicatada en tonos claros, y tras un intervalo con olor a lana mojada y a alcanfor, se dejaron elevar por una escalera mecánica hasta alcanzar la luz del día.

—Ahora cogemos el tranvía —explicó Duncan. Parecía saber adonde iba, algo por lo que Marian solo podía sentir agradecimiento. Él la conducía. El control de la situación era suyo.

En el tranvía no encontraron asiento. Marian se agarró a una de las barras y se puso de puntillas para mirar por la ventana. Por encima de un sombrero de lana verde y naranja, con forma de cubretetera y grandes lentejuelas doradas, se extendía un paisaje que le resultaba desconocido: primero almacenes, luego casas, luego un puente, luego más casas. No tenía ni idea de en qué zona de la ciudad estaban.

Duncan alargó un brazo por encima de su cabeza y tiró del cordón. Cuando el tranvía se detuvo, ellos se fueron abriendo paso hacia el fondo y salieron.

—Ahora caminamos —dijo él.

Doblaron la esquina de una calle secundaria. Las casas eran más pequeñas y más nuevas que las del barrio de Marian, pero seguían siendo oscuras y altas. Muchas de ellas contaban con porches cuadrados sostenidos por pilares de madera y estaban pintadas de gris o de un blanco mortecino. Allí la nieve de los jardines delanteros se veía más reciente. Pasaron junto a un hombre que quitaba la nieve de un trozo de acera, y el ruido rítmico de la pala resonaba con intensidad en el aire silencioso. Había una cantidad anormal de gatos. Marian pensó en cómo olería la calle en primavera, cuando la nieve se derritiera; a tierra, a bulbos de flores a punto de brotar, a madera húmeda, a las hojas del año anterior pudriéndose, a los desperdicios que los gatos, creyéndose tan limpios y discretos, habían ido enterrando bajo la nieve. A viejos que salían de su casa con una pala, para abrir zanjas en el césped y enterrar lo que fuese. La limpieza de la primavera; la sensación de inminencia.

Cruzaron la calle y empezaron a bajar por una pendiente bastante pronunciada. De repente Duncan echó a correr, arrastrando a Marian tras él como si fuera un trineo.

—¡Para! —gritó ella, alarmada por el volumen de su propia voz—. ¡No puedo correr! —Notó que las cortinas de todas las ventanas se iban separando, indiscretas, a

su paso, como si en cada casa se escondiera un severo vigilante.

—¡No! —le respondió Duncan, también gritando—. ¡Estamos escapando! ¡Adelante!

A Marian se le rompió una costura de la manga. Se imaginó que el vestido rojo se le desintegraba en plena calle, que lo dejaba atrás en retales que iban cayendo sobre la nieve, como plumas. Ahora ya no estaban en la acera, resbalaban por el centro de la calle en dirección a una valla. Había un letrero negro y amarillo que ponía «Peligro». Le daba miedo que si se saltaban aquella barrera de madera fueran a caer por un precipicio invisible, casi a cámara lenta, como en esas películas de persecuciones de coches que acaban despeñándose por acantilados. Sin embargo, en el último momento Duncan giró y rodearon la valla, y se encontraron en un camino estrecho de tierra flanqueado por altos parterres. Pronto llegaron al puente que había al pie de la colina. Duncan se detuvo en seco y Marian patinó y chocó contra él.

Le dolían los pulmones; estaba borracha de aire. Se habían apoyado contra un muro bajo de cemento, en un extremo del puente. Marian apoyó los brazos en la parte alta del muro y descansó. A la altura de sus ojos veía copas de árboles, un laberinto de ramas con las puntas ya casi amarillas, casi rojas, cuajadas de yemas.

—Aún no hemos llegado —dijo Duncan, tirándole del brazo—. Ahora bajamos.

La condujo hasta el final del puente. A un lado había una especie de camino; huellas de pisadas, un sendero embarrado. Lo recorrieron con cautela, de lado, como los niños cuando aprenden a bajar las escaleras y pasan de uno en uno. Los carámbanos de hielo que había en la estructura del puente, que ahora quedaba por encima, goteaban sin cesar.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Marian cuando llegaron abajo.

—Todavía no —le respondió Duncan, y avanzó alejándose del puente. Marian esperaba que llegaran a algún sitio donde pudiera sentarse.

Estaban en una de las quebradas que partían la ciudad, aunque no sabía en cuál de ellas. Algunas veces iba a pasear a la que se veía desde el salón de su casa, pero nada de lo que contemplaba ahora le resultaba familiar. Allí, la quebrada era estrecha y profunda, cerrada por árboles que parecían sujetar el manto de nieve que se extendía por las empinadas laderas. Mucho más arriba, cerca del borde, algunos niños estaban jugando. Marian les veía las chaquetas de colores vivos, rojas y azules, y oía las risas atenuadas por la distancia.

De uno en uno, recorrían el camino sobre la capa de nieve. Otros habían dejado sus huellas, pero no muchos. Se dio cuenta de que, a intervalos, había marcas de pezuñas de caballo. De Duncan solo veía la espalda encorvada y los pies que se levantaban intermitentemente.

Deseó que se volviera para verle la cara; su abrigo, que no transmitía emoción alguna, la ponía nerviosa.

—Dentro de un minuto nos sentamos —dijo, como si se tratara de una respuesta.

Pese a ello, Marian no vio ningún sitio por allí cerca donde fuera posible hacerlo. Ahora recorrían un campo delimitado por estacas, con hierbas secas y rígidas que los arañaban al pasar: varas de oro, cardos, bardanas, los esqueletos de plantas anónimas. Las bardanas tenían racimos erizados, y los cardos conservaban sus cabezas puntiagudas, de color plata desgastado; aparte de eso, nada más interrumpía la monotonía de esa vegetación. Más allá, a ambos lados, se levantaban las paredes de la quebrada. Por encima se distinguían casas, una hilera de edificios que se asomaban al borde, indiferentes a las marcas de la erosión que arañaban la tierra a intervalos irregulares. El arroyo había desaparecido bajo una zanja subterránea.

Marian volvió la vista atrás. La quebrada había descrito una curva; ella la había tomado sin darse cuenta. Delante de ellos había otro puente, más grande. Siguieron andando.

—Me gusta esto en invierno —comentó Duncan al cabo de un rato—. Solo había estado en verano, y todo crece, se llena tanto de hojas verdes y plantas que a tres pasos ya no se ve nada. Además, hay ortigas. Y gente. Los viejos borrachos vienen a dormir debajo del puente, y los niños a jugar. Por aquí cerca hay un picadero, creo que este sendero es un camino de herradura. Yo venía porque era más fresco. Pero cubierto de nieve resulta aún mejor. Así la basura no se ve. Esto ya lo están llenando también de basura, empezando por el arroyo, no entiendo por qué les gusta tanto tirar todo tipo de cosas por el campo: ruedas viejas, latas…

La voz provenía de una cara que no veía, como si no saliera de ninguna parte; sonaba como en escorzo, apagada, amortiguada, absorbida por la nieve.

La quebrada se había hecho más ancha y ahora la vegetación era más escasa. Duncan salió del camino y anduvo sobre la nieve dura. Marian le siguió. Empezaron a subir la ligera pendiente de una colina.

—Ya hemos llegado —anunció Duncan. Se detuvo y dio media vuelta, cogiéndola de la mano para acercarla a su lado.

Marian ahogó un grito y sin querer retrocedió un paso: estaban al borde de un precipicio. Por debajo, una enorme fosa más o menos circular, con un camino que descendía en espiral, por los lados, en dirección al espacio llano y cubierto de nieve que se abría en el fondo. Justo enfrente de donde se encontraban, a unos cuatrocientos metros, se alzaba un edificio largo y negro parecido a un cobertizo. Todo parecía cerrado, desierto.

—¿Qué es eso? —preguntó Marian.

—La fábrica de ladrillos —contestó Duncan—. Lo de aquí abajo es arcilla. Bajan por este camino con excavadoras para extraerla.

—No tenía ni idea de que hubiera nada parecido en las quebradas. —Le parecía mal que hubiera semejante cavidad en la ciudad; se suponía que el arroyo debía ser el punto más bajo. Aquel fondo blanco de la fosa también le resultaba sospechoso; no le parecía sólido, tal vez fuera hueco, peligroso, una fina capa de hielo; si alguien caminaba por encima, tal vez se caería al interior.

—Pues hay muchas cosas interesantes. Por aquí cerca también hay una cárcel.

Duncan se sentó muy tranquilo en el borde del precipicio, con los pies colgando, y sacó un cigarrillo. Después de un momento, ella lo imitó y se puso a su lado, aunque aquella tierra no le inspiraba confianza; era de las que se hunden. Los dos se quedaron mirando el enorme agujero excavado en el suelo.

—Qué hora será —preguntó Marian, que apenas oyó sus propias palabras: aquel espacio abierto le tragaba la voz.

Duncan no respondió. Apuró el cigarrillo en silencio. Entonces se levantó, se fue por el borde hasta una zona más plana donde no había vegetación y se tumbó sobre la nieve. Se le veía tan tranquilo, ahí tendido, mirando al cielo, que Marian se acercó para ponerse a su lado.

—Tendrás frío —le dijo Duncan—, pero si te apetece, hazlo.

Se tumbó a medio metro de él. Por algún motivo, no le pareció bien acercarse más. Encima, el cielo era de un gris claro uniforme, difusamente iluminado por un sol que se ocultaba tras él, en algún lugar impreciso.

Duncan habló en medio de aquel silencio.

—¿Por qué no puedes volver? Vas a casarte y todo eso, ¿no? Creía que eras de esas mujeres dispuestas al matrimonio.

—Y lo soy —respondió con tristeza—. Al menos lo era. Ahora no sé. —No quería hablar del tema.

—Hay quien diría, claro, que todo está en tu mente.

—Eso ya lo sé —replicó, impacientándose; idiota del todo tampoco era, todavía —. ¿Pero cómo lo expulso?

—Debería resultarte evidente que yo soy la persona menos indicada para que le hagas esa pregunta. A mí me dicen que vivo en un mundo de fantasía. Pero al menos las mías son más o menos mías, personales, las escojo yo, y más o menos me gustan, en general. Pero tú no pareces demasiado contenta con las tuyas.

—Quizá debería ir al psiquiatra —musitó.

—No, no, eso no lo hagas. Lo único que les interesa es reajustarte.

—Pero es que yo quiero que me reajusten, esa es la cuestión. Para mí no tiene sentido ser una persona inestable. —También se le ocurrió que no tenía ningún sentido dejarse morir de inanición. En ese momento comprendió que en el fondo lo que quería era sencillamente seguridad. Pensó que todos aquellos meses había estado dirigiéndose hacia ese estado de calma, pero que en realidad no había llegado a ninguna parte. No había conseguido nada. De momento, su único logro concreto parecía ser Duncan. Ya era algo a lo que agarrarse.

De repente sintió la necesidad de asegurarse de que aún seguía allí, de que no había desaparecido, hundido bajo el manto blanco. Era preciso verificarlo.

—¿Qué tal esta noche? —le preguntó. Él aún no había dicho nada del tema.

—¿Qué tal qué? Ah, eso. —Permaneció un momento en silencio. Ella escuchaba con atención, aguardando su voz como si fuera la de un oráculo. Sin embargo, cuando

finalmente habló, se refirió a otro tema—. Me gusta este sitio. Y más ahora, en invierno, cuando está tan cerca del cero absoluto. Aquí me siento humano. Por comparación. Las islas tropicales no me gustarían nada, deben de ser demasiado carnales, siempre me estaría preguntando si soy un vegetal andante o algún anfibio gigante. En la nieve, en cambio, te acercas al máximo a la nada.

Marian estaba desconcertada. ¿A qué venía eso? ¿Qué relación guardaba con lo otro?

—Tú lo que quieres es que te diga que ha sido maravilloso, ¿verdad? —le preguntó—. Que me ha hecho salir de mi caparazón. Que me ha hecho hombre, que ha resuelto todos mis problemas…

—Bueno…

—Sí, seguro que es lo que quieres; de hecho siempre he visto claro que eso era lo que querrías. Me gusta la gente que participa en mi vida de fantasía, y normalmente estoy dispuesto a participar en la suya, hasta cierto punto. Ha estado bien; tan bien como de costumbre.

No tardó en captar lo que aquellas palabras daban a entender. Así que no era la primera. La imagen como de enfermera con uniforme almidonado a la que había intentado agarrarse como último recurso se deshizo como papel mojado; y el resto de sí misma no logró reunir las fuerzas necesarias ni para enfadarse. La había tenido totalmente engañada. Debería haberlo imaginado. Pero tras meditarlo un rato con la mirada perdida en el cielo neutro, llegó a la conclusión de que en realidad no era tan importante. Y además, existía la posibilidad de que aquella revelación acabara siendo tan falsa como habían resultado tantas otras cosas.

Se sentó y se sacudió la nieve de las mangas. Era el momento de pasar a la acción.

—Muy bien —le dijo—. Esta ha sido tu broma. —No pensaba aclararle si se lo creía o no—. Ahora he de decidir lo que voy a hacer.

Él le sonrió.

—A mí no me lo preguntes, ese es tu problema. Pero creo que deberías hacer algo; la autoflagelación en el vacío acaba convirtiéndose en algo bastante aburrido. Pero ese es tu callejón sin salida personal, tú te lo has inventado, tendrás que pensar en tu propia manera de salir de él —concluyó, levantándose.

Marian también lo hizo. Había estado tranquila, pero ahora notaba que de nuevo la asaltaba la desesperación, inundando su cuerpo como una droga.

—Duncan —le dijo—. A lo mejor podrías venir conmigo, acompañarme, hablar con Peter. Yo no creo que pueda. No sabría qué decirle. No me va a entender…

—No —respondió—. Ni hablar. Yo en eso no entro. ¿No ves que sería un desastre? Para mí, quiero decir. —Cruzó los brazos sobre el pecho, como abrazándose.

—Por favor —insistió Marian, aun sabiendo que él se negaría.

—No —le repitió—, no estaría bien. —Se volvió y miró las dos marcas que sus cuerpos habían dejado en la nieve. Y entonces se puso a pisarlas, primero la suya y después la de ella, manchando la superficie blanca con el pie—. Ven aquí, te enseñaré cómo has de volver.

La condujo hasta más adelante. Llegaron a una calle que primero subía y luego bajaba. Al fondo se veía una autopista inmensa que ascendía y, a lo lejos, otro puente, un puente que sí le resultaba conocido, con vagones de metro que avanzaban por él. Ahora ya sabía dónde estaba.

—¿Ni siquiera me acompañarás hasta allí? —le preguntó.

—No, prefiero quedarme un rato más. Ahora tienes que marcharte.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Los coches pasaban a toda velocidad. Se volvió una vez, cuando ya había llegado a la mitad de la cuesta, en dirección al puente. Casi esperaba que él se hubiera evaporado en la extensión blanca de la quebrada, pero no, siguió distinguiéndolo: una forma oscura recortada contra la nieve, acurrucada al borde del precipicio vacío.

30

Marian acababa de llegar a casa y se estaba peleando con la cremallera del vestido arrugado cuando sonó el teléfono. Ya sabía quién era.

—¿Sí?

La voz de Peter rezumaba ira.

—Marian, ¿se puede saber dónde te habías metido, eh? Oye, te he estado llamando a todas partes. —Se le notaba que tenía resaca.

—Ah —respondió, quitándole importancia—, he estado por ahí, he salido.

Peter perdió los estribos.

—¿Por qué te fuiste? Joder, me estropeaste la fiesta. Te estaba buscando para hacer la foto de grupo y no te encontré, claro que con toda aquella gente no monté ninguna escena, pero cuando se fueron empecé a buscarte por todas partes. Tu amiga Lucy y yo salimos en coche por las calles. Te llamamos a casa más de veinte veces, estábamos muy preocupados. La verdad es que ha sido muy amable al tomarse tantas molestias, consuela saber que aún queda alguna mujer considerada…

Sí, seguro, pensó Marian, que sintió una fugaz punzada de celos al recordar su sombra de ojos gris; pero no le dijo nada de eso.

—Peter, por favor, no te enfades. Solo he salido a respirar un poco de aire y me he entretenido un poco, nada más. No hay ningún motivo para que te pongas así. No ha habido ninguna catástrofe.

—¿Cómo que no me ponga así? No deberías salir a caminar por la noche, podrían violarte. Si quieres hacer estas locuras, y los dos sabemos que no es la primera vez, ¿por qué no piensas un poco en los demás de vez en cuando? Al menos podrías haberme dicho dónde estabas, tus padres me han llamado, están desesperados porque no has cogido el autobús… ¿y yo? ¿Qué se suponía que tenía que decirles?

Sí, claro, pensó Marian, se había olvidado de eso.

—Bueno, pues estoy perfectamente —contestó.

—¿Pero dónde te habías metido? Cuando vimos que te habías ido y empezamos a preguntar discretamente a la gente si te había visto, la verdad es que uno de tus exóticos amigos, Trevor, o como se llame, me contó una historia bastante divertida. Pero bueno, ¿quién es ese tipo del que me hablaba?

—Por favor, Peter, no me gusta nada comentar estas cuestiones por teléfono. —De repente experimentó el impulso de contárselo todo, pero ¿de qué iba a servir, si nada se había consumado ni había llegado a nada?—. ¿Qué hora es?

—Las dos y media —respondió con voz más calmada, como pillado por sorpresa ante la referencia a un hecho concreto.

—Bueno, ¿por qué no te vienes a merendar dentro de un rato y lo hablamos? Sobre las cinco y media, ¿de acuerdo? Y lo hablamos. —Se lo dijo en un tono dulce,

conciliatorio. Era consciente de su propia astucia. Aunque no había tomado ninguna decisión, notaba que ya le faltaba poco, y necesitaba tiempo.

—Bueno, está bien —accedió, malhumorado—. Pero mejor que lo que me cuentes sea bueno.

Los dos colgaron al mismo tiempo.

Marian entró en la habitación y se desnudó. Bajó a darse un baño rápido. Las zonas inferiores estaban en silencio; la señora de abajo seguramente estaría atormentándose en su oscura madriguera, o rezando por que un rayo celestial fulminara cuanto antes a Ainsley. Con un ánimo próximo a la rebelión, se negó a limpiar la bañera después de usarla.

Lo que precisaba era una estrategia que evitara las palabras, no quería enzarzarse en una discusión. Algún recurso para averiguar qué era lo real; una prueba, tan sencilla y directa como la del papel de tornasol. Eligió la ropa —un vestido liso, de punto gris, le pareció apropiado—, y se puso el abrigo. Localizó su monedero y contó el dinero. Se fue a la cocina y se sentó para confeccionar una lista, pero tras escribir varias palabras, soltó el lápiz. Ya sabía qué comprar.

En el supermercado, recorrió metódicamente los pasillos, esquivando diestramente a las señoras cubiertas de pieles baratas y a los niños que cogían paquetes de los estantes. La imagen iba cobrando forma. Huevos. Harina. Limones para aromatizar. Azúcar normal, azúcar lustre, vainilla, sal, colorante. Quería que todo fuera fresco, no quería usar ningún ingrediente que ya tuviera en casa. Chocolate. No, mejor cacao. Un tubo lleno de perlitas plateadas para la decoración. Tres cuencos bajos de plástico, cucharillas de postre, una manga pastelera y un molde de hojalata. Qué bien, pensó, hoy en día en los supermercados lo encuentras casi todo. Inició el camino de regreso al apartamento, sujetando la bolsa de papel entre los brazos.

¿Bizcocho o bavarois? Se decidió por el bizcocho; le pareció más adecuado.

Encendió el horno. Era una de las pocas zonas de la cocina que no estaba invadida por la capa de mugre invasora, principalmente porque en los últimos tiempos no lo habían usado mucho. Se puso un delantal y aclaró los utensilios nuevos y los cuencos que había comprado, procurando no tocar los platos del fregadero. Ya se ocuparía de eso más tarde. Ahora no tenía tiempo. Secó las cosas y empezó a cascar los huevos y a separar las claras de las yemas, sin pensar apenas, concentrando toda su atención en los movimientos de sus manos, y luego, mientras apretaba, golpeaba y doblaba la masa, en los tiempos de cocción y en las texturas. El bizcocho exigía rapidez. Vertió la masa en un molde y pasó un tenedor de lado para eliminar las burbujas de aire más grandes. Al meterlo en el horno, casi canturreaba de satisfacción. Hacía mucho tiempo que no preparaba un pastel.

Mientras la masa se iba cociendo, volvió a lavar los cuencos y se dispuso a preparar la cobertura. Iba a ser normal, de mantequilla; era lo más apropiado. Al terminar, la dividió en tres partes, que dispuso en tres cuencos. La mayor la dejó tal como estaba, blanca. Otra la tiñó de rosa chillón, casi rojo, con el colorante alimentario que había comprado, y añadió cacao a la última para que quedara marrón.

¿Dónde voy a ponerlo?, pensó cuando hubo terminado. Tendré que lavar una fuente. Desenterró una larga que había en el fondo del fregadero y la lavó a conciencia. Hubo de emplear bastante detergente para quitarle toda la suciedad.

Pinchó el bizcocho; ya estaba listo. Lo sacó del horno y lo volcó para que se enfriara.

Menos mal que Ainsley no estaba; no quería ninguna interferencia. En realidad, no parecía que Ainsley hubiera pasado por casa desde el día anterior. No había ni rastro de su vestido verde. En su dormitorio, la maleta vacía estaba sobre la cama, donde debía de haberla dejado por la noche. Parte del desorden de la superficie se arremolinaba a su alrededor, como atraída por un vórtice. Al pasar por delante, Marian se preguntó cómo conseguiría meter todo aquel caos en un espacio tan limitado y rectilíneo como era un juego de maletas.

Mientras se enfriaba la base, se dirigió a su habitación y se peinó un poco, echándose el pelo hacia atrás y recogiéndoselo con horquillas para eliminar los restos de los rizos que le habían hecho en la peluquería. Se sentía eufórica, casi mareada; debía de ser la falta de sueño y de comida. Sonrió al espejo, mostrando los dientes.

El bizcocho tardaba demasiado en enfriarse, pero no lo puso en la nevera para que no absorbiera ningún olor. Lo sacó del molde y lo puso en la fuente limpia, abrió la ventana de la cocina y lo dejó en el alféizar nevado. Sabía lo que les pasaba a los pasteles que se congelaban cuando aún estaban calientes: se deshacían.

No sabía qué hora era. Aún tenía el reloj en el tocador, donde lo había dejado el día anterior, pero se le había parado. No encendió el transistor de Ainsley, así no se distraería. Además, ya estaba bastante nerviosa. Antes había un teléfono al que se podía llamar… pero, bueno, en todo caso debía darse prisa.

Sacó el bizcocho de la ventana, lo tocó para comprobar si ya se había enfriado lo suficiente y lo dejó en la mesa de la cocina. Se puso manos a la obra. Con la ayuda de los dos tenedores, lo partió por la mitad. Una la colocó boca abajo en la fuente y vació parte del interior, dándole forma de cabeza. Con lo que le sobraba hizo un tronco con cintura. La otra mitad la cortó en trozos alargados, que serían las piernas y los brazos. El bizcocho estaba muy blando y era fácil de moldear. Unió las distintas partes con una porción de la cobertura de mantequilla blanca y usó el resto para cubrir la figura que acababa de crear. Tenía algunos bultos y la piel no era lisa del todo, pero serviría. Los pies y los tobillos los reforzó con mondadientes.

Ahora ya tenía un cuerpo blanco, desnudo. Su aspecto resultaba ligeramente obsceno, ahí tendido sobre la fuente, blando, azucarado, sin rasgos. Empezó a vestirlo, llenando la manga pastelera con cobertura rosa. Primero le puso un biquini,

pero quedaba demasiado pobre. Así que llenó el espacio intermedio. Ahora lo que llevaba era un traje de baño normal, pero aún no era exactamente lo que quería. Siguió extendiendo, añadiendo cobertura por arriba y por abajo, hasta que consiguió una especie de vestido. En un alarde de exuberancia, dibujó un ribete alrededor del cuello y otro en el dobladillo. Le puso una boca rosa, sonriente, y unos zapatos a juego. Finalmente marcó cinco uñas rosas al final de aquellas dos manos amorfas.

La cara se veía rara solo con la boca y sin pelo ni ojos. Limpió la manga y la llenó de cobertura marrón. Le dibujó una nariz y unos ojos grandes, con muchas pestañas, y también cejas. Para mayor énfasis, trazó unas líneas para resaltar las piernas, y otras para separar los brazos del tronco. Con el pelo tardó más. Lo fue haciendo a base de colocar tirabuzones barrocos, ondulados, que subían mucho y caían sobre los hombros.

Los ojos seguían en blanco. Se decidió por el verde —las otras posibilidades eran el rojo y el amarillo, porque eran los únicos colores que tenía—, y con un mondadientes le aplicó dos iris de colorante.

Ahora ya solo quedaba añadir las perlitas plateadas. Dos las puso en los ojos, a modo de pupilas. Con el resto hizo un diseño floral sobre el vestido, y algunas las intercaló en el pelo. La mujer parecía una figurilla de porcelana, antigua y elegante. Por un momento deseó haber comprado velas de cumpleaños. Pero ¿dónde las habría puesto? La verdad era que no quedaba mucho sitio. La imagen estaba completa.

Su creación la miraba desde abajo, con cara de muñeca, ausente excepto por el destello de inteligencia de los ojos verdes. Mientras le iba dando forma, se había sentido casi contenta, pero ahora, al contemplarla, cayó en un estado melancólico. Tanto esfuerzo invertido en esa señora, y ahora, ¿qué sería de ella?

—Tienes un aspecto delicioso —le dijo—. Muy apetecible. Y eso es lo que te pasará; eso es lo que pasa cuando eres comida.

Con la mención de la comida, se le contrajo el estómago. Sentía cierta lástima por su criatura, pero no podía hacer nada. Su destino ya estaba zanjado. Oyó pasos en la escalera: era Peter.

Marian tuvo una fugaz visión de lo monumental de su propia estupidez, de lo infantil e indigna que resultaría a los ojos de cualquier observador racional. ¿A qué estaba jugando? Pero no se trataba de eso, se dijo nerviosa, retirándose un mechón de pelo de la cara. Aunque si a Peter le parecía tonta, Marian aceptaría la visión que tuviera de ella, se reirían y se sentarían a tomarse el té tranquilamente.

Cuando Peter apareció por el hueco de la escalera, Marian le dirigió una tímida sonrisa. La expresión de su cara, el ceño fruncido y la barbilla levantada, indicaban que seguía de mal humor. Y la ropa que llevaba quedaba muy bien con su enfado: el traje severo, entallado, remoto, pero la corbata de cachemira con algún toque marrón oscuro.

—Bueno, a ver qué es todo esto… —empezó.

—Peter, ¿por qué no vas al salón y te sientas? Te he preparado una sorpresa. Luego hablamos, si quieres. —Volvió a sonreírle.

Aquello lo desconcertó y se le olvidó seguir frunciendo el ceño; seguro que había supuesto que ella intentaría disculparse de alguna manera. Pero le obedeció. Marian se quedó un momento junto a la puerta, mirándole casi con ternura la nuca que reposaba en el sofá. Ahora que volvía a ver al Peter real, tan compacto como siempre, los miedos de la noche anterior quedaban reducidos a una histeria estúpida, y la fuga con Duncan se convertía en una locura, una evasión; apenas si recordaba ya qué aspecto tenía. A fin de cuentas, Peter no era su enemigo, era un ser humano normal, como casi todo el mundo. Deseó acariciarle la nuca, decirle que no se enfadara, que todo iba a salir bien. La mutación era Duncan.

Pero advirtió algo en sus hombros. Debía de estar sentado con los brazos cruzados. La cara que correspondía a aquella cabeza podría haber sido la de cualquiera. Todos llevaban ropa hecha con tela de verdad, y tenían cuerpos de verdad; los de los periódicos, los todavía desconocidos, aguardando la ocasión de apuntar desde la ventana de arriba; pasabas por su lado todos los días en la calle. Era fácil verlo como a alguien normal y seguro por la tarde, pero aquello no cambiaba nada. El precio de esa versión de la realidad estaba poniendo a prueba la otra.

Se fue a la cocina y volvió con la bandeja, sujetándola ante ella con cuidado y reverencia, como si estuviera llevando en procesión algún objeto sagrado, un icono, o una corona dispuesta sobre un almohadón. Se arrodilló, dejando la fuente sobre la mesa auxiliar, delante de Peter.

—Intentabas destruirme, ¿verdad? —le dijo—. Intentabas asimilarme. Pero yo te he preparado una sustituta que te gustará mucho más. Esto es lo que querías desde el principio, ¿no? Ahora le traigo un tenedor —añadió, algo prosaica.

Peter miraba alternativamente el pastel y la cara de Marian, que no sonreía. Abrió mucho los ojos, alarmado. Era evidente que tonta no le parecía.

Cuando se fue —y no tardó mucho en hacerlo, al final resultó que no hablaron demasiado, porque se sentía incómodo e impaciente, y hasta rechazó el té—, ella se quedó de pie, contemplando la figura. Así que después de todo Peter no la había devorado. En tanto que símbolo, había fracasado estrepitosamente. Desde la mesa, la figura la miraba con los ojos plateados, enigmáticos, burlones, suculentos.

De repente sintió hambre. Mucha hambre. Y en el fondo, aquel pastel era solo un pastel. Cogió la fuente, se la llevó a la cocina y buscó un tenedor. «Empezaré por los pies», decidió.

Saboreó el primer bocado. Le resultó raro, pero de lo más agradable, volver a notar los sabores, masticar, tragar. No está mal, pensó, crítica. Pero le falta un poco más de ralladura de limón.

La parte de ella que no estaba ocupada en comer ya sentía una oleada de nostalgia por Peter, como la que podría experimentar por un estilo de ropa que ya hubiera pasado de moda y empezara a verse en los colgadores tristes del Ejército de Salvación. Lo imaginaba, elegante, en un salón con lámparas de araña y cortinajes, impecablemente vestido, con un vaso de *whisky* en la mano. Tenía un pie apoyado en la cabeza de un león disecado y un parche en un ojo. Debajo de un brazo, enfundado, un revólver. El borde del pergamino tenía un ribete dorado y un poco por encima de la oreja de Peter había una chincheta. Pasó la lengua por el tenedor, pensativa. Sí, Peter acabaría triunfando, sin duda.

Cuando ya se había comido la mitad de las piernas, oyó los pasos de dos personas en la escalera. Y Ainsley apareció en la puerta de la cocina seguida de la cabeza peluda de Fischer Symthe. Aún llevaba su vestido verde, muy arrugado. También ella parecía arrugada; tenía la cara ojerosa y la barriga parecía haberle crecido mucho en las últimas veinticuatro horas.

—Hola —saludó Marian agitando el tenedor. Partió un trozo de pastel y se lo llevó a la boca.

Fischer se había apoyado en la pared y había cerrado los ojos en cuanto puso los pies en el apartamento, pero Ainsley sí se fijó en ella.

—¡Marian! ¿Qué es esto? —Se acercó para ver—. ¡Es una mujer! ¡Una mujer de bizcocho! —Le dedicó una mirada peculiar.

Marian masticó y tragó.

—Toma un poco —le ofreció—. Está muy buena. La he hecho esta tarde.

La boca de Ainsley se abría y se cerraba como la de un pez, como si intentara digerir la implicación de lo que estaba viendo.

—¡Pero Marian! —exclamó al fin, horrorizada—. ¡Estás rechazando tu propia feminidad!

Marian dejó de comer y miró a Ainsley, que la contemplaba con gran preocupación, casi con severidad, a través de los mechones de pelo que le caían sobre los ojos. ¿Cómo lograba aquella expresión de indignación, aquella seriedad tan absoluta? Su rectitud moral era comparable a la de la señora de abajo.

Volvió a mirar la fuente. La mujer seguía allí, con su sonrisa helada, sin piernas.

—Qué tontería —replicó—. Es solo un pastel.

Y hundió el tenedor en el tronco, separando limpiamente la cabeza del resto del cuerpo.

TERCERA PARTE

31

Estaba limpiando el apartamento. Había tardado dos días en reunir el valor para enfrentarme a la tarea, pero por fin había empezado. Tenía que proceder por capas. Primero estaban los desperdicios superficiales. Empecé por la habitación de Ainsley, metiendo en cajas de cartón todo lo que había dejado: los tarros medio vacíos de cosméticos y las barras de carmín usadas, los estratos de revistas y periódicos atrasados desparramados por el suelo, la piel de plátano seca que encontré debajo de la cama, la ropa que no se había querido llevar. Y todas mis pertenencias que también quería tirar fui metiéndolas en las mismas cajas.

Cuando los suelos y los muebles quedaron despejados, limpié el polvo que quedaba a la vista, sin olvidar las molduras y los bordes superiores de las puertas y los alféizares de las ventanas. Luego me dediqué al suelo. Primero lo barrí y después lo fregué y lo enceré. Era increíble la cantidad de suciedad que salió: fue como descubrir un suelo nuevo. Luego lavé los platos, y después quité las cortinas de la ventana de la cocina. Hice una pausa para comer. Inmediatamente después ataqué la nevera. No me dediqué a examinar con detalle la cantidad de horrores que se habían acumulado en su interior. Solo con mirar a contraluz los envases, se veía que era mejor no abrirlos. A los diversos contenidos les habían brotado pelos o mantos de plumas, según el dictado de sus respectivas naturalezas, y ya me imaginaba a qué olerían. Los fui metiendo con cuidado en el cubo de la basura. Abordé el congelador con un punzón, pero descubrí que la gruesa capa de hielo, cuya superficie era blanda y esponjosa, estaba dura como la roca por dentro, así que dejé que se derritiera un poco antes de intentar partirla o desprenderla.

Acababa de empezar con los cristales cuando sonó el teléfono. Era Duncan. Qué sorpresa. Casi me había olvidado de él.

—Bueno —me dijo—. ¿Qué pasó?

—Se ha terminado todo —le respondí—. Comprendí que Peter pretendía destruirme. Así que ahora estoy buscando otro trabajo.

—Ya, bueno, en realidad no te preguntaba eso. Me interesa más saber algo de Fischer.

—Claro —murmuré. Debería haberlo supuesto.

—Verás, creo que sé lo que ha pasado, pero no estoy seguro de por qué. Ha abandonado sus responsabilidades, ¿comprendes?

—¿Sus responsabilidades? ¿Quieres decir sus estudios de postgrado?

—No. Me refería a mí. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No tengo la menor idea —le respondí. Me sentía molesta con él por no haber querido hablar de lo que iba a hacer yo. Ahora que volvía a pensar en mí misma en

primera persona del singular, mi propia situación me resultaba mucho más interesante que la suya.

—Vaya, vaya —dijo Duncan—. Pues así no podemos estar. Uno de los dos ha de hacer de oyente comprensivo y el otro de torturado y confundido. La última vez, la torturada y confundida fuiste tú.

Admítelo, te dijiste. No puedes ganar.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Por qué no te vienes a merendar más tarde? El apartamento está patas arriba. —Añadí a modo de disculpa.

Cuando llegó, yo estaba terminando de hacer las ventanas; subida a una silla, retirando el velo blanco que previamente había extendido sobre los cristales. Hacía mucho tiempo que no los habíamos limpiado, y se había acumulado bastante polvo. Supuse que sería curioso poder volver a ver a través de ellos. Me preocupaba que por fuera quedaran partes sucias que no alcanzaba; manchas de hollín y regueros de lluvia. No oí entrar a Duncan. Tal vez llevaba varios minutos observándome cuando anunció su presencia con un «Hola, ya estoy aquí».

Di un respingo.

—Ah, hola. En cuanto termine con la ventana voy contigo.

Duncan se dirigió a la cocina.

Tras dar un último repaso al cristal con la manga de una de las blusas viejas de Ainsley, me bajé de la silla con cierta reticencia —me gusta acabar lo que empiezo, y aún quedaban varias ventanas por repasar; además, la idea de hablar sobre la vida amorosa de Fischer Smythe no me cautivaba— y me encaminé a la cocina. Encontré a Duncan sentado en una de las sillas, contemplando la puerta abierta de la nevera con una mezcla de desagrado y angustia.

—¿A qué huele aquí? —preguntó, aspirando el aire.

—Oh, a varias cosas. A cera para el suelo, a limpiacristales y a otros productos. —Me acerqué a la ventana y la abrí—. ¿Té o café?

—No importa —respondió—. Bueno, entonces, ¿qué es lo que ha pasado en realidad?

—No sé si sabes que se han casado. —Sería más fácil preparar té, pero tras una búsqueda rápida por los armarios de la cocina, no encontré nada. Puse unas cucharadas de café en la cafetera.

—Bueno, sí, más o menos. Fish nos dejó una nota bastante ambigua. ¿Pero cómo sucedió?

—¿Y cómo suceden estas cosas? Se conocieron en la fiesta —le dije. Puse la cafetera al fuego y me senté. Se me pasó por la cabeza acercarme y abrazarlo, pero parecía herido—. Supongo que no les será fácil, pero creo que funcionará.

Ainsley había aparecido el día anterior, tras otra prolongada ausencia, y había hecho las maletas mientras Fischer la esperaba en el salón con la cabeza apoyada en los cojines del sofá, la barba erizada con la conciencia de su propia vitalidad y los ojos cerrados. Con unas pocas frases, me había dado a entender que se marchaban de

luna de miel a las cataratas del Niágara, y que le parecía que Fischer sería, en sus propias palabras, «muy bueno».

Le expliqué todo esto a Duncan tan bien como pude, y él no pareció ni escandalizado ni contento.

—Bueno, supongo que será bueno para Fischer, el ser humano no puede soportar demasiada irrealidad. Pero a Trevor le ha afectado bastante. Se ha acostado porque de los nervios le dolía la cabeza, y no se ha levantado ni para cocinar. En resumen, que tendré que cambiar de piso. Habrás oído lo destructivo que puede ser un hogar roto, y no me apetece que mi personalidad quede dañada.

—Espero que a Ainsley le vaya bien —dije. Y sinceramente lo esperaba. Le agradecía que hubiera confirmado mi certidumbre supersticiosa de que era una persona capaz de cuidar de sí misma. Hubo momentos en los que había empezado a perder la fe—. Al menos tiene lo que cree que quiere, y eso ya es algo…, supongo.

—Arrojado de nuevo al mundo —dijo Duncan, pensativo, mordiéndose el pulgar —. ¿Qué será de mí? —No parecía demasiado interesado en la pregunta.

Hablar de Ainsley me hizo acordarme de Leonard. Llamé a Clara poco después de enterarme de lo del matrimonio de Ainsley, para que le dijera a Len que ya podía salir de su escondite. «Estoy preocupada —me dijo—. La noticia no le ha tranquilizado tanto como yo creía. Suponía que volvería de inmediato a su apartamento, pero me ha dicho que prefiere no hacerlo. Le da miedo salir de casa, y si no se mueve de la habitación de Arthur parece de lo más contento. Los niños lo adoran, casi siempre, y debo confesarte que me gusta que alguien me los distraiga de vez en cuando, aunque el problema es que usa todos los juguetes de Arthur, y a veces se pelean. Lleva varios días sin ir a trabajar, y ni siquiera ha llamado para decirles dónde está. Si sigue así, no sé si seré capaz de resistirlo». A pesar de ello, sonaba más capaz que nunca.

Se oyó un golpe metálico procedente del interior de la nevera. Duncan se asustó y se sacó el pulgar de la boca.

—¿Qué es eso?

—Nada, un trozo de hielo que se ha soltado, espero —expliqué—. Estoy descongelando la nevera. —Me llegó el olor del café. Puse dos tazas en la mesa y lo serví.

—Bueno, ¿ya vuelves a comer? —me preguntó Duncan tras un momento de silencio.

—Pues sí —respondí—. Hoy me he preparado un filete. —Aquel último comentario nacía del orgullo. Aún me parecía milagroso haberme atrevido con una prueba tan difícil y haber salido airosa.

—Así es más sano —dijo, y me miró a los ojos por primera vez desde que había llegado—. Tienes mejor aspecto. Pareces más contenta y llena de cosas buenas. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ya te lo he dicho por teléfono.

—¿Eso de que Peter quería destruirte?

Asentí.

—Eso es absurdo —añadió muy serio—. Peter no intentaba destruirte. Eso te lo has inventado. En realidad eras tú la que intentaba destruirlo a él.

El corazón me dio un vuelco.

—¿De verdad? —le pregunté.

—Busca en el interior de tu alma —respondió, mirándome hipnóticamente desde detrás del flequillo. Dio un sorbo de café e hizo una pausa para darme tiempo—. Aunque la verdad verdadera es que no era Peter. Era yo. Yo sí intentaba destruirte.

Solté una carcajada nerviosa.

—No digas eso.

—Como quieras. Yo siempre estoy dispuesto a complacerte en todo. A lo mejor Peter intentaba destruirme a mí, o nosotros dos intentábamos destruimos mutuamente. Qué más da. El caso es que has vuelto a lo que conocemos como realidad; ya vuelves a ser consumidora.

—Por cierto —le interrumpí—, ¿te apetece un poco de pastel? —Aún me quedaba medio torso y la cabeza.

Duncan asintió. Le ofrecí un tenedor y bajé los restos del cadáver del estante donde lo había guardado. Retiré la mortaja de celofán.

—Ya casi solo queda la cabeza —le dije.

—No sabía que supieras preparar pasteles —comentó después de probarlo—. Está casi tan bueno como los de Trevor.

—Gracias —le respondí con modestia—. Cuando tengo tiempo, me gusta cocinar. —Me quedé sentada, viendo desaparecer el pastel, primero la boca sonriente, luego la nariz, después un ojo. Hubo un instante en que de la cara no quedó más que el otro ojo verde, que al cabo de un instante también se esfumó como un parpadeo. Acto seguido empezó a devorar el pelo.

Me causaba una sensación muy peculiar de satisfacción verle comer como si al final mi esfuerzo no hubiera sido en vano, aunque el pastel fuera desapareciendo sin ninguna exclamación de placer, sin ninguna expresión visible. Le sonreí abiertamente.

Él no me devolvió la sonrisa. Estaba concentrado en su tarea.

Raspó el último rizo de chocolate con el tenedor y apartó el plato.

—Gracias —me dijo, lamiéndose los labios—. Estaba delicioso.

MARGARET ATWOOD (Ottawa, 1939) escritora canadiense. Atwood inició su carrera literaria componiendo poesía, para luego comenzar a escribir relatos, así como novelas.

En cuanto a la temática de sus obras, es muy variada; trabaja desde la crítica literaria a la novela realista, pasando por la ciencia ficción, hasta la literatura comprometida en defensa de los derechos de la mujer. Su obra más conocida es *El cuento de la criada* (1985), novela con la que recibió premios como el Arthur C. Clark o el Los Ángeles Prize.

Otros galardones recibidos a lo largo de su carrera han sido el Governor General y el Príncipe de Asturias de las Letras, que le fue otorgado en el año 2008.

MARGARET

ATWOOD

LA MUJER COMESTIBLE